

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MALAGA



6160598 163

COMPENDIO
DE LA HISTORIA UNIVERSAL,

6

PINTURA HISTÓRICA
DE TODAS LAS NACIONES,
SU ORIGEN, VICISITUDES Y PROGRESOS HASTA
NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

Por Mr. Anquetil, miembro de varias Academias
literarias.

TRADUCIDA

POR EL PADRE DON FRANCISCO VAZQUEZ,
Clérigo Reglar de San Cayetano.

TOMO XII.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1804.



COMPENDIO

DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

G É N O V A.

En los reynos, la corte y los Grandes son el móvil de todo; pero en las Repúblicas es el pueblo. Por esto nos ofrece la historia de los primeros una serie de hechos, importantes por la clase y dignidades de las personas, siendo así que en la de las Repúblicas solo se hallan violentos movimientos distantes unos de otros. Es verdad que tambien se hallan algunos rasgos de heroísmo, y se puede hacer la coleccion de algunos; pero la mayor parte se pierden. en el mismo tropel en que nacióron. Como los actores salen de repente de la obscuridad por un momento, vuelven á caer en ella en pasándose el instante. No hay pues que esperar en la historia de las Repúblicas el enlace de las acciones ni de los personajes: será suficiente mostrar el genio de los pueblos con las causas de los alborotos: extraer las circunstancias mas notables de las revoluciones, segun se van presentando, divi-

didas algunas veces por siglos de calma, ó de agitaciones de poca importancia; y poner en claro aquellos agentes, que por su nacimiento parecian destinados á las tinieblas y al olvido de donde ruidosamente los sacáron sus hechos buenos ó malos; por último, trazar el diseño de las relaciones políticas, guerreras ó comerciales, que algunas veces dan á las Repúblicas entre las potencias algun lugar mas distinguido de lo que podia esperarse de sus pocos medios, y de lo reducido de su territorio.

Sin contar las ciudades anseáticas é imperiales, que interiormente se gobiernan como Repúblicas, pero que no tienen las principales circunstancias, quales son la entera soberanía, el derecho de paz y de guerra, y la independencia absoluta: hay en Europa seis Repúblicas, dos grandes por haber faltado la de Venecia, y son la Holanda y la Suiza; tres pequeñas, Ginebra, Ragusa y San Marin, y una mediana, que es la de Génova. La capital de esta famosa, por la magnificencia de sus edificios, que la han dado el nombre de *soberbia*, es el centro del estado, y á poca distancia la rodean escarpados montes que la sirven de fortaleza. Ocupa el estado de Génova una parte de la antigua Liguria, y se ex-

tiende por la costa del Golfo con los nombres de *ribera de levante*, y *ribera de poniente*. Hay en estas costas puertos que no son tan grandes ni tan seguros como el de Génova, radas y ciudades muy inferiores á la capital, con castillos fuertes, así por su situacion como por las obras del arte. La principal riqueza territorial es el aceyte y los mármoles exquisitos y muy nombrados; pero la mas segura es el comercio. Los nobles, á exemplo de sus antiguos, conservan el buen espíritu de no desdeñarse de comerciar, y por este medio sostienen la opulencia de sus familias. La religion dominante es la católica, y se admiran con razon las Iglesias por ser á proporcion las mas magníficas, las mas adornadas, y las mas ricas del mundo christiano. Los palacios todos son de mármol; y por levantarse la ciudad en forma de anfiteatro, presentan, vistos desde el mar, el mas suntuoso espectáculo.

El primer título de antigüedad de Génova es muy deplorable, como que es el hecho de haberla abrasado los Cartagineses porque hacia sombra á su comercio. La sacaron de sus cenizas los Romanos, y recibieron á los Genoveses en el número de sus protegidos. Se

nota cierta afectacion de superioridad en una sentencia que diéron los Magistrados romanos ciento ochenta y siete años ántes de nuestra Era entre los Genoveses y sus vecinos sobre los límites del territorio.

Siguió Génova sin duda la suerte de la antigua Liguria, colocada al paso de los bárbaros del norte hácia la Italia, y fue sucesivamente la presa de los Hunos, de los Gépidas, Godos, Hérulos y Lombardos. La subyugó Carlo Magno, y Pipino la dió Condes; pero quando la familia de Carlo Magno dexó de ser poderosa en Italia, se hizo Génova República por los años de 888. Sus primeros Magistrados, destruidos los Condes, fuéron Cónsules, y el número de estos no era fixo, porque los tenia en todas las administraciones: Cónsules del comun, Cónsules de los pleytos, y otros.

Génova, República, no renunció á las conquistas, pues habia hecho la de Córcega y la sostuvo. Juntándose con los de Pisa, que tambien eran Republicanos, sujetó la Cerdeña; pero miéntras llevaba sus fuerzas á otros paises la sorprendiéron, saqueáron y quemáron los Sarracenos. Se estableciéron los bárbaros en Cerdeña; y uniéndose las dos Re-

públicas los echáron de allí; pero no permanecieron amigas por mucho tiempo, siendo causa de su desunion la Cerdeña, su comun conquista; porque en ella se disputáron posesiones, que su recíproca codicia hacia litigiosas. Echáron naves al mar, cruzando las unas contra las otras para interceptar los socorros. De Rey á Rey son ménos crueles las guerras, porque rara vez sucede que los exércitos enteros se penetren de la animosidad de sus Soberanos; pero las de pueblo á pueblo son desapiadadas y terribles; porque le parece á cada soldado que está viendo en cada contrario un enemigo personal. Tal es el carácter de las guerras que se hicieron las Repúblicas de Italia, desde el siglo xi hasta el xv, pues muchas veces termináron con la destruccion de sus contrarios.

Grandes recursos halláron los Genoveses en las Cruzadas para enriquecerse, porque proveian de navíos para pasar los Cruzados al Asia, y se hacian pagar bien el flete. En sola una Cruzada equipáron en su servicio hasta siete diferentes armadas, y alguna fue de setenta galeras. Fuéron muy útiles en estas expediciones, así por su marina como por sus tropas, y sobre todo por sus ingenieros y hábiles

les artífices en la invencion y construccion de máquinas de guerra. De la mania que precipitaba al occidente contra el oriente, sacáron honra y provecho, pues ademas de la utilidad pasagera, procuráron la permanente de los mejores establecimientos de comercio, y de las posesiones debidas á su valor y al reconocimiento de los Príncipes, especialmente el de Balduino Rey de Jerusalem, á quien ayudáron mucho en la toma de la ciudad santa.

Al fin del siglo xi vivian baxo el gobierno consular; y aunque se ignora la forma, se sabe que sus Cónsules eran anuales. Entónces dilatáron los Genoveses grandemente sus dominios al rededor de la capital. Se sostenia la guerra con los de Pisa; y por mas que los Papas y los Emperadores hiciéron para reconciliarlos, solo conseguian suspenderla por cortos intervalos. El fundamento de su querella fue siempre la Cerdeña, y se ignora qué especie de poder exercian las dos Repúblicas en esta isla, pues hallamos en ella unos Reyes tributarios de los de Pisa y otros de los Genoveses.

Uno de aquellos pequeños Monarcas, llamado Barason, y de la dependencia de los Genoveses, les ofreció una grande suma de

dinero, si querian ayudarle á hacerse Soberano de toda la isla. Consintieron ellos, así por el interes como por dar que sentir á los de Pisa; pero quando conseguido el intento de Barason fue preciso pagar, se halló este Rey en grande apuro, y tomó prestado de los Genoveses ricos para satisfacer á la República. Cumplido el plazo se vió el Monarca en nuevo aprieto, pues habia ido á Génova á tratar con sus acreedores, y estos, sin respetar su dignidad, le hicieron poner preso. Así estuvo ocho años, y desapareció sin saberse si le dexaron en libertad por haber pagado, ó por verle imposibilitado de pagar. Desde este tiempo se hallan ya los Espínolas y los Dorias distinguidos entre los nobles Genoveses; y por algunas noticias se juzga que el gobierno de Génova era aristocrático, como el de los patrios en Roma, presididos por Cónsules; y del mismo modo que en Roma reynaba la division entre los Grandes y el pueblo.

Fomentaban esta division los Castelis y los Vocatis, dos familias que arrastraron otras muchas á su partido. Rompió su odio con la casion de los honores, porque cada uno pretendia ser de los primeros en la entrada solemne que en 1170 dispuso el Senado hiciese el

Rey Barason. Las diligencias de los Senadores por reconciliarlos no hicieron efecto alguno; y no sabiendo el Senado como reunirlos, ordenó, según el uso de aquel tiempo, un combate de tres contra tres entre las dos familias. Ya estaban los campeones en la lid á presencia del pueblo, llamado á ver el espectáculo, quando el Arzobispo Hugo, Prelado respetado generalmente, con un discurso lleno de piedad y de eloqüencia, consiguió que se les cayesen las armas de las manos y se abrazasen. No se estudiéron tranquilos los Castelis, y se desaviniéron con los Cortés. Los Voltas y los Ventos abrazáron sus querellas, y desterráron á muchos nobles y plebeyos partidarios suyos. Arruináron algunas casas en señal de agravio, y aun las torres que las defendian, como fortalezas formidables al pueblo.

Las divisiones intestinas fuéron causa de mudarse la forma del gobierno en 1190. Estaba Génova rodeada de Repúblicas: Verona, Lody, Milan, Cremona, Florencia, Commo, Siena, Luca, Pavía, Parma, Plasencia, Bolo-
nia, Padúa, Pisa, y otras mas ó ménos considerables. Cansadas estas de la ambicion de sus ciudadanos nobles, que aspiraban á las primeras plazas, habian tomado las mas el partido de

elegir un xefe en alguna ciudad distinta con el nombre de Dux, que equivale al de Duque, ó resolvieron vivir baxo el dominio del Podestá, del Pretor y aun del Abad. Los Genoveses, atormentados con las mismas intrigas, determinaron experimentar aquel gobierno extravagante; y en 1190 se entregaron á un Podestá, que debia siempre ser extranjero, y ejercer el empleo por un año con el auxilio de un consejo de seis ciudadanos, tomados de entre los nobles.

Un *Castelli*, que habia tenido en la República grandes empleos, no se sujetó á aquel nuevo dominio sino con repugnancia y cediendo á la fuerza. Se procuró que admitiese con gusto la mutacion del gobierno; y para que su actividad no fuese tan peligrosa la empleó la República, dándole embaxadas fuera, ó el mando de las tropas de tierra y de mar, y en una palabra, aquellas comisiones que pedian capacidad, y podian satisfacer á un hombre deseoso de honras. En todo cumplió con el mayor lucimiento; y pasados quince años, no obstante que la ley excluia á los ciudadanos, bien por ser estimado de estos ó por violencia del interesado, le nombraron Podestá. Su administracion, aunque la habian temido, fue pa-

cífica en lo interior, y feliz fuera de su tria. Entónces parecia que se multiplicaba prodigiosamente los Genoveses; porque a mas de la guerra de Pisa, siempre subsistia en Cerdeña, hacian irrupciones en Africa contra los Moros y los Sarracenos, y desembarcos en Cerdeña y Córcega. Lleváron sus mas á Sicilia y á Chipre, en donde se contráron con los Venecianos; y desde época empieza la rivalidad ó la enemistad las dos Repúblicas, que pudiera bien compararse á la de Roma y Cartago.

Despues de Castelli volviéron los Podestás extranjeros; y en 1216, cansada Génova igualmente de los Cónsules y de los Podestás, se sujetó á cinco doctores ó juriscónsultos tambien extranjeros; pero no duráron que un año, y volvió á tomar el Podestá. hay motivo para admirarse de ver los podestás á la cabeza del gobierno, porque Génova por entónces estaba ocupada en tratados y expediciones militares. Los tratados de treguas y convenciones comerciales se hacian con Pisa, Venecia, Marsella, y con Turcos Griegos y Sarracenos, hasta con un Rey de Armenia; pero siempre las Cruzadas mantenian su marina. Por lo comun era legista el Podestá.

pero hubo sin embargo algunos propios para las armas, que supieron hacer respetar su autoridad en la ciudad y en las villas adyacentes, á cuyos paisanos llamaban los Genoveses vasallos suyos. Tal fue un *Martinengo*; pero de ordinario no les encargaban las funciones militares. En 1228, un ciudadano de ilustre familia, llamado *Delmare*, empleado por el Podestá en contener otras familias que se querian apoderar de la autoridad, viendo en su mano las fuerzas de la República, se dexó arrebatarse de la ambicion que debiera reprimir: buen exemplo de los riesgos que se pueden temer de los propios partidarios en tiempo de facciones. Por entónces eran estas en Génova muy activas: una de ellas fue la de los *Rampinis* afectos al Papa: otra la de los *enmascarados*, sacrificada á los Emperadores, las mismas que con otros nombres se llamaron *Güelfos* y *Gibelinos*, baxo cuyos estandartes se reunian los odios particulares. En Génova los seguian entre otras familias la de *Porco* y la de *Grillo*. A vista de estos nombres, que indican un origen inferior al comun, no desesperen los mas desconocidos de llegar á ser famosos con el favor de las facciones. A los *Porcos*, *Grillos* y sus partidarios los echó el Po-

destá de la ciudad con motivo de una sedición: les confiscáron los bienes y demoliéron sus casas.

Estas divisiones favorecian á las empresas del Emperador Federico contra los Genoveses. Les bloqueó el puerto, y los reduxo á la mas triste extremidad. Los desterrados aumentáron las desgracias de la patria haciendo correrías en su territorio. Los llamaban sus enemigos bandidos y salteadores, y de una parte y de otra se ponian nombres infames, hasta que cansados hiciéron la paz, y recibieron en su ciudad á los desterrados; pero no pudieron entrar en ella sin experimentar el mas vivo dolor á vista de la desolacion de sus haciendas, y sin llevar consigo la semilla de nuevos alborotos. Empezaba el pueblo á sufrir con impaciencia aquel estado de guerra intestina, y á irritarse contra los nobles, á quienes miraban como autores de la discordia, que alteraba repetidas veces su tranquilidad. Al descontento se siguió la murmuracion, y de la murmuracion llegóron al rompimiento.

Con todo, no se ve que atormentasen ni vexasen al pueblo; pero tal vez no son menos pesadas las cadenas por no ser visibles. Se quejó tan altamente, que no pudiendo los no-

Para hacer duelo de guerra (bato Spuda) en
 flame al populatib, y este en la misma noche se
 me por toda la ciudad adelantado. Vener y ca-
 putan de guerra: pero hallandose Spuda al día si-
 guiente con menos partidarios que pensada, tuvo
 a muy buen partido la renuncia de sus pretensio-
 nes. Quon por muchos impetios hacia la desercion
 con a su patria, y se fizo a no morir en el pre-
 cipicio.

Aeropo de Eberto Spuda.



bles resolverse á repartir con él la autoridad, le permitiéron á lo ménos un protector, á quien diéron el nombre de capitán. El primero que eligiéron se llamaba Bocanegra, hombre que por no ser proporcionado para la Grandeza, se deslumbró con su resplandor, y abusó de ella, usando un tren como de Príncipe, y no reduciendo su fausto á los debidos límites. Logró que le aumentasen la renta: trasladó su habitacion á un palacio, y le hizo adornar magníficamente á costa de la República. Hiciéron los nobles que reparase el pueblo en su conducta: esta le desagradó; y al cabo de un año abolió el empleo de su capitán, y volvió á sujetarse á un Podestá.

Todo quiere empezar. El buen éxito que había logrado el pueblo quando pretendió tener un Capitán, le abrió los ojos sobre su poder. Halló en su mismo seno familias, que por el mérito y la riqueza podían rivalizar con los nobles: de suerte, que hubo en la República dos partidos bien señalados, el noble y el popular. Con el auxilio del segundo pensó Uberto Spínola en hacerse dueño de Génova: encerró al Podestá en su casa, y sus partidarios durante la noche corrían por la ciudad gritando: *Uberto Spínola, Señor y Capitán*

de Génova; pero no estaban bien tomadas las medidas; y quando el pueblo se juntó al amanecer, se vio que no tenia Spínola en él toda la influencia que pensaba; y aun fue fortuna suya que se contentasen con la renuncia de sus pretensiones. En lugar del Podestá, que se habia puesto en salvo durante el tumulto, eligiéron dos Gobernadores, Doria y otro Spinola, por solo quatro meses que le restaban para cumplir al Podestá huido; y despues de este término eligiéron otro tambien extrangero.

Un año despues volvió á la carga Uberto Spínola con mas acierto; y para asegurar mejor su empresa se asoció con Doria, y haciéndose los dos elegir *Capitanes de la libertad genovesa*, se apoderáron de la autoridad, dexando una sombra de esta á un Magistrado popular, que ellos llamáron *Abad* ó *Rector* del pueblo. Le diéron prodigamente honores, grande renta, bello palacio, guardias, y la preferencia y primer asiento en todo. Estas distinciones lisonjeáron infinitamente al pueblo, encantado de verse con un xefe sacado de su cuerpo. Los Capitanes volviéron á poner un Podestá, se apoderáron de la autoridad del Senado y armados con este poder, expelié-

ron, proscribiéron y saqueáron á los que no eran de su partido, y entre otros á los Fiesco y á los Grimaldi. Recurriéron los desterrados á las Potencias extrangeras: tomó por su cuenta sus intereses Cárlos de Anjou, Rey de Sicilia, y declaró á la República una guerra, que se hizo con grande carnicería. Una feliz circunstancia sosegó las disensiones, y fue que eligiéron Papa á un Fiesco, y este reconcilió su familia con sus enemigos, é hizo recibir en la ciudad á sus partidarios, que habian sido echados de ella: Entónces eligiéron dos Capitanes, Spínola y Doria.

No pudiéron aquellas familias acostumbrarse á vivir sujetas á los Capitanes. Volviéron á alborotar, y las desterráron. Los Capitanes anuales se hicieron declarar trienales: desagradó esta prolongacion del poder, y les hicieron presente que la permanencia de su autoridad era la que mantenía las inquietudes, y que las familias rivales nunca cederian; y así renunciáron por el bien de la paz, y nombráron en su lugar un solo Capitan extran-gero. Es preciso confesar que nunca estuviéron tan florecientes los negocios de la República como en el gobierno de los Capitanes. Entre otros golpes diéron uno que fue mortal

para el poder de los de Pisa, ganándoles una completa victoria en el mar, desde la qual no se viéron estos antiguos enemigos de Génova en estado de medir las fuerzas con sus contrarios. El gobierno de los Capitanes fue suave y equitativo en quanto no se interesaba su autoridad. Reynó la paz durante esta administracion, aunque comprada con homicidios, robos y otras violencias, que es preciso permitir al pueblo quando se pretende servirse de él. Pocos exemplares se hallarán en la historia de dos hombres que por veinte años gobernasen con igual autoridad y con tal armonía, que parecia salir todas las órdenes de una sola voluntad. Lo mas notable fue que hiciéron juntos la renuncia.

Fue felicidad de los Genoveses el verse desembarazados de los de Pisa; porque entón-ces quedáron los grandes golpes para entre ellos y los Venecianos. Habia mucho tiempo que estos Republicanos exercitaban sus fuerzas los unos contra los otros; pero eran unas pruebas que solo sirviéron para agriar los ánimos, hasta que rompiéron en desafíos insultantes, y combates mas sangrientos que decisivos. Estaba Génova, durante estas hostilidades, inquieta con nuevas turbulencias; y

como el Capitan extranjero no se hallaba en estado de mantener la balanza entre las facciones, desterráron á los Fiesco y sus partidarios. No se halló otro medio para conseguir alguna tranquilidad sino el de poner dos Capitanes nacionales, y eligiéron á los hijos de los que habian hecho dimision.

Eran estos de la faccion gibelina; y asegurada esta, dexáron el empleo á exemplo de sus padres. Pusiéron otra vez un Podestá extranjero: volviéron los Güelfos, y tuvieron modo de sembrar la discordia entre los Gibelinos, separando de ellos á los Doria, á excepcion de uno solo llamado Bernabé Doria, que siempre permaneció constante con Obizzo Spínola, cabeza de los Gibelinos. Estos dos hombres echáron fuera á los Güelfos, consiguieron ser electos Capitanes, y volviéron á poner el Podestá y un Abad del pueblo; y creyendo que ya estaban asegurados, dexáron entrar á los Güelfos.

Sostenidos estos por la familia de los Doria, encendiéron la discordia entre los dos colegas, inspirando vivos zelos en Bernabé Doria. Obizzo Spínola, no esperando los efectos, hizo arrestar y deponer á Doria, quedándose él solo á la cabeza del gobierno. Hu-

yó Doria de la prision, volvió á unirse con su familia y con los Güelfos, juntó un ejército, presentó el combate á Spínola y le venció. Recibidos los Güelfos en la ciudad con aclamaciones del pueblo descargáron su odio contra Spínola y sus partidarios: saqueáron, quemáron y proscribiéron, autorizándolo todo un gobierno provisional de diez y seis personas al qual sucedió otro poder mas estable de un consejo de doce miembros, seis de la nobleza y seis del pueblo; pero siempre con un Abad de este para lisonjear á la multitud. En quanto á los principales de la faccion dominante, parecia que no tomaban parte alguna en la administracion, aunque todo lo dirigian en secreto, diciendo que se contentaban con ser útiles á la patria, rechazando los esfuerzos de los Gibelinos, que querian volver á ella; pero al fin los admitiéron excluyendo á Spínola su xefe.

Todo estaba tranquilo quando pasó por Génova el Emperador Henrique IV, que era Príncipe afable, y lisonjó de tal modo á los Genoveses, que de repente aquel pueblo, tan zeloso de su libertad, creyó que solo podia ser feliz con el imperio de un Señor, y se entregó á él por veinte años. Habia traído este Principe consigo á Obizzo Spínola, y



Guerra civil en Génova.

Comptiendo en el cenote de dominar en Génova Obizzo Spínola y Bernabé Doria, interesó cada uno en sus miras á una parte del pueblo, y encendieron tan encarnizada guerra civil, que por espacio de veinte y quatro dias corrieron en la ciudad arroyos de sangre. Miserable alocinacion la de aquel pueblo que cree sacrificarse por su propio bien quando solo es víctima del interes privado de los ambiciosos.

favorecía secretamente á la facción gibelina. Quando partió la dexó fuerzas suficientes para que tomase ascendiente sobre los Güelfos, y así los arrojó de nuevo fuera, y estableció un consejo de veinte y quatro, doce nobles y doce plebeyos, presididos por un Podestá extranjero. La guerra, que era entrè facción y facción, vino á ser entre familia y familia. Por veinte y quatro dias estuviéron batiéndose en la ciudad Doria y Spínola, haciendo que el pueblo enarbolase por fuerza sus colores, y siguiese sus banderas á costa de arroyos de sangre. Echáron fuera á los Spínolas: los Güelfos, sus antiguos contrarios, como se habian hecho enemigos de los Dorias, hicieron entrar secretamente á los vencidos: huyéron sucesivamente los Dorias; y hallando los Güelfos libre el campo, hicieron Capitanes y Rectores del pueblo á Cárlos de Fiesco y á Gaspar Grimaldi, conservando no obstante un Podestá extranjero.

Génova es un vivo exemplar de las desgracias inevitables para el pueblo durante las fluctuaciones de un gobierno que anda buscando la estabilidad. Los Rectores echáron fuera á los Gibelinos: estos sitiáron la ciudad, y Roberto, Rey de Nápoles, que vino á socor-

rerla, hizo levantar el sitio. En el furor de su alegría arruinó el pueblo, y redujo á cenizas los soberbios palacios de los sitiadores, maltrató y proscribió á todo quanto les pertenecía, y en el exceso de su gratitud proclamó Soberano suyo á Roberto. Dexó este Príncipe en la ciudad un Vicario: volviéron los Gibelinos á sitiar la ciudad; se cometió por ambas partes quanto se puede imaginar de horrores, muertes, incendios y ruinas, hasta que rechazáron á los Gibelinos. Llegó á tan alto punto en Génova el desenfreno del populacho, que los ciudadanos buenos se viéron precisados á coligarse contra los malhechores. Tenian decemviros encargados de la policía, duraba el sitio siempre con todos sus furores: volvió á levantarle Roberto, entró en persona en la ciudad, le proclamó el pueblo de nuevo por su Soberano; pero á esto se opusieron los nobles. No obstante, consintieron luego en probar por seis años: este acuerdo obró una reconciliación, que juráron en manos del Vicario de Roberto en presencia del Abad del pueblo y de doce Magistrados, los seis Güelfos y los otros seis Gibelinos.

Las dos facciones habian cedido á las circunstancias, pero no estaban mas que ador-

mecidas; y despertando se volviéron á animar con mas viveza, como que el Vicario de Roberto, hombre muy diestro, mantenía entre ellas la discordia con el fin de que se destruyesen entre sí; pero le salió mal esta política; porque sin ruido ni tumulto le despidiéron de la ciudad con los Güelfos, á quienes era aficionado. Eligiéron los xefes gibelinos dos Capitanes, Rafael Doria y Galeoti Spínola, con un Abad del pueblo, un Podestá extranjero, los Asesores, los Consejeros y Tenientes. Este aparato de gobierno, á pesar de su complicacion, duró tres años; porque los Capitanes se hicieron continuar. Daban grande autoridad á la nobleza, la qual por esta razon se acomodaba bien con su poder. No sucedía lo mismo con el pueblo, descontento con la altivez de los dos Capitanes, y con que solo le dexasen la fórmula de la eleccion de su Abad, siendo los nobles los que realmente le nombraban; y recayó este desabrimiento sobre los nobles.

Rompió la sublevacion por la insurreccion de los marineros genoveses. Habian enviado los Genoveses al Rey de Francia una armada para ayudarle á sujetar á los Flamencos revelados. Los que tripulaban aquellas em-

barcaciones, acometidos del sistema de libertad de los mismos á quienes acababan de combatir, se hicieron murmuradores y quejosos, y afectaron la independenciam. Castigaron los Comandantes á algunos, y despidieron á los demas; pero estos volviéron con el espíritu de insubordinacion á Sabona, en donde desembarcáron; y las tropas, sacadas del paisanage de Génova, y enviadas para que los hiciesen volver á la obligacion, adoptaron por el contrario sus ideas, y volviéron á la ciudad á encender el pueblo en deseos de salir de la servidumbre de los nobles. Pidió pues el pueblo la eleccion libre de su Abad, y la pidió con tanto imperio que no se atrevieron los Capitanes á negarla. No querian los plebeyos un Rector ó Abad con la misma autoridad, sino con otra de mayor extension, y para esto escogieron veinte personas que hiciesen la eleccion.

Miéntras los Electores procuraban conciliarse entre sí, y el pueblo murmuraba impaciente de ver su lentitud, dixo un pobre artesano esforzando la voz: „¿Qué necesidad tenemos de tanta detencion? ¿Por qué no elegis por vuestro Abad á Simon Bocanegra que se halla aquí presente?” Y todos gritaron con alegría: „Sea Bocanegra nuestro Abad.” Le

pusieron en la mano la espada desnuda, y le colocaron entre los dos Capitanes. Bocanegra, ó por estar prevenido, ó por conocer de repente el partido que en las circunstancias debia abrazar, entregó la espada y dixo: „Ciudadanos, agradezco mucho el honor que me quereis hacer; pero dispensadme de admitirle: que pues ninguno de mi familia ha sido Abad del pueblo, no quiero yo ser el primero que introduzca en ella este título, con el qual podeis dignaros de honrar á otro.” En esto daba á entender que siendo de la familia del primer Capitan Bocanegra, no queria ser ménos que su abuelo. Comprehendiéron todos lo que les queria decir, y se oyó una voz fuerte que exclamó: „Sea pues Bocanegra el Señor de Génova.”

„Acepto, respondió, ¿pero como Señor ó como Abad?” „Señor, gritó la multitud, Señor, y no Abad.” „Sin duda, replicó el electo, quereis decir, que debo repartir la autoridad con los Capitanes.” „No, no, dixéron todos á una voz, gobernad solo y sed nuestro *Dux*. Viva el *Dux*, viva el pueblo.” Los nobles que se hallaban presentes, asustados con este golpe, nada se atrevieron á decir: el pueblo, embriagado con el gozo, los insultó y robó sus casas. El primer uso que hizo el *Dux* de

su autoridad fue sosegar lo mejor que pudo aquel frenesí, tomando las medidas moderadas bien fuese por humanidad, ó bien por conciliarse el amor de la nobleza; pero esta se fió de la tranquilidad aparente que consiguió el Dux, y los mas se salieron de Genova como indignados. Al siguiente dia se hizo proclamar Bocanegra con mayor solemnidad, y formó un consejo todo popular, y quitando los nobles excluidos del gobierno, puso la autoridad á las manos del pueblo.

Es preciso meditar bien la historia de Genova en tiempo de los Dux, para entender cómo sabe la ambicion desafiar los peligros, cómo los que estan poseidos de esta pasion si huyen de los mayores riesgos, se exponen con nueva intrepidez; y como no los intimida ni asusta el exemplo de sus semejantes, sacados al furor del pueblo. Tambien instruye esta historia, y advierte, que aquellos de quienes ménos se esperaba son muchas veces los mas poderosos, y que una palabra presentada á la imaginacion del pueblo, aunque sea una palabra sin sentido, revistiéndola de la significacion que pide la necesidad, basta para conmover á una multitud. Por último, allí se ven los medios que en todo tiempo se ha valido la República

para excitar el furor, para graduarle y convertirle metódicamente á favor de una faccion.

Pensó Bocanegra en dar lucimiento á su administracion con algunas hazañas. Salió pues de la ciudad gobernando sus falanges populares, quitó á los malcontentos algunos castillos, dió caza á los nobles que se introducian ya en el territorio, arruinó su marina acabada de formar, y humilló algunos Señores vecinos. El pueblo, con el qual ordinariamente no se cuenta en los triunfos, quedó encantado al ver que figuraba en ellos como parte principal. El afecto al Dux no era ya simple pasion, sino adoracion y respeto religioso. Pero quando empezó á dar oidos á la prudencia, fatigado de los esfuerzos de los nobles, y de vivir siempre cautelándose contra el asesinato y el veneno, pensó en oir las proposiciones razonables, que dando algun poder á la nobleza podrian restituir la paz. Ya el Dios del pueblo y criatura de este fue mirado como un ser perjudicial y peligroso, convirtiéndose el amor en odio; pero Bocanegra, muy experimentado en el uso de esta arma terrible, que habia manejado muchas veces, renunció, pasados cinco años de una próspera magistratura, y se retiró á Pisa.

Para hacer su renuncia escogió el momento, en que un ejército de nobles estaba delante de la ciudad. El Dux que le sucedió se llamaba Murta, y este hizo proposiciones de paz, que los sitiados no admitieron, aunque favorecidas de los nobles que se habian quedado en Génova; y á pesar de que estos procuraban la composicion, teniéndolos por sospechosos el partido popular, persuadido á que secretamente se entendian con los que estaban fuera: registráron sus casas, los desarmáron; y no teniendo que temer ya por esta parte se arrojó el pueblo con furor sobre los sitiadores, y los retiró léjos de sus muros. Era Murta benigno, pacífico, y poseia todas las virtudes civiles. Nada mudó en su ordinario modo de vivir: se dedicó á conciliar los partidos opuestos: los vecinos de los Genoveses, que ya sentian en su casa las conmociones de su espíritu turbulento, se aplicaban tambien á unirlos por alguna composicion; y de estos esfuerzos resultó un tratado, en virtud del qual conserváron á los nobles que se habian quedado en la ciudad, y permitiéron que volviesen á ella algunos de los desterrados; pero los que habian hecho de xefes quedáron desterrados para siempre. Entráron estos desgraciados en Francia, y

casi todos perecieron en la infeliz jornada de Cresi; porque los mismos Franceses que los habian recibido los miraron muy mal. Por este tiempo era Génova dichosa con el gobierno de Murta, y la hacia victoriosa el célebre Viñoso, tan hábil General como hombre justo y compasivo. Entre otras ventajas conquistó para su patria la isla de Quio. La bondad de su genio se advierte en este pasage de su vida. Convencido de que por buenas que sean las intenciones de un General, es imposible dexar de hacer infelices á muchos sin quererlo; y deseoso de reparar el daño hecho ó tolerado, en quanto estuviese de su parte, dexó al morir una cantidad considerable para casar doncellas pobres en Quio.

A Murta sucedió Valentini, y no se sabe por qué se cansaron los Genoveses de tener Dux en su gobierno tan glorioso, supuesto que la República ganó contra los Venecianos señaladas victorias. Renunció Valentini sin dificultad, y se sujetaron los Genoveses al dominio de Juan Visconti, Arzobispo de Milan. Segun se apresuraban parecia que dexaban una pesada carga, poniendo en manos ajenas las riendas del gobierno; y así no pensaron mas que en la guerra, y la hicieron á

los Venecianos con las mas ruidosas victorias, siendo su Comandante Pagano Doria, tan recomendable por sus virtudes civiles, como por su valor y talentos militares. Murió este grande hombre sin dexar para los gastos del entierro; pero los hizo la República á sus expensas, y le erigió un mausoleo magnífico.

Murió el Arzobispo Visconti, y los Genoveses pretendieron no someterse á sus sobrinos; pero estos sentian mucho abandonar tan bella herencia, y sobre esto se ofrecieron explicaciones bastante tumultuosas. Acudió Bocanegra desde Pisa por ver si podia aprovecharse del alboroto; y con efecto, armó al pueblo, á los nobles y á los Milaneses; y haciendo que peleasen unos contra otros, consiguió que le reeligiesen Dux. Llegando el valiente Bocanegra al objeto que pretendia, se vengó cruelmente de su primera desgracia, creyendo que habia provenido de los nobles. Los privó de toda autoridad, los cargó de contribuciones, los proscribió; y tanto hizo que le diéron veneno. Para elegir su sucesor observáron el órden que despues se ha observado siempre. Nombra el pueblo veinte electores: estos nombran á sesenta, y estos sesenta á veinte y uno: de ellos escogen

diez, que son los que nombran al Dux. Puede creerse que esta complicacion, aunque parece que lo da todo á la casualidad, no es mas que un trabajo de inútiles combinaciones, que no impide para las secretas pretensiones ni sus efectos.

Cayó la eleccion en Gabriel Adorno; y apénas le eligiéron quando se vió acometido en la ciudad, y forzado á un compromiso por la faccion milanese, á cuya cabeza estaba el Genoves Montalto. Se obligó Adorno por este tratado á dar á los Milanese una grande suma, y Montalto á dexar por dos años la ciudad. Halló el Dux auxiliares, que le servian de estorbo, en sus dos tenientes, á quienes llamáron decemviro, y era preciso que recibiese los que le daban. Debieran estos ayudarle á aplacar las quejas del pueblo, descontento por algunos tributos; pero Fregoso, que era uno de ellos, encendió contra él con artificiosos discursos el odio del populacho. Creyó Adorno que lo mas prudente era ponerse en salvo; y aunque no hizo dimision, eligiéron en su lugar á Fregoso, el qual se vió de puesto á los ocho años; porque una falsa alarma, dada á propósito al pueblo, fue suficiente para esta revolucion. Antonio Adorno y Ni-

colas Guarco, pretendientes del Ducato, hicieron correr la noticia de que los Venecianos y Milanesees estaban cerca de Génova. Acudieron todos á las armas; y viéndose los dos ambiciosos rodeados de buenas tropas, diéron sobre el Dux que habia ido á rechazar el enemigo, y le pusieron en una prision. Al punto la faccion eligió á Adorno; pero casi en el mismo instante cedió su plaza á Guarco, bien fuese necesidad, ó bien concierto entre los dos competidores.

En tiempo de este Dux, aunque no era guerrero, se hallan los sucesos mas ruidosos, y las victorias de los Genoveses contra los Venecianos. Bloqueáron á Venecia, lo que hasta entónces jamas habia sucedido, y precisáron á esta altiva República á humillarse delante de su orgullo. No se sabe lo que hubiera sucedido de resultas de esta lucha, bien desigual por parte de los Venecianos, á no haberse visto Guarco precisado por los nuevos alborotos á llamar á Génova las tropas para oponerse á los mal contentos. No debe sorprehender que en ellas se viese Antonio Adorno, que habia renunciado con tanto gusto. Aun no habia llegado el momento de sujetarse Guarco á la dimision: se negoció por

uno y otro partido, y conviniéron en que se quedase Dux con ocho mentores ó ayos, llamados proveedores, quatro de los quales eran mercaderes, y quatro artesanos. Montalto, de quien ya hemos hablado, se hizo nombrar entre los proveedores artesanos, aunque jurisconsulto de profesion; pero en tiempo de alborotos todo es bueno.

No tardó en presentarse de nuevo la discordia: acudió Adorno deseando aprovecharse de ella; y con grande admiracion suya eligieron á Montalto, que vivió poco, y cuya muerte sintieron los Genoveses. Volvió Adorno, y consiguió los votos, teniéndose por seguro, como que habia hallado medio de prevenir las dificultades que pudiera oponerle Guarco, haciendo encerrar á este en un castillo. Su desgracia habia de nacer del mismo, y de la grande timidez que mostró en las nuevas inquietudes, que pudiera haber sosegado con un poco de fortaleza; pero abandonó el campo, se puso en salvo, y desapareció. A todos admiró y chocó esta evasion; pero no corriéron tras él, y pusieron en su lugar á Jacobo Fregoso.

Unas discordias que hacian derramar tanta sangre eran para los competidores asunto de

diversion, semejantes á los jugadores, que mientras dura la partida se encarnizan, pero concluida se hacen amigos. Se arrepintió Adorno de haber huido: volvió á entrar en Génova con el mismo secreto que habia salido, y sorprendiendo á Fregoso en su palacio quando iba á sentarse á la mesa. „Habeis mandado, le dixo, disponer para vos la comida, y es justo que vengais á comer conmigo, y que despues os volvais temprano á vuestra antigua habitacion para ponerla en buen órden.” Bueno hubiera sido que Adorno hubiese recibido siempre los acontecimientos humanos sin enojo ni pasion; pero bien fuese por hacerse temer, ó por tomar satisfaccion de sus agravios, se vengó de quantos le habian sido contrarios. Destierros, multas, suplicios y tormentos, de todo se sirvió; pero con él hicieron lo mismo en quanto fue posible con ataques directos ó indirectos, con varias conspiraciones y hostilidades, así dentro como fuera; hasta que no pudiendo resistir, manifestó deseo de retirarse; pero sublevado el pueblo, le persiguió hasta un convento en donde se ocultó, y del qual salió por la noche.

Andaba el populacho errante sin saber adonde iba: todo resonaba en maldiciones, y



Fregoso sorprendido.

Al sentarse á comer en el palacio ducal de Génova el nuevo Dux Jacobo Fregoso, se le presentó de improviso el fugitivo Dux Antonio Adorno. Diciéndole: Teneis dispuesta para vos la comida; pero comeremos juntos, retirandoos luego á poner en orden vuestra casa. Así recobré la dignidad que habia abandonado; y así en las repúblicas la autoridad es presa del mas fuerte, evadido é saqueado de los ambiciosos.

se precipitaba á toda especie de excesos. En el caos de aquel tumultuario ruido se oyó el nombre de Montalto, nombre muy amado del antiguo Dux, y nombre de su hijo jóven de veinte y tres años, de agradable figura, y ya conocido por sus amables prendas. Preséntase pues: este será el Dux: ya todos abren la boca para proclamarle: le llevan al palacio; y al dia siguiente empleáron en su eleccion las fórmulas requisitas con general aplauso. No tuviéron que arrepentirse; porque la eleccion, aunque precipitada, fue excelente. Era este Montalto un hombre sin hiel, franco, generoso, sin sospechas, y dotado de todo el candor de la juventud. Sin embargo, se presentáron contra él dos partidos, el de Adorno, que todavía volvió á cargar, y el de los hijos de Guarco, á quienes Adorno favorecia despues de haber puesto á su padre en la carcel. Además de estas dos facciones apareció otra tercera de los partidarios de Bocanegra. Montalto añadió á su gente la de Fregoso y otros afectos á este, por lo que hubo una verdadera guerra civil. Derrribaban con hachas las puertas, las aplicaban hachas encendidas, y llovian las tejas de los tejados.

¿Qué medio para sosegar un furor con-

vertido en rabia, que amenazaba la total destruccion de la ciudad? Algunas personas, mas bien intencionadas que hábiles en política, creyéron cortar el nudo de la dificultad, nombrando un Dux que no fuese de ninguno de aquellos partidos, persuadidas á que este los dominaria á todos. Eligiéron pues á un tal Justiniani, hombre moderado y tan prudente, que viendo que no podia reconciliar los espíritus, renunció poco despues. Continuáron sus competencias Adorno, Fregoso, Guarco, Bocanegra y Montalto, y este conflicto hizo que tomando una de aquellas resoluciones desesperadas que alguna vez consiguen el acierto, declarasen Dux perpetuo á Montalto.

Así como el viento quando se levanta disipa las nubes que obscurecian el horizonte, así el Dictador perpetuo dispersó á sus rivales con su soplo, por decirlo así. Solo Bocanegra se quedó atras, se dexó prender, y fue condenado á muerte. Ya estaba en el cadalso y levantada el hacha sobre su cabeza; Montalto, rodeado de su consejo, estaba mirando desde una ventana, segun costumbre, y vió que el infeliz, deshecho en lágrimas, pedia la vida. La juventud es muy sensible, y ya abria sus labios el Dux para pronunciar la gracia, quando un consejero

viejo, tratando de flaqueze esta compasion, iba á apresurarle el suplicio; pero Montalto le detuvo, hizo la señal del perdon, y Bocanegra salvó la vida.

La bondad del Dux jóven, de la qual hemos referido solo un rasgo entre otros muchos, no detuvo la actividad de las facciones. No renació la calma; y Montalto, cansado de una dignidad, que era el tormento de su vida, se entró en una galera, hizo vela hácia Gavi, y abandonó á su infeliz suerte un pueblo igualmente incapaz de dexarse gobernar con el rigor ni con la clemencia. Así que partió colocáron en su lugar otro llamado Zoaglio. Volvió á presentarse Adorno á la puerta de la ciudad, suplicando y pidiendo que le recibiesen, y ofreciendo que viviria como ciudadano pacífico, sin mezclarse en el gobierno. No se sabe si Zoaglio le creyó, ó tuvo precison de dar á entender que le creia; pero así que Adorno fue admitido, hizo entrar tambien á los Fregosos y á los Guarcos, y volviéron á empezar los alborotos. Zuaglio, que era hombre sin ambicion, se sacrificó gustoso, y renunció. Fregoso y Guarco echáron suertes sobre quién habia de ser el Dux, y se declaró la suerte por Guarco.

Fuese que los Genoveses le volviéron á llamar porque le echaban ménos, ó fuese porque es natural volver á los honores, que difícilmente olvidan los que les han tomado el gusto, volvió Montalto á entrar en Génova con soldados, y se juntó á él uno de los Fiescos bien armado. No estaba ménos acompañado Adorno: y Fregoso, que se hallaba á la cabeza de una buena tropa, favorecia al Dux Guarco. Este se rindió, renunció, y huyó: á Adorno le hizo Montalto prisionero; y lo que debia ser su perdicion fue la ocasion de su fortuna. Desde luego consiguió la libertad; y despues se agregó á Montalto, que por su franqueza natural podia ser fácilmente engañado.

Hechas sus convenciones juntáron el pueblo, ya instruido de su reconciliacion: habló el primero Adorno, y con su eloqüencia persuasiva deploró los males de Génova; manifestó grande arrepentimiento de los excesos á que le habia arrastrado la ambicion; pidió perdon en cierto modo de su pasada conducta; publicó el magnífico proyecto que él y Montalto habian formado de renunciar á sus derechos; y exhortó por consiguiente á que se eligiese un sugeto benigno, pacífico, y capaz de hacer feliz la patria. Habló despues Montalto, pero

sin énfasis ni adornos, y con la sencillez propia de la franqueza.

Adorno arrepentido era una cosa bien extraordinaria; pero fuese su desinterés fingido ó verdadero, se aprovecharon de él, y escogieron noventa personas entre los principales de la asamblea para proceder á la elección del Dux. Apénas habian cerrado las puertas, quando oyéron un espantoso ruido de la parte de afuera: subieron á las ventanas, resonó el ayre en clamores de espantosas amenazas, si no era elegido Adorno, tembláron los electores, cediéron á la violencia, y le proclamáron. Montalto, que se vió engañado, salió de la asamblea hirviendo en cólera, y juró vengarse.

Hizo compañeros de su resentimiento á quantos enemigos de Adorno pudo hallar: eran estos muchos, principalmente entre la nobleza. Volviéron á empezar las hostilidades mas crueles que nunca: no fuéron felices para los confederados rechazándolos Adorno; pero ántes que sujetarse á este Dux resolvieron someter su ciudad á una potencia extranjera. Ya los Franceses tenian un pie en el estado por las empresas de Carlos VIII en Italia. Entabláron los nobles una negociacion con ellos: tuvo Adorno noticia; y viendo que le preparaban

un enemigo, de quien con mucho trabajo se defenderia, eligió el partido de entregar su patria á los Franceses, para hacer de este modo mérito con ellos, y esperar que se lo agradeciesen.

Tenia el Dux las riendas del gobierno y las fuerzas del estado: aseguraba la voluntad del pueblo, por la preocupacion de este, y la confianza en su dignidad. Era en los Franceses mas prudencia recibir de él, ya conquistada, una autoridad que los enemigos de Adorno les ofrecian por conquistar, y así tratáron con él por preferencia. En una junta general, expresamente convocada, ponderó tanto las ventajas que podian resultar á Génova con su sumision á la Francia, que quedó resuelta entre aclamaciones de todo el pueblo. Se entregáron los Genoveses á los mas vivos excesos de contento y alegría, como si aquel dia fuese el mas bello y el mas feliz de la República. El gobierno popular, hecho monárquico, ya se habia verificado en Roberto, Rey de Nápoles, y en Vizconti Arzobispo de Milan: Cárlos VIII fue el tercero.

Reflexionando en lo que habia pasado y en el carácter de los Genoveses, no podia esperarse que el dominio de un Soberano extranjero consiguiese la tranquilidad. Los nobles,

á cuya cabeza estaban Montalto y Guarco, apoyados por el Duque de Milan, que aspiraba á la soberanía, no pudieron ver sin grande sentimiento que esta cayese en manos de un Monarca, que no les debia obligacion alguna. Los nobles de Adorno exáltaban públicamente el gobierno monárquico, mirándole como muy ventajoso para la nobleza, y lo sostenian con todas sus fuerzas la revolucion. Las desgracias de Montalto y Guarco, que fuéron hechos prisioneros, y puestos en libertad por el interes comun, unieron por algun tiempo las dos facciones de nobles; pero en el fondo subsistieron igualmente contrarias, baxo el nombre de Güelfos y Gibelinos, que volviéron á tomar con una especie de entusiasmo. La llegada del Gobernador frances, y el perdon general que concedió, obraron una tregua cuya eficacia duró hasta que murió el intrigante Adorno.

Todo iba bien, hasta que el Gobernador frances, desconfiando de algunas juntas secretas, y creyendo que el Podestá, juez criminal ordinario, no era suficiente para buscar á los conspiradores y sus cómplices, instituyó otro juez con el nombre de capitán de justicia, dándole un poder absoluto sin límites ni

apelacion. Este tribunal de sangre alborotó á los Genoveses á proporcion del susto que les inspiró; é hicieron promesas y votos por los Gibelinos nobles que asolaban los campos. Suprimió el Gobernador su capitan de justicia; pero al mismo tiempo descontentó á los Güelfos, sus amigos, con los favores que hizo á los Gibelinos con el fin de ganarlos, pues tenia grande interes en no perder á los Gibelinos, por estar unida con ellos la faccion popular, siempre formidable.

No tuvieron buen éxito estas contemplaciones; pues las dos facciones, así balanceadas, nada perdiéron para exercitar una contra otra su rabia. En ménos de quince dias se diéron entre sí seis combates dentro de la ciudad, y no seria fácil describir con quanto furor. Las piedras, los mármoles y los bronces no estuvieron exentos de los efectos de su ira. Aruináron enteramente los edificios públicos, ornamentos de Génova: por las calles no se pisaban sino cadáveres: ya estaban infestadas las casas, y entró la peste á colmar las desgracias de la hambre y de la guerra. Cesáron estas plagas mas por cansancio que por autoridad, pues esta no la habia en Génova. Se habia retirado el Gobernador, y parecia que

el consejo de la Francia habia tomado el partido de dexar que aquellos furiosos se debilitasen con sus pérdidas para gobernarlos despues mas fácilmente , así como se dexa á los maniáticos hasta que se debilitan con sus propios esfuerzos.

Todavía corria por sus venas una sangre demasiado caliente y abundante. Les enviaron otro Gobernador, que no los halló muy sossegados, siéndole preciso adoptar un medio que no agradaba á la nobleza , pero que él tuvo por necesario, y fue: permitir que se creasen doce Magistrados populares, tomados del cuerpo de los artesanos, con el nombre de Piores. Tampoco produjo este expediente buen efecto. A proporcion del entusiasmo con que habian abrazado los Genoveses el honor de verse Franceses, fue la detestacion con que quatro años despues miraban este título. El solo nombre de Gobernador les era odioso, y creyó aquel Comandante que debia ceder á su preocupacion, dexándoles gobernarse por un Ministro intermedio, á quien diéron el nombre de Capitan de la guardia del Rey. Le tomaron entre los Genoveses; y Bocanegra, el mismo que Montalto habia arrancado del suplicio, fue el primero que tuvo es-

ta dignidad extravagante; pero no pudo mantenerla, é hizo su dimision. Diéronle por sucesor otro Genoves llamado Luzardo, que tambien renunció: volvió á tomar su plaza, y la volvió á dexar. Esto se hacia como con licencia del Gobernador, pero á pesar del mismo. Por último, resolvió el consejo de Francia hacer un poderoso esfuerzo contra aquel pueblo amotinado, y ver si se le podia gobernar, ó si se debia abandonarle.

Esta prueba se confió á la capacidad de Juan Le Maingre, Señor de Boncicaut, Mariscal de Francia, enviándole con una escolta que equivalia á un ejército. Ya en Génova tenia Boncicaut reputacion bien merecida de valiente, desinteresado y equitativo; pero tambien de severo, inflexible é inexôrable. Asustó su entrada, porque le acompañaban mil infantes y mil caballos con un feroz silencio como el de su xefe, mirando con indignacion á toda la multitud que los rodeaba. Se redoblaba el espanto con la vista del terrible Boncicaut: su fisonomía, sus miradas, su talla y grave continente, todo componia un exterior tremendo; bien que suavizaba la exterior ferocidad en el trato particular con su mucha cortesía, extremada afabilidad, dulzura en la

expresion, y un conjunto de todas las virtudes sociales. De suerte que Boncicaut en el público, y Boncicaut en el trato particular, eran dos hombres absolutamente diferentes.

Dió principio á su administracion con un hecho severo de justicia y de política. Ya hemos visto que Bocanegra y Luzardo, baxo el nombre de Capitanes de la guardia del Rey, se habian tomado la autoridad en perjuicio de la del Gobernador. Boncicaut pues los hizo arrestar y condenar á muerte sin forma de proceso. Por mas que alegáron que los habia forzado un populacho sublevado, y que solamente habian aceptado la plaza, *salva la obediencia que se debe al Rey*, no por eso dexó el Gobernador de enviarlos al cadalso. Mientras Bocanegra, fuerte y vigoroso resistia á los satélites, y disputaba su cabeza al executor, saltó Luzardo en medio de la multitud: esta le rodeó, y le hizo pasar hasta los últimos, los quales le ocultáron. Primero se salvó en una Iglesia, despues fuera de la ciudad, y luego llegó á ser el enemigo mas peligroso de Boncicaut. Irritado el Gobernador por la fuga de Luzardo, mandó cortar sobre la marcha la cabeza al Oficial genoves que mandaba la guardia.

Apénas habia medio de contener á un pueblo tan amotinado sino el rigor, y poner á la multitud en estado de no poder alborotar. Nada se le olvidó á Boncicaut: desarmó á los habitantes de la campaña ordinarios auxiliares de los malcontentos de la ciudad: mandó que los ciudadanos llevasen las armas á una fortaleza, que él fortificó con fosos y baluartes para que no pudiesen asaltarla. Suprimió los Capitanes del quartel, confaloneros, síndicos y toda especie de Oficiales: prohibió con rigurosas penas las conferencias y juntas públicas y diarias: desterró los nombres de Güelfos y Gibelinos, y las insignias propias de estas dos facciones: quitó los Cónsules á los artesanos, mandando que no eligiesen otros. Nada se hizo despues sino por orden ó permiso del Gobernador. Hasta las cofradías, en un pais tan aplicado á los actos religiosos, no volviéron á juntarse sin su consentimiento. Si algunos Genoveses echaban de ménos las antiguas instituciones civiles, y la forma popular de su gobierno, otros aprobáron las reformas de Boncicaut, viendo la paz y tranquilidad que gozaba Génova con la superintendencia de un solo Señor. Al beneficio de su policia añadió el de sostener la reputacion de los Genoveses por

fuera , defendiendo sus posesiones , y animando su comercio. En su gobierno estableció el Banco de San Jorge , depósito abierto para todos los que querian poner fondos baxo las fianzas del Estado.

Este Banco fue el modelo de todos quantos se han formado para el público. El terror sostuvo la administracion de Boncicaut: y él conoció tan claramente la necesidad de este medio , que era inflexible en la menor cosa que atentase contra su autoridad. Tal vez se excedió en la precaucion , no permitiendo las reflexiones sobre su gobierno , y castigando como delitos de lesa Magestad las observaciones y discursos sobre este particular : y hasta los pensamientos hubiera querido vedar ; pero esta conducta tiránica solo sirvió para reconcentrar el descontento y darle mas actividad. A pesar de las trabas que puso á la mútua confianza , se comunicáron sus quejas y sentimientos ; y por algunos castigos mas que severos pasáron los Genoveses de las quejas á la murmuracion ; y Luzardo , que siempre andaba vagando en la campaña de Génova , ya preso y ya huído , soplaba sin cesar la indignacion contra el Gobernador. Hubiera triunfado Boncicaut de sus astucias y esfuerzos , si los negocios generales de Italia,

y la necesidad de sostener á los Franceses en el Ducado de Milan, no le hubiesen sacado de la ciudad.

Se reuniéron los Príncipes italianos para impedir que los Franceses se fortificasen en Italia, en donde ya eran muy temibles con la posesion de Génova. Sitiáron pues esta ciudad para librarla del yugo frances, y halláron que ya los habitantes le habian sacudido desde el punto en que habia salido Boncicaut; pero no se hizo la revolucion sin efusion de sangre, y horribles estragos contra los Franceses que habia dexado el Mariscal para sostener su autoridad. Quando los Príncipes confederados se presentáron delante de la ciudad con los nobles del partido gibelino que los acompañaban, llevando por Capitan al Marques de Monferrato: los del partido güelfo, que estaban dentro, despues de haber deliberado, abriéron las puertas con ciertas condiciones, siendo la principal que al Marques de Monferrato se le habia de reconocer por Capitan general de la República; y así lo fue con aclamaciones del pueblo que enloquecia de gozo.

Al Marques de Monferrato, Capitan general, le señaláron un consejo de doce, la mitad nobles, y la mitad plebeyos: unos Güel-

fos, y otros Gibelinos. Esta mezcla hizo la peor amalgama, porque los Gibelinos, que tenían por xefe á Lúcas de Fiesco, expeliéron á los Güelfos, y estos procuráron volver á entrar. El Capitan general no era afecto á los Gibelinos, que tenían á su cabeza á los Fregosos y los Adornos; y creyendo que le importaba volviesen los Güelfos, los favoreció; y aun se creyó que habia disimulado el asesinato de un Fregoso, y cargó de cadenas á un Adorno; pero todo esto nada le sirvió para conservarse en el Principado de Génova. Creáron un consejo de ocho Magistrados: estos convocáron una junta de trescientos ciudadanos de los mas distinguidos, y determináron y aun hicieron pasar por ley, que en lo sucesivo los plebeyos y los nobles fuesen igualmente capaces de todas las dignidades. Adorno, á quien el Marques de Monferrato puso en libertad con la esperanza de que su presencia suscitaria el alboroto, lo hizo tan al contrario que fue el punto de reunion de las facciones nobles y populares, y le hicieron Dux asi que le viéron en la ciudad.

En su tiempo se emprendió el importante trabajo de hacer leyes para reformar las costumbres y prevenir las conspiraciones. Diéron

este encargo á doce antiguos Magistrados, los quales establecieron que para ser Dux seria circunstancia precisa ser Genoves del cuerpo del comercio, y tener á lo ménos cincuenta años. Ya puede suponer el lector los reglamentos sobre las costumbres; porque estos en todas partes son semejantes, y se executan del mismo modo. Gobernaba Adorno con bastante tranquilidad; pero á Isnard Guarco le pareció que ya le duraba mucho tiempo el gobierno, pretendió suplantarle, y él fue expelido. Un Montalto, tambien grande emprendedor, llegó á conseguir que dexase Adorno su dignidad; pero no la dexó para él, pues pasó á Bernabé Guarco, jurisconsulto, hombre distinguido por sus freqüentes discursos al pueblo sobre la paz. A las cabezas de las casas populares les pareció que era demasiado premio para la eloqüencia de un abogado: le precisáron pues á renunciar, y eligieron á Tomas Fregoso.

Era este un hombre liberal, alentado, infatigable, á todo atendia, no despreciaba parte alguna de la administracion, y gustaba mucho de verse amado. Restableció la tranquilidad en lo interior, sosegó los alborotos exteriores, sujetó á los corsos que se habian sublevado, disminuyó los impuestos, y empleó

parte de su patrimonio, tanto en construir, quanto en reparar obras mas de utilidad que de luxo, entre las quales puede contarse la limpieza del puerto de Génova, que estaba sucio y lleno de escombros. Apénas se conocen en Tomas Fregoso mas que bellas calidades, y así le acometió la envidia, insecto roedor de la virtud. Los Guarcos, los Spínolas, los Montaltos, los Adornos y otros descontentos, no tanto de la persona del Dux quanto de no ocupar su plaza, no pudiendo destruirle por sí solos, suscitaron contra él á Felipe María Visconti, Duque de Milan, vecino peligroso de Génova, que no buscaba sino la ocasion de excitar en ella alborotos con la esperanza de recobrar la autoridad que allí habian tenido sus mayores.

Empezó la guerra, y siguió con la alternativa de felicidades y reveses. Habian atraido los confederados con Visconti casi toda la Italia contra Génova, y se sostuvo Fregoso por algun tiempo con las solas fuerzas de la República; pero creció la tempestad tan espantosamente que eligió mas bien renunciar en favor de Visconti, que exponerse con su resistencia á ser causa de la ruina de su patria. La partida de Fregoso fue un triunfo, porque

le acompañaron sus paisanos hasta la galera, con las señales mas expresivas de valor y de respeto. Se retiró á Sarsano, y le dió la República su territorio en propiedad en señal de estimacion, y para reintegrarle de los daños que habia padecido su patrimonio por su generosidad para con la patria. De este modo volvió Génova al dominio de los milaneses, sujetándose á un Señor á quien no amaba ni estimaba, y este recibió unos vasallos descontentos por las desolaciones que les habia causado durante la guerra; pero el pueblo siempre mostró la misma alegría.

Del plan de Visconti para sujetar á los Genoveses, puede formarse la idea de que pensó en llevarlos á las guerras contra Aragon, Venecia y Florencia, siendo así que solo para él era el beneficio; y en favorecer con afectacion á unos ciudadanos en perjuicio de otros: pues dió las fortalezas y ciudades á sus amigos á título de gobierno, desmembrando así el Estado. Tambien pensó en no perseguir á los desterrados, ántes bien se lastimaba, y les permitia restablecerse, dando de este modo nuevas fuerzas á los odios particulares, y teniendo siempre al populacho en accion con noticias divulgadas diestramente, y á los xefes sin

resolucion entre temores y esperanzas. Con esta conducta faltó muy poco para que Visconti adormeciese á los Genoveses con un sueño de muerte.

Pero la venganza es vigilante. Tomas Fregoso, que con tanta violencia habia renunciado á la dignidad de Dux que habia desempeñado bien, abrió desde su retiro los ojos á sus paisanos para que viesen su infeliz estado. Fue grande el número de los malcontentos que con sus diligencias se le juntaron: se unió con él la faccion de Adorno, capitaneada por Bernabé; y unos y otros tomaron fuerzas con la capacidad de un hábil General llamado Spínola. Estaba el pueblo furioso contra el Duque de Milan, que habia cerrado á propósito los ojos, sobre el proceder atroz de Pilcini, comandante de sus tropas. Despues de haber este ganado una victoria contra los malcontentos, con el auxilio de los Genoveses, fue tan bárbaro y cruel, que mandó á sangre fria matar á los prisioneros por mas que pedian gracia de rodillas, y que los Genoveses de su ejército intercedian por los infelices sus paisanos y parientes.

No contento con un castigo, que no se habia visto en mucho tiempo en los estados

christianos, Pilcini, sin atender á sexô, edad ni profesion, hizo vender públicamente todos los que habian huido de la matanza. No castigar semejantes atrocidades es condescender: por lo ménos así lo creyeron los Genoveses, y conserváron en su pecho el resentimiento; pero luego que conociéron que podian hacer frente á la guarnicion milanese esparcida por la ciudad, se subleváron, y fue la primera operacion elegir seis personas principales, á quienes encargáron el gobierno baxo el nombre de *Defensores de la patria*. Estos consiguiéron encerrar á los milaneses en el casti- llo, le conquistáron, y los expeliéron. Envió el Duque de Milan al terrible Pilcini; pero este no hizo estragos sino en las cercanías de la ciudad: y siempre fue Génova la que se hizo á sí misma los mayores males.

Los defensores, á quienes diéron este título en un momento de alboroto, no sabian bien la conducta que debian observar con el pueblo, y como que ignoraban la extension y los límites de su potestad, temiendo excederse, se estaban en una especie de inaccion y de pasmo, que fue muy favorable á los pícaros y malhechores, cuyas compañías llenaban toda la ciudad. Muy cómoda era esta inac-

cion para las cabezas de las facciones, porque de este modo lograban mayor facilidad para urdir sus tramas. Los Adornos y los Fregosos ocupaban el primer lugar entre las familias populares; los demas y los mismos nobles no se avergonzaban de declararse sus clientes. Solamente los Montaltos y los Guarcos pudieran oponerles competidores temibles. Habian tomado el partido de volver al gobierno de su Dux, y eligieron á Isnard Guarco, que se hallaba en la ciudad, sin duda por anticiparse á las pretensiones de Tomas Fregoso; pero á los siete dias acudió este bien acompañado: hizo presente que habiendo dexado de ser Dux para ceder la administracion al Duque de Milan, segun lo deseaba el pueblo: supuesto que se repudiaba la autoridad de aquel Duque, era justo que le restituyesen á una dignidad que solo por condescendencia habia dexado. Era Fregoso muy amado y estimado, que es lo que muchas veces vale mas que la razon; y así le reeligiéron, ó por mejor decir le restituyéron su dignidad con el consentimiento del nuevo Dux.

No se estuvo quieto el Milanés expulsado, y entre otras maniobras, suscitó contra Tomas Fregoso á un hermano suyo; y to-

mado el punto con seriedad se armáron los dos, y llegóron á las manos. Bautista Fregoso quedó hecho prisionero, le perdono su hermano, y toda la familia se reunió. Llenó de beneficios el Dux á todos sus parientes, dándoles las dignidades y el mando de las tropas, y esta preferencia tan clara excitó la envidia. Empezáron por decir de Tomas Fregoso, que ya habia tenido demasiado tiempo la primera dignidad, y que era preciso que cada uno la gozase por su turno. Juan Antonio de Fiesco no se anduvo en discursos; y á instancias del Duque de Milan se mostró con armas en la costa de Génova. Atraia los nobles á su partido, y no dexaba de animar con sus palabras la envidia contra el Dux. „¿Con que por obedecer á las leyes de un plebeyo, les decia, habeis sacudido el yugo de un Príncipe extranjero? Para elegir un dueño que os mande con imperio en un Fregoso, ¿habeis sacudido el yugo del Duque de Milan?” Hacia mayor efecto este discurso; porque el mismo Fregoso abria la puerta á la envidia con su inclinacion al fausto y magnificencia. Abandonándose á una perfecta seguridad descuidaba de observar las acciones de Fiesco; y este, aprovechándose de su descuido, se introduxo

en la ciudad, y repentinamente se halló abandonado el Dux con grande admiracion suya, contando por felicidad poder restituirse por capitulacion á su antiguo retiro de Sarsano.

Eligiéron ocho Capitanes de la libertad genovesa, que no duráron mas que un mes, y sucedió á esta Octocracia un Dux, llamado Rafael Adorno, á quien pusieron quatro Consejeros para que no abusase de su autoridad. Esta precaucion era poco necesaria, respecto de Rafael, hombre de tan poca ambicion, y tan modesto, que su familia, viendo que nada ganaba con su elevacion y su moderacion excesiva, le empeñó en que hiciese la dimision, y procuró la plaza para Bernabé Adorno, de quien esperaba lo que no la habia dado Rafael. Pero en una noche obscura Jano Fregoso, hermano del Dux Tomas, entró en el puerto con sola una galera; desembarcó sin ruido su gente, que consistia en ochenta hombres valientes, determinados á vencer ó morir con él; y marchó al palacio del Dux. Halló resistencia; pero Bernabé se vió precisado á huir, y al dia siguiente eligieron á Jano en su lugar.

Murió al cabo de un año, y fue muy sentida su muerte. La estimacion en que le tenian reunió los votos en favor de su herma-

no Luis Fregoso, aunque ausente. Era hombre sin vicios ni virtudes, y hallándole incapaz de la dignidad, la ofrecieron á Tomas el de Sarsano; pero este prefirió la tranquilidad de su retiro, por lo qual eligieron á su sobrino Pedro Fregoso, hombre intrépido, guerrero excelente, que como habia sido rebelde y proscripto sabia como se habia de portar para contener á los amotinados, siendo sus principales medios el temor y el terror, con lo qual dió á Génova un nuevo exemplo de severidad. Cierta noble, llamado Galeoto, se propasó en algunas conversaciones contra el Dux; y este que por otra parte no le queria bien, le hizo ahorcar con su ropa de senador, poniendo á sus pies estas palabras: *Este hombre ha dicho lo que no debia decir.*

Génova sostuvo la guerra, ya contra la Francia, ya contra Don Fernando Rey de Aragon, porque la guerra entre los Fregosos y Adornos habia llamado las armas extranjeras contra su patria. Habian contribuido los Fregosos á que la Francia perdiese la soberanía de Génova; pero en política todo se olvida, y así el Dux Fregoso, estrechado por los Adornos, que habian recurrido á los Aragoneses para apoderarse de la primera digni-

dad, no dudó apelar al auxilio de los Franceses. Aun hizo mas, porque viendo que los Adornos le quitaban la plaza de Dux, dixo: „Ya que yo no puedo mandar en Génova quede esta sujeta; y obedezca á un soberano extranjero: yo no dominaré en mi patria, pero tampoco dominarán los Adornos: yo tendré que obedecer, pero tambien ellos tendrán un Señor, y no será el mio ningun Adorno.” Con estos pensamientos propuso la soberanía á Carlos VII, este la aceptó con las mismas condiciones que su padre, y se estipularon los reintegros en dinero para el Dux.

El Rey de Aragon, incitado por los Adornos y sus partidarios, acudió á Génova, y la estrechó muy de cerca. El hambre, consecuencia de la guerra, y su compañera la peste, empezaban á sentirse en la ciudad quando la muerte del Rey de Aragon hizo levantar el sitio. Pedro Fregoso, que no tenia ya que temer al Rey de Aragon, ni á las dos cabezas de la familia de Adorno, Rafael y Bernabé, porque les faltaba el apoyo, pensó ya de otro modo, diciendo: „Que seria caer en grande falta dexar á la Francia la soberanía, y no volver él á tomar la autoridad; Pero cómo habia de ser esto, si los Franceses te-

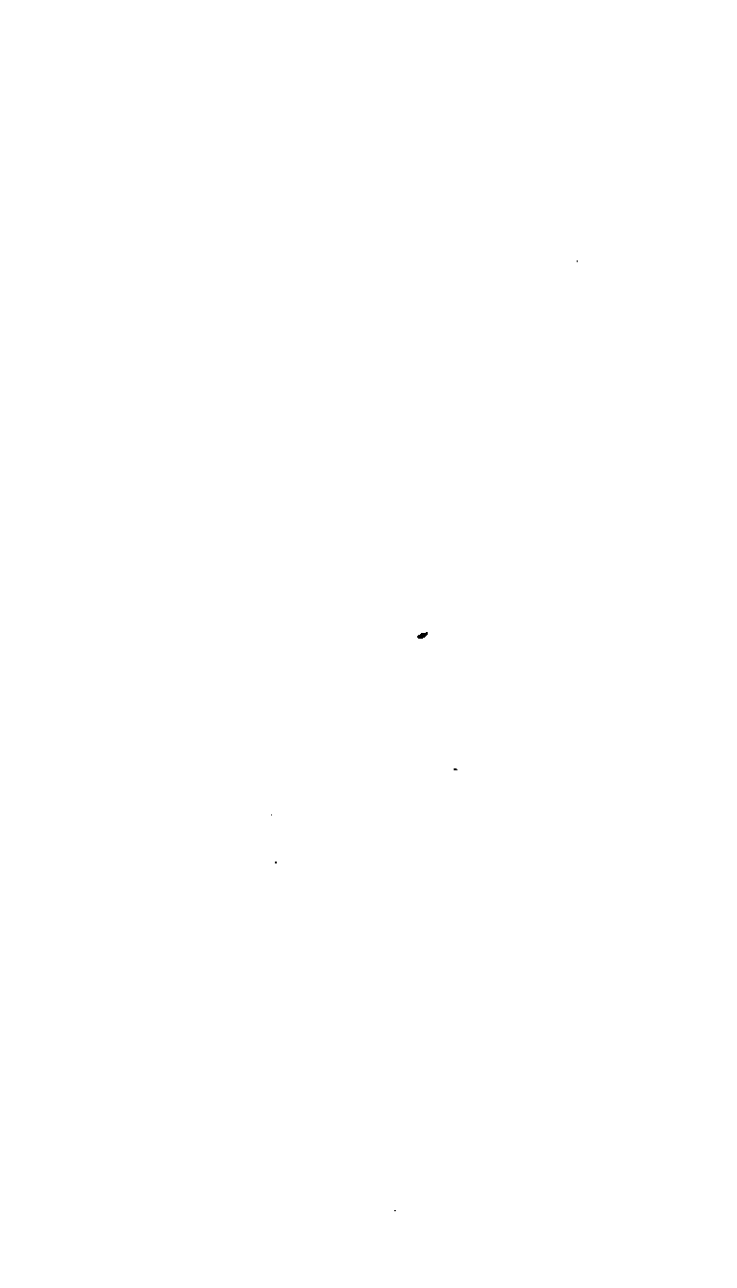
nian en Génova una buena guarnicion, y era difícil echarla fuera?

Fregoso pues les pidió la cantidad prometida como precio de su renuncia, y la enviaron á la casa de la República que se hallaba vacía. Empezó á murmurar y á quejarse Fregoso, le expeliéron de la ciudad con todos sus partidarios; pero esto es lo que él queria. Fue á verse con el Duque de Milan; y este, no pudiendo socorrerle con fuerzas, le dirigió al nuevo Rey de Aragon con eficaces recomendaciones. Ganó Fregoso á los Fiescos, se reconcilió con quantos pudo de sus antiguos enemigos, y se presentó delante de Génova. Arrebatado de furor contra los Franceses no se tomó tiempo para reunir todas las fuerzas que le prometian: dió el asalto, y escaló el primer muro. Detenido en la segunda cerca halló buscando por todas partes un portillo mal guardado, y se arrojó á la ciudad creyendo que le seguian. Fue penetrando el imprudente, recorrió muchas calles á caballo, y siempre peleando. Corrió de una á otra parte, y perseguido de los tiros y piedras que llovian, buscó salida, pero no la halló; y herido en la cabeza con un palo calzado de hierro, cayó, y murió.



Muerte de Pedro Fregoso.

Impugnado vigorosamente Pedro Fregoso en recobrar a viva fuerza la autoridad que habia vendido el mismo, asaltó con sus partidarios á Génova, ganó el primer muro, se cayó imprudentemente por un peñal del segundo, se encontró en la ciudad solo, y perseguido en sus calles recibió un golpe que le quitó la vida. No leió este miserable satisfacer su ambición; pero ella misma le arrastró al castigo.



Se disiparon sus tropas, y Génova logró algunos meses de calma baxo la dominacion francesa. En este intervalo se habló de proveer á los gastos urgentes de la República; pero estaba el tesoro agotado: se trató de llenarle, y el pueblo decia: „Que esta carga no la debia llevar él, pues estaba privado de las honras y dignidades. Los nobles se excusaban; y mientras deliberaban exclamó con mucho calor un jóven: „¿Para qué son tantas palabras? ¿Por ventura no tenemos armas para conseguir que se nos haga justicia? A las armas ciudadanos, á las armas;” y al punto se sublevó toda la ciudad. Como decian que nada querian con los Franceses, se interpuso el Gobernador para mediar, y ya estaba para lograr su objeto, quando Pablo Fregoso, Arzobispo de Génova, y hermano del difunto Dux Pedro, entró con Próspero Adorno en la ciudad, y Fregoso dexó por modo de convencion que fuese Adorno elegido Dux. Las dos familias asociaron su odio contra los Franceses que se habian retirado á la ciudadela; y aunque habia sido muy moderado su gobierno, el pueblo los sitió como si tuviera de que quejarse. Duró mucho el sitio por las diferencias entre el Dux y el Arzobispo. Se reconciliaron por

las diligencias que hizo el Duque de Milan, empeñado en concordarlos, aunque ménos por el amor de la paz, que por su enemistad contra los Franceses.

Dificultad costaria decir qual de estos dos hombres era el mas perverso: el uno aconsejaba el mal, y el otro le executaba. Entendia maravillosamente el Arzobispo de imaginar medios para cargar contribuciones, y el Dux de llevarlos á efecto. Temible seria tal concordia si pudiera durar entre los malos. Con motivo de una victoria que ganó el Arzobispo á los Franceses que iban á librar á sus compatriotas, encerrados en la ciudadela, negó el Dux al Prelado la entrada en la ciudad, rezelando que le hiciese demasiado poderoso la gloria que acababa de adquirir. Se levantaron contra esta proscripcion los partidarios del Arzobispo pretendiendo que se le abriesen las puertas; pero Adorno se obstinó en tenerlas cerradas. Peleáron dentro de la ciudad á vista de los sitiados y de los auxiliares milaneses, tranquilos expectadores del combate, cuya terminacion fue que el Dux se vió precisado á dexar la ciudad. Eligiéron en su lugar á Luis Fregoso, y el Prelado desposeyó á su pariente, y se hizo nombrar á sí mismo; pero apé-

nas le revistiéron de esta dignidad quando desagradó al pueblo, y se la diéron á Luis, aunque pocos dias despues volvió á ser del Arzobispo Pablo. Durante estas mutaciones, cansado Luis XI de una soberanía tan precaria como la de Génova, la dexó, y dicen que le enviéron diputados los Genoveses para que no los abandonase. Dixéron estos: „Nosotros nos entregamos á V. M. sinceramente:” „Pues yo, respondió muy enojado, os doy al diablo.”

A la verdad, lo mismo hubiera sido caer en su poder, que en el de Pablo Fregoso. Este Prelado, acompañado de bandidos y homicidas, recorria de dia y de noche las calles de Génova, robando, saqueando, matando, y cometiendo los mayores desórdenes. Contra este tirano, bien servido de sus satélites, imploráron los infelices Genoveses la proteccion de Francisco Esforcia, Duque de Milan. Hizo este Príncipe con el Prelado tentativas amigables para que dexase la ciudad tranquila: no surtiéron efecto, y fue necesario valerse de la fuerza. Procuró el Arzobispo apoderarse de la ciudadela para hacerse fuerte: echado de ella fue á la marina, se apoderó de quatro embarcaciones mercantiles que habia en el

puerto, embarcó sus pícaros, y empezó con ellos á exercer la piratería. Los Genoveses, perseguidos y sin poder defenderse á sí mismos, como habian experimentado los buenos oficios del Duque de Milan, se le entregaron; y él los libro de las vexaciones del Arzobispo Dux, y restableció el buen orden en la ciudad, gobernándola benignamente.

Juan Galeazo, hijo de Francisco Esforcia, no los trató como su padre. En lugar de respetar aquella sombra de autoridad que se habian reservado los Genoveses quando se entregaron, manifestó un impaciente deseo de subyugarlos enteramente. No omitió astucia ni violencia alguna por conseguir sus fines, con la poca política de hacer ver á los Genoveses, que ni los queria ni los estimaba; pero los Genoveses le correspondieron. El pueblo principalmente era el objeto de sus altiveces, y las de sus Oficiales: estos le trataban como á un rebaño vil, no con el cayado de pastor que atiende á conservarle, sino con el azote de mercenario interesado que mira con indiferencia sus aflicciones. Lo contrario hacia el Duque de Milan con la nobleza. que por su parte preferia la corte de un Soberano, en donde conseguia distinciones y empleos, qua-

les podia darlos una República en donde se veia confundida con la plebe.

Se oian quejas de todos, porque los nobles y plebeyos sufrían iguales vexaciones con los impuestos y órdenes tiránicas, y les chocaba el gobierno arbitrario. Quando el Duque advirtió que empezaba el descontento tuvo por conveniente aumentar las fortificaciones de la ciudadela, y para esto se proponia derrivar muchos y grandes edificios. Quando viéron extender la cuerda fatal para tirar las líneas, la estuviéron mirando los ciudadanos con aquel asombro que causa el desaliento. Lázaro Doria la cortó indignado á vista de los Ingenieros milaneses y de sus defensores. El Gobernador, viendo el contento que el pueblo manifestaba por tan arrojada accion, no se determinó á castigarla; y advirtiendo la plebe que la temian, se hizo mas atrevida, y tomó las armas. Algunos ciudadanos procuráron sosegarla, y fuéron los órganos de un tratado en virtud del qual consentia el pueblo en sufrir sus cadenas, pero con la condicion de que se las aligerasen. No le gustó á Juan Galeazo este convenio, que limitaba su autoridad, y así levantaba tropas para hacer á los Genoveses entrar debaxo del

yugo quando le quitáron la vida en Milan, en donde era tan odiosa como en Génova su tiranía.

La muerte de Galeazo despertó la ambicion de las cabezas de partido Adorno, Fiesco, Fregoso, Guarco, y otros á quienes los milaneses habian desterrado. El primero que intentó introducirse en Génova fue Guarco; pero la viuda de Galeazo, tutora de su hijo, habia tomado, quando murió su marido, algunas medidas bastante justas, para que esta primera empresa se desgraciase. Otras se consiguiéron, á pesar de la vigilancia y los esfuerzos del Gobernador milanés; este se vió precisado á retirarse á la ciudadela, abandonando la ciudad, en donde ya habian entrado los Fiescos, y habian hecho elegir seis Capitanes de la libertad genovesa: quatro del pueblo, y dos de las familias nobles Justiniani y Doria.

Esta palabra libertad, tan bien recibida del pueblo, fue siempre fatal á los Genoveses. Apénas entregáron esta especie de ídolo á la guardia de los Capitanes, quando acudieron los partidarios para hacerse dueños de él, con el fin de que sirviese de *paladion* á su partido. Unos entráron en el ejército mila-

nés enviado contra Génova, otros se introduxéron en la ciudad para defenderla: sonó el cañon del castillo, arruinó las casas con estruendo, voláron en pedazos los techos y los muros, se quedáron al descubierto los infelices habitantes, y no sabian adonde ir á buscar asilo. Despues de derramada mucha sangre, y de imaginar sesgos diferentes para que á tantos ambiciosos se les cayesen las armas de las manos, si posible fuera, halláron el expediente de constituir Gobernador de Génova á un Adorno, baxo la autoridad del Duque de Milan.

Próspero Adorno, revestido del poder, pero con un título precario, no tuvo por conveniente exercerle mucho tiempo para los milaneses. Penetráron estos su intencion, le pusieron en la cárcel, y le diéron libertad con motivo de un trastorno de Ministros que hubo en la corte de Milan. Este movimiento le sirvió para librarse de toda dependencia. Ya habia hecho que el pueblo abrazase sus intereses por medio de la falsa confianza de una carta supuesta de la Duquesa de Milan, que decia haberla interceptado, y que en ella prometia esta Princesa á su ejército el saqueo de Génova. El pueblo, sin detenerse á exâminar si era car-

ta supuesta ó verdadera, renunció, todos á una voz, á la autoridad milanese, y nombró á Adorno por Xefe ó Rector de Génova sin dependencia de Milan. Para romper todos los lazos hizo el Rector alianza con el Rey de Nápoles, que estaba en guerra con Milan, y obtuvo de él socorros. La Regente de Milan, indignada con la desercion de Adorno, le opuso por contrario á Obieto de Fiesco, á quien ella detenía en su corte, como hombre peligroso. Esta misma qualidad, que ántes se temía en él, se miró como recurso; pero no lograron ventaja los milaneses. Se vió que Obieto era una alma venal, que se dexó ganar de unos y de otros, ya por el Dux pirata Pablo Fregoso, ya por Milan contra Adorno, ya por Adorno contra los milaneses, y por último, por Juan Bautista Fregoso contra estos. Era este hijo de Pedro, aquel antiguo Dux, á quien matáron en las calles de Génova por querer sujetarla.

Todo se dirigia á la entera destruccion de la autoridad milanese en Génova: el pueblo ni aun queria oír hablar de ella: la nobleza titubeaba, pero detestaba á Próspero Adorno, porque sin duda no estaba tan sacrificado á los nobles como ellos querian. Se juntáron estos con Juan Bautista Fregoso, aunque le mi-

raban con desconfianza, y le ayudáron á desembarazarse de Adorno. Este se creía muy seguro del tal Fregoso, que se le habia vendido muy caro, y á quien otros compradores habian hecho suyo. No lo advirtió Adorno hasta que Fregoso le acometió casi en su mismo palacio. Tuvo que huir, y le costó buen trabajo ganar la ribera del mar perseguido de los silbos del populacho, y por entre una granizada de piedras. Estaban á la vista del puerto algunas galeras de Nápoles, las hicieron señal, y como no se acercasen tan pronto se arrojó el Rector al mar, llegó á ellas nadando, y se largó prontamente.

Entráron en deliberacion sobre el gobierno que habia de darse á Génova. Juan Bautista Fregoso daba á sus conciudadanos la satisfaccion de que pareciese que los consultaba, porque ya estaba resuelto entre las cabezas de partido Fiesco y Fregoso, y aun con el Rey de Nápoles, conviniendo todos en que no se hablaría mas de la autoridad milanese, sino que volverían á tener Dux. Eligiéron á Juan Bautista Fregoso, que tan bien se habia hecho pagar de todos los partidos, y le revistiéron del poder absoluto con el contrapeso de un consejo de ocho Magistrados elegidos por el

pueblo. Para consolar á la nobleza de que se hubiesen hecho sin ella muchos arreglos, tuvo el pueblo la condescendencia de sacar de la clase noble las dos terceras partes de sus magistrados.

Se supone que Juan Bautista Fregoso no entró por su gusto en todas estas intrigas, sino que cedía á los deseos de su familia; porque su inclinacion era al estudio, á las bellas letras y al sosiego, que es el mejor estado para gozar de sus encantos. No obstante, como el sabio se presta á las circunstancias, se sujetó á la carga del gobierno, y cumplió con exâctitud sus penosas obligaciones, aunque no pasaba de aquí; y así ni su familia ni los que eran cabezas de otras casas, sacaban provecho alguno de su dignidad, por lo qual aquellos ambiciosos no gustaban de su moderacion. Le dixéron un dia que Pablo Fregoso su tio, aquel Arzobispo de Génova de quien tanto hemos hablado, y que era ya Cardenal, queria tener conversacion con él en su palacio. Fue el Dux sin guardia ni precauciones, y halló una junta de personas, que ya á primera vista no le parecieron muy bien intencionadas. Con efecto, le diéron á entender con bastante claridad que los Genoveses estaban cansados de

obedecerle, y que era preciso que cediese la plaza sobre la marcha por el bien del público. A esta propuesta no esperada, herido el Dux de una especie de aturdimiento, dixo con voz balbuciente algunas palabras, renunció, y se retiró; y el Arzobispo fue electo Dux por la tercera vez.

Sus vicios, que él jamas habia reprimido, continuáron en dexarse ver al descubierto, y la sola prenda de capacidad militar que habia mostrado se eclipsó. Vió con tranquilidad vencidos por los Florentinos á sus compatriotas y súbditos, y no los consoló en sus reveses, ni con la paz interior que sus desórdenes siempre turbáron. No obstante, en lugar de quitarle toda la autoridad, se contentáron con ponerle freno, asociándole diez de los principales ciudadanos como consejeros con el nombre de *decemviros*.

Temió Fregoso que esto fuese ir abriendo el camino á su destitucion, y procuró asegurarse la proteccion de Milan. Atraxo á esta corte con el casamiento de Fregosino, su hijo natural, con Clara, que tambien era hija natural del difunto Duque Juan Galeazo. Esta precaucion advirtió á los Genoveses lo que debian temer, y se realizó lo que rezelaban.

Procuró Pablo Fregoso toda la autoridad que pudo para los milaneses en Génova; pero el día ántes de quedar totalmente sujetos, se ofrecieron los Genoveses de nuevo á la Francia: aceptó Cárlos VIII, y les prometió socorros; mas como estos tardasen, la República, por miedo de otra cosa peor, recibió un Gobernador de mano de los milaneses, y fue este un Adorno, que reconoció no tener el gobierno mas que para diez años en nombre del Duque Ludovico Esforcia, llamado el Moro.

Pudiera formarse una idea bastante exácta del estado político de Génova, comparando su pueblo á un enfermo, que padeciendo mucho busca la salud, entregándose indistintamente á los buenos médicos, y á los empíricos ó curanderos que le prometen el alivio; y sus nobles á hombres de temperamento vigoroso, que estando sanos y fuertes no creen la enfermedad de los otros, y exígen de ellos los mismos servicios que si estuvieran robustos; y por último á las potencias vecinas, semejantes á los charlatanes, que miran con indiferencia el buen ó mal éxito de sus consejos y drogas como ellos saquen provecho. Ludovico el Moro prometió á los Genoveses prosperidad, paz y justicia; y quando ya los tuvo ganados y sujetos

á su dominacion, los empeñó en guerras, emprendidas por su propio provecho. Sintió el pueblo febricitante la enfermedad de los impuestos: la nobleza, con poca disposicion para tomar parte de la carga, supuso que se quejaba sin razon, y despreciada la enfermedad se fue agravando. Al abatimiento de las fuerzas sucediéron los arrebatos de furor; y si estos no fuéron mortales á la República, causáron por lo ménos mucha falta de fuerzas.

Abusáron los Adornos de la autoridad que les confiáron para vengarse de sus enemigos y cometer impunemente los mayores desórdenes. Hubiera roto el descontento con funestas conseqüencias para los unos y los otros, á no haber sido por la prudencia de Curandola-Estanga, á quien Ludovico el Moro mantenia residente en Génova. Muchas veces suspendió este la animosidad de los partidos quando iban á llegar á las manos. Gobernó tambien con igual destreza el afecto de los Genoveses hácia Ludovico, por lo qual quando este Príncipe se descompuso con Cárlos VIII, á quien él mismo habia llamado á Italia, diéron los Genoveses al milanes toda especie de socorros. Pero quando la fortuna empezó á volver la espalda á Ludovico, y desplegando

los Franceses grandes fuerzas, anunciaban sucesos brillantes: se declararon los Genoveses por los mas felices, y previniéron al vencedor sometiéndose á él. Luis XII, sucesor de Cárlos VIII, aceptó su homenaje prometiendo sostenerlos contra Ludovico.

Como este socorro tardaba, temieron los Genoveses que el Duque de Milan, que todavía no se veia desamparado, volviese sobre ellos, y se vengase de su desercion. Crearon pues un consejo de doce Magistrados, dándole poder para que tomase las medidas necesarias para la defensa de la ciudad; y empezando á gustar la dulzura de arreglar por sí mismos sus asuntos, ya se sintieron con ménos disposicion para dexarse mandar de una potencia extranjera.

No les desagradaba el dominio de Luis XII, Príncipe afable y lleno de bondad, y así no hubo pruebas de buen afecto que no le diesen en los tres meses que residió en Génova. Los mismos testimonios de estimacion y respeto diéron ocasion á la primera disension que rompió entre los nobles y los plebeyos, disputando entre sí quales habían de llevar el palio en la entrada del Monarca, y aunque este decidió por los plebeyos, este favor fue de

puro cumplimiento, porque las dignidades y las gracias se quedaron para los nobles, aun durante la residencia del Rey, y mucho mas despues de su partida. Los Gobernadores que envió la Francia, escogidos entre la nobleza, ademas de la inclinacion que su origen les inspiraba, pensáron en sostener á la nobleza como apoyo del gobierno monárquico. Indispuso al pueblo esta parcialidad, y mucho mas porque abusando los nobles de la superioridad que les daban, y no deteniéndose en desagradarle, encendian su odio con toda suerte de tratamientos injuriosos, sin disimular siquiera el desprecio que hacian de todo quanto se llama pueblo.

Tanta arrogancia indignó á la multitud, cansada de sufrir continuamente los insultos de una juventud desvanecida con su nacimiento y sus riquezas. Despues de muchas provocaciones y riñas públicas, que indicaban las disposiciones del corazon, declaró por último el pueblo sus pretensiones. Quiso y significó con aquel calor que siempre se advierte en sus pasiones y deseos, que en adelante se repartiesen los empleos entre los principales cuerpos del Estado, que eran los nobles, los artesanos y los mercaderes. Esta era una nue-

va division, de la qual ni aun querian los nobles que se hablase, teniéndola por ridícula, diciendo que los dos cuerpos de mercaderes y artesanos no hacian mas que uno, y advirtiendo que si al pueblo se le concedia esta petition, poseeria él solo dos tercios de los empleos. El pueblo replicaba, que no siendo los nobles un tercio de los ciudadanos, no debian entrar por mitad con él en los cargos y dignidades. Algunos nobles, y sin duda de los mas juiciosos, no tenian por desarreglada la pretension del pueblo. Instaban los plebeyos por la decision, y la nobleza les oponia varias dificultades esperando el beneficio del tiempo, hasta que impaciente el pueblo, quitando los estorbos del modo que ordinariamente le habia salido bien, acudió á las armas. Todo se lo concedió el Gobernador, y se creáron dos Magistrados populares con el bello nombre de pacificadores. Escribiéron al Rey, y aprobó el Consejo esta resolucion; pero en ménos tiempo que el necesario para llegar desde Paris á Génova, se rompió la pacificacion.

Bien que la rotura viniese de parte del pueblo ó de los nobles: estos, como mas débiles, siempre que se levantan los plebeyos en masa quedáron expulsados. Hiciéron gran-

des exclamaciones, y resonaron sus quejas en la misma corte de Francia, la qual llevó á mal que el pueblo no hubiese esperado la ratificacion de sus pretensiones, siendo esta en su favor, y que quando la supo no le hubiese merecido el justo respeto. Envió pues Luis XII un Gobernador bien acompañado, que hizo su entrada con aparato formidable y con ayre sombrío y pensativo como Boncicaut; pero no tenia el talento ni la fortaleza de este. Dexó que el pueblo crease ocho Tribunos sacados de su cuerpo: y el acto de eleccion les dió una autoridad absoluta, que aniquilaba la de todos los otros Magistrados.

No agradaba esta disposicion ni aun á los primeros del pueblo, y con razon, porque los Tribunos, por conservar su poder pasagero, solicitaban con afectacion el favor del populo, y los bandidos y malhechores, de que estaba llena la ciudad, seguros de su proteccion, se entregaban impunemente á los mayores desórdenes. Llegaron á tal extremo, que á los Tribunos les fue preciso consentir que entrasen tropas regladas para contener á los malvados. El deseo de establecer alguna policia dictó el proyecto de formar un consejo de treinta y seis ciudadanos populares, su-

primiendo toda otra magistratura. Despues volviéron á un corto número de cabezas, inferior todavía al de los Tribunos. Eran ocho los xefes, y quatro los Regentes que se creáron. Indignado el Gobernador por las afrentas que sin cesar sufría, ya porque abiertamente se oponian á sus órdenes, y ya porque indirectamente las quebrantaban, dexó la ciudad, y abandonó á los Genoveses á sí mismos. Entónces volviéron á parecer los Tribunos, no haciendo ya misterio de la intencion de sacudir el yugo frances, y en este punto á nadie permitian ser indiferente. Los principales plebeyos y aquellos nobles que no tomaban parte en estos movimientos, se viéron atormentados como sospechosos de inclinacion al gobierno frances, y de que le favorecian. Los mas prudentes no desesperaban de reducir al pueblo á los caminos de la reconciliacion; pero los oradores con sus arengas vehementes, le mantuviéron en su efervescencia. Amenazado pues del enojo de Luis XII le sugiriéron que invocase el auxílio del Emperador; y el pueblo, persuadido, quitó la bandera de Francia, substituyendo la del Imperio, y eligió en su misma clase un Dux, llamado Paulo de Novi, que era tintorero.

Con este hombre, á quien no faltaba entendimiento ni valor, ganaron los Genoveses ventajas contra sus nobles, que favorecidos de algunas tropas francesas se veian al rededor de la ciudad; y soberbio el pueblo con estos sucesos felices, puso sitio á la ciudadela.

Luis XII, que por mucho tiempo habia estado dudoso, se habia por último determinado á marchar contra Génova. Iba avanzando, y acercándose, y esto esparció la consternacion en toda la ciudad. Ya el pueblo no era aquel otras veces tan alentado y zeloso de defender su libertad: el populacho, con sus Tribunos que le habian seducido, los amotinados y las cabezas de motin, olvidaron el soberbio estilo que hasta entónces habian usado: callaban sin saber lo que hacian ni lo que debian hacer. No obstante, pasado el primer abatimiento, volviéron un poco sobre sí, y tomaron algunas precauciones para su defensa. Repartiéron entre los paisanos, que trémulos se habian retirado á la ciudad, las casas de los nobles que habian desertado: cerraron las puertas, interceptaron las calles poniendo cadenas de hierro ó de maderos, y de este modo se quedó cada uno atrincherado en su casa. Llenáronse las casas de armas, de piedras y de vigas, co-

mo si en ellas tuviera que sufrir un sitio cada particular.

Estaban los habitantes muy distantes de convenir en un mismo parecer sobre la defensa. El mayor número, los mas ricos y sensatos opinaban por la sumision ; pero los Tribunos y los oradores no cesaban de animar al populacho , hasta que aterrado con las sucesivas derrotas empezó con el susto á mudar de opinion. Los Tribunos, los oradores y el Dux, temiendo que sus mismos cómplices por efecto de la mutacion los prendiesen para conseguir el perdon , se pusieron por la noche en salvo , y los Magistrados y ciudadanos principales, libres de esta tiranía , solo pensaron en pedir gracia. Génova se rindió á discrecion: no tuvo por que arrepentirse de la confianza en la benignidad de Luis XII, aunque se presentó con el aparato de una severidad , que asustaba, sentado en su trono , y rodeado de soldados , que anunciaban terribles amenazas. Los Genoveses convocados estaban trémulos y postrados, esperando con silencio la sentencia: se veian horcas preparadas en la plaza y en muchos quarteles, en las que colgaron á algunos cabezas de motin , y á los malhechores reos de muchos delitos. Se leyeron los

*L'inflessa parole è incomparabile les paroles de
 Geneva, utraque en terminas ad Roy de Francia
 Luis XII, que parte en persona a castigar a aque-
 lla Republica. Troncharon sus habitadores, huyeron
 los dades, y previendo así el daturon de los
 senales, vovra se rinde a discrecion. Con tan a-
 guales consequntias conpianen siempre los sal-
 vo a los verdaderos protectores.*

Genova se rinde a discrecion a Luis XII.



nombres de unos sesenta con la sentencia de destierro, y á todos los demas se les concedió la amnistía ó perdon general, con lo qual resonó el ayre en bendiciones y acciones de gracias. Advirtiéron algunos que Luis llevaba en la cota de malla un emblema, que en medio de la general consternacion les daba esperanzas, pues era una aveja con estas palabras: *Esta no se sirve del aguijon.*

Quedó la ciudad despojada de sus privilegios: quemáron los diplomas: edificó Luis una ciudadela, que se llamó el fuerte de la linterna, é impuso una contribucion por los gastos de la guerra. Pasado el primer ruido buscaron despacio á los autores de la rebelion. A Demetrio Justiniani, á quien un zelo inconsiderado por la libertad habia mezclado en todas las intrigas, hombre por otra parte de buenas prendas y muy estimado, le condenáron á cortarle la cabeza: leccion para los hombres honrados aun en tiempo de facciones. En estas se habian mezclado los Milaneses, los Venecianos, el Rey de Nápoles, y todos los pequeños Príncipes de Italia habian contribuido, y principalmente Pisa, adonde se habian refugiado el Dux Paulo de Novi, algunos censores y sus adherentes. Le prendiéron pues, y

llevándole á Génova con ellos le quitáron la vida en el lugar de su triunfo. Dexó Luis XII un Gobernador con buenas instrucciones y órdenes severas; pero la rabia de las conspiraciones superó su precaucion y su prudencia.

De Lanoi, primer Gobernador, hombre discreto y moderado, no pudo sostenerse contra las pesadumbres que le suscitó la perpetuidad de las intrigas, y suplicó que le llamasen á Paris. Su sucesor desagradó por su mayor teson, y los infelices Genoveses, atormentados y atormentadores, eran el juguete de las pasiones de los vecinos que tenían al rededor, y de los intrigantes que vivian en medio de ellos. Ya eran Franceses, y así se viéron expuestos á los esfuerzos de la liga formada contra la Francia, por el Papa, los Venecianos y los Suizos, y aun cayo toda entera sobre ellos, con el tropel de los nobles que estaban descontentos. Se vió la ciudad amenazada muchas veces, ya de un sitio bien arreglado, y ya de una sorpresa.

Se hizo nombrar Dux Pedro Fregoso, y le sucedió Jano Fregoso. No pudiendo el Gobernador frances impedir estas elecciones se retiró al fuerte de la linterna, y los Genoveses formaron su bloqueo. Los Adornos, rivales

de los Fregosos, se declararon dentro de la ciudad por los sitiados. Los hermanos del Dux asesinaron á Gerónimo de Fiesco; y reunidos los Fiescos y los Adornos echaron de Génova al Dux Jano y su familia; y Antonio Adorno fue reconocido Gobernador por los Franceses. Este se sostuvo mientras los Franceses prosperaron; pero despues de la derrota de estos en Novara volvieron los Fregosos á la ciudad, y expulsaron á los Fiescos y los Adornos. Eligiéron Dux á Octaviano Fregoso, y este arrojó á los Franceses del fuerte de la linterna. Las victorias de Francisco I inclinaron al Dux á una composicion, y se convino en ser Gobernador de Génova por el Rey de Francia, como lo habia sido Adorno.

Sufrió Francisco I en Pavía un funesto reves de la fortuna, y Génova se vió arrasada á sus desgracias; por lo que, á pesar de los esfuerzos que hizo el Dux Octaviano Fregoso, la tomó por asalto el ejército imperial, y la saqueó. Murió de pesadumbre el Dux prisionero; y los Adornos, con la proteccion de los Imperiales, se hallaron dueños de la ciudad, y fue electo Dux Antonio Adorno. Ya los Franceses recobraron la superioridad, y convidaron á Adorno á que se uniese con

ellos, prometiendo dexarle la autoridad con el título de Gobernador como lo habian hecho con los Fregosos. Adorno no admitió la condicion, y emprendió la defensa de Génova contra el ejército frances; pero excediendo sus esperanzas á las fuerzas se vió Génova precisada á rendirse; bien que consiguió partido favorable. Entráron los Franceses pacíficamente, y no cometieron estrago alguno, á excepcion del saqueo de palacio por no poder impedirle. Debíó Génova su conservacion á Andres Doria, que estimado igualmente de los dos partidos procuró á los Franceses la ventaja de hacerse dueños de la ciudad; pero sin hacer daño á sus compatriotas. Hasta entonces Doria, gran marino y habilísimo General, habia sido muy útil á la Francia. Las intrigas de corte le pusieron mal con Francisco I; y Cárlos V, que estaba vigilante para aprovecharse de los yerros de su rival, atraxo al Almirante genoves, esperando quitar al Rey de Francia el dominio de Génova, aunque él no le consiguiese.

Como lo habia esperado el Emperador, proyectó Doria quitar á los Franceses la ciudad de Génova, y se aprovechó de una funesta circunstancia favorable á sus miras. Es-



Desembarco de Doria.

*Rendida Génova á la Francia, suspiraba por su libertad, quando su ciudadano el habilísimo y valeroso marinero Andrés Doria se presentó con pa-
tente imperial: y asegurando á todos de sus ideas benéficas, desembarcó, ahuyentó á los Franceses, restableció el buen orden, y llenó de júbilo á aquella República. No hay dificultad que no allanen, quando son venturosos, y se reúnen el zelo, la posibilidad y el talento.*

ta fue que la peste la asolaba. Ya habian salido los principales habitantes, y Doria, que era sospechoso á los Franceses desde que no estaba bien con su corte, aunque tuvo precision de salir de Génova, mantenía en ella correspondencia. Tribulcio, Gobernador por los Franceses, inquieto por algunos movimientos, que no pudieron ocultarse á su vigilancia, se mantenía en la ciudad no obstante la peste; pero con las solas fuerzas que permitía la debilidad de los Franceses en Italia; esto es, con algunas compañías de milicias, y cien Suizos de guardia. Es verdad que habia enviado algunas tropas que la peste tenia retiradas.

No las dió Doria tiempo para llegar, y se presentó en el puerto con pabellon imperial. Saliéron diputados á suplicarle que no renovase en la ciudad los horrores de la guerra civil, y que se retirase. Les descubrió el Almirante sus intenciones, capaces de asegurarlos, y desembarcó con solos quinientos hombres. Esparcidos estos soldados por las calles, hacen resonar en ellas los gritos de *San Jorge, libertad*. Gritos muy agradables para los Genoveses, como que habia mucho tiempo que no los oian, y así correspondiéron con ale-

gría excesiva. Tribalcio, abandonado hasta de su guardia Suiza, se puso en salvo en el castillo, y así se disparáron muy pocos tiros. Esta revolucion, la mas útil que habia experimentado la República, fue obra de pocos instantes, y solo costó algunas gotas de sangre.

En el mismo dia, en una asamblea tumultuaria, diéron á Doria el nombre de padre y libertador de la patria. Al dia siguiente hubo otra junta mas tranquila, á la qual acudiéron de fuera los ciudadanos mas considerables que se hallaban en proporcion de asistir. Se renovó el nombramiento hecho en el año antecedente de doce comisarios encargados de trabajar en la reforma del gobierno. Rehusó Doria modestamente ser uno de ellos para no hacer sombra á sus conciudadanos, y resultó un plan de gobierno que ha llegado á ser la base de la constitucion de la República como se halla en el dia, á excepcion de algunas ligeras variaciones que han ocasionado el tiempo y las circunstancias.

Para precaver las crueles disensiones que diéron principio á los bandos de Güelfos y Gibelinos, de los nobles y populares, de los comerciantes y los artesanos, se dedicó á que se hiciese un estado de todas las familias, así no-

bles como plebeyas, que tuviesen seis casas en Génova, y que estas familias fuesen como las matrices de la nobleza, y las que no las tuviesen se agregarían á las familias madres, con el nombre de las quales serían como otras tantas ramas. No pusieron en la lista á los Fregosos, Adornos, Montaltos, Guarcos y otras antiguas, reconocidas como nobles de derecho, y de aquí provino la distincion de antiguos y nuevos nobles. Solamente se hallaron veinte y ocho familias, que efectivamente poseyesen seis casas, y fueron declaradas por nobles, y del mismo modo todas las que entónces se agregaron á ellas. Además de esto se permitió agregar cada año diez personas mas, y se decidió, que en adelante el Dux y los Magistrados se elegirían de aquellas veinte y seis familias y sus anexas. En virtud de este arreglo, conveniente á nobles y ricos, los que no están comprendidos en esta especie de catastro, como solo forman el populacho y la parte menos considerada en la nacion, están excluidos del gobierno.

La dignidad de Dux quedó limitada á dos años, y el poder de este se reduxo, dándole con pretexto de ayudantes el consejo de ocho Gobernadores, sin cuyo parecer nada

puede determinar. Esto es lo que se llama la *Señoría*. Le añadiéron tambien ocho Magistrados de clase inferior, llamados Procuradores. El Consejo grande, que se junta para los asuntos de mayor importancia, se compone de quatrocientos ciudadanos: el pequeño, que se saca del grande, es de ciento; y este, despues de muchas votaciones, propone para la dignidad de Dux quatro sugetos al Consejo grande, que es el único que puede elegirle á pluralidad de votos; pero ha de ser uno de los quatro candidatos propuestos. Por último, el Senado es el que habitualmente dirige los negocios generales.

Hay multitud de Magistrados para la policía, el gobierno del Banco de San Jorge, y el juzgado de las causas civiles y criminales. La cabeza de estos últimos se llama Podestá, y debe ser un extranjero; pero el mas importante de estos tribunales es el de cinco censores, cuyo exercicio dura quatro años, de modo que cada ocho meses sale uno. Su empleo es exâminar la conducta de aquellos que dexan el empleo de su cargo, y hasta la del mismo Dux exâminan y dan cuenta. No quiso Andres Doria admitir mas dignidad que la de censor; y por un privilegio especial, que no

ha tenido exemplar en otro alguno, se la continuáron para toda su vida. Diéron el mando de las tropas á su sobrino Filipino Doria. Mandó la República levantar dos estatuas á su libertador, y le hizo un magnífico palacio. Con sus consejos conservó Génova la benevolencia del Emperador, se reconcilió con los Franceses, los cuales habian hecho varias tentativas por restablecerse, y resistió á los ataques de muchos ciudadanos, artífices de nuevos alborotos.

A la sombra de los laureles de Doria, y al amparo de la libertad que este grande hombre dió á Génova, respiraba esta, despues de tantas fatigas, violentas conmociones y tempestades civiles como la habian repetidas veces agitado. Un jóven ambicioso, llamado Juan Luis de Fiesco, Conde de Lavagne, intentó perturbar el reposo, y sujetar á su patria. Dicen que tenia las mas amables prendas, juntas con mucho ardor de espíritu, franqueza en su porte, gusto en lo exterior para los placeres, y un disímulo profundo, que ocultaba con la máscara del desinterés. A esto se añadía una imaginacion propia para concebir un plan, un juicio capaz de ordenar las circunstancias, y no le faltaba audacia para la execucion. Todo

lo necesitaba para atacar á Andres Doria, hombre octogenario, y entorpecido con la edad; pero rodeado como de una fortaleza de su misma reputacion, la qual, aunque bien merecida, le suscitaba envidiosos. Supo Fiesco descubrirlos, y á unos abrió francamente los designios de su corazon, á otros, como hábil conspirador, ocultó sus miras; pero se los llevó con el pretexto del bien público á resoluciones favorables á sus proyectos.

Todo estaba ya dispuesto, y solo le quedaba á Fiesco una dificultad que vencer, y era separarse de una esposa adorada, que á las gracias de la persona añadía un espíritu sólido, y á quien no habia comunicado su proyecto. Miéntras le vió distante no manifestó el susto; pero en el momento de la execucion la representó su ternura toda la extension del peligro. Ya Fiesco la habló con un exterior de seguridad, y la dixo: „Voy, Señora, á poner á vuestros pies la República de Génova: no volveréis á ver á vuestro esposo como no sea vencedor.“ Al oír estas palabras se arrojó á sus brazos vertiendo un torrente de lágrimas. Hizo esfuerzos para detenerle, pero él permaneció inflexible; y conociendo el grande corazon de su esposa, aquel fue el momento

en que se lisonjeó de haber animado su valor, informándola de los medios empleados para el buen éxito, y la necesidad de proseguir en una empresa tan adelantada. Le escuchó ella entre sollozos; y vertiendo abundantes lágrimas por tan cruel necesidad, al fin cedió á las instancias de su esposo, y se retiraba con la mas tierna despedida; pero al dexarle, no obstante su fortaleza, cayó desmayada. Fiesco entónces se ausentó, y fue volando adonde le esperaban sus amigos.

Dióse la seña, y en medio de la noche se repartiéron los conjurados por las calles gritando: *Fiesco, Fiesco*, nombre amado de la multitud por las bellas prendas y beneficios del Conde de Lavagne. Rápidamente ocupáron los puestos señalados: sonó el rebato por todos lados: asustados los Senadores, fuéron tumultuariamente al palacio, enviáron diputados para tratar con Fiesco, pues los clamores daban á entender que era el xefe de la empresa. Le buscáron: le llamáron igualmente amigos y enemigos; pero no respondió. A todos espantó aquel silencio. Verina, uno de los conjurados y el mas querido de sus confidentes, que tenia á su cargo apoderarse del puerto, tuvo noticia de que se habia roto una tabla

que conducia á una galera. Temió alguna desgracia: procuró buscar el sitio, y halló el cuerpo de su infeliz amigo: sin duda se habia roto la tabla debaxo de sus pies, y con el peso de la armadura no habia podido salir del lodo en donde habia caído.

La novedad de tan terrible catástrofe volió de boca en boca: se les cayéron á los confederados las armas de las manos, y solo pensáron en ponerse en salvo, por lo que en el mismo instante se halló Génova sujeta y libre. Andres Doria estuvo á peligro de perder la vida en el tumulto; pero se retiró en buen tiempo fuera de la ciudad, y su regreso fue una especie de triunfo. Se reprehende en él que persiguiese luego á los conjurados con tal encarnizamiento que parecia venganza personal; y esto chocó mas, porque Fiesco no era cruel, y tenia tomadas las medidas posibles para evitar los robos y la efusion de sangre.

Murió Doria, coronado de fama en una edad muy avanzada en el año 1560, y habia contribuido á una composicion entre los nuevos y antiguos nobles; pero no pudo arrancar de la República todas las raices de la discordia. Se creyó refrenar el carácter inquieto de la nacion, dando poderes muy amplios á los

censores, cuyos ojos deben siempre estar abiertos para ver aun lo que pasa en lo interior de las habitaciones; pero no ha podido su vigilancia algunas veces impedir las intrigas que han puesto á riesgo de perderse la República. No obstante, estas disensiones pasajeras no han tocado en lo esencial del gobierno, ni merecen contarse por menor; bastará pues indicar los proyectos mal concebidos, peor seguidos ó desgraciados de algunos alborotadores que de tiempo en tiempo han inquietado, y describir brevemente los sucesos tumultuarios ocasionados por la posicion de Génova, y sus necesarias conexiones con las potencias que la rodean.

Si Fiesco hubiera tenido un poco de paciencia, tal vez habria conseguido sin conjuracion la mudanza que deseaba en el gobierno, porque entre los antiguos y nuevos nobles rompió una disension que pudiera haberle servido para llegar á sus fines. No se mezcló en ella el pueblo, y se terminó con un reglamento. Propuso Cárlos V á los Genoveses edificarles una ciudadela, y darles para su guardia una guarnicion pagada por él, de la qual debia él ser el dueño. Ellos diéron gracias discretamente al generoso Emperador por su

buena voluntad. El pretexto de Cárlos V era que se observaba en muchos Genoveses una secreta afición á la Francia que se descubria de tiempo en tiempo; y que siempre favorecian los partidarios de los Franceses á las hazañas de esta República en Córcega, que se habia hecho un teatro de guerra entre ella y los Imperiales.

En 1554 se renováron las disputas entre los antiguos y nuevos nobles, y en ellas tomó el pueblo partido á favor de los últimos. Reclamáron los antiguos la proteccion del Imperio y de la España, y resultáron tres facciones: la de los nobles antiguos, que se llamaban *nobles del pórtico de San Lúcas*: la de los nuevos, distinguidos con el nombre de *nobles del pórtico de San Pedro*; y la de los ciudadanos ó populares, que no estaban agregados á las veinte y ocho familias. Estos hacian causa comun con la de los nuevos nobles, y reforzaban considerablemente su partido. Los antiguos, para igualarse en fuerzas, pidieron tropas al Embaxador de España; pero estas no tuviéron bastante fortaleza para mantenerlos, y la mayor parte salió de la ciudad y se retiró á las tierras de España. El Papa y otras potencias de Italia se apresu-

raban á sosegar los alborotos como que temian el contagio; pero los nuevos nobles y los ciudadanos, soberbios con la intervencion de la Francia que les ofreció socorro, no quisieron admitir mediadores.

Entre tanto no se atrevian los ciudadanos ricos á declararse contra España; porque esta Monarquía, conociendo el flanco de aquel pueblo opulento y comerciante, habia contraido grandes empréstitos, en los que pagaba hasta el diez y ocho por ciento de intereses; y creia que el miedo de perder sus capitales era mayor freno para contener á los Genoveses, que todas las fortalezas y ciudadelas del mundo; y con efecto, en esta consideracion aceptáron árbitros. Se hizo la paz despues de quatro años de discordia, en los quales estaban mirándose con sus propios ojos, pero sin herirse, así como dos atletas que se amenazan y temen. Se creó un magistrado conservador de las leyes, encargado de la observancia de las antiguas, y de impedir que se hiciesen otras nuevas. La República, ya tranquila, empezó á prosperar, y en 1581 tomó el Dux el título de Serenísimo como el de Venecia, admitió Génova en su seno la Inquisicion eclesiástica; pero mucho mas terrible tribunal es el de los

Inquisidores de Estado, nombrados en 1625. Estos tienen á su cargo la policía interior, y deben estar con ojos vigilantes sobre todo quanto pasa en Génova, aun en lo interior de las familias, para prevenir las conspiraciones contra el Estado.

La vigilancia siempre es útil en una República; pero se hace necesaria quando esta llega á las manos con vecinos de poder y envidiosos. Tal era la situacion de Génova en 1628 atacada por el Duque de Saboya. Este peligroso vecino dió muchos sustos á la República, unas veces persiguiéndola por fuera, otras veces fomentando los alborotos interiores, y favoreciendo á los que los podian causar. Con esta intencion acaloró el Duque el resentimiento de Vaquero, plebeyo rico, insultado por los nobles. Los auxilios que el Duque de Saboya hizo esperar á este Genoves descontento le diéron audacia para formar el proyecto de vengarse de toda la nobleza, y mudar el gobierno de su patria. Estaban bien tomadas las medidas; pero una confianza mal empleada perdió la conspiracion, y á pesar de los esfuerzos del Duque de Saboya por librarle, le degolláron con tres de sus cómplices. El deseo de adelantar contra Génova

siempre ha tenido á los Duques de Saboya prontos para favorecer á los aventureros capaces de entrar en sus miras.

Tal era Rafael de la Torre, hijo de un jurisconsulto genoves, y el mas determinado intrigante que se ha visto. Saliendo de entre los pages del Gran Duque de Toscana, á los veinte y cinco años habia recorrido la mayor parte de las cortes de Italia buscando fortuna, y todos los medios le parecian buenos para procurarla. Volviendo á su patria juntó una tropa de bandidos, se embarcó con ellos en un bergantin, y en el mar de Génova se apoderó de una rica falúa destinada para Liorna. A pesar de las precauciones de máscaras y disfraces, los conociéron; y hecho el proceso por quejas de los interesados, y verificado el delito, condenáron en rebeldía á Rafael de la Torre á ser ahorcado. Extrañado de su patria por esta sentencia, se propuso volver á entrar como pudiese, y vengarse. Se presentó en la corte de Saboya, fue bien recibido en ella, consiguió una compañía de coraceros, y descubrió al Duque un proyecto bastante bien pensado para apoderarse de Savona, y por consiguiente de Génova. Como necesitaba tener en esta última ciudad algun agente, se valió de Vico,

hombre de baxo nacimiento, enredador como él, y que como tal le hizo traycion, y reveló el secreto. A este le premiáron, y ofreciéron precio por la cabeza de Torre. El Duque, en suposicion del enredo, habia hecho preparativos; y para que no fuesen infructuosos, declaró la guerra. No duró esta mas que un año con varios acontecimientos; y se acabáron las hostilidades con una paz, que fue el golpe mortal del crédito de Torre en la corte de Saboya.

Procuró no obstante sostenerse, ofreciendo al Duque apoderarse en alta mar de dos grandes navíos, que volvian de las Indias ricamente cargados. Despreciada esta proposicion, y oida con enojo por el Duque, pensó en consumir por sí solo su venganza contra los Genoveses. Su intencion no era ménos que hacer volar la sala y el Consejo junto, con un caxon de fuego artificial, que habia de colocar debaxo del palacio. Por fortuna detuviéron la máquina en la frontera; y ya Rafael de la Torre habia empleado semejante invencion para vengarse de Vico, el qual tambien se libró felizmente de la explosion.

Dió Torre en la profesion de la alquimia y en las ilusiones de la magia, y como

la mayor parte de los enredadores, engañó, y le engañaron: recorrió muchas cortes, y sembró escritos llenos de proyectos. Desatendido ó despreciado, apeló á la reputacion de valiente: tomó partido en Francia, en la guerra de Alemania, y con efecto se distinguió por su valor. Cansado del oficio de héroe pasó á Holanda, compró en Amsterdam el derecho de naturalizacion para llegar á los empleos. Jugó, perdió, se retiró á Venecia, pais de enmascaradas y de intrigas, y le asesinaron á los treinta y seis años de su edad.

Si hubiéramos de seguir las vicisitudes de Génova, nos pasmarian sus variaciones en épocas de muy poca distancia. Amiga y enemiga de Francia, España, el Imperio y la Saboya, y en una palabra, mezclada de grado ó por fuerza en todas las guerras; acariciada de los que la necesitaban, y castigada despues de los que la habian lisonjeado ó desamparado, se vió, frustradas las mayores promesas, á discrecion del enemigo que la habian suscitado. Esto fue lo que experimentó de los Príncipes coligados contra Luis XIV. La precisaron á declararse contra él, y quando consiguieron quanto deseaban, la abandonaron, y el Monarca irritado cubrió de navíos el mar de Gé-

nova. Seignelay, Ministro imperioso, la hizo saber, á bordo de su embarcacion, las órdenes de su Rey, que exígia resoluciones humillantes, y solo concedia cinco horas para que se le diese satisfaccion. Espirado este término, llovieron bombas sobre la ciudad, se arruináron los palacios, y rompió por todas partes el incendio. Huyó el pueblo consternado buscando abrigo en los parages mas distantes del puerto: envió el Senado diputados con proposiciones; pero Seignelay permaneció inflexible, é insistió siempre en las mismas condiciones. El pueblo, ménos pundonoroso que el Senado, precisó á este á que consintiese; y en conseqüencia de una convention, manejada por el Papa, el Dux, acompañado de quatro Senadores, fue á Francia á dar al Rey sus disculpas. El Monarca empleó toda su dignidad en esta ceremonia, y al mismo tiempo todas las gracias que podian endulzar la amargura de la sumision. Hizo que á los diputados se les hiciesen, y él mismo les hizo en persona todos los honores que podian lisonjearlos; pero los Ministros no se mostráron tan afables ni les hicieron tan buena acogida, y así dixo el Dux: „El Rey nos ha quitado la libertad, cautivando nuestros corazones; pero los Ministros nos la vuelven con su altivez.”

En la guerra sobre la sucesion de España, los Genoveses, dudosos y vacilantes, fuéron muchas veces castigados por una y otra parte: casi siempre experimentáron la misma suerte en las querellas de la Francia con la casa de Austria. Su opulencia era un cebo atractivo para los Húsares, Panduros, Croatos y otras tropas irregulares, de que se componia el ejército de la Reyna de Hungría quando invadió la Italia.

Génova, despues de haber visto sus campos assolados, tuvo que rendirse al Marques de Botta, General austriaco, el qual tomó posesion pacíficamente, puso guarnicion, é inmediatamente impuso una contribucion de veinte y quatro millones pagaderos en un mes. No la esperaban tan fuerte, y mucho ménos las peticiones que se siguiéron: v. gr. que los Genoveses vistiesen treinta mil soldados: diesen á la Reyna sus diamantes: se extinguiesen los fuertes empréstitos que esta habia tomado, y por consiguiente perdiesen los capitales, como tambien que proveyesen sin intereses de tiendas, leñas, forrages y víveres; y lo que no daban por bien lo tomaban los Imperiales por fuerza.

Sufria el pueblo con un triste silencio:

disposicion que siempre es peligrosa. No deteniéndose Botta en abusar de su poder contra el tenor de la misma capitulacion, pidió al Senado la artillería gruesa: no se atrevió á negársela, y los Alemanes la llevaban como en triunfo atravesando la ciudad; pero en una calle estrecha se rompió la cureña de un cañon, y el Oficial aleman, enfadado porque los Genoveses no acudian á levantarla, dió con el baston á uno de los que lo estaban viendo; y este le correspondió con una cuchillada. Quisieron los Alemanes vengarse del enemigo, y el pueblo interesándose por sus compatriotas, se armó con con quanto hallaba, se apoderó de algunas piezas de artillería, y las volvió contra los Alemanes. Se retiraron estos á sus puestos, é hicieron alguna resistencia; pero los echaron de ellos, y poco despues de todo el estado de Génova. En 1797 ha habido nuevos alborotos en esta República, acompañados, como es regular de destierros, proscripciones y efusion de sangre; pero era imposible que un pueblo tan amante de novedades no tuviese su parte en la revolucion que ha mudado los gobiernos de la Italia. El tiempo nos dirá lo que ha de suceder; pero siendo, como es opulenta, no faltarán pretextos á sus enemigos, pues se sabe

que puede pagar á los vencedores, y reintegrar á los vencidos.

CÓRCEGA.

La Córcega puede tener ochenta leguas de boxeo: el ayre en ella es suave, ménos cálido que en Provenza; porque continuamente le refrescan los vientos de mar. Tiene esta isla buenos puertos, en cuyas inmediaciones se han edificado quatro ó cinco ciudades importantes: la capital está en el centro, en el parage donde se cruzan dos cadenas de montañas que atraviesan la isla, y por su situacion es muy fuerte. Las montañas tienen muchos árboles, y en sus minas hay lagos, mantenidos con las nieves que allí se detienen, y unas aguas, que tal vez serán las mas limpias del mundo. En estos lagos, y en el mar que rodea la isla, hay pescados excelentes. Se hallan aguas minerales, y por consiguiente metales, como son, cobre, plata, y aun oro, azogue, hierro muy ductil, alumbre, azufre y calamina. Tampoco son raros los mármoles, granitos, jaspes y pórfidos. Allí se encuentran el amianto y algunas turquesas. El terreno es propio para todo: da trigo para el

consumo, y produciria mas si le cultivaran: los castaños, con cuyo fruto abundante se mantienen hasta los caballos, cogiéndole sin trabajo, hacen á los hombres perezosos: la miel es acre, porque allí las plantas son demasiado fuertes: se coge mucho vino bueno; y aunque los pastos son raros, se pudieran hacer con el arte: hay mucha caza, y suponen que carece de todo animal venenoso. Las noches se ven adornadas de insectos fosfóricos mas luminosos que nuestros gusanos de luz, pues cinco ó seis juntos dan luz suficiente para leer. Los actuales habitantes son originarios de tantas naciones, que es difícil señalarles carácter propio; y así Strabon los hacia brutales, estúpidos y perezosos, y Plinio por el contrario, humanos, generosos, equitativos y valientes. Un historiador moderno los pinta feroces y sediciosos, otro compasivos, y propensos á exercer la hospitalidad; y dice que solamente se inquietan quando se ven atormentados. De todo esto resulta que allí se hallan gentes de todos los caracteres. Al presente estan distribuidos por parroquias, y generalmente los Curas, los Sacerdotes y los Religiosos tienen entre ellos gran poder.

Al principio debieron poblar la Córcega

los Italianos, los Ligurianos y Etruscos. La conquistaron los Cartagineses, y se portaron como tiranos. Cayó baxo la potestad de los Romanos, y no logró mas que mudar de opresores; pero los Vándalos, Godos, Lombardos y Sarracenos consiguieron que la Córcega echase ménos á sus primeros dueños. Por los años 726 pusieron el pie los Franceses en Córcega, gobernados por Cárlos Martel; y por los años de 800 se hizo soberana de esta isla la familia de Colona. Esta se dividió en muchas ramas, cuyas pretensiones produxéron alborotos seguidos de una anarquía, que estaba en su vigor por los años de mil. Reclamando la autoridad de los Pontífices para lograr la paz, creyeron estos remediar el desórden declarándose soberanos de la Córcega; y despues de varios sucesos, Bonifacio VIII hizo con toda la isla un presente á los Reyes de Aragon.

La primera junta que sabemos haber celebrado los Corsos, como cuerpo de nacion, fue la del año 1359, con motivo de los males que padecian tanto por las irrupciones de los extrangeros, que se disputaban la conquista de su pais, quanto por el despotismo con que algunos Señores dominaban en ciertos distritos. De estos ya hemos visto en la historia

de Génova que tomaron el nombre de Reyes. Por entónces los Genoveses se hallaban en la mayor altura de su poder, y poseian gran parte de la Córcega. Aconsejados los Corsos por Sambuccio, famoso por su valor y sus hazañas, propusieron á los Genoveses que los tomasen por compañeros de su soberanía, con la condicion de que los ayudasen á echar á los Pisanos y los Aragoneses, y á librarse de los pequeños Señores que los asolaban. Las cláusulas de este tratado, cuya infraccion por ambas partes fue causa, por mas de quatro años, de las desgracias de la Córcega, son muy notables; porque los Corsos admitieron á los Genoveses al gobierno de su isla con las siguientes condiciones: „Tendrán en ella los Genoveses un Gobernador ó representante. Se formará un Consejo en el que los nacionales de las mas ilustres familias tendrán asiento y voto deliberativo con los Genoveses en todas las juntas. Estos nada podrán innovar sin el consentimiento de los primeros, y no se impondrá contribucion alguna sin participárselo. En qualesquiera circunstancias, por ningun pretexto pasará el impuesto de veinte sueldos por cada hogar. Los títulos de Condes, Marqueses y Barones, y otras prerogativas

que gozan los Corsos de tiempo inmemorial, les serán conservados; y no dexarán de estar baxo la proteccion de la Santa Sede." La felicidad, que nació de esta administracion, duró pocos años, pues ya en 1380 intentáron los Corsos sacudir el yugo que se habian impuesto. Se juntáron clandestinamente los principales, eligiéron por xefe á Henrique de la Roca, y quitáron muchas guarniciones genovesas; pero murió Roca en una accion en medio de sus triunfos, y volviéron los Corsos á recibir el yugo. Por mucho tiempo siguiéron la suerte de Génova que los dominaba, y fuéron como ella, ya de los Franceses, ya de los Milanese, ya de los Napolitanos. Por último, se entregáron á los Señores de Piombino, que por los años de 1500 los vendiéron al Banco de San Jorge.

Ya que los Corsos fuéron el precio del mercado, quisiéron, como era razon, entrar con ciertas condiciones: y por consiguiente empezáron nuevas estipulaciones. Estas fuéron: „Que no se impondrian mas que veinte sueldos por cada hogar: que se venderia la sal á un precio moderado: que se arreglasen las aduanas: que las Chancillerías y Tribunales pertenecieran solo á los Corsos: que todos

los años elegirían doce personas de su nacion encargadas de invigilar en la conservacion de sus privilegios: que no se podria hacer innovacion alguna en la isla sin el consentimiento de los doce, *llamados los doce nobles*: que las causas serian juzgadas por el Podestá establecido en cada Parroquia; y por último, que la conducta de los Oficiales del Banco de San Jorge que hubiesen tenido el gobierno de la isla se sujetaria quando saliesen del empleo al exámen de un tribunal llamado el Sindicato, compuesto de doce Síndicos, seis de ellos Genoveses y seis Corsos, tres de la nobleza y tres del pueblo, con igual derecho en el voto, y con la misma autoridad.”

Parece que este tratado, por el qual quedaba sujeta una nacion entera á la secretaría del Banco, desagradó por reflexión á los Corsos, que en él fuéron tan humillados como ensoberbecidos los banqueros. En las guerras que se siguiéron se advierte, por una parte el despecho de la servidumbre, y por otra el maligno placer de triunfar de la sujecion. Esto no es combate de la tiranía contra la libertad, sino lucha del amor propio herido contra el orgullo imperioso. Es cosa bien extraordinaria que estas pasiones se mostráron tan ac-

tivas entónces de pueblo á pueblo, como suelen verse de particular á particular.

Si ha de creerse á los historiadores corsos, los Genoveses, quando se apoderaron é hicieron dueños de los principales puestos, trataron á sus vasallos con una injusticia atroz. Los enviados á gobernar la isla en nombre del Banco, en el qual se hallaban interesados los principales de la República genovesa, tenian en sus instrucciones órden de impedir que directa ni indirectamente se engrandeciesen las familias, y ántes bien de sembrar entre ellas divisiones para destruir á las unas con las otras, ó á lo ménos estorbar su reunion, humillar á los nobles, y reducir los negociantes á simples comisionados. Viendo que se oponian á sus vexaciones, creyeron, como tiranos, hacer mas dóciles á los infelices con la crueldad, y así se valiéron del fuego y el hierro, quemando diez y ocho Parroquias, y destruyendo mas de cien lugares. Parecia que los Gobernadores iban á qual habia de ser mas bárbaro. Uno de ellos convocó á un consejo á los principales de la isla, les dió un gran convite, los hizo beber con exceso, y al fin de la comida mandó que entrasen los soldados, y los degollasen sin dexar uno: y de este iniquo modo se des-

hizo de los cabezas de las familias mas ilustres. Desertaron mas de quatro mil, y los Genoveses diéron sus heredades á los mas pobres de sus compatriotas que quisieron ir á establecerse en la isla.

Tantos horrores inflamáron los corazones con el mas vivo resentimiento; y por mas precauciones que se tomáron para abatir á los xefes corsos, todavía los halló el pueblo, aprendió el servicio con los guerreros que fuéron al socorro de su patria, y con su llegada encendiéron el fuego de la guerra civil. Los Franceses, que entónces eran enemigos de los Genoveses, ayudáron á los Corsos á romper sus cadenas, y se hizo la guerra con la mas rara ferocidad. Corsos y Genoveses no se daban quartel, porque los que escapaban del hierro eran vendidos como esclavos á los corsarios turcos, que al rededor de la isla esperaban su mercancía como los Europeos en las costas de Guinea. Si los Franceses no conserváron sus conquistas, como lo deseaban los Corsos, á lo ménos no las entregáron sino con unas condiciones que hubieran suavizado la suerte de sus protegidos si se observaran; pero unas fuéron eludidas, y otras abiertamente violadas.

Temian los opresores al noble corso Sam-



Desgracia de Vannina.

Informado el inexorable corso Sampietro del viaje que iba á emprender la generosa Vannina, su esposa, miró tan generosa resolución como crimen de muerte; y reducido á darsela, sin valer á las disculpas, ruegos y lágrimas de aquella infeliz, la quitó las ligas, y después de haberla abrida, cometió la barbaridad de ahorcarla. Solo hombres tales pueden creer compatible con el amor la ferocidad

pietro de Ornano, estimado de los Franceses, con quienes habia aprendido el oficio de la guerra, y amado de sus compatriotas, que le miraban como su recurso. Tenia este por esposa una genovesa llamada Vannina, á la qual amaba tiernamente. Estaba esta en Marsella como en un asilo entre tanto que Sampietro habia ido, lleno de indignacion, contra los perseguidores de su patria á solicitar en Constantinopla el auxilio de la Puerta otomana. Pensáron los Genoveses que si tuviesen entre sus manos á Vannina suspenderian el furor de su esposo; y enviáron traydores á persuadirla que se dexase conducir á Génova con la lisonjera esperanza de que podria reconciliar á su marido con la República.

Ya estaba pronta á partir quando llegó Sampietro, el qual, á pesar de la pureza de las intenciones de su esposa, la tuvo por culpable en haber preferido su patria á su mismo esposo, y la declaró que su delito era digno de muerte. Por mas que se arrojó á sus pies solo la dió un quarto de hora para disponerse. La desgraciada Vannina se resignó con fortaleza, y dixo: „Ya no os pido la vida, porque vuestras sospechas, renaciendo sin cesar, me la harán mas amarga que la muerte, lo que

os pido es otra gracia: dadme la muerte con vuestra mano, que así me será ménos dura: haced que se retiren los verdugos, pues Vannina, que os ha preferido á todos los hombres, no quiere que otro la toque." El bárbaro la desató las ligas, la abrazó, y la ahorcó.

A vista de esta accion no hay que preguntar si fue feroz con los Genoveses, á quienes miraba como la causa de su delito. Les hizo una guerra porfiada y sangrienta; pero cayó en una emboscada que una traycion le preparó. Se hallaba entre los enemigos un hermano de Vannina: Sampietro, aunque sorprendido, se defendia con intrepidez: su cuñado, que no le perdía de vista, le disparó un fusilazo: cayó, se levantó: reconoció al hermano de su esposa, exclamo diciendo: „Yo soy un bárbaro, Vannina queda vengada;" y murió.

Se hacia esta guerra mas con correrías y sorpresas que con movimientos arreglados. En dos años se cuentan mas de mil y setecientos Corsos asesinados. Por algunos rasgos se podrá hacer juicio de la rabia de las dos naciones. En una ocasion estaba para ser oprimido de la multitud este Sampietro de quien hemos hablado: advirtió un Oficial que flaqueaba su

caballo, le presentó el suyo, y dixo: „Toma este caballo, huye, salva á la Córcega. Tu vida es mas necesaria que la mia, pues si caygo en manos de los Genoveses no temo la suerte que me preparan, y tú sabrás vengar mi muerte librando á mi patria. Quando esta quede libre erige un monumento en que se lean estas palabras: *Corrego murió por Ornano, que le debe el honor de haber salvado la Córcega.* Y con efecto le ahorcáron.

Leonardo de Casanova, Teniente general de Sampietro, tuvo la desgracia de que le hiciesen prisionero. Le destinaban los Genoveses á un horrible suplicio que asustase á los rebeldes; pero Antonio, su hijo menor, entrando en la cárcel en traje de criada que iba á llevar la comida á su padre, le puso en libertad; y los Genoveses, sin atencion á la piedad filial, ahorcáron á este jóven en una de las ventanas de la cárcel. Los habitantes de Bonifacio, casi todos Genoveses, usáron de una refinada venganza con Estéban Sardaignac, Capitan corso, que les habia hecho muchos daños, y entre otros el de haber vendido á los Turcos gran número de Genoveses prisioneros suyos. Teniéndole en su poder, le obligáron á fuerza de tormentos á que levantase

una horca, fixase la escalera, y se ahorcase á sí mismo.

Tal vez hubieran los Genoveses plantado su imperio en Córcega, fundándole en la confianza y amor de los pueblos; pero no pensaron sino en dominar por el miedo. Miraban á esta colonia como destinada á enriquecer á su capital, y así prohibieron á los Corsos con ríguosas penas toda exportacion á otra parte que á Génova, en donde los obligaban á vender sus mercancías y producciones á precio muy baxo. En los años de carestía despojaban á Córcega de sus provisiones por una especie de pillage legal, de suerte que con frecuencia sufrían los Corsos los horrores del hambre, mientras sus déspotas vivían en la abundancia. Muchas veces tentaron los infelices los medios de libertarse de su triste esclavitud. Quando Luis XIV bombardeó á Génova, ellos mismos se le ofrecieron, pero él no aceptó. Por no encontrar Señor que los quisiese recibir, se vieron en la necesidad de permanecer baxo del dominio genoves, siempre oprimidos y nunca sumisos. No obstante, hubo un tratado, que prometía algun alivio.

Si los días infelices se señalaban entre los Romanos con piedra negra, los que pasaron

los Corsos humillados de nuevo baxo del centro genoves, debieran señalarse con arroyos de sangre. Una de las condiciones del tratado habia sido que los Genoveses quitarian las armas á los bandidos que se habian multiplicado durante la guerra civil, y limpiarian de ellos al pais: pero estos malhechores, siempre prontos á cometer delitos, eran muy preciosos para un gobierno tiránico: y así los Comandantes genoveses los protegian de un modo escandaloso: todos los dias se hablaba de homicidios, que asustaban á los hombres de bien, y por otra parte la rapacidad de los receptores de los impuestos era desapiadada.

Un paisano infeliz, á quien faltaban dos sueldos para completar su contribucion, fue maltratado por el colector. Era el vexado un anciano muy pobre, pero de excelentes costumbres, y de mucha estimacion en su territorio. Dió en rostro á los exâctores con sus extorsiones injustas, y con una energíá que hizo impresion. En el mismo tiempo, á un soldado corso, por algun delito militar, le condenáron al caballo de madera. Los Genoveses sobre este castigo, que de ordinario se daba á las prostitutas de los exércitos, se explicáron con burlas y chanzas, que fuéron causa de una que-

rella. Estas dos centellitas fuéron el principio del incendio que abrasó en poco tiempo toda la Córcega. Armáronse con fusiles, lanzas viejas llenas de orin, hachas, y quanto encontraron á la mano: con ellas abriéron los almacenes de otras armas mas regulares, y las distribuyéron entre sí. A poco tiempo no se podia ya decir que era una tropa sin órden ni disciplina, sino un ejército con sus xefes, que sabia elegir puestos y tomar ciudades. Esparciéron manifiestos, haciendo ver claramente en sus pretensiones que la nacion no intentaba hacer tratado alguno con los Genoveses, sino que estaba determinada y resuelta á echarlos absolutamente de la isla.

Los Genoveses, por no poder resistir á tan furioso torrente, se valiéron de tropas alemanas tomadas á su sueldo. Los Corsos, lejos de alistarse en las banderas imperiales, y de aplacarse con el perdon general que les ofreció el Senado, decretáron la pena de muerte contra el primero que le aceptase. Enviáron pues sus mugeres, hijos y ancianos á los montes, y juráron sufrir mil muertes ántes que dexar las armas por mas proposiciones que les hiciesen los Genoveses ó los Imperiales. No obstante, tratáron estos de composicion, y co-

mo no miraban á los Corsos con el odio y desprecio que los Genoveses, y ántes bien les manifestaban aprecio y estimacion: despues de quatro años de combates siempre funestos, aunque gloriosos, se prestáron los Isleños á una reconciliacion, saliendo el Emperador por garante.

Pero no hay garantía contra el odio recíproco; y á pocos años despertáron los mal sosegados alborotos. No se detuviéron los Corsos en atenciones, pues sin dudar abjuráron toda dependencia de Génova, y se declaráron abiertamente soberanos, baxo la proteccion de la Concepcion immaculada de la Virgen, cuya imágen pintan en sus banderas. Por entón- ces tenian los Genoveses muy pocos partidarios en la isla: estaban sus guarniciones muy debilitadas, y los Isleños solo necesitaban de impedir el desembarco de los refuerzos que sobreviniesen. Miéntras se mantenian con actividad en la defensiva, llegó un Señor desconocido vestido á la *franca*, esto es, con una ropa larga de escarlata, baston, espada, peluca y sombrero. Su comitiva eran doce personas, un oficial con el título de Teniente Coronel, un maître d'hôtel, un mayordomo, su Capellan, el cocinero, tres esclavos moros,



y otros quatro criados. Llevaba diez piezas de cañon , quatro mil fusiles , tres mil pares de zapatos , muchas provisiones de boca y algun dinero , aunque poco. Era este un Caballero del Condado de la Marca en Westphalia , llamado el Baron de Newhoff.

Este Caballero errante , despues de haber pasado parte de su vida en muchos paises de Europa , habia estado por deudas en la misma cárcel de Génova , en donde se hallaban encerrados los xefes de los Corsos malcontentos. Hizo conocimiento con ellos , les ponderó su crédito en muchas cortes , y se ofreció á interesarse en su causa. Habiendo conseguido él mismo que los diesen libertad por la proteccion del Emperador , procuráron ellos , dando fianzas , que pusiesen tambien en libertad al Baron , y este la empleó en buscar por todas partes dinero. A fuerza de promesas , y sin duda con la codicia de grandes intereses , le halló entre los Judíos de Roma y de Liorna , los quales le franqueáron quanto necesitaba para hacer provisiones de guerra y de boca. El las cargó en un navío ingles , y desembarcó en la playa de Aleria.

Quando llegó creyéron los Corsos que veian un Dios Salvador ; y sin consultar des-

pacio á la prudencia, proclamáron Rey de Córcega al Baron, con el nombre de Teodoro I, y él ostentó todo el aparato real con sus guardias y oficiales. Creó tribunales, hizo sellar moneda, y bien servido en el momento del entusiasmo, tomó algunas fortalezas á los Genoveses, y los declaró desterrados de Córcega, mandando, que pena de la vida, no pudiesen los pies en ella; pero ellos por su parte pusieron precio á la cabeza del Rey: recurso infame, pero muy freqüente en las Repúblicas, porque no temen las represalias.

Pocos eran los socorros que habia llevado el Rey Teodoro, aunque prometia á sus vasallos otros muchos, con los quales contáron por algun tiempo; pero á fuerza de esperarlos desmayó la esperanza, y la sucedió la impaciencia. El Monarca, temiendo malas consecuencias de las murmuraciones que ya empezaban á romper, dixo, que iba en persona á buscarlos. Se embarcó pues, envió de quando en quando algunas provisiones, y volvió con un navío bien cargado. Debía pagar con los géneros de la isla; y como no poseia en ella produccion alguna, quando llegó el tiempo de satisfacer al Capitan del navío se halló en el mayor apuro; pero Teodoro, para

librarse de sus importunidades, hizo asesinarle.

Mucho baxó su reputacion con un proceder tan bárbaro; aunque por otra parte la sostuvo por algun tiempo haciendo reglamentos muy prudentes. Otra tempestad se levantaba contra él mas peligrosa que las murmuraciones de algunos malcontentos. Por haber abordado el Barón la primera vez en un navío ingles, imagináron los Franceses que aquella nacion rival suya tenia miras sobre Córcega, y creyéron que era buena política prevenirlas. El Monarca corso, sabiendo sus intenciones, se embarcó de nuevo para ir á buscar provisiones en Holanda. Huyó de una traycion, que debia entregarle á los Genoveses con el mismo navío en que llevase las municiones á su reyno. Desembarcó, y halló que casi toda la isla se habia sometido á la Francia por persuasion ó por fuerza. Viéndose tan desamparado se puso en salvo quanto ántes, llevando de puerto en puerto sus esperanzas y promesas; y no consiguiendo nada en parte alguna se retiró á Inglaterra, contraxo nuevas deudas, y le pusieron en la cárcel.

Por muchos años estuvo invocando inútilmente la conmiseracion del Universo con las sollicitaciones mas patéticas. En parte le salie-

ron bien, pues consiguió algunas cantidades con que se contentáron sus acreedores. Le volviéron la libertad; pero no se alegró por esto, pues sus desgracias habian ya puesto sobre su alma un triste velo, y lo único que podia ilustrar sus tenebrosas ideas era hablarle de los Corsos. El afecto que les cobró le debia merecer algun lugar en el reconocimiento de la nacion. En dos palabras pinta toda su vida el epitafio que se lee en Lóndres sobre un muy sencillo sepulcro en estos términos: *La fortuna le dió un reyno, y le negó el pan.*

Intentáron los Franceses y los Alemanes reconciliar á los Corsos con los Genoveses, y los Isleños se abandonáron á la decision del Rey Christianísimo; pero quando se trató de firmar la composicion, como esta les imponia el yugo de sus antiguos dueños, acompañáron su consentimiento con estas palabras: *Contra nuestra voluntad, y como quien va á la muerte.* Poco podia durar semejante sumision; y así retiradas las tropas francesas, volvió la nacion á ponerse en arma contra los Genoveses, tomando por xefe á un noble llamado Gaffori, que habiéndose librado de las çadenas de sus enemigos, mantuvo contra ellos el odio que habia mamado con la leche, comunicándole al

corazon de sus compatriotas con sus discursos y acciones.

Era Gaffori intrépido, y resuelto en sus designios. Un dia en que estaba sitiando una fortaleza se apoderáron en una salida los Genoveses de un hijo de Gaffori, niño de pecho; tuvieron la vileza de amenazar al padre, con que si continuaba en disparar pondrian á su niño por blanco de las balas; y fuéron tan crueles, que así lo executáron. Gaffori, con mas afecto á su patria que á su familia, prosiguió haciendo fuego, y por fortuna no tocáron las balas á su hijo. Tomó el General corso el castillo, y los Genoveses se quedáron con la vergüenza y confusion; pero no pudiendo vencer legalmente al valiente Capitan, hiciéron asesinarle.

Muerto Gaffori cayéron los Corsos en anarquía, ó en la falta absoluta de gobierno, sin saber qual abrazar. Por último, nombráron Magistrados, mala administracion para un tiempo crítico, en que mas bien necesitaban de un Dictador que de un Senado. Clemente Paoli, uno de aquellos jurisconsultos, conoció el inconveniente. Tenia en Nápoles un hermano llamado Pascual, que estaba allí refugiado despues de haberse distinguido en

Alforzados los generosos de un mito de patria lu-
 is del curso Gasson que los cubra amanzarores
 al padre con que si continuada en despartar lo
 pendium por blanco de las balas, así lo compite-
 ron por Gasson como harandales fuertes y por
 fortuna como el caulle sin que los tres hubiesen
 escape a su hijo. Triunfos y aquella misma inhu-
 manidad que a sus enemigos los cubre de ignomi-
 na, le edone de gloria.

Intrepidez de Gasson.



su patria con hazañas, que le hicieron mirar de los Genoveses como peligroso. Estos en consecuencia habian obtenido de los Franceses quando dispusieron la reconciliacion entre los dos pueblos, que desterrasen á Pascual Paoli. Le llamó su hermano; volvió deseado de la nacion; ya Clemente le habia preparado el camino, y le hicieron General. Esta dignidad, mas honorosa que brillante, fue no obstante envidiada de algunos competidores, de los quales triunfó, aunque le llevaban la ventaja de estar sostenidos con las astucias y las armas de los Genoveses.

Se supo Paoli gobernar muy bien en el Consejo y en el ejército para inquietar á los Genoveses. El temor los determinó á enviar una solemne diputacion con el encargo de ofrecer la paz, y tratar de ella; pero fue mal recibida, porque los Corsos no quisieron oirla mientras no los reconociesen por nacion independiente y libre. Los oradores les presentaban en arengas llenas de entusiasmo el atractivo y encanto de la libertad; y Pascual, para abrasarlos en el hermoso fuego de la gloria, hizo que todos los Curas le dixesen los nombres de los que habian perdido la vida en defensa de la patria, y mandó escribirlos en

públicas tablas ó dípticas, con lo que el zelo patriótico se explicó en hazañas superiores á quanto podia esperarse. Distribuyó el General á los nacionales en regimientos, disciplinó sus tropas, hizo sellar moneda, y compuso un consejo, de donde saliéron acertados reglamentos para los impuestos, y otros puntos de administracion. Recorrió Paoli la isla con la espada en una mano y la ley en otra, temido y respetado por todas partes.

Quando ya estaba para dar consistencia á todos sus establecimientos, supo que los Genoveses, siempre encarnizados contra su presa, acababan de tratar con la Francia, y conseguir de ella el socorro. Llegáron las tropas francesas; y como Paoli no estaba en estado de mostrar su vigor, le remplazó con la atencion y la política. Oyó las proposiciones de paz; pero estas no tuviéron efecto, porque siempre los Corsos sentaban por preliminar el reconocimiento de su independenciam. Fuéron los Franceses cediendo hasta proponer condiciones que creian admisibles, y eran: Que los Genoveses se contentarian con el homenaje de algunas plazas en que mandar con soberanía; pero los Corsos se mantuviéron firmes en no querer otros dueños en su casa.

Entre tanto tuviéron mucho que sentir quando les dixéron, que ya Génova renunciaba á la propiedad de la isla, y habia tratado con la Francia. Los Corsos no sufriéron desde luego la ley que les impusiéron, ántes bien se defendiéron, y lograron algunas victorias; pero eran sus fuerzas demasidamente desproporcionadas. Paoli, perseguido con perseverancia, se vió en la precision de abandonar su querida patria, salvándose en un navío ingles, preparado para recibirle en la última extremidad. Su llegada á Liorna mas parecia triunfo que fuga; porque los navíos ingleses estaban empavesados, y le saludáron con toda la artillería, y el pueblo se precipitó en tropel hácia el muelle por ver á aquel ilustre defensor de la Córcega.

De este modo, despues de haber sido una isla tantas veces y por tan largo tiempo disputada, pasó en 1769 al dominio frances como una parte del reyno. Dichosa si los Franceses son los últimos que la dominen.

PARMA Y PLASENCIA.

La República romana, aquel edificio colosal, quando se arruinó, dexó la Italia lle-

na de materiales, que han servido para construir otros semejantes en diferentes proporciones. Es razon presentar estos pequeños estados, cuya existencia política ofrece mutaciones, que no dexan de interesar la curiosidad de los lectores. El autor de la naturaleza no es ménos admirable en el mosquito que en el elefante.

Parma y Plasencia, dos estados reunidos, contienen en una pequeña superficie un suelo fértil y de excelentes pastos, en que se crían numerosos ganados; porque colocado en la falda del Apenino es un país bien regado y con varias salinas y minerales. Hay en Parma curiosos monumentos, y entre otros pasa su teatro por el mas bello de Italia: las Iglesias son capaces y bien decoradas: el pueblo, aunque tiene fama de indolente, gusta mucho de las artes. El *Parmesano* y el *Corregio* han ilustrado á Parma con su pincel. Plasencia toma el nombre de lo agradable de su situacion; y á este favor de la naturaleza se añaden las piezas maestras del arte, que pueden dar satisfaccion á los ojos de los curiosos: tales son el palacio Ducal, en el que hay infinidad de cosas raras, y dos estatuas de bronce de los Príncipes Farnesios, admiradas de los que saben distinguir el mérito.

Parma y Plasencia fueron parte del exárcado de Rabena, reynando los Longobardos, y despues en el Imperio de Carlo Magno y de sus sucesores. En 1180 se hicieron Repúblicas, que se gobernaban con Magistrados llamados Cónsules. La administracion de justicia estaba confiada á un Podestá, que algunas veces se mezcló en el gobierno; bien que con el fin de que no tuviese en él tanta influencia, era extrangero siempre. Esta pequeña República estuvo muchas veces en guerra con sus vecinos: porque los intereses mercantiles, y las quereillas de las familias, bastaban para ponerles las armas en la mano; y aunque los combates eran entre tropas poco numerosas, no por eso eran ménos crueles.

En Parma y Plasencia exercieron su furor los partidos de Güelfos y Gibelinos, ó imperiales y papales, hasta que el Emperador Federico hizo dominante el suyo, y desterró todas las familias que no eran de su faccion. A todos los que halló despues de la expulsion, ó que tenia por sospechosos, los hacia cortar una mano y un pie, y así los despachaba mutilados. A principios del tercer siglo se apoderó de la autoridad un Podestá noble Parmesano, llamado Giberto, que la

mantuvo seis años: hizo feliz al pueblo los dos primeros, y abusó de su poder en los otros quatro. Recurriéron á un Podestá extranjero, y ocupaba esta plaza Frandelata sacado de Pistoya, durante la manía de los flagelantes. Este se hizo respetar, y tuvo mucho poder, porque era hombre que se iba disciplinando cruelmente por las calles, y el pueblo que le admiraba é imitaba, jamas se detuvo en cumplir las órdenes de hombre que le parecia tan santo.

En 1263 causó en Parma una guerra civil la rivalidad de dos Podestás, cuya eleccion se habia complicado. Peleáron encarnizadamente, y durante el tumulto se pegó fuego á las casas, destruyendo las llamas una parte de la ciudad; y el pueblo, volviendo sobre sí á los tres dias de crueles hostilidades, hizo justicia de los que le habian alborotado: y echando de su ciudad á los dos competidores, se apoderó del gobierno, y estableció nuevo orden de Magistrados sacados de los principales plebeyos.

Prosperó este gobierno: se halló la República en estado de hacer gloriosamente la paz y la guerra. Reynando la buena inteligencia entre los ciudadanos floreció el comercio, y Parma y Plasencia hicieron gran pa-

pel en la liga de Lombardía, formada por los años de 1282 para disminuir el poder de los Emperadores en Italia. Como los Papas tenían grande interes en esto lisonjeáron á los Parmesanos y Plasentinos que le daban grandes socorros, y ellos por su parte se aficionáron tanto á los Pontifices, y pusieron en ellos su confianza de modo que llegóron á recibir de su mano el Podestá, bien que sin renunciar al gobierno popular. Tenian un Capitan para las tropas; pero algunas veces se encargó del mando el Podestá.

A principios del siglo xiv, un tal Peregrino, que debia ser del pueblo, reunió en sí los dos títulos con mucho descontento de los nobles; pero el Capitan Podestá, desconfiado de sus intenciones, mandó arruinar las torres y fortificaciones que los nobles levantaban al rededor de sus casas. Esto no lo sufrieron con paciencia, hubo resistencia, pero triunfó el comun de Parma, desterró á los nobles, y al Obispo el primero. Esta expulsion dió lugar á hostilidades por fuera, y á conspiraciones por dentro: se restableció la paz con la admision de los nobles ménos peligrosos, y la reintegracion en sus casas y sus bienes; pero quedó dominante el comun.

Los Parmesanos y Plasentinos, que estaban tan unidos, se desaviniéron hácia el medio del siglo XIV; y Parma, rezelosa de los esfuerzos de los Florentinos, reunió todo el poder en la cabeza de Giberto Corregio, muy amigo de los nobles, si él no era uno de ellos. De este modo el miedo les dió Señor; y Corregio, en lugar de combatir contra Plasencia, fue tan diestro, que ganó á la nobleza, y se hizo nombrar Protector. Tuvo contradicciones su autoridad; y en una de estas circunstancias dexó Corregio el Protectorato, y tomó el título popular de Preboste de los mercaderes; pero así que pudo cesar de ser modesto, se decoró de nuevo con el sonoro nombre de Protector. Así él como sus sucesores gozaron por el tiempo de un siglo de la autoridad absoluta en Parma y Plasencia, baxo de las diferentes denominaciones de Podestá, Capitanes, Cónsules y otras semejantes, hasta que á las dos ciudades ni aun el nombre las quedó de República.

Por último, en 1510 el Papa Julio II quiso probar á Maxímiliano, abuelo de Carlos V, que Carlo Magno habia dado la ciudad de Plasencia á la Santa Sede, y que ademas de esto era una desmembracion de los esta-

dos de la Condesa Matilde, concedidos por ella misma á la Silla apostólica. El Emperador reconoció desde luego á Julio por propietario de Plasencia, y este mismo Papa se adjudicó por convenio la ciudad de Parma. Paulo III, que se halló con estas dos propiedades en la mano, las pasó á Luis Farnesio su sobrino.

Este Príncipe fue asesinado, y dexó á su hijo Octavio estos sus pequeños estados; ménos Plasencia, porque habiéndola tomado el Emperador, por mas instancias que se le hicieron no quiso entregársela aunque era yerno suyo. Octavio solamente es conocido por haber sido padre de Alexandro Farnesio, célebre por sus hazañas en Francia. Por reconocimiento á sus servicios en los Países Baxos, el Rey de España Felipe II le restituyó la ciudad de Plasencia. Esta y Parma gozaron de tranquilidad baxo del dominio de su hijo Ranucio I; pero baxo del de Odoardo experimentáron ambas ciudades la suerte de los estados pequeños, á los quales los hacen entrar por fuerza en las querellas de los Grandes.

A Odoardo le pareció que debía seguir el partido de los Franceses, y los Españoles asoláron su territorio. Este Príncipe, viéndose libre de ellos, en virtud de un tratado, tuvo

guerra con el Papa, y no sobre la posesion de un reyno, sino sobre la propiedad de algunos lugares; pero no obstante se manejó la negociacion sobre este punto con todas las astucias de la mas profunda politica. Ranucio, hijo de Odoardo, representó un papel distinguido en un teatro pequeño: fue un gran Príncipe, pues enriqueció á sus vasallos, y supo hacerlos felices. Viéndose Francisco su hijo sin hijos varones, casó á Isabel su hija con su hermano Antonio; y este, que por la muerte de su hermano se hallaba en posesion de Parma y Plasencia, fue triste testigo de las disposiciones funerales que precedieron á su muerte; pues las potencias mayores hicieron un arreglo, en virtud del qual adjudicaban sus estados, muerto él, á la rama española de Borbon. Tomó posesion de ellos Don Carlos, hijo de Felipe V, en 1731, y los cedió á su hermano Don Felipe en 1749, al qual sucedió su hijo Don Fernando en 1765.

FERRARA, MÓDENA, REGIO.

De Ferrara, Módena y Regio hay mucho y hay muy poco que decir, segun se mire la historia de estas ciudades. Consideradas

como el analista curioso de hechos raros é importantes, no hay cosa mas estéril; pero el genealogista hallará con que satisfacerse en la sucesion no interrumpida de la casa de Este, que ha poseido estos estados desde Azon, tronco de la familia, cuya muerte corresponde al año 970. La mayor parte de estos Príncipes han vivido como buenos particulares, poniendo su felicidad en la de sus vasallos. Algunos de los segundos de la casa de Este, por los pocos bienes de fortuna, han ido á hacerse famosos en la guerra, y han conseguido brillantes estados entre los extranjeros. Lo que puede decirse á favor de los Príncipes de Este es, que quando los Papas han emprendido la reivindicacion de sus estados como feudos y posesiones de la Iglesia, los Ferrareses y Modeneses, con los de Regio, Calvi y la Mirándula, y todos los de aquellos territorios, siempre se han opuesto á las pretensiones de los Pontífices, prefiriendo quedarse baxo de la dominacion de sus antignos señores.

La familia de Este, que segun unos vino de Alemania, y segun otros, descende de una casa ilustre ya en Italia en el siglo x, no nos ofrece exâcta y seguida descendencia hasta Azon VI, calificado Marques de Este

en 1196. Su buena inteligencia con los Emperadores y los Papas le valió de parte de estas dos potencias un aumento de estados en la Marca de Ancona, de los cuales dexó en posesion pacífica á su hijo Aldobrandino I, de quien por no haber tenido mas que una hija, pasáron á Azon el jóven, su hermano, que experimentó rebeliones, fue echado de Ferrara, y volvió á entrar en ella. Por no tener hijos este le sucedió su sobrino Obison II; y dos de sus hermanos, llamados Francisco y Aldobrandino, que quisiéron repartirse sus estados, y renunciáron luego á sus pretensiones por una composicion, que sin duda no sosegó el resentimiento de Azon; pues no teniendo hijos legítimos, dió sus estados á Foulques, su nieto por medio de un hijo bastardo, y á quien, viviendo él, puso en posesion.

Los sobrinos Reynaldo y Obison, hijos de Aldobrandino, no lleváron bien esta preferencia, y se armáron, favoreciéndoles alternativamente los Papas y los Venecianos. Por último, vencieron al bastardo: sobrevivió Obison á su hermano, y dexó una numerosa posteridad de su amiga, que llegó á ser su legítima muger. Le sucedió Aldobrandino II, su hijo mayor; y aunque este dexó un heredero

llamado Obison, Nicolas, tio del Príncipe joven é hijo de Obison III, se apoderó de los estados de su hermano en perjuicio de su sobrino, y le imitó su hermano Alberto. En su tiempo hicieron los Señores algunas tentativas á favor de Obison; pero con tan poco efecto, que pudo dexar sus dominios en 1393 á Nicolas III, niño de nueve años, cuya menor edad fue pacífica con la proteccion de los Venecianos. Tuvo este Príncipe gran parte en las guerras, que en su tiempo inquietáron la Italia. Le estimaban mucho los Príncipes vecinos. En 1425 hizo cortar la cabeza á su segunda muger Parasina de Malatesta y á Hugo su hijo natural, convencidos de torpe comercio. Por ser todavía niños dos hijos legítimos quando él murió, dexó en 1441 sus estados á Lionel, uno de los quatro hijos naturales que tenia.

A Lionel sucedió otro hijo natural de Nicolas llamado Borso, que obtuvo de Sixto IV el título de Ducado para los Marquesados de Ferrara, Módena y Regio. Despues de él vuelve á tomar su lugar la línea legítima en la persona de Hércules, hijo de Nicolas, á quien sucedió su hijo Alfonso, que tuvo que disputar sus estados con Julio II, Leon X y

Clemente VII. Muerto Leon X acuñó una medalla, en la qual se veía un hombre que sacaba un cordero de las garras de un leon, con estas palabras en el exêgo: *De manu leonis.* Tuvo tres hijos de Lucrecia de Borja, y le sucedió el mayor Hércules II en 1524. Defendió por largo tiempo la plena soberanía de sus estados, sin dependencia alguna, contra las pretensiones de los Papas; pero al fin se sujetó á poseerlos en virtud de la investidura dada por Alexandro VI á los Príncipes de su casa, y renovada á su favor por Paulo III en 1539. Su hijo, Alfonso II, hizo encerrar al Taso en el hospital de los locos, sin duda porque dexó traslucir demasiado, que agradaba á Leonor, hermana del Príncipe, y no se había corregido con el exemplo de Ovidio, á quien el Taso, como Poeta, debía conocer.

César, nieto de Alfonso I, á quien el difunto había legado sus estados, sufrió contradiccion de Clemente VIII, que los suponía devueltos á la Santa Sede por haber faltado la línea recta. Entónces tuvo César que ceder la ciudad de Ferrara á la Iglesia; y el Duque, despojado, se retiró á vivir en Módena. Alfonso III, su hijo, no era capaz de reivindicar el Ferrares de que había sido

despojado su padre, pues él cedió también el Modenes, y se hizo Capuchino. Fue un religioso de mucho fervor, y murió en el curso de una misión. Debe notarse que su hijo Francisco I, en las largas y frecuentes guerras á que le arrastraron sus alianzas, ya con los Españoles, y ya con los Franceses, siempre respetó las cosas sagradas y los lugares santos, castigando severamente á los que faltaban á la debida veneración.

Los dos Príncipes siguientes, Alfonso IV y Francisco II, hijo el uno, y nieto el otro de Francisco I, murieron jóvenes ambos, y ambos de gota. El último no dexó hijos; y en 1692 pasaron sus estados á Reynaldo su tío, hijo de Francisco I. Este Príncipe, y Francisco María su hijo, casi siempre fueron el juguete de las potencias que rodeaban sus estados. El uno y el otro eran echados de ellos, se retiraban entre los vecinos, y volvían á entrar en su capital, ya por tratados y ya sin condiciones, como quien venia de un viage, así que la paz lo permitia. Sus pueblos nunca parecieron muy afectos á estos Príncipes, bien que ellos por su parte los miraban con indiferencia.

B O L O N I A.

Bolonia, llamada en otro tiempo la substanciosa, epíteto que indica la fertilidad del territorio, fue edificada por los Toscanos: los echáron de allí los Gáulas, y estos experimentáron la misma suerte de parte de los Romanos, que colocáron en ella una colonia. Hacia parte del exârcado de Rabena: en ella puso Carlo Magno Condes y Marqueses; y por los años de 962 se hizo ciudad libre, gobernada por un Senado, repartido en tres Consejos, el especial, el general y el de creencia, escogiendo los Senadores entre los ciudadanos mas hábiles y respetables, por lo qual esta forma de gobierno era aristocrática.

El xefe ó Presidente de estos Consejos se llamaba Pretor. En 1192 logró tanta estimacion el Obispo Gerardo que le confiriéron dos autoridades; mas no bien lo habian hecho, quando los nobles se arrepintiéron, porque viéron que se inclinaba el Prelado á dar poder al pueblo, por lo qual le desterráron, y eligiéron un Pretor extranjero. Este no les convino mas que el Obispo, y así se deshiciéron de él; pero con mas violencia, pues



Prudencia de Galisenda.

Recomienda Galisenda por su esposo de no haber fortificado su casa con las sumas que el le envió á este fin, le llevó á un patio, donde presentándole multitud de ciudadanos ganados con sus liberalidades, le dijo: Ahí tiene la mejor defensa aprovechada. Lo hizo el y arrojó de Bolonia á sus enemigos. Las fuertes torres defienden algún tiempo; pero los hombres esforzados vencen casi siempre.

convencido de que se habia dexado ganar, á lo que parecia, con el regalo y los convites, ántes de desterrarle le sacáron todos los dientes.

Por mucho tiempo no hubo justicia ni órden en Bolonia, y no se conocia otro modo de librarse de las vexaciones que el de hacer cada uno de su casa una fortaleza, rodeándolas de torres; pero la muger de un Boloñes, llamada Galisenda, halló otro medio mejor miéntras su esposo estaba ausente y desterrado de Bolonia por una faccion enemiga. Su esposo desde su destierro la enviaba dinero para fortificar su casa. Concluido el tiempo de su destierro, creia que iba á entrar en su casa como en un castillo; y no viendo las fortificaciones que habia mandado levantar, empezó á reprehender la negligencia de su esposa. Galisenda le tomó de la mano y le llevó á un espacioso patio, en donde halló una multitud de ciudadanos, que ella habia ganado con sus liberalidades: „Ahí tienes, le dixo, los mejores medios de defensa, aprovéchate.” Los empleó tan bien, que consiguió arrojar de la ciudad á los enemigos que le habian desterrado.

Del poder de un Pretor pasó Bolonia á un Podestá. Difícil debia ser la policia de una ciudad, en donde se contaban diez mil

estudiantes legistas atraídos de la reputación de los Catedráticos: pues Bolonia, hallando su utilidad en aquella multitud de consumidores, pagaba bien á sus maestros, y así tenía los mejores y los mas nombrados de otras Universidades. No se ve sin embargo que siendo tanta esta juventud perjudicase á su tranquilidad, porque la contenían con prudencia. De quando en quando se veía Bolonia expuesta á varias revoluciones de gobierno; pero todas se hacían sin tumulto. En 1228 nombráron, además del Pretor, veinte y quatro asesores con el nombre de ancianos: instituyéron dos Consejos: el primero compuesto de estos mismos ancianos, de los Cónsules del comercio, de los maestros de platería y armería, que sin duda eran los oficios mas importantes de la ciudad y los confaloneros del pueblo y sus Consejeros. El segundo se llamaba el Grande, porque en él se admitía á casi todo el pueblo. Entónces tomaron los Boloñeses el título Republicano *de la comunidad y el pueblo de Bolonia*.

Así como Parma se dexó dominar de un flagelante, tambien Bolonia se dexó entusiasmar de un predicador, llamado Juan de Vicencio. No es de admirar que este tomase mu-

cho ascendiente con el pueblo; pero sorprende el poder que se abrogó sobre el Podestá y los Magistrados. Fue tanto, que llegó á ser dueño absoluto del gobierno. Dió libertad á todos los que estaban en la cárcel por deudas, y las dió por pagadas: revisaba las leyes, y hacia en ellas mutaciones á su arbitrio. Predicó un día con tanta vehemencia contra la usura, que arrebatado el pueblo de su zelo fue á saquear la casa de un usurero de la vecindad. Mejor hubiera sido, aunque mas difícil, que el fruto del discurso hubiesen sido la conversion del usurero, y una entera restitucion.

En 1225 creáron un Capitan del pueblo, á lo que parece para oponerle al Podestá enteramente sacrificado á la nobleza. De este modo quedó el gobierno por mitad aristocrático y democrático, y sin duda el dulce genio de los Boloñeses contribuia para esta mezcla, porque vivian en una paz admirada de sus vecinos. Su equidad inspiraba tal confianza, que los pueblos cercanos los eligieron muchas veces por árbitros. Un ciudadano, llamado Ben-tivoglio, quiso forjar cadenas para sujetarlos; y haciendo de su casa un castillo empezó á gobernar despóticamente. No duró su sobera-

nía mas que dos dias, porque le asesinaron, demoliéron su fortaleza.

No toda dominacion desagradaba á los Boloñeses; pero la querian suave y aceptada sin violencia, como lo es la de los Papas, á quienes estan sujetos desde el año 1578; y aunque algunas veces la han repudiado, siempre han vuelto á ella. Todavía viven baxo de aquellas leyes, que procuran los Pontifices hacer agradables. Estos siempre han conservado á los Boloñeses su Senado y sus privilegios, y con especial cuidado envian por Gobernadores los Prelados mas capaces de conservar el afecto y estimacion de aquel pueblo á la Santa Sede; y de este modo, sin ser enteramente libre, goza los principales frutos de la libertad, que son la seguridad y la paz.

MILAN.

Entre todos los paises de Italia es el Milanesado el mas agradable en quanto á las comodidades de la vida; porque el clima suave y templado, ni está sujeto á los grandes frios ni á los grandes calores. Aunque su situacion, en el centro de la Italia, es causa de que ninguno de aquellos paises haya pa-

decido tanto en las desolaciones de la guerra, es tan grande la fertilidad del suelo, que con una paz de corta duracion vuelve á gozar las ventajas de la abundancia. La industria del pueblo equivale á la generosidad de la naturaleza, y hace inclinar la balanza del comercio en favor de los Milanese. Milan es célebre por su poblacion, sus hermosos edificios, y sobre todos el *Domo*, que es la Catedral: la Biblioteca ambrosiana, rica en manuscritos, y adornada de una coleccion de pinturas de los principales maestros, con un gabinete de medallas, un observatorio, un jardin de plantas y curiosidades físicas: este soberbio establecimiento se debe al Cardenal Federico Borromeo. La nobleza de Milan es generosa, magnífica y cortés: el pueblo es benigno y afable; pero conviene no disgustarle con grosero trato, ni con subida de contribuciones; pues la falta de precaucion en estos puntos ha causado muchas veces alborotos.

De la escuela de Milan, llamada *la escuela lombarda*, han salido pintores excelentes. Allí se cultivan las bellas letras y las ciencias mas altas con felicidad. Allí florece el comercio, y es muy considerable en seda cruda y trabajada, en galones, bordados, enca-

xes y otros objetos de luxo. Generalmente es tal la fertilidad del suelo en frutas, legumbres, granos y carnes, que despues de hacer sus provisiones, todavia hallan los Milanesees mucho que exportar. Las ciudades principales del estado de Milan son Pavía, precavida contra la ignorancia y la violencia por su universidad y su ciudadela: Lodi, que da quesos exquisitos: Cremona, Como, Novara, Vigezano, Mortara, Cortóna y Bobio. En todas estas ciudades ninguna hay que carezca de algun objeto de celebridad para los curiosos y los golosos. Alexandria tiene el nombre, no en memoria del conquistador del Asia, sino del Papa Alexandro III que contribuyó á su fundacion. La de Milan sube hasta la mas remota antigüedad: ya era capital de la Insubria, y ciudad considerable en la irrupcion de Breno y Beloveso, primeros Gáulas que se hicieron temibles en Italia. Los Romanos trataban mal á los Milanesees, cuya amistad les era sospechosa; y los Milanesees en desquite diéron la mano á Aníbal quando ganó su primera batalla en las riberas del Tesino, que estan vecinas, y así fuéron castigados por su afecto á los Cartagineses. Su pais fue de los primeros que se viéron reducidos á provincia

romana ; pero nunca los Romanos le sujetáron bien, porque el menor pretexto les servia para sacudir el yugo en las guerras civiles, y en tiempo de los Emperadores. Desde el año 60 de Jesuchristo se presentó allí la religion christiana : estuvo lánguida por mucho tiempo ; pero despues produjo aquella Iglesia hombres grandes ; y San Ambrosio , Arzobispo de Milan , es el mas célebre por la eminenencia de sus virtudes y sabiduría.

A fines del siglo v tomó á Milan Odoacre , Rey de los Hérulos , á quien se la quitó Teodorico , Rey de los Ostrogodos , que puso en ella su corte ; mas no por esto dexáron los Borgoñones de apoderarse de ella en una irrupcion que hiciéron en Italia. Suponiendo Teodorico que los Milaneses y los de otras ciudades se habian defendido mal , les quitó sus privilegios ; pero se los restituyó á súplicas de los Obispos , que la historia nos presenta como unos prelados piadosos y benéficos , que empleaban sus bienes en el alivio de los Diocesanos ; y en esta ocasion rescatáron con su propio dinero los prisioneros que habian hecho los Borgoñones.

Teodorico ilustró su estancia en Milan con un acto de severa justicia. Fue á quejarse una

viuda de que en tres años no habia podido conseguir la decision de un pleyto que tenia contra un Magistrado. Juntó el Monarca el tribunal, y dixo: „Si mañana no juzgais este punto, yo sabré hacer justicia por mí mismo.” Se congregaron los Magistrados, y diéron al dia siguiente la sentencia. Mandó Teodorico que se volviesen á presentar los Jueces, y les dixo: „¿Por qué habeis prolongado por tres años un negocio, que acaba de costaros un momento?” Y dada esta reprehension, mandó cortarles la cabeza.

Descontentos los Milanese con el gobierno de Vitiges, uno de los sucesores de Teodorico, suplicaron á Belisario que los ayudase á expeler á los Godos, y con efecto los expeliéron; pero volviéron á entrar con nueva fuerza, y mataron á todos los habitantes en número, segun dicen, de trescientos mil, no quedando de Milan mas que un monton de ruinas; pero Narses ó Narsetes, sucesor de Belisario, sacó la ciudad de sus mismos escombros en 559. Volviendo á florecer, se sujetó á los Reyes Longobardos, despues á Grimoaldo, Duque de Benevento, y volvió luego á los Longobardos, hasta que Carlo Magno extinguió su monarquía. La soberania de

Milan cayó en manos de los Arzobispos; pero el gobierno estaba en la de dos Cónsules, que nombraban los prelados, y los mismos presentaban la espada de la justicia á estos Magistrados con grande ceremonia. No obstante, á fines del siglo x ya parece que no carecia de autoridad el pueblo de Milan, y que se indignaba de la dependencia, pues la simple amenaza de edificar una ciudadela que sirviese de freno á esta ciudad costó la vida al Duque de Suabia, enviado por el Emperador para recobrar su antiguo poder.

Siempre el Arzobispo queria dominar; y aunque tenia de su parte á los nobles, retiraba el pueblo el báculo pastoral para que no les oprimiese. En 991 se vió por la primera vez en la ciudad un combate, y de resultas echáron fuera al prelado y la nobleza. Ya el pueblo se apaciguó, y tuvo á bien recibirlos: se toleráron por algun tiempo; pero en materias combustibles basta la menor centella para levantar un incendio. Un noble dió un golpe á un ciudadano: fue el pueblo volando á socorrerle, y se obligó con juramento á permanecer siempre unido. La misma liga hicieron los nobles; mas no siendo en la ciudad los mas fuertes, precisados á salir de ella,

la sitiaron, y duró el bloqueo tres años. El fin fue una pacificación como aquellas que se hacen entre las personas que se temen mas que se aman.

Ademas de la altivez desordenada de la nobleza, era una de las causas principales del descontento del pueblo la depravacion de las costumbres del clero de la catedral; y dos diáconos de vida edificativa, llamados Landulfo y Arraldo, combatiéron vivamente contra la disolucion escandalosa. No les faltaba eloqüencia, pero juzgáron del caso valerse de medios ménos comunes contra los que pretendian reformar. Alegando un simoniaco á Landulfo mala razon, este diácono se despojó, y se dió una cruel disciplina; y la vista de su cuerpo rasgado hizo mas efecto en el pueblo que las mejores respuestas. Luitprando, que era un sacerdote asociado á los dos diáconos con las mismas piadosas intenciones, declamando con ardor contra la incontinencia de un clérigo, se vió escaso de pruebas, y dixo: „Que se enciendan dos hogueras;” y quando estaban bien inflamadas dicen que pasó entre ellas sin recibir daño alguno; pero ni él ni los compañeros de su zelo entusiástico eran invulnerables. A Luitprando le sorpre-

hendiéron dos emisarios de los clérigos, y le cortáron las narices y las orejas: Artaldo fue asesinado, y Landulfo murió de las contusiones y heridas de su flagelacion; pero por grado ó por fuerza el clero se libró de aquellos sobre quienes recaian las principales reprehensiones.

Milan fue la primera ciudad que en Italia emprendió su libertad en 1106. Anuló los Oficiales imperiales: creó dos Cónsules, y eligió muchos Oficiales para la administracion de la justicia, de la guerra y de la hacienda. De este modo estableció el gobierno republicano. El Emperador Federico Barbaroxa, muy irritado con el exemplar de independenciam que daba esta ciudad, volvió contra ella todas sus fuerzas. Los Alemanes abatiéron los árboles, arrancáron las cepas, asoláron los campos cercanos, y cerráron á larga distancia todas las salidas. Una ciudad populosa, estrechada de este modo, no puede resistir por largo tiempo, y así se rindió Milan por hambre. Las condiciones fuéron duras: la privó el Emperador de todos sus privilegios, y sobre esto exigió, que el Arzobispo y el clero con las reliquias, los Cónsules y la nobleza en trage de ceremonia, descalzos, con las espadas sobre el cue-

llo, y el pueblo con la sogá tambien al cuello, fuesen á su campo á pedirle perdon. Para hacer la penitencia mas penosa los esperó á distancia de legua y media, y mandó que los suplicantes pasasen por entre los soldados y por debaxo de las armas.

Sin duda el resentimiento de su castigo, que tanto humilló á los Milanese, quedó profundamente grabado en sus corazones; y así quando se creyeron con fuerzas se vengaron, no solo sacudiendo el yugo, sino echando de la ciudad á la Emperatriz, montada en un asno, y con el rostro vuelto hácia la cola. Juró el Emperador que semejante espectáculo no volveria á verse en Milan; y para cumplir su palabra, habiendo tomado la ciudad, la destruyó hasta los cimientos: hizo pasar el arado, y sembró de sal sus ruinas. No obstante, hay motivos para creer que la cólera del Príncipe se desahogó solamente con las murallas, pues todavia hay en Milan monumentos anteriores á este suceso. Los habitantes, viéndose sin los antiguos muros, hicieron mas grande la cerca; y de este modo llegó á ser Milan mas considerable contra la intencion de Federico.

Recobró tambien una parte de los seño-

ríos y jurisdicciones que habia poseido, haciendo entrar baxo de su dominacion muchas ciudades. La administracion de aquel estado necesitaba de empleos honoríficos, que al mismo tiempo eran lucrativos: se los tomaba todos la nobleza, y los plebeyos pretendian entrar á la parte: primer motivo de disputa. Una antigua ley lombarda daba á los nobles el privilegio de cumplir con una multa quando habian quitado la vida á un hombre del pueblo: segundo motivo de querella, por querer los nobles que se reduxese á una multa el castigo de cierto homicida noble quando el pueblo exígia la pena capital. Quiso el pueblo apoderarse del culpado: le defendió la nobleza, y llegaron á las armas. Eligió el pueblo por Capitan á Martin Turriani, ó de la Torre, que echó fuera de la ciudad á toda la faccion de los nobles, y al Arzobispo que la sostenia. Murió el prelado en su destierro. Turriani y el clero creyeron que tenian derecho para nombrar el sucesor. Nombró cada uno el suyo: ya estaba para prevalecer el del Capitan; pero temiendo un legado del Papa, que allí se hallaba, que la autoridad del Capitan fuese demasiado preponderante con la influencia de un Arzobispo que le debiese su

elevacion, exhortó al pueblo á apoderarse de la eleccion, y nombró á Othon Visconti.

Habia este nacido en Inвори, lugar pequeño, cerca del Lago mayor, de familia honrada, aunque no rica. Desde su juventud siguió Visconti la corte de Roma, en donde se hizo estimar por sus gracias y sólido entendimiento. Le empleáron en asuntos grandes; y vacando el Arzobispado de Milan, le consideráron á propósito para sostener la balanza entre los partidos de Turriani y Sepri, que hacian los dos bandos de la ciudad.

Turriani era enemigo declarado de la nobleza, y la hizo todo el mal que pudo: Felipe su hermano, que le sucedió, la dexó respirar; pero el odio contra ella se reproduxo baxo Napi ó Napoleon, sucesor de Felipe. Visconti, por su inclinacion á la mansedumbre, y siguiendo las reglas de la política, se declaró por los oprimidos. Ofendió á Napi esta predileccion, y precisó al Arzobispo á dexar la ciudad con los mas distinguidos que protegia, quando ya el prelado se habia hecho muchos partidarios en el pueblo con su beneficencia y otras bellas prendas. Esta inclinacion no impidió, sin embargo, que este mismo pueblo, baxo el yugo de Na-

pi, se dexase poner las armas en la mano contra Visconti, al mismo tiempo que interiormente rogaba por él á Dios.

Napi, dueño de todas las fuerzas del Milanesado, siempre fue victorioso; mas no creyéndose seguro mientras le era forzoso resistir á la intrepidez y recursos de Visconti, publicó premio por su cabeza. Esta barbaridad excitó murmuraciones en Milan, y el Capitan advirtió que iba perdiendo la confianza de los ciudadanos. Estando para salir de la ciudad contra Visconti, que se presentaba á la cabeza de un ejército compuesto por los desterrados, dexó una fuerte guarnicion para contener al pueblo. Todavía le favoreció la fortuna, y él usó cruelmente de su victoria; pues habiendo preso á treinta y quatro nobles con las armas en la mano, entre los quales se hallaba un sobrino de Visconti, mandó Napi degollarlos, y envió sus cadáveres á Milan para que los enterrasen en el sepulcro de sus mayores. Se enterneció el pueblo con el fúnebre convoy, y se hubiera sublevado contra el verdugo á no haberle reprimido con el miedo su hermano, á quien habia dexado en la ciudad. Este mismo llenaba las cárceles de los que tenia por sospe-

chosos, y no habia dia que no señalase con sangrientas execuciones. Visconti, sabiendo estas atrocidades, dixo: „Ya no dudo que los Turrianis, en castigo de su barbarie, han de sufrir en lo venidero un fatal reves de la fortuna.

Con efecto, dexó esta de ser contraria á Visconti, no porque algunas veces no abandonase sus banderas; pero él nunca cayó de ánimo. Falto de dinero, y privado muchas veces de sus amigos y partidarios por la suerte de las armas, su mérito y su reputacion le traian otros nuevos que acudian á distinguirse baxo de sus estandartes. Se admiraba en él, á los setenta años de su edad, grande vigor de espíritu y de cuerpo, constancia inalterable en las desgracias, el aspecto de General y de hombre de estado, la habilidad en proporcionar las circunstancias, y aprovecharse de las ocasiones. Era imposible que algun dia no prevaleciesen tan singulares talentos contra la valentía feroz de Napi, y con mayor razon; porque á esta no se ve que la acompañase aquella vigilancia tan necesaria en un xefe. Se dexó sorprehender en una diversion, y quedó prisionero. Le hiciéron gracia de la vida, si fue gracia, encerrarle en una jaula de hier-

*tres y anulado. Xapri, que su hijo caen sus
 harer la guerra contra los de despus de
 repetidas perdidas, mure en una batalla de
 re que termino la guerra y suve de comun
 te a sus partidarios. No le fue para el su pa
 dre y el emperador de su madre, le fue mas
 dignidade. Que le era en su vida el obitu
 de si su obitacion misma por asi siempre
 el laud en la frente de su enemigo.*

Muere de Xapri



ro sin esperanza de salir de allí. Murió en ella á los dos años. Continuó la guerra baxo las órdenes de su hijo Casoni, que aunque buen General, sufrió multiplicadas pérdidas, que acabáron por una batalla decisiva, en que perdió la vida.

En este tiempo habian recibido á Visconti en Milan con aclamacion. Le acusan de no haber reprimido su resentimiento contra los Turrianis, y de haber desacreditado su triunfo con suplicios; pero su rigor, en lugar de destruir el partido de Turriani, le dió nuevas fuerzas por la compasion que ordinariamente inspiran los infelices. No obstante, no se atrevió á levantar la cabeza miéntras vivió el Arzobispo; pero disputó con felicidad la autoridad á Mateo Visconti su sobrino, á quien el prelado habia revestido de su poder.

Los Turrianis le echáron de Milan, y se refugió con el Emperador Henrique VII, que creyó hallar en las ofertas de Mateo la mejor ocasion para que en Milan reconociesen los derechos imperiales. Pasó allá con un ejército bastante fuerte para hacer respetar sus órdenes, y afectó Henrique deseos de reconciliar los dos partidos tratándolos con igualdad; pero se inclináron á Visconti, como lo

merecia por sus respetuosas condescendencias, al mismo tiempo que los Turrianis tenían en sus modales aquella violencia que lleva consigo la certidumbre de no agradar. El fin de esta especie de lucha entre los rivales fue como debía ser; porque el diestro Mateo, prestándose á recibir del Emperador el gobierno de Milan, consiguió tropas para sostener este título, y de este modo logró un ascendiente completo sobre Turriani. Cinco hijos que tenía, todos de las mas bellas prendas, le ayudaron á fundamentar su poder; y quando murió se le dexó á Galeazo I, que era el mayor, Príncipe tan prudente como guerrero.

No obstante, aventuró este su fortuna por falta de vigilancia. Las tropas alemanas, que el Emperador habia dexado para la guardia y defensa del Duque Gobernador, eran unas tropas vendibles, que no resistieron al cebo del oro de que pródigamente se servia el partido contrario; y mientras Galeazo, teniéndose por seguro, ni aun imaginaba que le faltasen en caso de necesidad, se levantó en la ciudad un rumor, y todos acudieron á las armas. Publicáron los Turrianis que iban á restablecer el gobierno popular: se agregó á ellos el pueblo seducido: los Alemanes no sostuvieron á

Galeazo, y este se vió precisado de huir. No se sosegó el alboroto con su partida: cada uno queria dominar, así Güelfos como Gibelinos: nadie se entendia; ni era posible convenir en un gobierno. En esta confusion resolvieron todos unánimes volver á llamar al Gobernador, y darle toda su autoridad. Galeazo se sintió mas honrado con este favor de sus conciudadanos, que quanto le habia humillado antes el buen éxito del manejo de sus enemigos; pero le esperaba un golpe mas sensible por parte de su familia. Tenia un hermano llamado Marco Visconti, á quien los malcontentos juzgáron á propósito para inquietar á su hermano excitándole zelos, que le hacian fácilmente impresion. A la primera noticia que tuvo el Duque de las maniobras de los enredadores, y de la inclinacion de Marco á favorecerlos, procuró reducirlos con su reconvencion: „¡Quando mi hermano me hiere, le dixo, no advierte que se hiere á sí mismo!” „Un hermano, respondió Marco, no le tiene quando este solo quiere el poder para sí mismo.”

Ya no tenia la corona imperial Federico, porque habia pasado á la cabeza del Emperador Luis. Fue pues Marco á presentarse á él como acusador de su hermano Galeazo, di-

ciendo: „Que queria hacerse independiente.” Creyó el consejo del Emperador la calumnia de la faccion contraria al Duque, cuyo órgano era Marco, y la sostenian con mucho dinero, que es el medio excelente de persuadir. A Galeazo, que fue sin precaucion á justificarse, le arrestáron con toda su familia, á excepcion de Marco. Nueve meses sufrió de prision; y aunque se reconoció su inocencia, contraxo en el cautiverio una enfermedad que le llevó á la sepultura, privado del gobierno de Milan.

Bien fuese que el odio de Marco quedó sepultado con su hermano, ó bien que no prevaleciese contra el deseo de levantar su familia, intercedió de modo con el Emperador, que logró el gobierno para su sobrino Azon. El que entre tanto le habia tenido por la desgracia de Galeazo tenia veinte y quatro consejeros que le observasen, tomados de las diferentes clases de los ciudadanos, y estos se llamaban *la Regencia de Milan*. Era Visconti hombre impetuoso, ardiente, arrebatado, sin freno en sus pasiones; y la tomó tan violenta á una dama hermosa y noble, que se la quitó á su marido de las manos: despues, suponiéndose engañado la ahogó él mismo; y perseguido

de los remordimientos, cayó en una profunda melancolía. No le impidió su negra tristeza pensar en suplantar á su sobrino, porque la ambicion tal vez es el descanso de otros vicios. Informáron de ello á Azon, juntó su familia, deduxéron sus pruebas; y pareciendo estas suficientes, sin ruido ni rumor ahorcáron á Marco en su cama. Arrojáron el cadáver por la ventana; publicáron que se había precipitado en un acceso de locura, y le hicieron un entierro magnífico.

Tenia Azon otros dos tios, Luchini y Juan; y por no haber dexado hijos, le sucedió Luchini, que estaba acribillado de heridas, y arruinado con las fatigas de la guerra. En tal estado no se detuvo en casarse con una Genovesa llamada Fusca, de muchas gracias y espíritu, y de la casa de los Fiescos. Mucho le exercitó la paciencia; y de concierto con Galeazo, sobrino de su marido, introduxo en su casa quatro hijos; y para no ser castigada, le dió veneno. Confesó sus delitos al morir; y era tan notoria la prostitucion de Fusca, que muerto Luchini no se presentó para sucederle ninguno de sus hijos putativos, por lo que cayó el gobierno en su hermano Juan, que era al mismo tiempo Arzobispo.

Este prelado es famoso en los anales de Génova; y por la fama de su capacidad le llamó esta República para pacificar sus alborotos: le honraron con la dignidad de Dux. Tenia Juan tres sobrinos, hijos de su hermano Estéban, del que no ha quedado otra noticia que el haber perpetuado su familia: se llamaban Mateo, Bernardo ó Bernabé, y Galeazo; y habiéndoles repartido Juan el Milanesado, no quiso Mateo, muerto su tio, dar su parte á los otros hermanos: se cree que le diéron veneno, y por lo ménos es muy cierto que Valentina su madre no cesó en toda su vida de acusarlos de este delito.

Dos hermanos, igualmente activos y ambiciosos, que reparten entre sí la herencia en paz y sin querellas, son en la historia un fenómeno muy raro, que se verificó en Galeazo II, y Bernabé sucesor de Mateo. Galeazo, que era el mayor, se quedó con Milan, y ayudó á Bernabé á aumentar su parte, haciendo á expensas comunes invasiones en los estados de Bolonia y Mantua; quedándose con algunas porciones sin subyugarlos enteramente. En estas expediciones comunmente tenian á los Papas por contrarios, porque siempre llevaban la bandera de los Emperadores, cu-

Los Vicarios fueron varias veces en Italia los Viscontis.

La Francia y la Inglaterra buscaron la alianza de Galeazo, el qual casó una hija con el hijo del Monarca ingles; y por los regalos de la boda se puede juzgar hasta donde habian subido las artes, la industria y el comercio en Milan: pues fueron estos setenta caballos de los mas hermosos con jaeces adornados de bordadura de plata, oro, seda y planchas de plata con relieves, muchas piezas macizas de argentería perfectamente trabajadas,alcones,perros extraños,dardos,espadas,cotas de malla,corazas,escudos,y capacetes de exquisito trabajo,bandas bordadas de perlas,y un surtido prodigioso de vestidos y muebles cargados de pedrería de inmenso valor. La comida fue tan espléndida y suntuosa, que los residuos fueron mas que suficientes para dar de comer á diez mil hombres.

En los edificios que construyó Galeazo mostró un luxo y magnificencia extraordinarios: hermoseó á Milan con puentes, plazas y pórticos, y las fortificó con una ciudadela soberbia. Al mismo tiempo que se admiró el palacio que mandó edificar en Pavía, adornándole con las mas raras pinturas, es pre-

ciso culparle por la cerca de quince leguas con que le rodeó para el placer de la caza; porque incluyó posesiones de familias sin haberlas indemnizado suficientemente. Un hombre que por esta tiranía tuvo que renunciar á la herencia de sus padres, se vengó con una puñalada que recibió el Príncipe en su armadura. Galeazo gustaba de las bellas letras: estaba muy contento en compañía de los sabios, y sentia amargamente el poco cuidado que habian tenido de él quando era jóven, dándole una educacion puramente militar, por lo que cuidó exâctamente de la de su hijo, formando en él un gran Príncipe.

A Juan Galeazo le criaron en un colegio como si fuera hijo de un simple paisano, viviendo en todo igual con sus compañeros, con lo que su temperamento tomó fuerzas, y en esta vida arreglada adquirió un hábito al orden y á la exâctitud, que jamas se desmintió en él. Fixando sus gastos, y teniendo un estado exâcto de las rentas, cuyo manejo le fuéron dexando poco á poco, adquirió la mas rara capacidad en el exâmen de las cuentas. En este punto bastaba una ojeada suya; y el conocimiento que todos tenian de su habilidad detenia á los que pudieran pensar engañar.

le. No se olvidáron en su educacion de los ejercicios corporales, ni de la política y estudios propios de un hombre que ha de gobernar. Si en estas lecciones se olvidáron de recomendarle el disimulo, proveyó á esta instruccion la naturaleza, y se le hicieron necesario las circunstancias.

A Bernabé su tio, que habia vivido tan conforme con su hermano, apénas le vió muerto quando la ambicion de su muger, el ardor de sus hijos, y sobre todo las necesidades que parecia su corte por su excesiva prodigalidad, le hicieron codiciar los estados de su sobrino. Galeazo, avisado de que su fortuna y su vida corrian peligro, aparentó un grande amor al retiro, y no menor disgusto de la grandeza; y diciendo que solo aspiraba á pasar una vida solitaria y consagrada enteramente á la piedad, admitia poquísimas personas á su conversacion, y ménos á su mesa. Solia decir que se habia impuesto aquel género de vida hasta haber cumplido el voto de religion, dando á entender que ya estaba determinado á dexar el mundo, y abrazar la vida religiosa; y ademas comunicaba con su tio todos los asuntos, consultándole con docilidad y sumision.

¿Quién no caeria en el lazo? Una de sus

devociones principales era la Virgen del Monte de Varecio, en el camino de Verceli. Hizo correr la voz de que queria hacer un viage á aquel santuario, pero que no admitia compañía de persona alguna. Suplicáron Bernabé y sus hijos que les permitiese conducirle á lo ménos hasta la puerta de la ciudad para despedirse allí. Consintió Galeazo, fuéron caminando en conversacion, y estando para separarse, se abrazáron. Apénas se apartáron el tío y el sobrino, quando á una señal que se hizo, sorprendiéron á Bernabé y á sus hijos, y los encerráron en una prision, que él mismo habia construido. Las tropas, que ya tenian órden, se apoderáron de los principales puestos sin la menor violencia ni efusion de sangre; y en un minuto se vió Galeazo dueño de Milan, en donde antes solamente exercia una autoridad incierta y tímida. Sola una persona permaneció fiel á Bernabé en su desgracia, y fue Doninia Porta, su amiga, que pidió la encerrasen con él; pero todas las precauciones de esta no le libráron del veneno, que siete meses despues de su prision le quitó la vida entre los brazos de Doninia. Galeazo, no rezelando tanto de sus primos, los puso en libertad; pero los desterró. Aquí debe notarse, que aun-

que en esta sublevacion no hubo efusion de sangre, no se evitó el pillage: pues el Príncipe dió libertad á sus soldados para saquear las casas de los que sabia ser adictos á su tio. Hiciéron correr la noticia de que aquel desórden era obra de Bernabé; y sin embargo de hallarse este cautivo y sin poder, el pueblo la creyó. Ademas de cinco hijos legítimos dexó este Príncipe otros cinco naturales, que despues hicieron su papel.

Galeazo llegó á tal punto de prosperidad, que ya no se contenia en el título modesto de Gobernador de Milan, con que se habian contentado sus padres, aunque gozaban del poder absoluto; y consiguió de Venceslao el de Duque, enviándole este Emperador un cetro y una corona, insignias de poca importancia, si á ellas no se hubiera agregado el poder. Se extendió el de Galeazo casi sobre toda la Italia; y sus tropas eran las mas bien armadas, las mejor pagadas y bien disciplinadas de la Europa. Con su política y generosidad atraxo á su servicio los Generales de mas reputacion, y hasta Príncipes peleáron baxo de sus banderas. Desposeyó á los Escalígeros de Verona: volvió á tomar á Pavía; reduxo á su obediencia á Treviso, Trento y

los países montuosos de las cercanías. Los habitantes de Asís y de Perugia prefirieron su dominación á la del Papa, y lo mismo hicieron los de Luca, Bolonia y Pisa. Los Florentinos fueron los únicos que intentaron resistirle; pero él los redujo á temer la desgracia de su ciudad, y les concedió la paz á la cabeza de un ejército de treinta mil hombres prontos á sujetarlos.

No puede disimularse que Juan Galeazo gobernó mas temido que amado, pues tenia siempre un grande ejército aun en tiempo de paz. A este debe Milan su Catedral, y Pavia su magnífica Cartuxa. Fue padre de Valentina Visconti, la qual llevó al Duque de Orleans su esposo los derechos al Ducado de Milan, que despues pusieron en vivo fuego la Italia. Guiado de una mala política dividió sus estados entre sus dos hijos, Juan María y Felipe María, segregando de ellos un mayorazgo para Gabriel, hijo natural; y á otro llamado Antonio, que no entró en la repartición por ser muy niño, le dexó recomendado en su testamento á los otros hijos.

En este mismo testamento creó un consejo de Regencia, y nombró tutores para dos hijos, el mayor de los quales no tenia trece

años; pero un hombre de baxo nacimiento, llamado Barbavaria, se apoderó de la autoridad con el auxilio de los hijos de Bernabé, Francisco y Antonio Visconti, á quienes llamó de su destierro: quitó el consejo y los tutores, con lo que todo fue en decadencia. Los Príncipes sometidos por Juan Galeazo trabajáron para hacerse independientes, y lo consiguiéron, con lo qual reynaba en todas las ciudades del Milanesado una espantosa anarquía. Ya no se preguntaba si era delinqüente un hombre presentado al tribunal, sino la pena que le impondrian: porque en siendo sospechoso á la faccion dominante, sin mas motivo era reo; y así se dice que á uno de estos desgraciados le dixo francamente un Juez: „Tú me distes motivo para arrestarte, y á mí me pertenece hallar que este motivo es digno de muerte.”

Lo que llevó la desgracia del Milanesado á su colmo fue que los Príncipes jóvenes, que debieran ser su esperanza, solo manifestaban disposiciones para los vicios y delitos. De Juan María cuentan que se complacia en ver desgarrar los hombres con los dientes de los perros, y aun no se sabe que se limitase esto á los delinqüentes. En la menor edad de los dos

Príncipes se disputáron la tutela y autoridad sobre Milan Cárlos Malatesta, Señor de Rimini, y Facino Escaligero, Señor de Verona, que fue el vencedor, y se hizo dueño absoluto del Milanesado. Fixó su habitacion en la ciudadela de Pavía, que por su situacion era una de las mas fuertes y agradables plazas del mundo; y en ella juntó inmensos tesoros, de los cuales daba una parte moderada á Juan y Felipe sus pupilos, dexándoles libertad para sumergirse en toda suerte de torpezas. Juan se dexó llevar de esta licencia, hasta hacerse odioso á sus vasallos, que le miraban como un enemigo del bien público, y un monstruo de quien debia desearse que limpiasen la tierra. Al fin, un jóven, cuyo padre habia sido devorado por sus dogos, le mató de una puñalada; y se hubiera quedado su cadáver sin sepultura, y tal vez abandonado á los perros como merecia, si no hubiera sido por una cortesana querida suya. Dexó á su hermano Felipe sus estados; pero sin muchas ciudades, que ya se habian desmembrado.

Con dificultad entró Felipe María en la herencia de su hermano; porque se la disputó su primo Hector Visconti, hijo de Ber-

*natural compresion parecen indignas.
 espantable. Hay matanzas tales que aun de las
 muertes y solo una rama en amarga suya su de
 mandado de una piedad. Xadé sintió su
 desorden los porres de Juan María, se venga
 te hasta que un joven a cuyo padre habian
 en el este de sus vasallos el mas fuerte su-
 rraban a Juan María Escante, le produxeron
 la torpez, desgracia y ferocidad que caracte-*

Muerte de Juan Maria Visconti.



nabé. Por este mismo tiempo murió su mas firme apoyo Facino; y por casualidad le fue muy útil esta pérdida, porque dexaba Facino tesoros inmensos, un ejército mandado de excelentes Oficiales, y una viuda llamada Beatriz, Señora de todos estos bienes; y aunque tenia ella veinte y ocho años, y Felipe solos veinte, logró persuadirla á casarse con él, y recibió en dote soldados y dinero. Con este socorro arrojó de Milan á su competidor, aunque apoderado de esta capital, y le recibieron con aclamacion por el afecto que conservaban los Milanese á la rama principal de los Viscontis, sin embargo de los horribles vicios de este último.

Restablecido Felipe en el centro de sus estados, pensó en reunir las extremidades que se habian separado, y entre sus conquistas es notable la de Cremona, no tanto por su importancia quanto por un pasage singular de Gabrino Funduli, uno de aquellos aventureros que se apoderaban de las ciudades de Italia, á quienes llamaban tiranos. Este recibió en Cremona al Papa y al Emperador: tuvieron los dos Príncipes la curiosidad de ver el bello espectáculo que se gozaba desde lo alto de la torre: subió Gabrino con ellos; y ha-

llándose ámbos en la plataforma entre un anciano y un hombre que no le igualaba en fuerzas, le vino al pensamiento que era ocasion de immortalizarse precipitándolos. Por fortuna se le pasó esta fantasía; pero la tenia Gabrino tan grabada en su corazon, que habiéndole algun tiempo despues condenado á muerte por sus muchas maldades, las últimas palabras que dixo en el cadahalso fuéron: „Que no llevaba sentimiento de ninguna accion de su vida sino de no haber executado esta.”

Restableció Felipe la autoridad de los Viscontis en Génova: le abrió Plasencia sus puertas, se apoderó de Bergamasco. Debió todas estas felicidades en el principio á su esposa Beatriz, y despues á Carmañolo su General, natural de Saboya; pero veamos el premio que les dió. Desde luego que no necesitó de la Duquesa, empezó á tratarla del modo que debe prometerse una muger que cayó en la flaqueza de contraer un matrimonio muy desproporcionado en la edad. Sufrió con paciencia sus desprecios; pero no se quedó en estos la mala correspondencia de Felipe. La aborrecia, y quiso deshacerse de ella, acusándola de comercio criminal, de hechicería, y de haber intentado quitarle la vida.

Se supone que la pusieron en el tormento para arrancar de ella la confesion de estos delitos, que constantemente negó; pero vencido con la violencia del tormento, el cómplice que la suponian, dixo quanto necesitaban. Le dió en rostro Beatriz con su flaqueza, culpándose á sí misma de haber creído á los que la persuadiéron tan infeliz casamiento; hizo presentes los muchos servicios que habia hecho á su ingrato esposo; y murió protestando su inocencia, que nunca se ha puesto en duda.

Respecto de Carmañolo su General, despues de haberse aprovechado Felipe María de su capacidad y sus victorias, la envidia que le era natural, le hizo dar oidos á las insinuaciones de sus favoritos, que se veian obscurecidos con el mérito de hombre tan valiente. Le hizo mil injusticias Felipe, sin que tuviese libertad para quejarse; y así dexó el servicio de un Señor tan poco reconocido, y se pasó á los Venecianos, que estando entonces en guerra le diéron el mando de sus tropas contra el Duque de Milan. Temiendo este Príncipe su habilidad, de que tenia sobradas y felices experiencias, le hizo dar un veneno de que no murió; pero no se libró para siempre de las infames astucias de Felipe.

La guerra contra los Venecianos les parecia á los Milanese indispensible para la seguridad de su comercio ; y persuadidos á que ya se cansaba Felipe con las victorias de Carmañolo , le ofrecieron dinero para continuarla ; pero tomó el dinero , é hizo la paz sin atender á los intereses de sus vasallos ; y entonces pensó en vengarse de Carmañolo. Habia tenido este la desgracia de perder una batalla ; y Felipe insinuó á los Venecianos que su General se habia dexado vencer por traycion. Se sirvió de pruebas falsas , que con su dinero , repartido con profusion en el Senado , hizo pasar por buenas. Consistian las pruebas en ofertas graciosas que habia hecho él á Carmañolo para llamarle á su corte ; y siendo así que nunca habia respondido afirmativamente , y tal vez se le habian hecho para preparar la calumnia , condenáron al infeliz General sin citarle á juicio : de modo que ignorando su sentencia de muerte vivia familiarmente como antes con el Dux y los Senadores , que ya le habian condenado. Duró esta seguridad muchos meses ; pero quando ménos lo pensaba le sacáron de su casa , y le leyéron rápidamente las informaciones y piezas que se suponian ser pruebas ; y por mas

que reclamó y negó en el tormento, confirmaron la condenacion, y executaron la sentencia. Este triunfo fue tan ignominioso para Felipe como para el sobornado tribunal, su cómplice.

Fue Felipe afortunado en Generales, y tuvo á su sueldo los xefes mas hábiles de aquellas tropas de aventureros, que andaban entonces por la Italia vendiéndose á los que mejor pagaban: tales fueron Braccio, Piccinino, y sobre todo Esforcia, cuyo nombre ha llegado á ser ilustre en los fastos de Milan. Mientras le ganaban estos las victorias, se entregaba él al regalo, retirado á lo interior de su palacio, separado de su corte, y encerrado con los objetos de su libertinage y torpeza, que algunos historiadores dicen haber sido de infame naturaleza. El cuidado de los negocios estaba abandonado á gentes sin estimacion; y no obstante, fuese por el favor de las circunstancias, ó porque los Milanese habian perdido el vigor, vivió tranquilo, y sin grandes alborotos.

Sus mas constantes enemigos fueron los Venecianos. Por culpa de Felipe pasó á servirlos su General Carmañolo, y á costa suya los vió reforzados con el valor de Esfor-

cia, á quien él debia muchas victorias. Este jefe de aventureros era bien formado, generoso, y dotado de todas las prendas civiles y militares: amaba á Blanca, hija natural de Felipe, y ella le correspondia; pero tuvo Esforcia que dexarla por la desconfianza que le inspiraba la mala fe del Duque de Milan, y se pasó á los Venecianos, los quales le diéron el mando de sus exércitos, y les fue muy bien con él. Por el deseo de recobrar tan gran soldado resolvió Felipe ofrecerle la mano de Blanca su hija: se concluyó el casamiento con la paz, y dispuso Esforcia las condiciones de modo que no formáron queja los Venecianos.

No mudó el casamiento mucho la conducta del suegro para con su yerno; y aunque le estimaba, no le perdonaba el que su mérito le hubiese precisado á darle la hija. Quando dominaba el sentimiento de estimacion, le encantaba ver como el esposo de Blanca adquiria la mas brillante reputacion; pero quando sobrevenia el despecho de la envidia, no le pesaba de verle experimentar reveses de la fortuna, y por decirlo así, convidaba á la desgracia contra una felicidad constante que mortificaba su soberbia y su envidia. De este modo, temiendo alguna sorpresa, de que tal

vez no le libraba el escudo del matrimonio, se vió Esforcia en la precision de retirarse otra vez con los Venecianos, volviendo á tomar el mando de sus tropas. No solamente envió Felipe contra su yerno los mas valientes Generales, sino tambien ayudó al Papa y á los enemigos de Esforcia á apoderarse de sus posesiones; bien que se advierte, que quando el suegro veia al yerno muy oprimido, disminuia las fuerzas de sus Generales, para que sus victorias no llegasen á ser tan decisivas que causasen irreparables pérdidas al esposo de su hija. Conducta extraña, que apénas puede concebir sino el que esté acostumbrado á reflexionar sobre las extravagancias del corazon humano.

A pesar de estas variedades siempre venecian en Felipe la estimacion de su yerno y el amor á su hija; y no teniendo hijos legítimos, nombró por su sucesor al marido de Blanca, y murió antes de retratar este beneficio en otro testamento que meditaba. La corona que dexó á Esforcia no carecia de espinas; y el fruto que sacó de su proceder para con su yerno fue que los Venecianos se hubiesen apoderado de la mayor parte del estado de Milan. La ciudad estaba dividida en bandos, los quales viniéron á unirse en la reso-

lucion de aprovecharse de las circunstancias para tomar un gobierno republicano.

Se guardó bien Esforcia de mostrar oposicion á este pensamiento, por lo qual avanzó á Milan con las pocas tropas que le habia dexado el suegro, y ofreció su brazo y sus soldados á la República para que tomase las provincias que los Venecianos habian invadido. Aceptáron los Milanese sus proposiciones, le pagáron sus tropas, y le proveyéron de otras nuevas. Arrojó él á los Venecianos de sus usurpaciones, y se presentó delante de Milan; pero no disimulando la intencion de hacerse dueño, le cerráron las puertas. Puso sitio, reduxo los habitantes á grande escasez, y al mismo tiempo les mostró el medio de remediarse. La idea de abundancia les hizo perder la de la libertad; y el pueblo, que era el que mas padecia, amenazó impaciente. El Senado, temiendo una sedicion, trató de paz; y Esforcia, que era bastardo y esposo de una muger bastarda, fue reconocido Duque de Milan.

Tambien la fortuna de su padre habia sido pasmosa. Se llamaba Atténdula, y era un simple paisano de Cotignol en la Romania. Labrando un dia su campo, vió que pasaba un regimiento napolitano, y por una és-

pecie de inspiracion desató las correas del arado, y las arrojó á un árbol diciendo: „Si caen al suelo, toda mi vida he de ser labrador; y si se quedan allá, iré siguiendo á estos soldados.” Se quedáron pues entre las ramas, se alistó el paisano, y pasó por todos los grados de la milicia. Siempre temido por sus fuerzas, y estimado por su conducta, llegó á ser General de las tropas del pais. Adquirió tierras, le llamáron el Conde de Cotiñol, solicitado por todos los Señores de Italia, que se disputaban su alianza. Casó sucesivamente con tres mugeres de la mas alta nobleza: todas le diéron hijos, de los quales nada se dice; pero Lucila de Tresano, con el simple título de amiga, siempre llevó la preferencia en su corazon, y fue madre de Francisco y de Alexandro Esforcia: apellido que diéron á Aténdula, porque quando era soldado hablaba solo de saquear, robar y tomar por fuerza. En los grados superiores siempre conservó este apellido guerrero que le habian dado sus camaradas, y le transmitió á su familia.

Francisco Esforcia, heredero de las tierras de su padre, que eran de mucha importancia, y Duque de Milan por Blanca su mu-

ger, que no era mas legitima que él, aseguró mas su fortuna con las grandes alianzas. Caso á Galeazo María, su primogénito, con Bona, hija del Duque de Saboya; y al segundo, conocido con el nombre de Moro ó Etíope, con Beatriz de Este: el tercero se casó con una Princesa de Aragon. Tambien consiguió introducir una hija suya en esta casa Real, y otra en la de Monferrato. Como tenia motivos para temer á la Francia si pensaba en hacer valer los derechos del Duque de Orleans, hijo de Valentina Visconti, que era hija de Juan Galeazo, hizo su corte á Luis XI, de quien sabia que no era muy afecto á sus parientes; y este Monarca, á pesar de las reclamaciones de la casa de Orleans, se empeñó en sostener á Esforcia en el Ducado de Milan, y aun puso en sus manos la soberania de Génova que le habian presentado. Se ha dicho ya lo que respondió este Monarca á los que se la ofrecieron; pero Esforcia la admitió sin reparar en aquel desprecio. Sosego del todo el espíritu de libertad que por un instante se despertó en Milan, y dexó esta ciudad muy sumisa á su hijo Galeazo María.

Era Galeazo María un Príncipe floxo y

*Deadibus et pusillanimo corda: Maria Hispanica pa-
na quanto cui proprio de su dignidad, reserve, indiq-
namente el valor, e por meter dote, la corda pa-
ra videnter a quantas honestas bellezas restaban,
a su salvacion, por los maridos de algunas, apura-
de va el sufrimiento, le mataron a puntaladas. Quan-
se atreve a manchar la honra de sus, deo siempre
temer que la have su propia sangre.*

Muerte de Galazzo Maria Hispanica.



pusilánime; y solamente tenia valor contra las mugeres que resistian á sus instancias. Muchas veces se valió de la violencia para obligarlas; ya les faltó la paciencia á los maridos, y le matáron á puñaladas a los diez años de un reynado tiránico. Cayó el Ducado en Juan Galeazo María su hijo, baxo la tutela de su tio Ludovico, á quien se la habian negado temiendo sus perniciosas intenciones; pero al fin la consiguió, y tuvo á su desgraciado sobrino en un duro cautiverio, que acabó con el veneno. Entónces Ludovico, á quien se dice que llamáron el Moro ó el Etíope, por tener el cuerpo tan negro como el alma, tomó para sí el Ducado en perjuicio de un hijo de quatro años que dexó Juan Galeazo, y que no tuvo inquieto á su tio mucho tiempo, porque este tenia especial habilidad para deshacerse de los que le daban sujecion.

No desterró con la misma facilidad los temores que le causaba Luis XII, descendiente de Valentina Visconti; y para lograr un defensor contra este Monarca, si pensaba en hacer valer sus derechos, consiguió que el Emperador Maxímiliano le diese la investidura del Ducado de Milan, y ya con este título se creyó superior á todas las pretensio-

nes. No por eso abandonó las suyas Luis XII: y para seguirlas con ardor entró en Italia, se presentó delante de Milan, y le recibieron como á Príncipe, á quien precedia su conocida bondad. Habia Ludovico acudido al Emperador, y este le dió un ejército mal pagado. Los Suizos, que componian la mayor parte, viendo que Luis XII los pagaba mejor, entregáron á Ludovico á los Generales franceses; y trasladado á Francia, le encerráron en una jaula de hierro, en la qual vivió diez años.

Luis XII, para poner el último sello á la legitimidad de su conquista, pidió la investidura al Emperador Maxîmiliano; aunque no temia que este Príncipe le inquietase en su posesion, porque miraba con indiferencia los negocios de Italia. Tocaban estos muy de cerca al Papa, y asustado Julio II con el poder que los Franceses, dueños del Milanesado, podian asegurar en su vecindad, formó contra ellos una liga, en la qual era él la cabeza, y los Suizos los brazos. El Emperador, favoreciendo á los esfuerzos del Pontífice, dió la investidura de Duque de Milan á Maxîmiliano Esforcia, hijo de Ludovico el Moro, que habia acudido á su corte quando hicieron pri-

sionero á su padre. Despues de haber poseido el Ducado tres años, persiguiéndole siempre Francisco I, sucesor de Luis XII, trató con el Rey de Francia, y le cedió todos sus derechos al Milanesado, mediante una pension que fue á disfrutar en Paris, en donde murió sin hijos.

Cárlos V, siempre pronto á contradecir á Francisco I, reclamó contra esta donacion, y se apoderó de casi todo el Ducado de Milan; pero los Franceses se quedáron por largo tiempo dueños de la ciudad, como que tenían la ciudadela. Acusan á los Gobernadores de vexaciones, y á los Franceses en general de una libertad petulante y despreciadora, que los hizo detestables entre los Italianos. Los Milanese se lisonjeáron por un momento de verse mas felices con un Señor que habia nacido entre ellos; porque Cárlos V dió el Ducado de Milan á Francisco Esforcia, hijo de Ludovico el Moro; pero con tan onerosas condiciones, que no pudo dar á sus vasallos la felicidad que se prometian.

Murió sin sucesion Francisco Esforcia en Milan en 1535; y habia prometido Cárlos V dar la investidura del Ducado al Duque de Orleans, hijo de Francisco I; pero se apoderó

de este Ducado como de un feudo del Imperio, y le comprehendio en los estados que cedió á Felipe II su hijo. Los descendientes de este, que ocupaban el trono de España, poseyeron el Ducado de Milan como anexo á su corona; y por los tratados que se hicieron despues de la guerra sobre la sucesion de España, diéron el Ducado de Milan á la casa de Austria en 1714; y se le aseguraron de nuevo por el tratado de Viena en 1736. Estaba la administracion en manos de un Vice-Gobernador, un Ministro de Estado, un Senado, y los Oficiales encargados de la Policia. Se componia el Senado de un Presidente y diez Senadores, quatro Milaneses, y quatro Toscanos. Las otras dos plazas las ocupaban los Gobernadores de Cremona y de Pavía. El Senado juzgaba sin apelacion y en última sentencia las causas civiles y criminales. Por último, acababan de hacer á Milan capital de una República baxo la proteccion de la Francia.

EL MANTUANO.

Mantua, capital del Mantuano, está situada en un lago, ó por mejor decir, en una laguna, que hace mal sano el ayre. Van á ella

por unas calzadas de buenas fortificaciones; y aunque en otro tiempo contaba hasta cincuenta mil habitantes: en el día no pasa de veinte mil. La data de sus hermosos palacios, magníficas Iglesias, pinturas y otras obras del arte que la adornan, debe referirse al tiempo de su grande poblacion. Su terreno, igual y bien reglado, es fértil en toda especie de producciones.

Ponen la fundacion de Mantua tres años antes de la de Roma. Tres naciones, á saber, los Tébanos, los Toscanos y los Venecianos, que se retiráron como á un asilo á este lugar pantanoso para librarse de los salteadores, contribuyéron á poblarla. Vivian cada una segun sus leyes, y tenian una casa comun en donde se juntaban para arreglar los negocios públicos; y de este modo Mantua fue República en su origen; pero cayó en poder de los Romanos, aquellos Republicanos tan enemigos de la libertad de los otros. Arrastrada á las guerras civiles, pagó bien caro su afecto á Antonio Augusto, y abandonó el territorio á sus veteranos. Siguió despues la suerte de todo el resto de Italia baxo el dominio de los Godos, Vándalos y otras naciones que la invadieron. Como su situacion es fuerte, mas ve-

ces se ha rendido que la han tomado, y por la misma razon no ha sufrido incendios ni trastornos.

En 1220 se halla un Señor que la dió el Emperador Federico II, y que se mantuvo á pesar de los habitantes. Despues se disputáron largo tiempo su dominio los hermanos, tíos, hijos y sobrinos de este primer Señor. Nos los representa la historia como tiranos crueles. Se llamaban *Passerinos*. En tiempo del último de ellos se estableció en Mantua Luis Gonzaga, originario de Alemania, y protegido del Emperador. Tenia este una muger muy hermosa, y sus gracias no se ocultáron á los ojos libertinos de Passerino, que procuró seducirla, y la amenazaba con la violencia; pero ella se lo dixo á su esposo, y este, en una lucha, sin duda de cuerpo á cuerpo, mató á Passerino de una puñada en la sien; y echando luego de Mantua á sus hijos y partidarios, se apoderó del Ducado en 1328.

Aumentó este Príncipe sus estados, así por las armas como por el favor del Emperador Cárlos IV, que en 1354 le confirmó en el Ducado de Mantua para sí y sus descendientes. Le sucedió su hijo mayor, ya hombre de edad, que tenia tres hijos; y estos, vi-

viendo él, se disputaban la autoridad. Los dos hijos menores armáron emboscadas al mayor, y le quitáron la vida: Luis, que era el segundo, se deshizo del tercero para no tener repartido con él mucho tiempo el dominio; pero se dice, que viéndose culpado de estos dos fratricidios, procuró borrar la memoria de sus delitos con la suavidad de su gobierno. Acusáron á su hijo Francisco de haber dado veneno á su muger, que era de la familia Visconti. Por este crimen se armáron contra él los Príncipes vecinos, y les suscitaron continuas guerras, de las que salió con ventajas.

Juan Francisco su hijo, tan buen soldado como su padre, consiguió del Emperador Segismundo, á quien recibió con magnificencia, el título de Marques de Mantua; y tomó por pretexto de guerra que su padre hubiese dexado algunas tierras á su hermano menor. Le estimaban todos por sus talentos militares; y le confiáron los Venecianos el mando de sus tropas de tierra. Lo contrario sucedió con su hijo Federico, pues hizo guerra á los Venecianos; y Juan Francisco, hijo de este, despues de haber sido General por Venecia como su abuelo, volvió contra ella sus armas como su padre; y los Venecianos, haciéndole

prisionero, le tuvieron en la capital hasta que le diéron libertad á instancias de Julio II, el qual le confirió la dignidad de Gonfalone-ro de la Iglesia.

Leon X hizo Capitan General de las tropas de la Iglesia á Federico II; y Cárlos V, á quien el mismo Federico recibió honorífica-mente en 1530, le confirió el título de Du-que de Mantua. En las guerras del Rey de Francia contra el Emperador se mostró afecto á este, el qual le premió dándole el Monfer-rato. Se ahogó su hijo primogénito siendo niño, y le sucedió Guillermo su hermano, el qual era de mala conformacion, pero suplía este de-fecto con las prendas del espíritu. En Vicente su hijo se alaba la mucha piedad y religion, gusto en las ciencias, y amor á la justicia. Este tuvo tres hijos que le sucedieron.

Francisco III, el primogénito, no sobre-vivió á su padre mas que nueve meses, y dexó una hija llamada María. Los otros dos ya eran Cardenales, y se casaron dexando esta dignidad; pero ni el primero, Fernando, ni Vicente, el segundo, tuvieron hijos legíti-mos. Vicente tuvo intencion de anular su ma-trimonio con Isabel Gonzaga su parienta, que era estéril, para casarse con su sobrina la Prin-

cesa María; pero sus enfermedades le reduxéron á abrazar otra resolucion mas razonable, y la dió por esposa á Cárlos, nieto de Federico II, y cuyo padre vivia.

A este Cárlos le cuentan, entre los Duques de Mantua, por el primero de este nombre, aunque apénas vivió allí, y se mantuvo con tranquilidad en Francia, en donde tenia muchos bienes. A su hijo Cárlos II, esposo de María, le auxiliáron los Franceses contra el Emperador para ponerse en posesion de su principado, que le fue asegurado por el tratado de Quierasco en 1631, y despues se le dexó á su hijo Cárlos III baxo la tutela de su madre Maria. Cárlos IV, hijo de este, se hallaba en la menor edad, como habia sucedido á su padre, quando entró á ser Duque de Mantua. Se declaró á favor de la Francia durante la guerra sobre la sucesion de España; y se apoderáron de sus estados los Imperiales en 1708. Se puso en salvo en Venecia; y murió en Padua al año siguiente sin dexar hijos de dos matrimonios que contraxo. Se preparaban los Duques de Lorena y el de Guastala, herederos legítimos, para disputarse esta sucesion; pero no les dió tiempo el Emperador, porque se apoderó del estado de Man-

tua, y estuvo en la casa de Austria hasta que los Franceses la conquistáron en nuestro tiempo.

V E N E C I A.

Un pueblo, que reconocido en cuerpo de nacion, cuenta 1100 años de antigüedad, bien pudiera llegar á los tiempos de la guerra de Troya, como suponen de Venecia algunos de sus analistas, aunque esta época es muy anterior al tiempo en que viniendo de la Tierra Firme empezó á habitar en las lagunas del Adriático. Algunos siglos mas ó ménos, no pasan de mil años. En el séptimo siglo los pueblos de estas lagunas tenian cada uno su xefe llamado el Tribuno; despues se unieron para defenderse mútuamente, y eligieron un Dux ó Duque, y un Consejo general ó Senado. Desde entónces han sido la basa fundamental del gobierno estas dos incontrastables columnas, y todas las magistraturas que las acompañaban no eran mas que apoyos subsidiarios, pues las circunstancias las creaban, destruian y restablecian; y así estas mutaciones, obra de la intriga ó de los alborotos, hacen la parte principal de la historia política de tan celebrada República.

Venecia, ciudad situada dentro del golfo Adriático, y en las lagunas, especie de estanques, en donde forman islas los canales, se levanta magestuosamente en medio de las aguas. Si estas fueran demasiado profundas, darían entrada á los grandes navíos. Si con las inundicias se disminuyeran llegarían á desaparecer, y se hallaría Venecia unida á la Tierra Firme, y en ámbos casos se vería expuesta á una invasion. Por esto los Venecianos trabajan tanto para que las aguas no los abandonen, como los Holandeses para no ser sumergidos. Cavan con cuidado sus canales, y aun han hecho grandes trabajos para extraviar los rios, que con el cieno y arena pudieran cegarlos. Contiene Venecia muchos hermosos palacios; pero no es lo mas admirable esta magnificencia: y así dixo un poeta comparándola con la capital del mundo: „Cese ya Roma de ensoberbecerse por sus magníficos monumentos, pues comparada con Venecia parece que á Roma la edificáron los hombres, y á Venecia la fundáron los dioses.”

Los estados de Venecia, quando entráron en poder del Emperador de Alemania en 1800, se extendían por el Trebisano, el Paduano, el Friuli, la Istria, la Dalmacia, y algunas

islas del Archipiélago. La opinion que debe elegirse es que los Venecianos empezaron á habitar las lagunas huyendo del furor de los Godos mandados por Alarico en 421, o de los Hunnos baxo la conducta de Atila, por los años 452. Se conjetura que la primera isleta que poblaron fue Rialto, que hoy es el montecillo mas considerable entre los que saliéron del seno del mar, y se ven cargados de palacios, quando antes no tenian mas que chozas con cobertizos de cañas. Los habitantes, aplicados á un tráfico moderado, y ocupados en la pesca, no conociendo el luxo ni la ambicion, eran recomendables por sus costumbres puras y sencillas, su zelo del bien público, y la piedad y union que entre ellos reynaba. A fines del siglo v todavía era su marina muy imperfecta, y apénas se atrevian á salir de sus lagunas. Lo que principalmente procuraban era la conservacion de las salinas: „Estas, les dixo un Ministro del Rey de los Godos, estas son vuestros campos y vuestras casas: la sal es para vosotros la mas preciosa moneda, pues ella os surte de todas vuestras subsistencias.” Siempre ha sido riqueza la mas segura, lo que sirve para socorrer las necesidades.

La primera guerra de los Venecianos, cuya exâcta data se ignora, fue la que tuvieron contra los piratas á principios del siglo vi: en ella se hicieron aguerridos, y se pusieron en estado de que los buscasen los Generales del Imperio griego. El célebre Narses ó Narsetes admiró su situacion, y se interesó en reconciliarlos con los habitantes de Padua, rezelosos de su prosperidad. Ya hemos dicho que Rialto era el centro de aquellas isletas, de cuyo conjunto resultó la ciudad de Venecia. Tal vez afectaba ya su Tribuno un dominio que los otros le disputaban; pero todos igualmente, habiendo degenerado de la virtud de sus mayores, diéron motivo para quejarse de su administracion. Aquellas pequeñas poblaciones, observadas por los Lombardos para aprovecharse de sus divisiones, no halláron mejor partido que tomar que el de nombrar un General ó Dux que fuese cabeza subordinada del consejo de la nacion; pero se estableció que no habia de ser hereditario.

El primer Dux, elegido á fines del siglo vii, era un ciudadano de Heraclea, llamado Juan Lucas Anafesto, generalmente estimado por su prudencia y providad, de la qual no degeneró en el trono. Así puede

llamarse la silla Ducal en una República de la importancia de Venecia, en donde el primer Magistrado se decoraba con todos los atributos de la soberanía. Su diadema era un gorro, que por su forma se llamó el cuerno Ducal.

El sucesor inmediato de Anafesto imitó sus virtudes; pero Urso, tercer Dux, olvidado de que gobernaba una República, afectó la absoluta autoridad; y sublevándose los Venecianos, le matáron quando trabajaba por sosegar el motin. Mudáron de gobierno; y en lugar del Dux eligiéron un Magistrado anual con el nombre de Maestro de la Milicia. De estos hubo tres; porque al tercero le depusieron, y le sacáron los ojos antes de haber acabado su año. Volviéron á elegir Dux, siendo el electo Teodato, hijo de Urso el asesinado, y tal vez se pudo contar por mas infeliz que su padre, pues los conspiradores, que le conserváron la vida, le dexáron sin ojos. Le reemplazáron con un tal Galla, que apénas hizo mas que pasar; y despues con Monegario, que era un hombre duro y absoluto. Pero le pusieron dos Tribunos que le moderasen; y no haciendo caso él de sus consejos, vino á parar en el mismo suplicio que Urso. Mas afortunados fuéron los

Venecianos en la eleccion de Mauricio Galbayo. Este se hizo amar y estimar de tal modo, que no le pudiéron negar la gracia de asociarle su hijo Juan, el qual consiguió el mismo favor para su hijo Mauricio; pero ámbos degeneráron en quanto á la virtud, el uno de su padre, y el otro de su abuelo. Fue su reynado el de dos tiranos desenfrenados y crueles, y acabó por la repentina eleccion de otros dos, que ocupáron su lugar, y fuéron Oberlio y Beat.

Casi todos los xefes que hemos nombrado viviéron en Malamanco, isla muy próxîma á Rialto; y por ser la que está mas adentro del mar, los primeros esfuerzos de Carlo Magno cayéron sobre ella en una guerra con los Venecianos, quedando arruinados casi todos sus edificios. Quando ya la paz permitió á estos Isleños tiempo para pensar en sus negocios, se acordáron de que hasta entónces la eleccion de sus xefes casi siempre habia sido tumultuaria, y se resolviéron á hacer otra que fuese mas regular. Diéron sus votos á Angelo Participacio; y trasladando este la silla de Malamanco á Rialto, se llamo la poblacion Venecia. No se atrevia la República á tenerse por independiente de los dos Im-

perios de Oriente y de Occidente; pero en la necesidad de sujetarse al uno ú al otro, prefirió el de Oriente. Aunque el Dux Participacio mereció la confianza de sus conciudadanos, le agregáron dos Tribunos para precaver el abuso de la autoridad; y á pesar de la ley, que prohibia que la dignidad de Dux fuese hereditaria, le sucedieron sus dos hijos, Justiniano y Juan. El reynado de Juan fue disputado por Obelerio, uno de los dos Dux electos tumultuariamente antes de Participacio; pero no le permitió Juan recobrar su plaza, y sorprehendiéndole hizo degollarle; pero tambien él, hecho victima de otra intriga, cayó en manos de los conjurados, los cuales cortándole la barba y el cabello, le aplicáron á los servicios menores de la Iglesia; y murió en el tiempo de estas turbulencias. Tradonico, su sucesor, hizo la guerra á los Sarracenos, y retiró á los piratas. Dominaban entónces en la ciudad seis familias principales; y procurando evitar el Dux declararse mas por una que otra, á todas desagradó, y le asesináron. Sin embargo del gran poder de las familias culpadas, pidió el pueblo que se castigase el delito, y nombráron tres Magistrados que hiciesen pesquisa de los

delinquentes. Condenáron estos triumviros á algunos de ellos á muerte; pero el pueblo, sin dexarles llegar al cadalso, los hizo pedazos en el camino.

Restituída la calma, procediéron á la eleccion de nuevo Dux: cayó esta en Urso Participacio, cuya familia habia dado hasta tres; y este se distinguió por su prudencia, piedad y gobierno moderado. Venció á los Sarracenos y piratas: socorrió contra los Esclavones á los de Istria, que aun no pertenecian al dominio de la República. Ya en este tiempo poseian los Venecianos el arte de fundir, y enviáron á los Griegos las primeras campanas que estos tuvieron. El reynado de Juan Participacio, hijo de Urso, fue, digámoslo así, intermitente, porque dexó por su poca salud el trono Ducal, y se le cedió á su hermano Pedro. Murió este, y volvió á ocuparle en compañía de otro hermano suyo llamado Urso. Uno y otro le dexáron voluntariamente por cesion hecha á Pedro Candiano, que á los seis meses perdió la vida en una batalla contra los piratas. Todavía empeñáron á Juan Participacio en que volviese á tomar las riendas del gobierno, y á los seis meses las puso en manos de Pedro Tribuno. Este

fue el que con cadenas y estacadas, que dispuso en las lagunas, puso la ciudad resguardada de las irrupciones de los piratas. Tambien retiró á los Húngaros que asolaban la Italia; y murió despues de un reynado glorioso de veinte y tres años. Urso Participacio, que le reemplazó, puso un intervalo entre la muerte y los penosos trabajos del gobierno, porque le renunció en su vejez, y acabó en un monasterio sus dias.

El nombre de Pedro Candiano su sucesor, hijo de aquel cuya vida abrevió una gloriosa muerte en un combate, tiene cierta conexiõn con una fiesta que se celebró por largo tiempo. Era costumbre celebrar los casamientos de los ciudadanos principales en la víspera de la Candelaria, y en una Iglesia adonde tenian que ir por las lagunas. Los piratas, que sabian esta costumbre, y estaban espianando la marcha de la comitiva, diéron de golpe sobre esta, y robáron los esposos con todas sus alhajas. En el instante juntó el Dux todos quantos hombres pudo, se entró en un navío, persiguió á los salteadores, los sorprendio repartiendo los despojos, hizo en ellos una grande matanza, y volvió á Venecia con los cautivos y sus tesoros: por lo que institu-

yéron una festividad, y la llamáron la fiesta de los Casados.

Pedro Badoer era de familia de los Participios, y su rama habia tomado este sobrenombre desde su antepredesor el Dux Urso, que fue el primero que le usó. Como en su administracion no hay cosa notable, se infiere que fue tranquila. Pedro Candiano III impuso un tributo á los Narentinos, piratas hasta entónces indisciplinables. A su tiempo, con corta diferencia, corresponde la data de las primeras monedas venecianas. Su hijo, llamado como él, y sujeto á la autoridad de su padre, se rebeló; pero se indignáron con su ingratitud el clero y el pueblo en tanto grado, que se empeñáron con juramento en no reconocerle jamas por Dux antes ni despues de la muerte de su padre. Esta proscripcion no asustó tanto al rebelde, que no se aplicase con mayor actividad á hacer la guerra á su patria.

Murió el padre de pesadumbre; pero al hijo le salió bien su tenacidad, pues á pesar de los juramentos de excluirle para siempre del empleo de su padre, él fue su sucesor, y se llamó Pedro Candiano IV. Habia sido mal hijo, y fue mal esposo y mal padre; porque cansado de su muger, la repudió y obligó

á hacerse religiosa, y á un hijo, cuyo mérito le hacia sombra, le precisó á abrazar el estado Eclesiástico. Soltó despues la rienda á todos los vicios: aspiró á la tiranía, y tomó una guardia de extranjeros; pero esta precaucion, muy léjos de intimidar al pueblo, le hizo ver por el contrario quanto debia temer la pérdida de su libertad. Fue pues en tropel al palacio; y no pudiendo forzar las puertas, las puso fuego; creció el incendio; y el Dux, que se iba huyendo por diferentes sitios, llegó por último á un parage, en donde se vió entre las llamas y el pueblo enfurecido. Pidió gracia á lo ménos para su hijo de poca edad, que tenia en los brazos; y el pueblo, exclamando con el acento de la rabia: *Muera el tirano*, degolló á padre é hijo, y arrojó sus cadáveres á las aves de rapiña.

Habian hecho una excelente eleccion en la persona de Pedro Urseolo, hombre justo, generoso y arreglado en sus costumbres; pero una devocion mal entendida dexó á los Venecianos sin el fruto de tan buenas prendas. Llegó del Rosellon á Venecia un Abad de Monges á visitar el cuerpo de San Hilarie, que se veneraba en San Márkos, é inspiró al Dux el horror al mundo y el amor al retiro



La Esposa de Pedro Candiano IV.

No contento Pedro Candiano IV con repudiar a su desgraciada esposa, la violento a tomar el hábito en un monasterio, con la abominable inconsciencia de hacer esposa de Jesucristo a la que creía indigna de serlo una. ¡Esposa detestable! pero ¿quántos padres, con la mas escandalosa impiedad, han convertido en horribles sumas de despocho los santos y pacíficos votos de las virtudes?



con tal eficacia, que despues de haber empleado un año en meditar su resolucion, y en tomar todas sus medidas para que su abdicacion no fuese perjudicial á sus vasallos, se desapareció una noche, y fue á encerrarse en un monasterio sin haber dicho cosa alguna á su muger, sus hijos ni criados; y vivió en su retiro diez y nueve años. Tambien Vital Candiano su sucesor tomó el hábito monástico; pero fue con motivo de una enfermedad, y murió luego. La misma enfermedad padeció Tribuno, y se hizo Monge; pero de este se sospecha que le precisáron, por no tener los talentos necesarios para restablecer la paz en la ciudad.

Estaba por entónces alborotada con las pretensiones y la rivalidad de muchas familias, entre las quales se distinguen las de Caloprini y Morosini. En Urseolo II halláron el hombre que buscaban, así para contener en lo interior las facciones, como para hacer floreciente fuera la República. Este extendió el comercio de Venecia por toda la Grecia, Siria y Egipto, y consiguió, así de los Emperadores como de los Soldanes, los privilegios y exênciones que los negociantes necesitan. Urseolo agregó al dominio de los Venecianos la Istria y la Dalmacia: sujetó

los Narentinos, é introduxo en los estados de Tierra Firme el género de gobierno que despues se practicó. Su mérito le dió la estimacion de los extrangeros: y el Emperador Othon le hizo una visita de amistad. Quiso el Dux que le asociasen su hijo Juan; pero aunque se lo concediéron los Venecianos, murió este jóven antes que su padre.

Le sucedió otro hijo llamado Othon, con los felices auspicios de perpetuar las virtudes de su padre; pero entre tanto que realizaba estas esperanzas, se apoderáron de su persona los conspiradores: le cortáron la barba, y le desterráron á Constantinopla. Centranico, que se llamó tambien Barbalano, fue el electo; pero otra faccion mas poderosa le hizo quitar el cabello, y le encerró en un monasterio. Enviáron á pedir á Constantinopla que les enviasen á Othon Urseolo, pero ya habia muerto. Creyó Domingo Urseolo, pariente suyo, que le bastaba tener este apellido para suceder en el Ducado, y se apoderó de esta dignidad; pero perseguido por la faccion que habia puesto en el trono á Centranico, se vió precisado á huir. Quando desterráron á Constantinopla á Othon Urseolo se lisonjeaba Domingo Flabanico de que él seria el que le

reemplazase; y no erró el golpe despues de la desgracia de Centranico, y la expulsion de Domingo Urseolo. A lo que parece tenia un odio irreconciliable á esta familia, que era de las mas ilustres de la ciudad, pues la hizo desterrar, y declarar que para siempre habia caido de sus honores, derechos y preeminencias, habiendo llevado hasta nuestros dias este oprobrio, á pesar de los servicios que hizo al estado Pedro Urseolo. No obstante, debia haber muchas ramas de Urseolo, y no á todas alcanzó esta ignominia. En tiempo de Flabánico se determinó abolir para siempre el uso peligroso de asociar al Dux los hijos, hermanos ó parientes; y este decreto llegó á ser ley fundamental del estado.

Reynando Domingo Contareno su sucesor se terminó la diferencia entre los Patriarcas de Aquileya y de Grado, que muchas veces habian inquietado la República. Este último quedó libre de la dependencia del primero, y se llamó despues Patriarca de Venecia. Domingo Silvio, elegido despues de Contareno, fue infeliz contra los Normandos, que rondaban hasta lo interior del Mediterráneo. Vital Falier, aprovechándose de la desgracia que los reveses de la fortuna causaron

para con el pueblo á Domingo Silvio, logró que le depusiesen y le confriesen á él su dignidad. En tiempo de Vital Michieli, que le sucedió, empezáron los grandes armamentos de los Venecianos con motivo de las Cruzadas, y lograron sobre las costas de Asia los bellos establecimientos, que fuéron el fruto y premio de sus armadas, sin contar la ganancia inmensa de los fletes, y el lucro del comercio: y aun se les vió desplegar sus banderas por fuera, y vencer á los Pisanos y Ferrareses. A estos rivales reprimidos añadió Odelufo Falier los Paduanos; pero no fue tan feliz contra los Húngaros, que habian entrado en Dalmacia; bien que si no llevó la palma de la victoria, un honorífico cipres, hace sombra á su sepulcro por haber muerto en el campo de batalla.

Domingo Michieli pasó en persona al Oriente, y no fue su viage estéril, ni en quanto á la gloria ni en quanto al provecho de los Venecianos, porque consiguó grandes privilegios en Jerusalem, y la propiedad de la tercera parte de Ascalon. Llevó este Dux sus armas victoriosas á Ródas, Chio, Samos y otras islas griegas sobre la costa de la Morea, en donde se hizo fuerte; y Pedro Polani, su yerno, continuó sus hazañas. Siendo

Dux este humillaron los Venecianos á los de Padua, y tuvieron la honra de dar socorro á los Emperadores griegos que habian sido sus señores. Duró esta alianza reynando Domingo Morosini; pero ya la prosperidad de los Venecianos, y la extension de su comercio en Asia, hacia sombra al Emperador Manuel Comneno, durante el reynado de Vital Michieli II. Se valió el Griego de astucias para engañar al Veneciano, que de buena fe se entregaba á sus insidiosas proposiciones de paz; y tuvo el Dux el dolor de ver perecer, por la astucia de Comneno, una de las mas bellas flotas que los Venecianos habian equipado. No le perdonaron sus Republicanos que se hubiese dexado engañar, pues á su regreso le llenó de injurias el pueblo, y le quitaron la vida en el tumulto.

Este atentado, de que ya habia otros exemplares, dió ocasion á los hombres prudentes para pensar en reprimir la extremada licencia del pueblo, dexándole ménos influencia en los negocios. En Venecia no habia mas tribunal estable que el que llamaban la Quarantía, porque se componia de quarenta personas. Quando Murió Michieli tomó provisionalmente este tribunal las riendas del gobier-

no, y estableció un gran consejo de ciudadanos escogidos, que substituyó en lugar de las juntas generales, haciendo ver al pueblo que estas eran demasiado tumultuarias. A este gran Consejo se le conservó el nombre de Pregadi, que era el que tenia las juntas generales. También creó la Quarantía un Senado sacado del gran Consejo, y mudó la forma ordinaria de la eleccion de Dux. Se nombráron seis Consejeros que observasen la conducta de este, y baxo de estas condiciones eligiéron á Sebastian Ziani. Todavía, muerto este, se mudo la forma de eleccion, que á la verdad solo se habia anunciado como provisional; y se dió el gorro Ducal á Orso Malipier, que no habia querido admitirle antes de la eleccion de Ziani. Como solo pretendia la felicidad de la República, concurrió gustoso al establecimiento de los nuevos Magistrados de policía, propios para consolidar el buen órden y la tranquilidad. Renunció Orso; abrazó el estado monástico, y le profesó hasta morir. Por este tiempo, con corta diferencia, se dió el nombre de Señoría al cuerpo del gobierno.

Entre los hombres de mérito, que podian pretender la dignidad de Dux, era uno Henrique Dandolo, pero estaba ciego. A la ver-

dad, la causa de su ceguera debió ser particular recomendacion para con los Electores, pues le habia privado de la vista la páfida crueldad del Emperador Manuel, quando se hallaba en Constantinopla Embaxador de su República. La penetracion de su entendimiento suplía con ventajas la falta de los ojos, y así nunca hizo la República papel mas brillante que en el tiempo de su administracion. Tuvo el placer de entrar como vencedor y conquistador en aquella capital del Imperio griego, en donde habia sufrido tratamiento tan bárbaro. No quiso admitir la misma corona; pero se aprovechó del ascendiente, que por su mérito y servicios lograba entre los Príncipes armados para procurar grandes ventajas á la República.

Muerto este Dux creáron una magistratura muy útil, cuyos miembros, en número de seis, y con el título de Correctores, tenían á su cargo exâminar los abusos que podían haberse introducido durante el gobierno de cada último Dux, y dar cuenta al Senado para que este los corrigiese. Siempre tuvo lugar esta magistratura durante los interregnos. El que se siguió por muerte de Dandolo, acabó por la eleccion de Pedro Ziani,

que puso á los Venecianos en posesion de las islas de Candia y de Corfú, y de parte de Negroponto. Candia dió bien que hacer á sus vencedores por haberse levantado en ella alborotos; y no les diéron ménos en que entender los Genoveses y Paduanos; pero Venecia triunfó de sus rivales sin que Ziani, mas propio para las negociaciones que para la guerra, contribuyese mucho á sus victorias. Lo mismo sucedió con Jacobo Tiepolo su sucesor. Ambos renunciáron por disfrutar algun reposo; pero uno y otro le gozaron pocos meses.

Miéntras tuviéron la dignidad de Dux Marin Morosini y Renario Zeno, tuvo la República guerra con Ezzelino, tirano de la Lombardía, que hizo teatros de horror las ciudades de Padua, Verona y Vicencia; pero su mayor irritacion era contra los Paduanos, pues á quantos caian en su poder les mandaba cortar los pies y las manos. Ya los Cremoneses y los Mantuanos reunidos le hicieron prisionero, y le dexáron morir en un calabozo sin darle otro castigo. En tiempo de estos dos Dux midiéron sus fuerzas los Genoveses con los Venecianos; porque estos, segun parece, querian ser únicos en el comer-

cio de Levante; pero los Genoveses por composicion lograron que se repartiase entre las dos Repúblicas. Laurencio Tiepolo, sucesor de Romeo, era fastuoso, ó tal vez solamente deseaba asegurar su poder. Casó un hijo suyo con una Princesa, y él se casó con otra. Con esta ocasion prohibió por una ley el Senado que se casase el Dux, ó casase á sus hijos con extrangeras. Otra ley cerró en tiempo de Contarini á los hijos ilegítimos la entrada en el gran Consejo. Renunció Contarini, á causa de su mucha edad, y le reemplazó Juan Dandolo. Ambos tuvieron los talentos que pide el gobierno civil, y el último reformó las magistraturas, que tenian á su cargo las subsistencias y las costumbres.

El mismo dia de las exêquias de Dandolo se levantó en el pueblo un gran tumulto, pretendiendo que volviesen á ponerle en posesion del derecho de elegir Dux, pues se le habian quitado, y no queria admitir á Pedro Gradenigo á quien los nobles pusieron en la dignidad de Dux. Mil voces confusas resonaban en invectivas contra la nobleza, y proclamaba á Jacobo Tiepolo. Era este un hombre tímido, que por miedo de desagradar á los nobles si aceptaba el trono, ó al

pueblo si no le admitia, se escondió; y de este modo dexó el campo libre á Pedro Gradenigo, hombre de firmeza y resolucion.

Conservó resentimiento este Dux contra el pueblo por la eleccion de Tiepolo, teniéndola por afrenta, aunque no se efectuó, y resolvió quitar á los populares la poca influencia que les quedaba en la eleccion de Dux; y lo consiguió introduciendo mutaciones en la formacion del gran Consejo. Estas mutaciones llevaban al principio la apariencia de algunos respetos á los derechos del pueblo; pero quando Gradenigo advirtió que conseguia sus fines se desembarazó de toda sujecion, y promulgó una ordenanza estableciendo que todos aquellos que componian por entónces el gran Consejo le compondrian perpetuamente ellos y sus descendientes sin eleccion ni sorteo; y como no habia otros en el Consejo que los nobles, logró que el gobierno quedase puramente aristocrático.

Por esta ley hubo una sublevacion del pueblo y de algunas familias nobles que no se hallaban entónces en el gran Consejo. Contuvo Gradenigo al pueblo con su firmeza, y sosegó las familias nobles dexándolas con la esperanza de ser admitidas en caso de tener

que suplir; mas no todas se deslumbraron con estas promesas. Los Quirini, los Badoer, los Baroci y algunas otras se unieron para restablecer el gobierno antiguo. Barjamont Tiepolo, hijo de Jacobo á quien Gradenigo habia quitado la dignidad de Dux, se declaró cabeza de esta pretension; pero se descubrió la empresa; y llamando Gradenigo tropas pelearon en la ciudad encarnecidamente, quedando vencida la faccion de Tiepolo, cuyo xefe fue muerto en el campo de batalla. Cortaron la cabeza á tres nobles cómplices, y colgaron sus cadáveres. Con este motivo se instituyó el terrible tribunal de los Diez, que ha sido el mas firme apoyo de la aristocracia en Venecia. Se cree que diéron veneno á Gradenigo.

A este Dux sucedió Marin Georgi, el qual murió de vejez á los diez meses de su reynado, que empezó á mas de los ochenta años de su edad, y dexó la memoria de religiosas virtudes. Juan Soranzo, su sucesor, sostuvo gloriosamente la reputacion de las armas venecianas en los paises orientales, manejadas por Justiniano Justiniani, que hizo temblar á Constantinopla. Francisco Dandolo, que reemplazó á Soranzo, protegió en el Asia menor

el comercio de Venecia contra la oposicion de los Turcos, á quienes tomó muchos navíos en su tiempo Pedro Zeno, General de la República. Este ahorcaba á todos los Turcos que caian en sus manos, como á Piratas y Vándoleros. Entónces empezó la Señoría á tener Generales extranjeros para las fuerzas de tierra, observados por los llamados proveedores que les agregaba. Una gran carestía de víveres suscitó murmuraciones contra el gobierno de Bartolomé Gradenigo su sucesor. Andres Dandolo recobró para el comercio de los Venecianos en especiería y telas de Indias la ruta ventajosa de Egipto que los Turcos habian interceptado. Para esto le fue preciso hacer un tratado con los infieles, lo qual entónces se miraba como una prevaricacion y estaba muy prohibida; pero el Papa dispensó por cinco años. Envió la Señoría un Cónsul residente en Alexandría; y las riquezas que por este medio sacó Venecia, la proporcionáron los medios de sostener contra Génova, en los mares de Constantinopla, una guerra, cuyas variaciones causáron grande alteracion en las dos Repúblicas, y principalmente en Génova, que sufrió pérdidas muy importantes.

La aristocracia de Venecia se vió en gran

peligro , siendo Dux Marin Falier , que en odio de los nobles , de quienes habia recibido algunos disgustos , formó el proyecto de restituir el poder al pueblo ; pero uno de los cómplices hizo traycion quando ya estaba para executarse. Tomáron los nobles las armas , y sin forma de proceso ahorcáron á diez y seis cabezas de los paysanos ; pero al Dux se le hicieron con toda formalidad ; y habiendo confesado su delito , le degolláron en la sala del gran Consejo. Por el orden de los retratos , de los que habian tenido la dignidad de Dux , pusieron una pintura con un trono vacío , cubierto de terciopelo , y debaxo estas palabras : *Este es lugar de Marin Falier , degollado por sus delitos.*

Juan Gradenigo , que le sucedió , murió á los seis meses : Juan Delfino á los cinco años de reynado ; y Laurencio Celsi á los quatro. Durante la administracion de este último hubo un grande alboroto en Candia , que continuó y se finalizó siendo Dux Marco Cornaro , que reynó solos dos años. Por entónces enviaba Venecia flotas al Oriente á cargarse de sus tesoros , á combatir con sus envidiosos , y á sostener y aumentar su comercio. La hacian temible á sus vecinos , y la adquirian

nuevos estados sus exércitos de tierra; pero miéntras imprudente enviaba sus fuerzas del centro á las extremidades se presentáron los Genoveses delante de las lagunas: las acometiéron y penetráron en términos que estuvo Venecia en gran peligro, y esta fue la primera vez que tembló. Pasados algunos dias de consternacion renació el valor con las exhortaciones patéticas del Dux Andres Contarini: se armáron todos con su exemplo: sacáron de la prision al valiente Pisani, á quien la ingrata República tenia castigado por una pérdida, y le restituyéron en su empleo de Generalísimo de mar. Olvidó este grande hombre los agravios de su patria, la salvó, y murió. En este riesgo mostró el Dux tanta prudencia como valor, porque supo emplear á propósito todos los recursos del estado, el qual le debió en gran parte su salud. Por los servicios importantes que habia hecho mereció extraordinarias demostraciones al reconocimiento de sus conciudadanos en la distincion honorifica de haberse encargado á un noble que le hiciese públicamente la oracion fúnebre. Miguel Morosini, su sucesor, no tuvo tiempo para realizar las esperanzas que todos habian concebido de su talento, porque le arrebató la peste á los quatro años de reynado.

Antonio Venier, distinguido por sus bellas calidades, estaba gobernando en Candia quando le eligieron. Este hizo publicar un reglamento por el qual se prohibió á todo extranjero formar establecimiento en Venecia, ni adquirir en ella rentas sin licencia especial: y para conseguir derechos y privilegio de ciudadano se declaró necesaria la residencia de quince años. Por entónces era la posesion de Padua, ó su conquista, el objeto de la ambicion de los Venecianos, y lo consiguieron despues de haber derramado mucha sangre reynando Micael Steno. Esta ciudad, Verona y algunas otras vecinas habian pasado de los Lescalas, familia ilustre, á los Carraras, no ménos distinguidos, y estos defendian sus dominios con valor; pero les faltaron las fuerzas. Hicieron prisioneros á Lescala el padre, y á dos hijos suyos; y para cortar de raiz toda pretension y reclamacion los hizo degollar la Señoría. Este rigor republicano encendió en ira á todos los Príncipes de la Europa, á quienes llegó la noticia. Padua, como lo deseaban los Venecianos, entró en el dominio de la República, que no perdía ocasion de engrandecerse; pero su poder nada añadía al del Dux, antes bien parecia complacerse en humillarle. Resistió

Micael Steno algunos ataques desagradables, y por esto decidieron despues de su muerte que los Abogados pudiesen citar al Dux á juicio, y que él jamas contradixese á sus conclusiones. Tambien aboliéron la costumbre de juntar el pueblo para que aprobase la eleccion del nuevo Dux, contentándose con preclamarle: y de este modo perdió el pueblo enteramente lo poco que le restaba en los negocios del estado.

Las inmensas ganancias que adquirian los Venecianos por el comercio los pusieron en el réynado de Tomas Mocenigo en estado de emplear, segun la ocasion ó la necesidad, los dos medios mas poderosos de engrandecerse, que son la fuerza y el dinero. Del primero se valiéron con felicidad contra los Turcos en la Morea, y contra muchos Señores, cuyos estados invadiéron en la Dalmacia y el Friul. Ya habian comprado á Patras y Zara, y tambien compráron á Corinto. El Dux Mocenigo, en un discurso que hizo al Senado, nos ha dexado una idea del estado floreciente de la República en aquel tiempo de prosperidad. „Por la atencion, dice, que nos ha merecido el comercio, envia Venecia todos los años al extranjero un fondo de diez millones de ducados.

dos. Ganamos en solo el flete dos millones, y otros tantos en el tráfico de las mercaderías. Tenemos tres mil navíos, desde diez hasta doscientas toneladas que emplean diez y siete mil marineros; trescientos navíos grandes que ocupan á ocho mil; y quarenta y cinco galeras, en las que hay hasta once mil. Todos los años enviáis quinientos mil ducados á Tierra Firme, é igual cantidad á los otros lugares marítimos. El exceso se queda en Venecia como pura ganancia. De Florencia extraeis anualmente diez y seis mil piezas de finísimos paños, que vendeis en Nápoles, en Sicilia, y en todas las escalas de Levante. Vuestro cambio sobre Florencia es de trescientos mil ducados por año. En una palabra, todo el universo contribuye á vuestra utilidad.”

En tiempo de Francisco Foscari compráron tambien á Tesalónica, y esta compra ocasionó contra los Turcos, que decian ser los legítimos dueños, una guerra muy fatal para esta infeliz ciudad. La saqueáron y la arruináron los bárbaros, para que no fuese ni suya ni de los compradores. El Dux hizo poco papel en las guerras que por entónces tuviéron los Venecianos con Milan, Florencia, Génova, ó por mejor decir, con toda la Italia. Aliados

y enemigos alternativamente de todas las potencias, pusieron por Comandantes de sus fuerzas de tierra Generales extranjeros, con la mira de que ningun noble, viéndose á la cabeza de un ejército adquiriese una autoridad peligrosa; pero les daban el mando en el mar, porque es mas difícil hacer circular proyectos de sublevacion de un navío á otro, que ganar los batallones, á quienes á cada paso se arenga. Siempre tuvieron buenos Almirantes, y escogieron los Generales de tierra entre los mas hábiles Capitanes, que no eran pocos en Italia.

Los Venecianos pagaban bien; pero no carecia de riesgo el servicio en una República espantadiza. En una guerra, que tenia entonces en movimiento á toda la Italia, creyeron haberles hecho traycion el célebre Carmañolo; y se la hizo en efecto, si así puede llamarse, quando un General no se aprovecha de todas sus ventajas contra el enemigo. Este, á lo que parece, fue el mayor delito con que reconviniéron al infeliz Capitan. En su causa hubo una páfida intriga confesada por el mismo Duque de Milan su enemigo. Le hicieron con el mayor secreto el proceso, y aun se dice que ni le preguntáron ni le oyéron,

y le llevaron al suplicio con una mordaza, imputándole, sin determinar ninguna, *haber cometido diversas trayciones contra la República, y maquinár otras nuevas.* De sus muchos bienes no diéron mas que una pequeña parte á su muger y á sus hijos. No se libró de sospechas el Dux Foscari, implicado en los reveses que experimentáron las armas Venecianas; y atendiendo á su carácter virtuoso, se puede presumir que el color de injusticia que se advierte en el proceso de Carmañolo, ofendió su delicada conciencia; y por no ver los Venecianos á un hombre, que era su viva censura y reprehension, procuráron deponerle; pero él desarmó su malicia ofreciendo sujetarse á juicio y renunciar. Agradó tanto esta dócil condescendencia, que no solo no aceptáron su renuncia, sino que le obligáron á jurar que jamas la haria.

Gobernó pues Foscari con tranquilidad, y aun con elogios, treinta y quatro años; y al cabo de este término le poseyó tan gran melancolía por un fatal suceso que sobrevino á su hijo, el qual murió en destierro, que jamas volvió á presentarse en ningun Consejo, ni aun salió de su aposento. Era costumbre, que en caso de ausencia ó enfermedad del Dux

presidiese el Consejero mas antiguo en calidad de Vice-Dux. En un tiempo de paz, como era aquel, pudieran haberse contentado con esta especie de gobierno, y dexar que gozase de los honores de su plaza un anciano octogenario, que estaba para baxar á la sepultura, y era benemérito de la República; pero el Consejo de los Diez se puso sobre todos estos respetos, y congregó una junta de veinte y cinco Senadores, que habiendo estado deliberando ocho dias, resolvió que seis Consejeros fuesen al palacio del Dux, y le empeñasen en hacer la renuncia, pues ya una vez la habia ofrecido, y muchas manifestado deseo de hacerla.

Pero quanto mas anciano es el hombre, ménos sufre que le adviertan la humana flaqueza. Respondió Foscari, que él se atenia al juramento que habia hecho de no renunciar jamas, y pidió la convocacion del gran Consejo. La junta, previendo sin duda que pudiera la multitud moverse á compasion, y serle favorable, decidió absolutamente que se le relevase de su juramento, que hiciese dimision, que se procediese al punto á la eleccion de sucesor, y se le señalase una pension y honores. Para todo esto no le diéron mas que

tres dias; pero no necesitaba tantos, porque respondió tranquilamente: *Obedeceré gustoso al Excelentísimo Consejo de los Diez*. Entregó el anillo ó sello Ducal, que allí mismo rompiéron en su presencia: dexó el gorro de la dignidad y se puso otro regular. Dió orden para el transporte de sus efectos; y hecho todo con el mayor sosiego, salió de su palacio.

La forzada renuncia de Foscari excitó una murmuracion general, reprehendiendo todos los ciudadanos el insulto hecho á un anciano, que habia servido bien á la patria quando debieran esperar á que muriese, pues no podía tardar. Abiertamente expresaban su modo de pensar; pero el Consejo de los Diez prohibió, imponiendo pena, que se hablase del asunto; y encargó á los Magistrados que le informasen contra los temerarios que osasen á contravenir á su prohibicion. Con esto calláron todos: se juntó el gran Consejo, nombró Electores, y estos diéron su voto á Pascual Malipier. Quando Foscari oyó tocar las campanas de la ciudad para anunciar la eleccion, sintió una conmocion repentina que le puso en el sepulcro. „Fue mas benemérito de la República, dice un historiador, que ninguno de sus predecesores, y le tratáron con ménos

atencion que á ninguno de ellos. Es preciso decir, añade, que los Venecianos tienen el corazon hecho de diferente modo que los demas hombres, pues á vista de semejantes rasgos de ingratitude se conserva en ellos el amor á la patria, y se sacrifican por servirla." Pero yo pregunto: „¿El desear los puestos lucrativos y honoríficos proviene del amor á la patria?"

En tiempo de Cristóbal Moro, sucesor de Malipier, tuvieron los Venecianos guerra en Morea contra los Turcos; y aunque los ayudó una Cruzada, no por eso fue feliz esta campaña; pero entónces empezáron los Venecianos á concebir esperanzas de adquirir el reyno de Chipre, y le lograron los sucesores de Moro. El primero fue Nicolas Trono, que no hizo mas que pasar: le reemplazó Nicolas Marcelo, cuyo reynado no fue mucho mas largo; y á este sucedió Pedro Mocenigo, famoso guerrero, y no ménos hábil político.

Siendo Almirante de la República habia ido á recibir las disposiciones de Jacobo Lusignan, Rey de Chipre, casado con una Veneciana de la familia *Cornaro*. Habia adoptado la República á esta Princesa, é hizo el papel de madre en su casamiento. La dexó Lusignan en cinta, y ordenó en su testamento

que si paria varon fuese para este todo el reyno, y que si paria hembra se dividiese entre la niña y la madre, siendo esta la tutora con Andres Cornaro su tio. Dió á luz un hijo, y Pedro Mocenigo sostuvo á la madre y al niño contra muchas facciones que se levantaron en Chipre, mirándolos como pupilos de la República.

La principal la fomentaba Alfonso Rey de Aragon, que habia prometido su hijo á una hija natural del difunto Rey Lusian, con el fin de adquirir derecho al reyno de Chipre en caso de morir el hijo de la Veneciana: y en efecto murió niño este Príncipe. Entónces Andres Vendramino, sucesor de Pedro Mocenigo, para quitar á la Reyna todo motivo de inquietud, hizo transportar á Venecia la prometida al hijo de Alfonso. Gozaba esta Princesa en Venecia de alguna libertad; pero tuvo noticia el Senado de que el Rey de Aragon enviaba en un navío cargado de frutos un corto número de hombres determinados á robarla: y al punto el Consejo de los Diez dispuso que la pasasen á la ciudadela de Padua, y publicáron que habia muerto de enfermedad. Sobre el género de enfermedad nadie se engañó; porque la reputacion de los

Venecianos en punto de buena fe y de religion, no era la mas excelente. Los excomulgó el Papa por haber hecho una alianza con Bayaceto II. Sostuviéron soberbiamente esta desgracia; y á fuerza de victorias en Italia, se hicieron absolver. Adquiriéron tambien con el dinero islas y ciudades: inquietáron á Nápoles, y abusáron de sus fuerzas contra la pequeña República de Ragusa, que no tuvo otro medio de conseguir que la hiciesen justicia, sino amenazar con que si no la trataban mejor se entregaria á los Turcos. Juan Mocenigo, que habia sucedido á Vendramino, era el alma de todos estos negocios; y con su muerte perdió la República un gran General y un gran político.

Dos Barbarigos tuviéron el cetro Ducal; Marcos, que apénas hizo mas que tocarle, y Agustin, que le mantuvo por largo tiempo, y en cuyo reynado se perfeccionó el asunto de Chipre. La Señoría, madre adoptiva de la Reyna Catalina Cornaro, habia quince años que solo dexaba á esta Señora los honores de Reyna, reteniéndose toda la autoridad. Temian los tutores que cansándose su pupila de la sujecion, tomase algun esposo que la pusiese en libertad; y para evitar este golpe resolvié-



Prisga fomena a la Reyna de Chipre por ser
fue haberse abegado en aquel punto de
la antiedad nada emitió hasta llegar de
aquella soberana la mas victoria romana
la vez de dignos en su capital la república
con el mas brillante aparato, haciéndola ser
después por la brava nada menos que un
reino: y así deshonra siempre el ambicioso
al miserable victima de sus artífices.

La Reyna de Chipre en Venecia.



ron sacar de sus estados á la Reyna de Chipre llevándola á Venecia: y dexáron al cuidado de su hermano Cornaro el modo de conseguir que la agradase la proposicion. Se sorprendió Catalina al oirla, y no quiso acceder. ¿Cómo habia de dexar un reyno rico, en el qual gozaba los honores de su dignidad para confinarse en un lugar en donde no habia de tener clase ni estado? „Basta, respondió, que la República posea mi reyno despues de mi muerte.” Insistió Cornaro, y la hizo presente que si perseveraba en su negativa le culparian á él de no haber empleado para con su hermana todos los medios convenientes, y que entónces le exponia á él y á toda su familia al resentimiento del Senado. „Bien está, dixo anegada en lágrimas la desconsolada Princesa, si á tí te parece bien la proposicion, á mí tambien me lo parece, ó por lo ménos procuraré vencer la repugnancia para que me lo parezca; pero la República de tí mas que de mí recibirá mi reyno.”

Partió de Chipre la Reyna con la muerte en el corazon. La hizo Venecia un recibimiento magnífico, dándola un bello palacio en el Trevisano, una gran suma de dinero contante, y una buena pension. Durante este tiempo

se tremolaba el estandarte de San Márcos en Famagusta, y se enarbolaba en toda la isla, que quedó anexa al dominio de la República; y á la verdad solamente la faltaba una corona para tener en la asociacion de los Príncipes un rango igual con los otros potentados. Tenia Venecia el poder por sus riquezas; y como era tambien el centro de las negociaciones, enviaban allá los Reyes y los Príncipes sus Embaxadores, los quales con su augusto Senado formaban una especie de congreso perpetuo. Allí se concluyéron las ligas, y de allí saliéron las resoluciones tan fatales para los Franceses en las guerras de Italia del siglo xv.

Muerto Agustin Barbarigo tuviéron los Venecianos un breve interregno para crear una nueva magistratura, que á unos parece admirable, y á otros monstruosa. Hablo de los Inquisidores de Estado, que tienen á su cargo dar movimiento á las espías, oír las delaciones, y sacrificar las víctimas que les parecen útiles ó necesarias á la pública seguridad. No son mas que tres jueces elegidos entre los Senadores de mas integridad; pero son inexórables, y á nadie tienen que dar cuenta. Sus sentencias deben tener todos los tres votos conformes; cada uno de los jueces debe ser de

diferente familia, y solamente ocupan su plaza por tiempo determinado. Por estas precauciones suponen que su poder solamente es peligroso para los malos; y los mismos Venecianos aseguran que los Inquisidores de Estado no han prevaricado jamas; pero supuesto que á nadie dan cuenta de sus juicios, ¿quién lo puede saber? Estos Magistrados renuncian sin duda á toda especie de sociedad, ó todos huyen de tratarlos; porque ¿quién habia de querer exponerse á los penetrantes ojos, ó á los atentos oidos de un hombre que tiene levantada el hacha á su voluntad sobre mi cabeza?

Leonardo Loredano, sucesor de Agustin Barbarigo, vió en su reynado combatida la República de una violenta tempestad, siendo el motivo de una casi general sublevacion su propia soberbia. Se coligaron para abatirla el Papa, los Franceses y los Príncipes de Italia: repartiéron entre sí los estados de Tierra Firme antes de conquistarlos, y pensaban en no dexarles mas que su ciudad con algunos paises pequeños confinantes con los Turcos, y algunas islas; porque todo quanto correspondia á la Italia se habia de repartir entre los Coligados. La Señoría, no creyéndose con fuerzas suficientes para defender la Tierra Firme, re-

solvió al principio abandonarla, esperando que con este sacrificio evitaria el golpe que la amenazaba; pero volviendo sobre sí de su primera consternacion, recobró nuevo valor. Algunas sumisiones, empleadas á tiempo, aplacáron al Papa: las victorias diéron á la República algunos aliados; y las intrigas, manejadas con destreza, introduxéron la discordia entre los Confederados. Lo que mas tenian que temer era la furia francesa, y aun Luis XII, que conocia su nacion, previa bien los efectos de su impetuosidad. Quisiéron ponerle miedo con la prudencia, política y sagacidad del Senado: y respondió: „Yo les daré tantos locos que gobernar, que con toda su sagacidad no puedan avenirse con ellos.” A la verdad todo cedió desde luego á la nobleza jöven, valiente y aturdida, que hacia la mayor fuerza de ejército frances; pero la flema veneciana fue amortiguando el choque, y despues de diez años de guerra se viéron las potencias beligerantes casi en el mismo estado que se hallaban en el principio, bien que muy gastados; y mas que todas la República, cuya extrema desolacion se prueba porque tuvo que vender las magistraturas. No obstante, como la firmeza de Loredano habia contribuido pa-

ra hacer ménos desastrados los sucesos de la guerra, restableció su discrecion el buen orden en el gobierno.

Veia Venecia sobre sus fronteras á Carlos V y á Francisco I, que disputáron sus favores, y cada uno logró su parte; pero dispensados como los de las cortesanas que ella permite en su seno, esto es, no segun los deseos de los rivales, sino conforme á sus propios intereses; y á semejanza de aquellas mugeres venales no se preciaba la República de ser constante. No fue cosa rara en las guerras del siglo XVI ver al leon de San Márcos seguir al águila del Imperio, ó agarrarse á las lises de Francia con igual indiferencia. Del conflicto de las pretensiones de las partes beligerantes nació por aquel tiempo la ciencia diplomática que el genio italiano refinó. El conocimiento de los derechos respectivos, puesto en sistema, fue muy útil á los Venecianos, que tenian siempre por Gobernadores hombres familiarizados con el arte de la negociacion por la madurez de su edad, y la circunspeccion republicana.

Los sucesores de Leonardo Loredano se pueden comparar con las antiguas Sibilas, así por la vejez como por las sentencias. Antonio

Grimani tenia ochenta y siete años quando le hicieron Dux, y Andres Gritti ochenta. Viendo este que en un tratado concluido en Cambray entre Cárlos V y Francisco I, se habian despreciado los intereses de Venecia, no obstante las promesas que les habian hecho ambos Príncipes para hacerlos de su partido, dixo estas palabras notables: „La ciudad de Cambray es el purgatorio de los Venecianos, y el Emperador y el Rey los hacen expiar en él la culpa de haberse unido con ellos.” En solos veinte años se ensayáron, por decirlo así, á llevar el gorro Ducal, Pedro Lando, Francisco Donato, Marco Antonio Trevisani, Francisco Venier, Lorenzo y Gerónimo Priuli. Estos dos últimos eran hermanos; y en una República zelosa y con leyes, que parecia reprobaban semejante sucesion, es buen testimonio de su mérito esta especie de herencia. Tambien permitió la República que en favor de Lorenzo Priuli se suspendiese la prohibicion observada por mas de cien años de coronar á la esposa del Dux; y Zilia Sendolo su muger recibió este honor acompañado de una pompa magestuosa. Por entónces habia llegado el luxo á un punto, que despertó la atencion del Senado, y dió motivo á que se

hiciesen leyes represivas para contenerle.

Muerto Gerónimo Priuli costó á los Electores gran trabajo extraer de la urna el nombre de su sucesor, pues en ello ocuparon trece dias. Ya por último salió Pedro Lore-dano, hombre de ochenta y cinco años, que jamas habia tenido la ambicion de ser Dux, y pensaba tan poco en esto, que al salir del Senado se volvía con gran tranquilidad á su casa; y fue preciso despacharle un Secretario que le hiciese á la memoria que acababa de ser electo Dux. Si la edad no le hacia indiferente á los sucesos debió sentir las des-gracias que amenazaban á la República, pues estaba para perder la isla de Chipre, que era la mas bella joya de su corona. Los Vene-cianos se habian hecho dueños de esta isla con la astucia; los Turcos la tomáron con la fuer-za, y se han quedado con ella; bien que esta pérdida no se verificó enteramente hasta el tiempo de Luis Mocenigo, sucesor de Lore-dano. Ademas de los Turcos tenia por ene-migos á los Uscoques, resto de los Albanos, corsarios emprendedores y activos, retirados á la extremidad del golfo Carnero, cuyo fon-do de poca agua, junto con las rocas, les ser-vían de asilo y de defensa. Se veía la Re-

pública precisada á mantener siempre navíos de observacion cruzando contra ellos. Muchas veces forzó á estos piratas á restituir sus robos; pero rara vez dexaban de quedarse con alguna parte.

En el año que reynó Sebastian Venier vió dos sucesos importantes, el uno útil y funesto el otro. El primero fue el restablecimiento de la hacienda de la República con la reduccion de los intereses que habian subido á catorce por ciento, y con el ahorro de gastos. El segundo fue el incendio del palacio Ducal; y este es notable, porque en él perecieron muchos monumentos de las artes y pinturas excelentes, que representaban los mas bellos pasages de la historia de la República. Esta pérdida irreparable entristeció tanto á Sebastian Venier, que murió de pesadumbre.

Su sucesor, Nicolas de Ponté, habia enseñado la filosofía y las bellas letras, y habia pasado sucesivamente por todas las dignidades. Este exemplo de fortuna, que solo se halla en los estados electivos, anima mucho á los que se aplican á las ciencias. Sin duda no pretendieron mas que honrar su sepulcro, pues ya tenia ochenta y ocho años quando le eligieron; pero todavía fue otros siete años por

el camino de los honores, que le habia allanado su mérito.

Su sucesor Pascual Cigoña vió establecerse en su tiempo el Banco de Venecia, depósito abierto para los que quieren poner su dinero con seguridad y con intereses, afianzándole el Estado: la fidelidad de la paga promete la perpetuidad. Entónces tambien se empezó el puente de Rialto de un solo arco sobre el canal grande, que divide á Venecia en figura de una S. En él se da todos los años un combate figurado entre los dos quarteles opuestos, que nunca se concluye sin alguna desgracia. Por el mismo tiempo se adornó la plaza de San Pedro, que presenta habitualmente dos contrastes á la reflexi6n: por una parte las dos temibles columnas, entre las quales caen con la hacha de la República las cabezas culpadas ó sospechosas; y se ven tambien las bocas infernales siempre abiertas á las delaciones que ellas devoran y entregan á los Inquisidores de Estado. Por otra parte estan los cómicos, baylarines, charlatanes, tocadores de instrumentos, danzas, cortesanas agasajadoras, y todo el exterior de alegria libre, con máscaras ó á cara descubierta, y muchas órdenes de tiendas provistas de quan-

to puede lisonjear á la vista y á los ojos. En un parage separado y privilegiado, que hace sombra á esta pintura, se pasean los nobles y los Senadores con sus ropas negras y el ayre pensativo de hombres de Estado que tienen á su cargo los intereses del universo. El pueblo, en la eleccion de Marin Grimani, sucesor de Cigoña, se entregó á excesos de alegría por la afabilidad y benignidad de carácter de este Dux. En su tiempo se suscitaron entre Venecia y la Santa Sede las querellas que con ventaja de la República se concluyeron en tiempo de su sucesor Leonardo Donato.

Reynando Marco Antonio Memo, y despues Juan Bembo, se renovó la guerra de los Uscoques, y se continuó con atroces excesos de estos bandidos. Se terminó en tiempo de este último Dux, con la destruccion de las barcas de los piratas, la ruina de sus asilos, y la dispersion de los xefes, cuyo nombre está ya casi olvidado. Otras guerras en el Mantuano y el Friul ocuparon las armas de la República, é introduxeron entre ella y los Españoles una indiferencia que parecia odio. Continuó esta en el tiempo de Nicolas Donato, que llegó á la dignidad de Dux á los ochenta años, y la poseyó solo un mes; pero en tiempo

de su sucesor Antonio Priuli rompió la animosidad de unos contra otros por una conjuración, que se ha hecho famosa en manos de un escritor elegante. La conspiración se tramó entre el Duque de Osuna, Virrey de Nápoles por el Rey de España, y el Marques de Vedmar, Embaxador de esta corona en Venecia. No se trataba ménos que de apoderarse de Venecia, y arruinarla. Estaban tan bien tomadas las medidas que solo pudieron desconcertarlas accidentes que era imposible prever. Fuéron presos los executores subalternos, y castigados con la muerte; pero los dos cabezas negáron. Las pruebas del delito, que puede calificarse de trayción por haberse cometido en tiempo de paz, eran evidentes; pero se contentáron los Venecianos con remitir al Embaxador á la Justicia de España. A este no le sucedió desgracia alguna; y aunque Osuna murió en prision fue por otra causa.

A Francisco Contarini, que sucedió á Priuli, le reemplazó á los dos años Juan Cornaro. Este pasó el dolor de ver á su primogénito reo de un asesinato, desterrado para siempre, y borrado su nombre del libro de oro, á pesar de la dignidad de su padre. Tal vez para consolarle se declaró que la dignidad de

Cardenal, que acababan de conferir al otro hijo, no debia tenerse por dignidad extranjera, ni por prohibida á los nobles Venecianos; pero el haber condenado al hijo del Dux el Consejo de los Diez á perpetuo destierro suscitó una fuerte tempestad contra aquel tribunal. Les pareció muy duro á los jóvenes patricios estar expuestos á semejantes procedimientos secretos y rigurosos; pero en una junta que se tuvo con este motivo prevaleció el parecer de los mas ancianos, probando que el secreto y la prontitud de aquel tribunal eran los únicos medios de contener una juventud ardiente, y muchas veces de poca reflexion. Quedó el tribunal confirmado en sus funciones y en su modo de obrar.

Nicolas Contarini ayudó mucho á los cuidados de los Senadores en aliviar á los Venecianos invadidos de la peste que de Lombardia habia pasado á su ciudad. En tiempo de Francisco Erizzo, su sucesor, estuvo el Senado empleado en tratar de la distincion de vestidos, del privilegio de poder llevar una ropa de mangas grandes, del vestido encarnado, y de la estrella y cinturon de oro, con tanta gravedad como se interesaria en alguna moda nueva un consejo de mugeres. No hay duda que las dis-

tinciones de honor y las insignias son útiles así en las Repúblicas como en los reynos, tanto para excitar la emulacion como para imprimir respeto en los inferiores; pero está la puerilidad en el modo afectado de muchos que por verse condecorados se desvanecen. Era Francisco Erizzo mas capaz de otra cosa que de arreglar un ceremonial. Aunque de edad de ochenta años le tuvo el Consejo por útil para mandar, con el título de Capitan General, las tropas que enviaba la República á socorrer la isla de Candia atacada por los Turcos. Quando nombráron á este valiente anciano se vió brillar en sus ojos un generoso ardor, y dixo: „Estoy pronto á consagrar al servicio de la República los últimos momentos de una vida que la ha estado siempre sacrificada. Partiré con mucho gozo, porque estoy previendo que tendré el honor de morir por la patria.” Consiguió este honor, aunque no con las armas en la mano, sino consumido con los trabajos, que le rindiéron por disponer los preparativos.

Durante esta guerra desastrada se viéron los Venecianos reducidos á solas sus fuerzas contra las de un grande Imperio. No tuvo Francisco Molino, como su antecesor, el car-

go de Capitan General con la dignidad de Dux. Se quedó en Venecia para el Consejo mientras los Almirantes se distinguian con gloriosas hazañas. Nunca los Venecianos habian mostrado mas habilidad en la marina, mas intrepidez en los combates, mas moderacion en la victoria, ni mas constancia en las desgracias. Si hubieran dado con enemigos ménos encarnizados, y ménos resueltos á no abandonar la empresa comenzada, hubieran los Venecianos conservado con sus negociaciones y ofertas razonables, una parte á lo ménos de la isla, y á esto tiraba Cárlos Contarini, sucesor de Molino, pues no puede decirse quales eran las miras de su sucesor Francisco Cornaro, porque no vivió mas que un mes. Le reemplazó Bertucio Valier, cuyo consejo era que aceptasen la paz que ofrecian los Turcos, con la condicion de que se les diese la isla entera. „Mejor será, decia el Dux, hacer una paz, que á la verdad es poco ventajosa, pero con la qual los laureles de que se han coronado los Generales de la República, ocultarán nuestra vergüenza, que continuar una guerra que, despues de catorce años de duracion, acabaria de arruinar el Estado.”

De contrario parecer fue Juan Pesaro,

*antes de venir los franceses la capital de
 Cándia velaron 48 minutos, seducieron 200
 saltes, e hicieron los salidas, y las compaña-
 deros, con pérdida de más de 300 hombres,
 solo encontraron un montón de ruinas. Lo
 que el francés cantar el triunfo de su victoria,
 viene por el honor reconocido siempre en su
 da me de aquellos franceses un honor, y con-
 ra el nombre de sus laureles por el de sus heridas.*

Resolución de Cándia.



que ya muchas veces habia hecho valer su oposicion á la cesion de la isla. Tambien venció en esta ocasion, y tuvo mayor proporcion para sostener su pensamiento por haber muerto Valier, á quien él reemplazó; mas no vivió dos años. La pérdida de Candia se verificó en tiempo de su sucesor Domingo Contarini; bien que puede decirse que los Venecianos no fuéron vencidos, sino oprimidos por los Otomanos, cuyas fuerzas se renovaban continuamente. Quando la capital, que da nombre á la isla, se rindió por último, no era ya mas que un monton de ruinas. Allí perdiéron la vida mas de treinta mil Turcos: los sitiados hicieron volar quatrocientas ochenta y quatro minas: sostuvieron veinte asaltos, é hicieron diez y seis salidas. La hacienda de la República estaba por lo ménos en tan mal estado como la isla que cedia: se asegura que al fin de esta guerra se hallaba Venecia empeñada en mas de sesenta y quatro millones.

Descansó la República siendo Dux Nicolas Sagredo, y despues Luis Contarini. En este tiempo sufrió algunas infracciones de los tratados; porque los Turcos, soberbios con sus fuerzas, no los observaban. Dormia el leon

de San Márcos, pero despertó reynando Marco Antonio Justiniani, al ruido de una liga que se formó contra los Turcos entre el Emperador y el Rey de Polonia, á la qual accediéron gustosos los Venecianos, y ayudáron á los aliados, no solamente con sus fuerzas, sino tambien con la capacidad de Francisco Morosini. Este hombre grande, casi siempre vencedor de los Turcos en la guerra de Candia, tenia tan bien sentada su reputacion, que quando murió el Dux Justiniani no se presentáron candidatos ó pretendientes; y este mismo silencio estaba indicando que seria para Morosini la dignidad. Estaba en la armada, teatro ordinario de sus triunfos; y el Senado, por no privarse de sus talentos militares, no le llamó á la capital, y le envió el anillo y el gorro Ducal, que él recibió entre los marineros y soldados, testigos y compañeros de sus hazañas.

Despues de su elevacion ya la victoria no siguió con tanta felicidad sus banderas, aunque no las abandonó del todo. Dos enfermedades peligrosas le precisáron á dexar la Comandancia; y despues de haber ganado tanta gloria Morosini á la cabeza de las tropas, sentado el timon de los negocios, mos-

tró la habilidad de un sabio administrador. Las pérdidas que experimentáron las armas de la República, traxéron á la memoria las felicidades del Dux; y creyendo la Señoría que solo de él las podia esperar, le nombró Capitan General por la quarta vez. Una campaña de gran trabajo y fatiga alteró su salud, y apresuró su muerte. El Senado hizo colocar su busto en la sala del escrutinio con esta inscripcion: *A Francisco Morosini el Peloponesiaco.*

Duró la guerra con mucha tenacidad siendo Dux Silvestre Valier; y aunque las victorias de los Venecianos se multiplicaban, no equivalian á sus pérdidas, por lo qual no debe extrañarse que subscribiesen á una paz con el Turco, ménos ventajosa de la que al parecer podrian prometerse. Se mantuviéron neutrales durante la guerra sobre la sucesion de España. La vió empezar Mocenigo, y fuéron necesarias toda su flema y paciencia de aquel Senado para no ceder á los ataques indirectos que hacian las potencias beligerantes por sacar á Venecia de la indiferencia política que se habia prescrito. En tiempo de Juan Cornaro se promulgó una ley arreglando el vestido de las damas venecianas así nobles como

plebeyas. Por ella se prohibió llevar perlas, diamantes, galones de oro y de plata, ni bordado alguno en la ciudad, y se las prescribió el color negro; por lo qual no pueden manifestar, sino en la forma, el talento de adornarse. Juan Cornaro vió renacer la guerra entre la República y los Turcos; y su sucesor, Sebastian Mocenigo, la concluyó con un tratado que le valió la dignidad de Dux. Muerto Cornaro reemplazó á Mocenigo Cárlos Razzini, que murió á los ochenta y un años, y le sucedió Luis Pisani. A este se siguiéron Pedro Grimaldi, Francisco Loredano, Marcos Foscarini, Luis Mocenigo, Paulo Renier, y finalmente Luis Marin, que fue el último Dux.

Era tan complicado el juego de las ruedas en la máquina del gobierno veneciano, que quien no estuviese acostumbrado á él desde niño, necesitaba estudiar mucho para comprenderle.

El gran Consejo se componia de todos los nobles que habian cumplido los veinte y cinco años; se juntaba todos los Domingos y dias de fiesta; y nombraban todos los empleados, á excepcion de algunos que correspondian al Senado.

El Colegio le formaban el Dux, seis Consejeros sin los quales nada podia hacer, la Quarentía criminal, cinco grandes sabios de Tierra Firme, cinco de las órdenes, y seis grandes sabios, sin ponderacion. Daba el Colegio audiencia á los Embaxadores, á los Generales ó Diputados de las ciudades, y convocaba al Senado.

El Senado ó Pregadi era la junta de trescientos nobles, entre los quales apénas habia ciento veinte Senadores, porque para completar el número de los trescientos se sacaban de los otros tribunales los restantes. El Senado decidia de la paz y de la guerra: establecia los impuestos, fixaba el valor de las monedas, disponia de los altos empleos, y nombraba los Embaxadores. *El Consejo de los Diez* juzgaba de todos los delitos de Estado, y exercia suprema autoridad aun sobre el mismo Dux.

Los Inquisidores de Estado, que eran tres, se tomaban de este último Consejo, y eran los mas temibles, porque tenian autoridad hasta sobre los otros miembros del Consejo de los Diez; y quando todos tres eran de un mismo parecer, sentenciaban á muerte sin dar cuenta. Por todas partes tenian espías, y visitaban de noche el palacio de San Márcos, habitacion

del Dux, adonde entraban y salian por puertas secretas, cuya llave tenian ellos. En sus expediciones tanto riesgo habia en verlos como en ser visto de ellos. A los que arrestaba el Consejo de los Diez hacia el interrogatorio uno de los Inquisidores de Estado; y comunicadas las respuestas se les juzgaba sin concederles defensa de su causa, sin permitirles abogado, ni ver á sus parientes ó recibir cartas. Si estaban manifiestamente convencidos, se hacia la execucion en público, si no en la misma cárcel. El castigo mas comun era ahorgarlos. Se dice que este tribunal tenia por máxîma, que vale mas perder á veinte inocentes que salvar á un solo culpado. Parece que en esto hay ponderacion; pero es cierto que este tribunal se inclinaba al extremo de la severidad, y que en él era irremisible la menor falta en materia de Estado.

Los abogados tenian á su cargo en cada tribunal provocar la execucion de las leyes. Los censores, que son dos, velaban sobre las costumbres de los particulares, y sobre los asuntos de estos juzgaban la Quarentía criminal y la civil. Su denominacion indica el número y el empleo. Los Procuradores de San Márcos tenian la superintendencia de los hospitales,

bibliotecas y limosnas públicas. También ve-
laban en mantener el buen orden y la quietud de las familias.

El Cancelario debía ser siempre un pay-
sano ó ciudadano ; y segun parece , se le daban
el exercicio y la honra por desquite y rein-
tegro del poder , que el pueblo de quien era
representante habia perdido. Llevaba el sello
del Estado : tenia el título de Excelencia , y
asiento preeminente sobre los Senadores y Ma-
gistrados , á excepcion de los Consejeros de la
Señoría , que pasaban por un solo cuerpo con
el Dux. La dignidad de Canciller era de por
vida : gozaba de todos los privilegios de la no-
bleza : asistia , pero sin voz deliberativa , á to-
dos los Consejos , á excepcion del de los Diez.
Quando le elegian hacia su entrada pública , y
quando moria recibia los mismos honores que
el Dux.

Tenia el Dux toda la exterioridad de la
soberanía ; pero casi sin realidad alguna. Vivía
en una perpetua sujecion , que resaltaba ó se
extendia aun á su familia. No podia ausen-
tarse sin licencia , ni hacer funcion alguna de
esplendor sino como comisario de la Repúbli-
ca. No solo sus acciones , hasta sus palábras
eran observadas ; y si en algo faltaba , se ex-

ponia á duras reconvenciones. Su palacio estaba lleno de espías; pero aunque se cansara de esta sujecion, le estaba prohibido renunciar; y con todo eso se hallaban para esta dignidad hombres que no necesitaban de la fortuna. La Iglesia de San Márcos era del Dux, y nombraba todos los Canónigos: tambien era superior de un célebre monasterio, en donde solo se admitian doncellas nobles, las quales gozaban mucha libertad baxo de su gobierno. El resto del clero estaba sujeto á la inspeccion del Senado.

La República tenia en mas estimacion el servicio de mar que el de tierra, y siempre mantenia en los navíos y galeras cierto número de jóvenes nobles para que se instruyesen en la marina. Ademas de esto ordenaba á los negociantes de sus estados que echaban navíos al mar, que recibiesen y conservasen á su costa dos ó tres caballeros pobres, los quales tenian el privilegio de cargar para sí una pacotilla franca. Esta costumbre mantenia en la nobleza el gusto del comercio; y aunque no podia hacerle en su nombre, se interesaba en él con los ciudadanos: y esta necesidad reciproca tenia enlazados los dos órdenes, y contribuia á la tranquilidad. Las tropas de tierra en tiempo de paz se componian de miserables paisanos, y de

toda la canalla de la Tierra Firme. Solamente se daba paga á los Capitanes y Sargentos; los demas se contentaban con el uniforme y algunas gratificaciones en las revistas; pero en tiempo de guerra tomaba la República extranjeros á su sueldo.

Los Venecianos son muy sobrios, y rara vez tienen convites: la nobleza vive con mucha circunspeccion y ceremonia, y rara vez sucede que se case mas que un hermano. Ordinariamente viven juntos por economía, ó por gozar de la sociedad de la cuñada, segun las calumnias que sobre esto les levantan. La vida de las mugeres en la ciudad era triste, pues ni se las permitian, como ya hemos visto, los adornos que quisieran; pero se desquitaban bien quando pasaban á sus posesiones de Tierra Firme: allí es donde se veia á la nobleza veneciana en todo su esplendor.

En la ciudad se llevaban todo el tiempo los negocios, los Consejos y las elecciones, y el que restaba era para el juego, cuyos excesos sufría la Señoría en los lugares destinados. Jugaban enmascarados y con silencio, y todo en general se hacia con esta precaucion; mas no engañaban con el disfraz á las espías que eran muchas. Las mas ordinarias y mas afectas á

la República eran los gondoleros; y como es imposible pasarse sin ellos en una ciudad, atravesada de canales, sabian todos los pasos, todas las horas de entrada y salida, las visitas, las citas, y en donde se juntaban, y de todo esto daban una cuenta fiel; y así el Estado manejaba á esta clase del pueblo con cuidado particular. Otra especie de espías eran las cortesanas, en cuyas casas aun los hombres honrados se juntaban mas bien que entre las mugeres de honor, á quienes las costumbres, ó tal vez los zelos, tenian sujetas á su familia.

Si para concluir quiere alguno conocer las precauciones que se habian imaginado para prevenir ó desconcertar las intrigas en las elecciones: por las que empleaban en la eleccion del Dux puede formarse idea de todas las demas. El gran Consejo, que se componía, como queda dicho, de todos los nobles que habian cumplido los veinte y cinco años, se juntaba y sacaba cada uno su bolita de una urna. Treinta doradas daban derecho á los que las tenian de sacar nueve. Los nueve sacaban quarenta, los quarenta doce, los doce veinte y cinco, los veinte y cinco nueve, los nueve quarenta y cinco, los quarenta y cinco once, siempre por bolas doradas; y por último,

los once quarenta y uno, que eran los verdaderos Electores. A estos se les encerraba; y despues de muchas precauciones y menudencias entre unos y otros, el dichoso mortal, que juntaba á su favor veinte y cinco votos, llegaba á ser el esclavo coronado de la República.

Me ha parecido que convenia describir el mecanismo del gobierno veneciano ahora que debemos presumir que esta máquina, que ha durado mas de mil años, está al presente rota para siempre. Con la toma de Venecia, conquistada por los Franceses con toda la Tierra Firme, huyó el Dux Luis Marin, que puede contarse por el último. Por algunos meses estuvo suspensa la suerte de esta antigua República; y últimamente, por el artículo 6 del Tratado de Paz, firmado en Campo Formio, cerca de Udina, en 17 de Octubre de 1797, entre el General Buonaparte y los Plenipotenciarios del Emperador, quedó Venecia cedida á este, el qual ha incorporado con sus estados esta posesion, importante por su situacion, pues le hace potencia marítima.

R A G U S A.

Ragusa, pequeña República, situada en la Dalmacia, puede considerarse como anexa á la de Venecia, pues estaba baxo de su proteccion, y la pagaba tributo; pero tambien el Turco la protege baxo la misma condicion; y muchas veces quando las dos potencias se hacian la guerra era reconocida por neutral. Su territorio es corto; pero goza de un buen puerto, que hace muy floreciente su comercio. Todo su gobierno consiste en un Senado. Son los Raguseos belicosos, buenos marinos, y á lo que se ve, buenos políticos, pues saben sacrificar á tiempo su dinero para mantenerse libres, teniendo por vecinos un déspota y unos republicanos, no mas escrupulosos estos que el otro para invadir todo quanto les acomoda.

T O S C A N A.

El gran Ducado de Toscana, hoy reyno de Etruria, si estuviera mas bien cultivado, seria uno de los mas fértiles paises de la Italia. Como que está situado al pie del Apenino tiene el riego suficiente, y produce granos, vino,

aceyte, miel, maná, limones, naranjas, y otras frutas de la mejor calidad. Por estar variado de montañas y llanuras goza de todas las comodidades de los climas mas felices. No obstante, no es tan poblado como prometen todas estas ventajas, aunque se ignora la causa. Allí hay minas de hierro, azufre, mercurio, y aun plata, alabastro, jaspe, bellos mármoles, lapizlázuli, ametistos, cornerinas, alumbre y borax, aunque tantas riquezas estan por la mayor parte sepultadas por falta de brazos y de industria. Las salinas se mantienen bien, y producen mucho: aguas termales ó calientes ofrecen saludable remedio de muchas enfermedades. Aunque no conticne Toscana todos los países de la antigua Etruria, su Príncipe es de los mas poderosos de Italia. En caso de necesidad se dice que pudiera armar treinta mil hombres, y poner en el mar veinte navíos y doce galeras.

Florenzia, así llamada por estar situada en una posición deliciosa y en una campiña muy florida, es la capital de Toscana, y la ciudad que, despues de Roma, merece en la Italia ser visitada: pues en ella se admira el célebre palacio de los Médicis, que han formado la mejor colección de esculturas, pin-

turas, joyas antiguas y modernas, y curiosidades de la naturaleza y del arte. También pudiéramos citar los nobles, que no se avergüenzan de tener allí tienda: pues tan poderosa es la opinion honorífica, y la estimacion que se ha conciliado el comercio con el exemplo de los antiguos Soberanos.

Pisa, que es la segunda ciudad, fue una República rival de Florencia, algunas veces victoriosa, mas al fin subyugada. La misma suerte corrió Siena, en la qual ha sentado su residencia mucha nobleza por el buen ayre que en ella se respira, y de esta concurrencia ha resultado que allí se habla la lengua italiana en su mayor pureza. Liorna es un puerto franco, en donde hacen los judíos la mayor parte del comercio, y componen, con corta diferencia, la mitad de los habitantes. Se cuentan ademas de estas otras doce ciudades en el Ducado, que antiguamente han sido célebres. Los Toscanos tienen un gusto delicado y hereditario en punto de literatura, como le tenían los antiguos Etruscos, á quienes debieron los Romanos la religion, las ciencias y la policia. Despues del renacimiento de las artes ha sido Florencia como la patria de estas; y aun puede decirse que no debe

ménos la Europa moderna á los Florentines, que la antigua Roma á los Etruscos.

La Toscana siguió la suerte del resto de la Italia, pasando en la decadencia del Imperio de una potencia á otra hasta Carlo Magno, de quien se cree que la dió sus primeros Condes, Marqueses ó Gobernadores. Sin duda los términos y límites que señaló al fin del séptimo siglo formáron la Toscana; y se hace juicio de que estos límites fuéron de mayor ó menor extension, segun el mas y ménos de ambicion y fuerzas en los que allí presidian. Regularmente la daban los Emperadores á sus parientes ó á los grandes Señores de su corte. Se hallan en la historia al mismo tiempo muchos Duques de Toscana, sin duda porque los Emperadores gustaban de multiplicar sus gracias con el repartimiento de ella. Algunos de aquellos Señores halláron en diferentes tiempos el medio de hacer hereditaria en sus familias la parte que les diéron; pero casi siempre rendian homenaje á los Emperadores, de quienes parece recibian la investidura. Se conserva una serie bastante exâcta de estos Príncipes desde el año 828 hasta 1115, siendo Emperador Henrique V, y por el espacio de casi trescientos años.

En el de 1115 murió la célebre Condesa Matilde, que en 1077 habia hecho donacion de la Toscana á la Santa Sede. El Emperador Henrique V, que entónces vivia, y sus sucesores, han reclamado contra esta donacion, diciendo ser hecha en perjuicio suyo; pues habiendo muerto sin hijos la última Condesa, por derecho de devolucion debia entrar la Toscana en su poder como feudo del Imperio: y por esto nombráron Gobernadores de aquellos estados con el título de Presidentes ó Marqueses de Toscana.

No entráron los Papas con facilidad en posesion del Legado de Matilde, porque los Presidentes defendiéron, en nombre de los Emperadores, los derechos que cedian en su propia utilidad; pero como la autoridad de los Emperadores fue declinando en Italia, resultó la misma debilidad en los Presidentes de Toscana; y los Papas se aprovecharon de la ocasion, ayudándolos poderosamente las facciones que se levantáron en Italia á principios del siglo XIII, y sobre todas las de los Güelfos y Gibelinos, que duráron tanto tiempo, é hicieron grandes estragos.

El nombre y la fama de estas dos facciones empezó por los años 1198, con motivo

de la rivalidad de Felipe de Suavia, y de Oton IV, competidores del Imperio. El primero, que descendia de la antigua casa de los Gibelinos, tenia contra sí al Papa, el qual favorecia á Oton, descendiente de la casa de los Güelfos. Pululáron en Toscana las dos facciones con la ocasion de las pretensiones de los Papas y de los Emperadores, representados en sus Presidentes. Las ciudades, que aspiraban á la libertad, se entregaban á los Papas con la esperanza de que las ayudarian, y tomaban el nombre de Güelfos; pero los nobles, que poseian feudos, seguian al Emperador con el nombre de Gibelinos. Duró esta lucha todo el siglo XII y parte del XIII; y en este intervalo se formáron las Repúblicas, que por largo tiempo fuéron en Italia el gobierno mas general.

No ha habido suerte de disposiciones que no experimentase Florencia antes de hallar un asiento firme y asegurado. La historia de los esfuerzos que hizo para establecerse un gobierno empieza en el siglo XIII; porque hasta entónces habian obedecido los Florentines á los Emperadores con bastante docilidad. Federico II, que llegó al Imperio en 1198, abusó de su autoridad en Florencia; y para

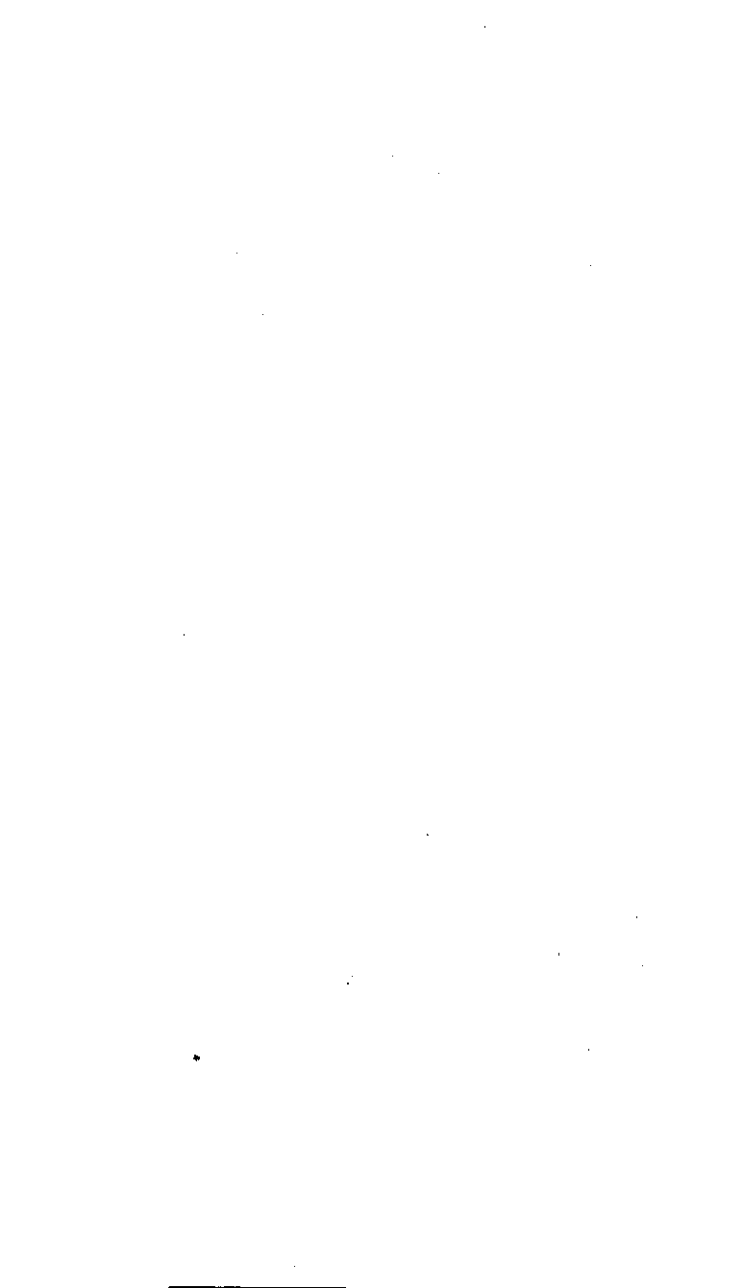
que nadie le estorbase en su administracion tiránica, indispuso á la nobleza con el pueblo. Este expelio á los nobles; pero escarmentado con las exâcciones del Emperador, volvió á llamar á los que habia expelido. Eligieron de concierto doce Magistrados, extrayendo dos de cada una de las seis tribus que componian la ciudad, y los llamáron los ancianos. Prosperáron los Florentines con este gobierno casi paternal, y llegóron á ser como los legisladores de sus vecinos, los quales recurrían á ellos en sus diferencias; pero les duró poco este feliz estado, pues ellos mismos experimentáron las inquietudes que sosegaban entre los otros.

Algunas familias poderosas, entre las que cuentan á la de Uberti que dió xefes á los Gíbelinos, quisieron dominar. Los desterráron, pero los mismos desterrados acometiéron á su patria; y entrando con mano armada, cometieron tales desórdenes, que volviéron á desterrarlos. Se prolongaban estas guerras porque los dos partidos opuestos de Güelfos y Gíbelinos recurrían unos á los Emperadores y otros á los Papas para que les enviasen socorro; y el resultado eran el estrago y la ruina. Ya en 1266 se conviniéron entre sí los Florentines, cansados el pueblo y la nobleza



Los nobles irritados.

Desterrados de Florencia algunos nobles por haber aspirado a la dominación de su patria, volvieron contra ella; y entrando con mano armada, cometieron imponderables desórdenes. Los que por nobles debían ser protectores de sus conciudadanos, creyendo su nobleza ofendida, quisieron desagraviarla con la conducta propia de hombres villos; pero tanto alucinan la ambición, la soberbia y el orgullo.



de pelear contra sus conciudadanos. Repartieron la ciudad en cuerpos de oficios, y para cada uno de estos cuerpos nombraron un Magistrado; pero todos reunidos conocian de las diferencias de los particulares, y manejaban los negocios públicos. No se ve que Presidente diéron á este tribunal; aunque parece que la presidencia fue causa de desunion en el mismo cuerpo político. Los ménos poderosos abandonaron con los de su partido la ciudad; y aunque despues pidiéron entrar en ella, no los quisieron recibir. Medió el Papa Nicolao III, y los puso en paz; porque en 1267 envió un hábil reconciliador, que hizo se abrazasen Güelfos y Gibelinos. Creáron una magistratura de catorce personas, siete de cada partido, y al Papa por su derecho de árbitro le diéron algunos castillos.

En 1282 reformáron los Florentines sus catorce Magistrados, y nombráron Presidentes de los cuerpos de oficios, cuyo número se aumentaba y disminuía segun las circunstancias. Tres presidian alternativamente á los otros; y miéntras duraba esta superioridad, que era de dos meses, no les era permitido mezclarse en otro negocio, ni aun ir á su casa, porque estaban como aprisionados en la

casa comun, siempre prontos á responder á todos. Con esta administracion cultiváron los Florentines con utilidad las artes amigas de la paz. Podian los nobles entrar á la parte, pero era preciso que se inscribiesen en la lista de los oficios.

Esta sujecion desagradó á muchos miembros de la nobleza, siendo así que habian adquirido con el comercio las riquezas que ocasionaban su orgullo; pero su opulencia les hacia sufrir con impaciencia estar sujetos á gentes á quienes miraban como viles artesanos. Algunos insultáron á estos ciudadanos, y despreciaban su autoridad, porque no la veian apoyada con la fuerza; pero los oficios diéron á su administracion lo que la faltaba, creando en 1288 un xefe militar, que llamáron Confalonero de Justicia, cuyo empleo consistia en llamar el pueblo al menor alboroto, baxo su *confalon* ó estandarte. Le señaláron quatro Consejeros y dos Coroneles: mandaba por dos meses, y debia ser hombre del pueblo; y sus soldados, que eran mil, tambien debian ser del pueblo, sin que hubiese entre ellos un solo noble. La nobleza manifestó su descontento por esta exclusion, tan humillante como arriesgada para ella. De las murmuraciones

llegó á las quejas, de las quejas á las armas; y despues de mucha sangre derramada, á una composicion que sé hizo en 1300, y que acaso llegó á tener consistencia, porque mudó de objeto la discordia.

Ya la disension no era entre el pueblo y la nobleza, sino que exercitó sus furores en la clase superior: pues desunidos los nobles por intereses de familia, se dividiéron en *blancos* y *negros*, y se hiciéron en la ciudad una guerra de robos y asesinatos. Los miraba el pueblo con bastante indiferencia, porque le importaba poco la preponderancia de los unos ó de los otros; y aun el conflicto de ellos le desembarazaba de los que miraba como á sus enemigos naturales. No se sabe si con este motivo, ó por restringir la autoridad de algun Confalonero que abusó, confiriéron gran parte de ella en 1306 á un Magistrado con el nombre de *Executor de la Justicia*; y para asegurarse mas de su imparcialidad estableciéron que no fuese Florentin ni aun Toscano.

Todas estas variaciones viniéron á parar en sujetarse á un Señor; y en 1313 se entregáron los Florentines al dominio de Roberto, Rey de Nápoles; pero advirtiéndoles despues el error en que habian incurrido some-

tiéndose á un Príncipe que los empeñó en sus querellas y los llevó á una guerra extranjera, eligieron en 1321 doce ciudadanos encargados de moderar el poder que el Rey de Nápoles daba á sus agentes en Florencia. Habian desterrado los Napolitanos una parte de la nobleza, como mas capaz de oponerse á sus intenciones: la llamó el pueblo para reforzarse; y en 1325 nombraron Magistrados, cuya eleccion se confió á los xefes de las tribus, y á los Señores y Consejos, en esta forma: Debian poner los Electores en una urna los nombres de los que creyesen ser mas propios para los cargos, y sacarlos por suerte. Toda persona de qualquiera condicion podia entrar en la urna; pero es muy probable que los Electores, cabezas de tribus, los Señores y Consejos, y por consiguiente los primeros de la ciudad, se entendian entre sí para que no saliesen de la urna otros nombres que los que con corta diferencia eran de su clase. Pero este gobierno civil no impedia que Florencia reconociese siempre la soberanía de los napolitanos.

No se libró de su dominación Florencia hasta el año 1329, cansada de las exáciones, y de ver salir las inmensas contribu-

ciones que se llevaban. Con este motivo hicieron una nueva constitucion formando dos Consejos, uno de ciudadanos, sacados únicamente del pueblo, y otro, que se componia de los nobles y de los ciudadanos notables. Estos notables distinguidos del pueblo hicieron como un tercer Estado, y los dos Consejos dos Cámaras. Dicen que hubo una conjuracion contra este establecimiento; pero el modo con que nos la representan en la escena, da motivo para creer que la supuso el gobierno mismo con el objeto de deshacerse de algunos ciudadanos sospechosos: ardid que no carece de exemplares en las Repúblicas.

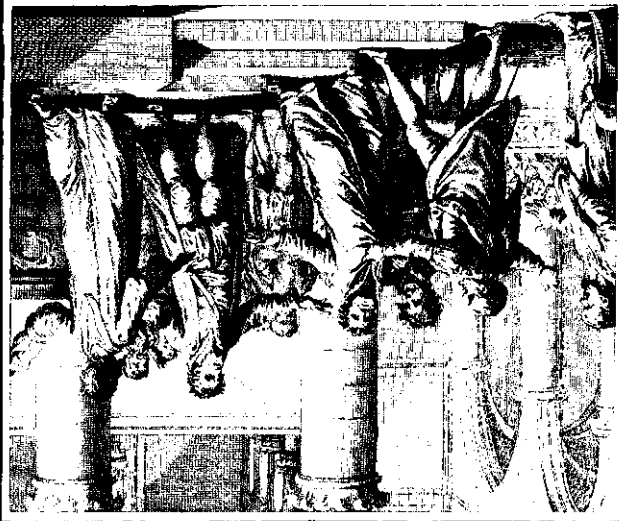
Las continuas mutaciones en la administracion eran causa de sentimientos en unos y de esperanzas en otros, y así mantenian la inquietud en los espíritus, y la disposicion á los alborotos. El gobierno de los dos Consejos, el uno todo del pueblo, y el otro noble y plebeyo, desagradaba al mismo pueblo, aunque tenia mas de democracia que de aristocracia. Se aprovecharon los Consejos de una guerra contra Luca para persuadir al pueblo que no podia hallarse en su clase un General experimentado, y que si este se tomaba de los nobles seria sospechoso: por consiguiente era

necesario nombrar un extranjero. Hiciéron que cayese la eleccion en un aventurero de Lombardia llamado Gautier, que se titulaba Duque de Calabria, imaginándose los nobles que pues les tenia obligacion les favoreceria. Quando se vió en el empleo empezó á hacer la corte al pueblo, consintiéndolo la nobleza porque la daba á entender que solo tiraba á adquirir autoridad para repartirla con los nobles; pero lo mismo fue sentirse con fuerzas suficientes en 1343, que invadir la soberanía.

A la verdad no la conservó por mucho tiempo; pero esto mas fue por su culpa que por la constancia de los Florentines, porque los trató Gautier tan tiránicamente, que el pueblo, tercer estado y nobleza, todos se rebeláron igualmente, y le expeliéron. Como todo lo habia destruido con pretexto de reforma, todo se halló en confusion; por lo que eligiéron catorce personas que diesen forma al gobierno. Nombráron pues ocho ancianos ó Señores, quatro de la nobleza y quatro del pueblo, y los revistiéron de un poder casi absoluto. Al pueblo, que era mas numeroso, le chocó esta igualdad: se enfureció, y peleó con la nobleza: quedáron vencidos los nobles;

Muñe a venant de Eternia Cantor se pre-
 puse a pedenar de la soberanía y suvenciones
 de la mar yntime pñtita para deslumbrar a
 nobles y plebeyos, proprio el lepo de su plan y
 ardite por in la autoridad suprema. Por sus
 humanas virtudes muy pronto a los tres dista-
 dos que suceden en inceptable yugo, le ex-
 ploran grande yntin por el mundo se señal a-
 et carta de no merecerle.

Cantor expulido.



y aquellos populares del tercer estado, llamados tambien *notables*, confiriéron los primeros puestos del gobierno, á los que entre ellos brillaban ménos en sus gastos, y cuyo mérito no parecia muy temible. Baxo de este gobierno, puramente democrático, consiguiéron los Florentines varias victorias en las guerras contra sus vecinos, y restablecieron la hacienda. Por hallarse muy adeudados creáron sobre el estado obligaciones á favor de sus acreedores; y estas obligaciones podian negociarse, traspasarse, y segun iban los negocios del estado subian ó baxaban. De este modo entráron en el comercio los fondos de la República, y se vendian ó compraban como otras mercaderías; y este origen tuvieron sin duda los papeles ó vales de crédito, que empezáron á ponerse en circulacion por los años de 1346.

Se hallaban tan bien los Florentines con su gobierno democrático, que rezelosos de que padeciese alguna mutacion por la influencia de dos familias poderosas, los Albici y los Ricci, establecieron en 1374, que ninguno que fuese de estas familias pudiese ser promovido á los empleos públicos; pero se excedieron en esta precaucion, queriendo que se de-

clarase que los hijos de los nobles, que en otro tiempo habian sido proscriptos, serian inhábiles para poseer toda magistratura. Reclamáron los nobles, y entráron en su partido los *ancianos* ó *Señores*, los quales tratáron con un poco de dureza á la plebe: venció esta, y creó Confalonero á un Cardador llamado Micael Lando.

Este supo acreditar que era hombre de talento y resolucion. Los que le habian elegido le pidiéron con tono dominante algunas cosas que le parecieron injustas, y se las negó. El populacho furioso eligió tumultuariamente Magistrados, y enviáron al Confalonero diputados, que le habláron con insolencia. Tiró Lando de la espada, y cruzando la cara á aquellos impertinentes representantes, hirió á uno, echó de sí á los demas; y tomando con una mano la espada, y con otra el estandarte, llamó á que le siguiesen los que tuviesen amor á la patria. Se le unieron algunos ciudadanos valientes, y avanzó con valor hácia donde estaban los Magistrados que acababan de nombrar: halló la plaza desierta, porque los amotinados iban por otro camino á palacio: Lando los siguió, dió sobre ellos, y á todos los dispersó. Mandó hacer otra elec-

cion, en la qual los nobles tuviéron la ventaja; y despues de haber humillado al pueblo volviéron por consejo del Confalonero á hacer otra nueva disposicion que les satisfizo, porque los cuerpos de oficio fuéron divididos en grandes y pequeños; y por ser estos mas numerosos, se les diéron cinco Señores ó Magistrados, y quatro á los otros. De este modo quedáron los Florentines naturalmente clasificados en notables, que eran los mas ricos, y en populares, que eran los mas pobres.

Parecian ya olvidados los nombres de nobles y de plebeyos; pero por los años 1380 se renovó la animosidad entre las dos clases por varias calumnias que se esparciéron contra algunos nobles. Los acusáron de que querian entregar la ciudad á Cárlos de Duran, pretendiente al trono de Nápoles. Entró el pueblo en furor; y los nobles acusados, como que no les argüia su conciencia, se presentáron libremente al tribunal para ser juzgados. Los Magistrados, despues de un maduro exámen, los declaráron inocentes; pero el pueblo rodeó á los Jueces, y los hubiera despedazado si no hubiesen vuelto á tomar el proceso y condenar á los acusados. Se puso la sentencia en execucion.

Volvió el pueblo de su frenesí; y se avergonzó tanto, que se dexó poner el freno que la nobleza le presentó. Esta llamó á todos los desterrados: quitó al cuerpo de los oficios ciertos privilegios; solamente se dexó al pueblo la tercera parte de los cargos ó empleos, privándole de los de mas importancia, y del derecho de tener Confalonero de su cuerpo. La nobleza, que se vió mas venturosa que lo que debía esperar, no pudo moderarse, y fuéron maltratados todos los notables que habian estado á favor de la última constitucion favorable al pueblo. Los grandes servicios que Micael Lando habia hecho á su patria no le libraron de la proscripcion, extendiéndola los nobles aun sobre aquellos que no habian mostrado á su satisfaccion el suficiente ardor para defender los privilegios de su órden. En medio de las pasiones que agitaban á las familias habia una de estas que siempre se habia distinguido por su exácta imparcialidad. Era esta la familia de los Médicis, llamados á Florencia por la pública estimacion, y que antes habitaban en un territorio vecino adonde iban los Florentines á consultarles en las circunstancias dudosas. Los llevaron á su ciudad en 1250, y desde entónces los habian igualmente respetado la

nobleza y el pueblo, confiriéndoles indistintamente los cargos pertenecientes á los dos partidos. En quanto podian se mantenian neutrales; pero algunas veces los precisaban á declararse, por lo que muchas veces se vieron expuestos á violencias.

En 1424 fue preciso aumentar las contribuciones por los reveses de una guerra contra el Duque de Milan. Se exigiéron de modo que los ricos sufriesen la mayor parte: estos no se contentáron con el repartimiento; y como le sostenia el pueblo, interesado en aquella proporcion, se juntáron los nobles que tenian los cargos principales para pensar en los medios de hacer un nuevo catastro, y precisar al pueblo á admitirle. Los mas juiciosos y de mayor penetracion dixéron que seria imposible conseguirlo sin el consentimiento de Juan de Médicis, que por entónces no habia querido asistir á la junta. Todos conviniéron en que era preciso procurar ganarle; pero él respondió á los que le enviáron: Que nunca influiria por su parte en lo que quisiesen emprender con perjuicio del pueblo; pero al mismo tiempo consiguió que este se prestase á ceder algo en favor de la nobleza. De este modo se acercáron entre sí los

dos partidos, y la prudencia de un solo hombre calmó la tempestad que amenazaba, tanto mas peligrosa, quanto se trataba de dinero, causa ordinaria de las pasiones que turban la razon del pueblo, y le precipitan á los mayores excesos.

Murió Juan de Médicis en 1428, y de él se hace el elogio de que despues de *Atico* no ha habido hombre que supiese gobernarse con tanta habilidad entre las facciones opuestas, ni poseer tantos bienes, sin que nadie tuviese que decir. En las riquezas tenia una ventaja comun con la de los demas nobles, que las adquirian inmensas con el comercio; pero lo particular en Juan de Médicis fue la generosidad sin límites, y una caridad, que nunca se retardaba por detenerse á exâminar. Jamas se informaba de las personas, sino de las necesidades; y lo mismo era llegar á su noticia, que socorrerlas. Nunca pretendió los cargos del Estado; pero se los conferian casi contra su voluntad. La benignidad de su carácter no le permitia la venganza, y solamente le inclinaba á lastimarse de los que le ofendian. Desinteresado y sin ambicion, murió generalmente querido; y por un exemplo, muy raro en un estado popular, no debió

su estimacion á su eloqüencia, que no pasaba de mediana, sino á su rara prudencia. Su hijo Cosme heredó su crédito y sus bienes; y tal vez hubiera vivido tan tranquilo como su padre, sin haber aspirado á mayor poder, si la envidia de sus enemigos no le hubiese precisado, por decirlo así, á hacerse dueño de la República sin título aparente.

Se gobernó Cosme, segun la máxima de su padre y de sus mayores, que era la de no declararse por ningun partido, obligando igualmente á todos, ganando los corazones con la liberalidad, y la estimacion con las virtudes. No obstante, no pudo persuadir, como su padre, que sus beneficios salian de un manantial tan puro como los de sus abuelos, y llegaron á sospechar que tenia miras ambiciosas. En Atenas le hubieran desterrado por el ostracismo, por ser tan temible por sus riquezas como por sus bellas calidades; pero en Florencia abusó la envidia, y dirigió contra él saetas mas peligrosas. Un ciudadano, llamado Reynaldo de Albici, que se vendia por franco Republicano, se declaró abiertamente contra él: empezó á intrigar, y consiguió que eligiesen un Confalonero de su gusto; y luego que tomó este posesion, le empeñó en que ci-

tase á su tribunal á Cosme de Médicis. Compareció este, y al punto le arrestáron: presentóse Albici armado, é hizo nombrar un Consejo de doscientos que reformase el Estado, é hiciese el proceso á Cosme.

El prisionero oia desde la torre en donde estaba encerrado, que aquel pueblo, que antes le era tan afecto, gritaba tumultuariamente en la plaza, diciendo unos que era preciso desterrarle, y otros que se le debia quitar la vida. Temia por otra parte el veneno, y se estuvo quatro dias temblando, sin comer mas que el pan preciso para no morir de hambre. Desde el retiro de su prision halló medio de distribuir dinero al pueblo, y se contentáron con desterrarle. En 1434 se retiró á Venecia, y fue muy bien recibido. En el espacio de un año que duró su ausencia trabajáron sus amigos con tanta eficacia, que mudó el pueblo de opinion, y volvió á llamarle. Su vuelta pareció un triunfo, y entónces tuviéron Albici y sus partidarios que cederle el campo de batalla. Se hizo Médicis crear Confalonero; y los destierros, las confiscaciones, las multas, la prision y la misma muerte, fuéron el premio de los que le habian perseguido.

Perdonó á aquellos nobles y notables que no se le habian mostrado muy encarnizados enemigos: á algunos los dexó en la ciudad; pero los puso en la clase del pueblo; y distribuyó entre sus hechuras los bienes de los desterrados. En las elecciones no entraban en el escrutinio aquellos de quienes no habia seguridad. Los Magistrados criminales se tomaron entre las cabezas del partido en número de siete, con poder de vida o muerte sin apelacion. Como segun las antiguas leyes, el destierro debia ser por tiempo determinado, se estableció que los desterrados, en espirando su término, no podrian volver á entrar en el Estado, sin que treinta y quatro miembros de los treinta y siete que componian el colegio de los Señores diesen su consentimiento. Se prohibió toda correspondencia con los desterrados, y no se necesitaba mas que una palabra, un gesto, una señal, á la que se pudiese dar sentido equívoco, para ser tratado un hombre como sospechoso, y desterrado ó encerrado. No se ve que sujetasen á las mugeres á este rigor. En una palabra, se empleáron todos los medios imaginables para asegurar el gobierno, hasta hacer liga con el Papa y los Venecianos para defenderle contra los esfuer-

zos de los malévolos, y de este modo duró diez años sin inquietudes. Pasado este tiempo hubo un movimiento en 1444; pero se sosegó con la expulsion de los malcontentos, y el partido dominante se consolidó.

Quince años despues hicieron otro esfuerzo para derribar el edificio de Cosme; pero este grande hombre, asegurado de su solidez, dexó á los envidiosos é intrigantes que hiciesen quanto podian contra su obra, persuadido á que volverian á sus reglamentos, y al gobierno que él habia trazado. Para disminuir su autoridad hicieron sus enemigos que se determinase un nuevo modo de elegir los Magistrados; pero Médicis habia tomado tan bien las medidas, que no se halláron elegibles mas que sus amigos. Los mismos envidiosos, frustrada su esperanza, imagináron restituir al pueblo su antiguo poder. Apénas se vió este con la potestad quando abusó de ella, y los mismos que se la habian procurado, fuéron á suplicar á Cosme que le hiciese entrar en la obligacion. Consintió en hacer de su parte lo posible, como fuese sin violencia, y lo consiguió. Por entónces era Confalonero Lucas Pitti, hombre vano, de mucho fausto y poca riqueza. A este le daba Médicis con profusion

con que satisfacer sus gustos, y sobre todo la pasión de hacer edificios, pues levantó dos soberbios palacios, uno dentro de la ciudad y otro fuera. Este último se llama el palacio *Pitti*, que es de los mas soberbios de la Europa, y en el que despues siempre han vivido los Grandes Duques de Toscana, llevándose todavía la admiracion de los extranjeros.

Murió Cosme de Médicis de setenta y cinco años, sin título en la República á la hora de su muerte; pero en el sepulcro le honraron con el de padre de la patria, al qual la posteridad añadió el sobrenombre de Grande, por las muchas riquezas que acomuláron él y su familia. Se presume que los Médicis tenían conocimiento de algunos canales secretos para el comercio de las Indias, y que se les inutilizáron con el descubrimiento del paso por el Cabo de Buena Esperanza. Ninguno de los Reyes y Príncipes de su siglo, y lo mismo pudiera decirse de los siguientes, han gastado tanto como él y sus sucesores en edificios magníficos, en generosidades, en obras de caridad, y en animar las ciencias y las artes. Prestaba grandes cantidades al Estado, y nunca le pidió el reembolso. Apenas habia ciudadano en Florencia á quien no adelantase sin

ser suplicado. Sus fundaciones religiosas tienen un no sé qué de admirable, aunque en nada era beato, y antes bien solia decir: „Que á los hombres no se les gobierna con solo el rosario.” Además de su palacio de Florencia tenia otros quatro en diferentes sitios, que excedian á los de los Monarcas. En medio de este luxo, digno de un Rey, era Cosme modesto, y sin afectacion en su persona ni en sus costumbres. Siempre pareció un simple ciudadano. Casó sus hijas y sus nietas con los mas dignos entre sus compatriotas. No era hombre literato; mas no por esto dexó de ser el mayor protector de los sabios. A él se le debe el renacimiento de las artes en la Italia. No tenia mas pasion que la de hacer á su patria poderosa y magnífica.

Pedro su hijo, que entró en los derechos de su padre, se dexó engañar de un falso amigo, que era realmente enemigo secreto de su familia. Viéndole algo embarazado en sus negocios le persuadió que pidiese á la República y á los particulares las cantidades cuyos recibos habia hallado entre los papeles de su padre. Esto, que no se esperaba, hizo muchos malcontentos: sobreviniéron considerables quiebras, y echáron la culpa á Médicis. Los

malévolos imagináron hacer contra él un libelo, que corriese entre sus partidarios, para conseguir las firmas ó signaturas; pero Médicis, que hizo correr otro opuesto, halló que muchos de los mismos nombres se halláron en las dos protestaciones contrarias.

La eleccion de los Magistrados era ordinariamente el momento en que se renovaban las cabalas. En 1466 se descubrió una que tiraba á abatir el gobierno y abolir el Consejo extraordinario, que Cosme habia establecido como solo provisional, cuyo término ya espiraba. Pedro, aunque enfermo, y debilitado con sus males habituales, se gobernó en esta ocasion con mucha fortaleza. Sostuvo el establecimiento de su padre: fuéron desterrados sus contrarios, entre los quales se hallaba Agnolo Acciajoli, que habia sido afecto á los Médicis. Cansado este de su destierro, escribió á Pedro, haciéndole presente su antigua conexión, y los servicios que su familia habia hecho á la patria; y diciendo tambien que si le habia sido contrario, no fue su ánimo hacerle daño, ni tuvo otra mira que la ventaja de la República. Pedro le respondió con fiereza: „Jamás persuadirás á ninguno que haya tenido Florencia mas señales de buen afecto de

parte de los Acciaïoli que de los Médicis. Vive pues en donde estás con oprobio, pues no quisistes vivir aquí con honor.”

Esta misma firmeza de Pedro para con sus enemigos la experimentaban igualmente sus mismos partidarios quando abusaban de su confianza y de su nombre para cometer injusticias. Los hizo comparecer delante de la cama, á que le tenia sujeto su enfermedad: y reconviniéndoles por su ambicion y rapacidad, por haber repartido entre sí los despojos de los desterrados, apoderarse de las rentas del Estado, y haber oprimido á los inocentes, vendiendo la justicia. „Si continuais, les dixo, yo me tendré que arrepentir de mi eleccion; pero tambien haré que os arrepintais de haber abusado de mi confianza.” Se dice, que viendo que sus reconvenciones eran inútiles, pensaba en llamar á los desterrados, para reprimir la insolencia de los que gobernaban quando murió en 1472. Dexó dos hijos, Laurencio y Juliano, demasiado jóvenes para entrar en los negocios de Estado; pero Tomas Soderini, amigo de su padre, los presentó á la asamblea del pueblo, como hijos de la República, y esta los recibió con aclamacion.

Aunque Cosme y Pedro de Médicis ha-

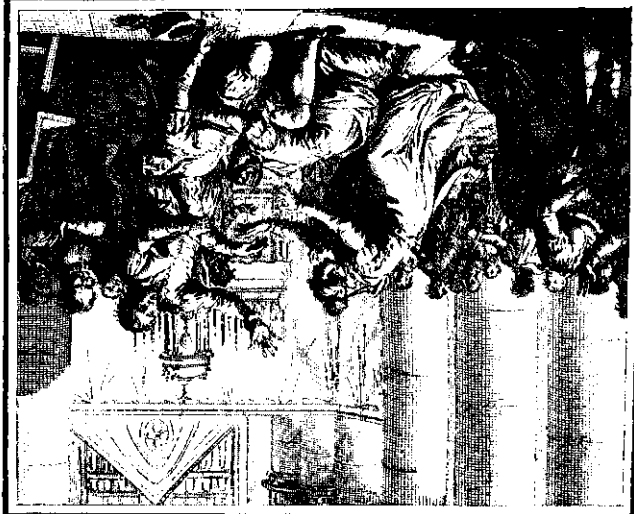
bian sido tan poderosos, no eran con todo eso jefes del Estado por título que les diese autoridad legítima; porque los tribunales, Consejos, Confalonero y cabezas de los Gremios existían como de ordinario, aunque todos eran del partido de los Médicis, y recibían de ellos tal influencia, que las otras familias, en donde no faltaban sujetos considerables, no tenían crédito, ó le tenían por sola tolerancia y protección de la familia dominante. Los Pazzi eran entre estos la familia mas importante; y resolvieron sacudir el yugo que llevaban con impaciencia, deshaciéndose de los dos Médicis, que aunque jóvenes eran mirados como cabezas de su familia.

Se supone que el amor hizo gran papel en la conspiracion de los Pazzi contra la vida de los dos hermanos. Julian de Médicis y uno de los Pazzi hacían la corte á una misma dama; y como Julian fuese preferido, agregó Pazzi á la venganza de sus parientes su odio personal contra su rival en el amor. Siempre el puñal de la envidia hirió con mas seguridad que el de la ambicion. Solo Julian cayó con el hierro de los asesinos, y el horror de muerte tan atroz se aumentó con una circunstancia que enternece. Mientras todos

huian de la Iglesia, en donde acababa de cometerse el homicidio, una muger, que seria el objeto de los zelos de Pazzi, atravesó por la multitud: se arrojó sobre el cuerpo ensangrentado, le regó con sus lágrimas, llamó á Dios por testigo de que era su esposa, y que el niño que llevaba en su seno era fruto de su legítima union. No era necesario este espectáculo para irritar la indignacion: persiguiéron á los asesinos, los aseguráron, y los ahorcáron de las ventanas de las casas adonde se habian refugiado. Ordenáron que á Laurencio se le diese guardia; y así esta conjuracion, dirigida á aniquilar á los Médicis, les allanó el camino á la soberanía; bien que esta solo fue pasagera. Debe notarse que para asegurar este gran politico su autoridad se sirvió con sumo cuidado de un medio que casi siempre ha surtido buen efecto en el pueblo, y es el de no permitirle jamas que su atencion descansa. Tuvo casi continuas guerras, cuyos sucesos, por ser varios, distraian de los asuntos del gobierno los pensamientos. Miétras duraban las hostilidades no hubiera sido prudencia tratar de la administracion: esto lo conocia el pueblo; y entre tanto que su inquietud estaba enteramente ocupada en

l'écrou de son époux
de l'homme sensible, ainsi qu'il m'a
vu la voir de l'épouse qui humide les yeux
de la vaine de la cause en que les halla
vaines en face de les accuser, les abhorrence
de la compassion, y eût de l'été, que estende
le son l'écrou, car son esprit, exalté de tal me-
con que de l'impression se met à l'adresse, y a
l'écrou en el temple Julian de Médica, una jo-

La esposa de Julian de Médica.



lo que sucedia fuera, no advertia las cadenas que le forjaban dentro.

Otro motivo de distraccion y excelente para el pueblo son los espectáculos y diversiones. Se hablaba de una fiesta, cuyos preparativos duraron cinco meses, y acudia á Florencia toda la Italia, porque las riquezas de aquella capital la hacian el centro de todas las gentes deseosas de divertirse. Fuéron allá el Duque y la Duquesa de Milan, y los recibieron magníficamente. Ya la opulencia y la ociosidad habian afeminado á los Florentines, cuya juventud principalmente daba en los mayores excesos de luxo; y se aumentó mas con la presencia de una corte galante, cuyos recreos se procuraban. Habia emulacion de desórdenes entre los Milanese y Florentines. Ya llegaron á preciarse de quebrantar las leyes de la quaresma en sus convites, lo que jamas habia sucedido, y todo se sufría porque en esto tenian interes los Médicis. Por otra parte debe hacérseles la justicia de que nunca habia estado Florencia tan poderosa y tan magnífica como en el tiempo de su administracion; pues Laurencio hizo florecer las artes y las ciencias sobre todo quanto se habia visto en ningun pueblo, á excepcion de

los Atenienses. Murió honrado con el título de *padre de las musas*; y todos los Príncipes de Italia enviaron sus Embaxadores á hacer á la República los cumplimientos del pésame.

Su hijo se llamaba Pedro, y empezó su administracion con infelices auspicios, si así puede llamarse la simple preponderancia en una República. Por entónces hacia Cárlos VIII su invasion en Italia; y creyendo Pedro de Médicis que con la proteccion de este jóven conquistador aseguraba su poder, fue, sin ser autorizado para ello, á concluir en 1494 un tratado, por el qual entregaba al Monarca algunas fortalezas que le abrian el camino de Florencia; pero quando volvió para hacer que se ratificase este tratado, le recibieron mal, y se vió precisado á ponerse en salvo. No por eso dexó Cárlos de avanzar hácia la ciudad, y fue necesario dexarle entrar; mas no hizo en ella todo lo que queria. Habia introducido soldados: se habian puesto los Florentines sobre las armas: y se disputaba acerca de las condiciones, pues Cárlos pretendia dexar en la ciudad al salir de ella ciertos agentes con jurisdiccion, y con el título de ministros de ropa larga. Pedro Caponi, uno de los Magistrados

de Florencia, pareciéndole demasiado duras las proposiciones que le leían como última resolución, arrancó el papel de las manos del Secretario, le hizo pedazos, levantó la voz, y dixo: „Ahora bien, mandad tocar el tambor, que nosotros tocaremos las campanas.” Creyeron los Franceses que tanto atrevimiento estaba sostenido de fuerzas no conocidas para ellos, y se contuviéron. Por el tratado que despues se hizo se levantó la confiscacion de los bienes: se revocó el decreto de destierro publicado contra Pedro y sus hermanos; pero baxo la tácita condicion de que no habian de acercarse á la ciudad á treinta leguas de distancia.

Desde este punto se creyó libre Florencia, y solo pensó en disponer un gobierno. Antonio Soderini propuso este plan: „Que hubiese una junta general: que todos los Oficiales y Magistrados fuesen nombrados por esta asamblea permanente: y que la misma eligiese Magistrados particulares, los quales hiciesen nuevas leyes, y arreglasen los negocios principales del Estado, quales son la paz y la guerra: y todo esto con independenciam del Consejo general, por ser puntos que piden frecuentemente las luces superiores, actividad y

secreto, que regularmente no se hallarian en una asamblea general." A este llamaba Soderini gobierno democrático ó popular; pero Vespucci probó „que era una verdadera aristocracia, en la qual solo faltaba un Dux; y que por otra parte era un plan quimérico, impracticable y que no podia acomodarse al carácter Florentin; que Florencia, con un gobierno popular, en caso que lo fuese el de Soderini, no haria mas que pasar del extremo de la tiranía de los Grandes al de la libertad desenfrenada, que es la peor de las tiranías." Vespucci citaba pruebas de la historia de Atenas y de Roma; no queria dexar al pueblo mas que la eleccion de los Magistrados en su asamblea general; quedando la disposicion de los negocios para los Magistrados elegidos por escrutinio, y solo por tiempo limitado, para que de este modo, concluida la eleccion, quedase el pueblo despojado de toda autoridad.

Miéntras se ventilaban las dos questões de si el pueblo, despues de la eleccion, habia de ser algo ó nada, cortó la dificultad Gerónimo Savonarola, Religioso fanático, que con sus predicaciones habia adquirido grande reputacion en la ciudad, y para muchos pasaba por profeta. Este declaró que era volun-

tad de Dios que Florencia fuese gobernada por el pueblo. Adoptó el populacho tan generalmente el oráculo, que nadie se atrevió á contradecir, y se convino en que todos los ciudadanos tuviesen derecho al gobierno. No obstante, á fuerza de explicaciones priváron del voto en la asamblea general á algunas clases á las quales por su pobreza, ó por otras razones, excluian las antiguas leyes; y para que el pueblo, despues de sus elecciones no perdiese toda influencia, se estableció que solo á él perteneciese aprobar las leyes dispuestas por los Magistrados.

Savonarola, ídolo del pueblo, triunfó por algun tiempo, con el poder que habia procurado al pueblo mismo; pero el abuso que hizo de su crédito inspirando al populacho para que se atreviese á luchar contra los Magistrados, hizo tomar la resolucion de destruirle, oponiéndole otro semejante predicador, que con su entusiasmo le quitó la mitad del séquito. Se desafiáron los dos rivales: prometieron los partidarios de Savonarola un milagro, y no le hicieron, con lo qual decayó su crédito sensiblemente, sucediendo el odio del pueblo á la adoracion. Los Magistrados, que solo pretendian desembarazarse de él, deseaban que se

pusiese en salvo; pero él no quiso. Le arrestaron, le pusieron á cuestión de tormento para hallarle delitos, y dicen que declaró haber abusado de las confesiones; y el pueblo desengañado, ó mas engañado que antes, vió con gran sosiego ahorcar y quemar á su favorito.

El gobierno popular, como lo habian bien previsto, no se contuvo en los límites que el establecimiento prescribia; porque el Consejo general puso hombres sin talento á la cabeza de los negocios, y estos fuéron perdiendo mucho en sus manos. En 1498 hubo una gran carestía de víveres; y á vista de esta y otras desgracias empezaron á echar de ménos el gobierno de los Médicis; y hubo á su favor una conjuracion que no tuvo efecto, no tanto por la oposicion del pueblo, quanto por la de algunas familias ilustres, que temieron verse eclipsadas con la presencia de ellos. Quatro personas distinguidas, que se habian declarado por los Médicis, fuéron castigadas con la muerte; pero esta catástrofe no espantó á los partidarios, antes volviéron á cargar con mas fuerza en 1512. Desde 1494, que Pedro habia sido echado de Florencia, andaba al rededor de esta ciudad, y no volvió á entrar en ella por haberse ahogado en el Garillan. Tenia

dos hermanos todavía muy jóvenes, Juan, que ya era Cardenal y fue después Leon X, y Julian. Por entonces se gobernaba la ciudad por el Consejo general y un Confalonero llamado Soderini; pero Juan conservaba con sus liberalidades el partido de su familia.

Soderini había dexado tomar á los Franceses la ciudad de Prato, después de una pérdida que no le permitió defenderla. Esto, que no era mas que una desgracia y efecto de la inconstancia de la fortuna, se pintó como una traycion. Murmuró el pueblo, y mostró su indisposicion contra el Confalonero. Todo estaba preparado para aprovecharse del primer movimiento de indignacion. Tres caballeros jóvenes, Veltori, Albici y Valori, amigos de los Médicis, se presentaron á la puerta del palacio, entraron sin oposicion, fueron derechos al quarto del Confalonero, le amenazaron con la muerte si al punto no salia de la ciudad, y le ofrecieron la vida si obedeciese. Soderini cedió y partió. Los conjurados juntaron á los Magistrados, instándoles á que depusiesen con toda formalidad al Confalonero, y aunque á su pesar lo cumplieron. Hicieron entrar al Cardenal de Médicis, que estaba á las puertas: y él pidió solamente que su familia y los que

habian seguido su suerte fuesen recibidos en su patria como simples particulares , y que se les permitiese recobrar en un tiempo estipulado los bienes que habia enagenado el Fisco, reembolsando ellos á los compradores el principal y gastos.

La peticion era demasiado moderada para que se la negasen. „ Dame, decia Arquimedes, un punto de apoyo, y yo levantaré el globo de la tierra.” Lo mismo podemos decir: „ Dexad que un ambicioso ponga el pie, y vereis quan pronto vence todos los obstáculos.” Previendo los Florentines lo que podia suceder con el regreso de los Médicis, se armáron de precauciones contra los proyectos opresivos de esta familia. Habia un Consejo de ochenta, que arreglaba los principales asuntos, y se renovaba cada seis meses. Se estableció que jamas fuesen recibidos en él, sino los que hubiesen pasado por los cargos mas elevados, para que de este modo siempre se compusiese de sugetos de experiencia, y versados en los negocios de Estado. Se añadió que el Confalonero, que en el primer momento del entusiasmo habia sido declarado perpetuo, se eligiese todos los años.

Estas disposiciones de ningun modo con-

venian á las miras de los Médicis; pero el Cardenal, y Julian su hermano á quien él dirigia, cuidáron muy bien de no hacer oposicion perceptible, dedicándose á ganar insensiblemente al pueblo con afabilidad y liberalidades, y á captarse la aficion de los jóvenes nobles facciosos, necesitados y apasionados al luxo, que vivian ociosamente en Florencia. Introduxéron secretamente soldados españoles: hicieron convocar con algun pretexto la asamblea general; y mientras el pueblo deliberaba, se vió de repente acometido. Exigieron de él que nombrase quince personas, en cuyas manos pusiese el pueblo todos sus poderes: y estaban ya tomadas las medidas, para que todas quince fuesen amigas de los Médicis. Se calificáron estas con el nombre de Consejo supremo, y restablecieron el gobierno segun estaba antes de la expulsion de los Médicis. Tomáron estos su asiento antiguo, gobernáron con mas imperio que nunca, y se les concedió tambien una guardia perpetua.

Fue Juan nombrado Papa en 1513, y tuvo que ceder toda su autoridad en Florencia á Julian II, el qual se propuso por modelo de su conducta la de su padre Laurencio, y con sus virtudes conquistó el corazon de sus

conciudadanos. Murió jóven, y no dexó mas que un hijo llamado Hipólito, cuya legitimidad no estaba bien reconocida; y Leon X, por esta razon, ó por algun otro defecto, dispuso que reemplazase á Julian el hijo de su hermano mayor Pedro el desterrado, que ya estaba en edad de gobernar. A este Príncipe, llamado Laurencio el Jóven, le diéron el sobrenombre de Magnífico. Este epíteto pinta en una palabra lo que se debe pensar de su reynado, que fue no obstante indolente. Murió en 1519 sin hijo legítimo; pero reconoció como suyo al hijo de una esclava, con la qual dicen habia tenido comercio como otros muchos. Se llamaba este hijo Alexandro.

Se hallaba entónces Arzobispo de Florençia y Cardenal Julio de Médicis, hijo natural de Laurencio I. Este reunió en su persona, con la autoridad espiritual, la temporal, y la conservó, hasta que le eligiéron Papa en 1523, con el nombre de Clemente VII; y entónces envió por sus Tenientes á Hipólito, que ya era Cardenal, y á Alexandro, hijo natural de Laurencio II. Lo lleváron á mal los nobles; y en 1527 hubo entre ellos una violenta conmocion, en la qual tomó parte el pueblo. Negociáron Hipólito y Alexandro; y

con sacrificios oportunamente manejados, apaciguaron á los envidiosos de su familia, y la hicieron recobrar la altiva disposicion que observaba quando se vió en la precision de dexarla; pero volviéron á ceder con motivo de haber el Condestable Borbon con su ejército encerrado á Clemente VII en el castillo de Sant-Angel.

Pero todavía se les preparaba otro golpe mas funesto por el entusiasmo y poca destreza de una muger de su familia. Claricia de Médicis, muger de Felipe Strozzi, tia de Alexandro y de Hipólito, se dexó arrebatarse del bello proyecto de restituir la libertad á su patria. Habia tomado grande ascendiente sobre su marido, que era muy bueno y demasiado dócil; y asegurada por esta parte, fue á verse con sus dos sobrinos, exhortándolos á que hiciesen á su patria el sacrificio de una autoridad que era injusta. No se duda que procedia de acuerdo en este paso con los cabezas de una faccion poderosa, que se valiéron de ella, para que Strozzi, Comandante de las fuerzas de Florencia, no les estorbase en sus designios. Era Claricia de buena fe; y no habiéndose propuesto otras miras que la libertad de su patria, no advertia que miéntras ella estaba

persuadiendo á sus sobrinos, les hacia perder un tiempo precioso, de que se aprovecharon sus enemigos. Con efecto, entre tanto que estos Príncipes consultaban y trataban con ella y con su esposo, se juntó el Consejo general, y anuló todo quanto se habia hecho desde que llamados los Médicis, á peticion del Cardenal, despues Leon X, se habia creado el Consejo de los Diez y seis; y restituyó á la República la forma de administracion que antes tenia, esto es, un gobierno popular. Se declaró que podrian libremente permanecer en Florencia los sobrinos del Papa, y aun con privilegios; pero ellos, creyendo que no estaban allí seguros, no se aprovecharon de esta condescendencia, y por consejo de Strozzi dexáron la ciudad. Al pueblo no le pareció bien que no los hubiese detenido su tio; y como viéndose fuera se apoderáron de algunas fortalezas, empezó á decirse que habia connivencia ó inteligencia entre el tio y los sobrinos, y fué fortuna que Strozzi, objeto del furor popular, se pusiese en salvo. A Claricia, que tanto habia hecho por la libertad, y queria seguir á su marido, la detuviéron como en rehenes con su sobrina Catalina, que despues fue Reyna de Francia. La sacáron de su palacio, te-

miendo que este sirviese de lugar de concurrencias; y de este modo Strozzi y su muger, primeros agentes de la revolucion, fuéron sus primeras víctimas.

Estaban los Florentines como embriagados de júbilo: no habia ventajas que no se prometiesen por haber vuelto á su libertad: decian que por último iban á ser dueños de su casa, y los árbitros de Italia, como lo habian sido: que ya no habria mas impuestos que los que ellos quisiesen admitir, quando los Médicis les habian costado mas de quinientos mil ducados, expendidos en guerras, que no tenian por objeto á la República. De este modo llegó á los últimos términos el encono contra los que miraban como á enemigos de la patria. Insultaban públicamente á quantos creian de este partido: quitáron sus escudos de armas, y aun hubieran puesto fuego á sus palacios á no haber temido que se propagase el incendio á las otras casas.

Eligió el pueblo por Confalonero á Nicolas Capponi, hijo de aquel que habia despedazado en presencia del Rey de Francia el papel que contenia las orgullosas pretensiones del Monarca. Era hombre prudente, que no incurria en los excesos del pueblo, al qual qui-

so reconvenir manifestando que no era razon dexarse arrebatat de un momento de prosperidad, y expuso que seria muy acertado no ofender al Papa en la persona de sus parientes, siendo muy posible que el Pontífice se concordase con el Emperador y volviese sobre ellos; pero ¡sustos vanos! exclamáron todos, y temores pusilánimes de un hombre, que tal vez aconseja estas precauciones para encubrir proyectos de traycion ya premeditados. Se hizo Capponi sospechoso; y conociendo lo poco que debe confiarse de un pueblo ligero, turbulento é incapaz como aquel de renunciar á sus primeras ideas por mas razones que le propusiesen, se puso de parte de los nobles. El mayor número de estos habia entrado en la revolucion por envidia contra los Médicis; pero viendo que nada ganaban con ella, y que el pueblo, en vez de estimar su condescendencia los miraba siempre como á enemigos, se arrepintiéron de su infructuosa connivencia con el pueblo, y Capponi los halló muy inclinados á unirse con él quando sondeó sus disposiciones.

Habia pues en Florencia tres partidos bien declarados: el de los Capponi y los nobles, que llamaban los *Optimatos*, el de los populares

y el de los neutrales, que era el de aquellos ciudadanos juiciosos y moderados, que desaprobaban los excesos de los otros dos; y no queriendo alistarse en uno ni otro, sufrían algunas veces el dolor de verse detestados de ambos. *Los Optimatos*, débiles todavía, no se atrevían á hacer frente á los empeños de los populares; pero censuraban las resoluciones, y ponían los obstáculos posibles á la ejecución sin exponerse. El pueblo, detenido en su marcha, tomaba, por decirlo así, impulso, y se arrojaba mas allá de los límites, que tal vez se hubiera prescrito si no le contradixeran. Todo era desórden y confusión en la administración de los negocios; de una parte y de otra con ninguno estaban contentos; y los reglamentos mas propios para exâsperar los espíritus se adoptaban con mas entusiasmo.

Se habia establecido que se olvidase todo lo pasado. El pueblo se levantó contra este acuerdo, y nombró Síndicos que descubriesen los fraudes, cometidos en el manejo de los caudales públicos. Estas pesquisas caían sobre los ricos, y se hicieron con un rigor que no estaba exênto de injusticia. Encargaron la cobranza de nuevos impuestos á otros Síndicos, y estos se portaron con mucha dureza. Se dió

orden para la venta de la décima parte de los diezmos de la Iglesia, y otros lugares de piedad; se mudaban continuamente los Magistrados de diferentes tribunales y sus cargos. Llamáron á los Embaxadores que tenia la República en diferentes potencias, porque eran, ó porque se sospechaba fuesen del partido de los Médicis. Se hicieron leyes rigurosas sobre la administracion de justicia, y nunca estuvo peor administrada. Con pretexto de libertad se toleró el desenfreno en las costumbres, y contaban por principio recibido los extravíos de la imaginacion. Fuéron tiranizadas las conciencias; y en una palabra, hicieron quanto se necesitaba para eternizar las disensiones en lo interior, y retirar el favor de las otras potencias.

Entónces, como lo habia previsto Capponi, se estaba concertando el Papa con el Emperador, el qual no puso dificultad en favorecer al Pontífice, como que tenia interes en ganar su voluntad para echar enteramente de Italia á los Franceses. Ya los Florentines se habian privado del apoyo de estos, agregándose á la liga del Emperador y los Venecianos contra ellos: de suerte que se halláron en la mayor confusion quando viéron que re-

conciliado el Papa con el Emperador podrian ser abandonados del uno, y víctimas del resentimiento del otro. No obstante, observaron buen continente: reforzaron sus tropas; continuaron en juntarlas con las del Emperador, como si contaran mucho con él; y al mismo tiempo trabajaban en las fortificaciones de su ciudad, en la qual reynaban siempre alborotos.

Capponi, que se habia hecho sospechoso porque no se sacrificaba ciegamente á la animosidad del pueblo contra los Médicis, ofreció en pública asamblea resignar su cargo de Confalonero. No fue aceptada su demision; pero á pocos dias le imputaron sus enemigos una carta de colusion entre él y los Médicis. Con bastante dificultad salió del peligro en que le puso esta calumnia. Le llevaron á una cárcel, y despues de haberle tenido tres horas debaxo del cuchillo, fue reconocida su inocencia, y le conduxeron á su casa con honor; pero no estuvo en ella mas tiempo que el necesario para preparar su retiro en el campo. En este se encerró con su muger y un solo criado, con absoluta separacion aun de sus amigos, para que no le afligiesen con la relacion de los males que amenazaban á su infeliz patria. Al principio de 1528 experi-

mentáron los Florentines lo que un Estado desunido debe esperar de sus aliados. El Duque de Ferrara, de quien esperaban por momentos el socorro que habian pagado, guardó su dinero, y no les envió tropas. Los Venecianos les enviáron en lugar de soldados exhortaciones para que léjos de desalentarse se preparesen á la defensa, pues no los abandonarian en la necesidad. El Emperador les habló con mas claridad, haciéndoles entender que él miraba á Florencia como un feudo del Imperio, de que podia disponer; y no les disimuló sino con frialdad, que esta disposicion podria ser á favor de los Médicis. Ya no les quedaba que elegir sino uno de estos dos partidos, ó sufrir las cadenas de los Médicis, ó aventurarlo todo para quedar libres. Los Florentines en su despecho contra el Papa, que los sujetaba en sus lazos, habian llegado á los últimos términos; y el Papa no cedia en su enojo. Unos y otros, en la guerra á que se preparaban, se disputáron el famoso Capitan Malatesta; pero le hiciéron los Florentines proposiciones tan ventajosas, que le lleváron á sus banderas, dándole el mando de sus tropas. Con semejante General no habia felicidades que no esperasen; pero fuéron derrotados: perdiéron



Sitio de Florencia

Enemigos formidables, amigos debilitados, un general traidor, y mas que todo un infundado orgullo arrastraron lastimosamente á Florencia no solo á grave pérchula, sino á sufrir un sitio de cuyas resultas la menor de sus irreparables desgracias fué su humillacion. El débil que atribulado por su orgullo se arroja á las temeridades, no reconoce su debilidad hasta que llora inutilmente su oprobio.

á Perugia, Arezzo, Cortona, y viéron con dolor y aturdimiento volver á entrar en sus muros las reliquias de sus batallones, quedando precisados á defender ellos mismos su ciudad, tomando Malatesta el mando.

No tardáron en presentarse el Papa, el Emperador y otros confederados; y se empezó el sitio, aunque no se hizo con actividad. Segun parece querian dar tiempo á las negociaciones, y dexar madurar el cansancio de los Florentines; pues en medio de las hostilidades se introduxéron proposiciones. Malatesta las oia, y parecia que todo lo comunicaba á los Florentines. Quando los veia alborotados contra condiciones demasiado duras, se acomodaba con su modo de sentir, hacia cantar misas, y exígia del pueblo y de las tropas el juramento de defenderse hasta morir. Quando el pueblo cedia, se dexaba arrastrar de sus ideas, y se prestaba á no despreciar los medios indirectos de nuevas proposiciones; pero siempre las recibia mal el Consejo del Emperador, manteniéndose este en la resolucion ya anunciada de disponer de Florencia como de un feudo, sin explicar como ni para quien. El Papa, respondia, que nunca habia tenido intencion de oprimir la libertad de los Floren-

tines, y que al contrario, á no haber él solicitado suspender los esfuerzos del Emperador, ya la habria perdido; pero que nunca consentiria en que tuviesen un gobierno sin fe, lleno de pasiones, que enarbolaba el estandarte de la proscripcion, y solo se sostenia con asesinatos: que ellos habian declarado por rebeldes á excelentes ciudadanos, á quienes habian maltratado de todos modos: y que á él mismo le habian insultado horriblemente, derribando sus efigies, y ahorcándole en estatua.

Los Florentines, negociando siempre, se iban quedando sin las fortalezas de Pistoia, Pietra Santa y Prato, y todas estas pérdidas con un Comandante, como el valiente Malatesta. Este General, que á la verdad era conocido por interesado, tenia su muger, sus hijos y todos sus bienes en poder de los enemigos de Florencia; pero decian sus amigos en la ciudad, que era tan lleno de honor, tan delicado y valiente, y de pensamientos tan heroicos, que sospechar traycion en él seria hacerse injuria á sí mismo. Quando Malatesta hablaba al pueblo no tenia mas palabra en la boca que la de *libertad*, y la llevaba escrita en la birretina. Si le proponian acciones de vigor ó de salidas, recibia el proyecto con entusiasmo:

le seguía con calor; en todo quería hallarse, y no sufría que se disparase sin él un fusilazo. Las órdenes se daban maravillosamente, pero se executaban mal, unas veces por demasiado ardor en las tropas, otras por error en los xefes, y otras por contratiempos, que sería imposible prever.

El Príncipe de Orange, que mandaba el sitio, sacó de las líneas la mayor parte de su ejército para interceptar un socorro que les venía á los Florentines. Los Capitanes de estos exhortaron á Malatesta á que diese sobre las líneas miéntras se hallaban sin aquella parte de su guarnicion. Despreció con aspereza tan imprudente proposicion; pero quando supo que el campo habia estado por largo tiempo debilitado, se arrepintió amargamente de haber perdido tan bella ocasion. „¿Pero quién habia de creer, añadía suspirando, que un General tan hábil habia de desguarnecer sus líneas hasta exponerlas al riesgo de ser derrotadas?” El Príncipe acometió, y dispersó el socorro: impidió la entrada de los víveres; pero le matáron, y dicen que le halláron una carta de Malatesta, en que este le decia, que dexase sin temor su campo, pues le prometia no atacar á los que dexase en las líneas.

Se iban consumiendo los Florentines con la pérdida de las tropas, con la falta de víveres y municiones, y la disipacion del dinero con que todo esto se adquiere. Supliéron *el déficit* con una lotería de los bienes de los rebeldes, que produjo una grande suma. El gran Consejo, despues de haber sido de diferentes opiniones por once veces, determinó que se llevasen á la Casa de la Moneda todo el oro y plata que se hallase entre los ciudadanos; y á excepcion de los vasos rigurosamente necesarios al servicio divino, quanto hubiese en los lugares sagrados. Se vendió la pedrería de las reliquias: todo lo sacrificaban con gusto los Florentines en defensa de su libertad, como que era su divisa: *Pobres y libres*, y esta estaba escrita con grandes caracteres sobre las puertas de las casas, y sin duda profundamente grabada en los corazones. ¿Pero qué remedio hay contra la fuerza favorecida de la perfidia?

Por último, abriéron los Florentines los ojos sobre las trayciones de Malatesta: quisieron despedirle, y tomaron la ocasion de que se obstinaba en una composicion que no les parecia ventajosa, y se negaba á hacer una salida que todos deseaban. El estilo con que le

despidieron, aunque tan honorífico como fue posible, no le agradó; y abrasado en una cólera fingida ó verdadera, quando le intimáron la despedida, se arrojó con el puñal en la mano á uno de los comisarios, y le dió muchas heridas. Los soldados, aunque pagados por los ciudadanos, conociendo mejor que ellos á su General, se colocáron al rededor de este: salieron de sus líneas al mismo tiempo los sitiadores, tremoláron sus banderas, y amenazáron con el asalto. Toda la ciudad se halló en confusion, las mugeres se refugiáron aturdidas en las Iglesias, y pidiéron á gritos que se hiciese la capitulacion. Gran parte de los ciudadanos quisiéron que se hiciese una salida contra los enemigos, y morir con las armas en la mano; pero en el horrible desórden en que estaba la ciudad hubiera sido su ruina seguir esta resolucion. Los Magistrados, los ancianos, y la gente de mas moderacion consiguieron que se acomodasen á la razon, principalmente la nobleza, que era la mas irritada. Consintieron pues en una composicion, y no fue ménos difícil concluirla. Si la ciudad se rendia, todo lo recibian bien los sitiadores, como que estaban seguros de que despues cumplirian con lo que les pareciese; y así no se negáron á que se

pusiese por cabeza del tratado la garantía de la libertad en estos términos: „La forma del gobierno de Florencia será establecida por S. M. Imperial en el espacio de quatro meses, salva siempre la conservacion de la libertad de los ciudadanos.” Los otros artículos eran de conveniencia ó de policía, y fuéron executados segun las circunstancias.

En el delirio de la guerra, el bello nombre de libertad era como una venda que tapaba los ojos á aquellos Republicanos para no ver toda la extension de sus males; pero ahora que todo lo habian perdido sin remedio se veian abrumados con el peso de sus desgracias. Esta es la pintura que de su situacion hacen sus mismos historiadores. „Echaban de ménos, dicen, los caudales gastados en sostener una guerra larga y penosa, que tan triste fin habia tenido; y veian la aniquilacion de su fortuna, el desórden de su comercio, sus rentas arruinadas, sus casas demolidas, la muerte de sus hijos y sus amigos, las locas discordias que los habian dividido, los excesos cometidos contra sus conciudadanos, la vergüenza que era lo que les habia quedado, el desprecio y burlas con que trataba á los nobles lo mas vil de la plebe viendo que todo la faltaba, y acusándolos de

la pública calamidad. En los ricos, el ver que lo poco que habian salvado era presa de un vencedor avaro y soberbio: en los pobres, el temor de morir de hambre: y en todos la vista de la presente miseria, y la prespectiva casi cierta de que habia de ser mas espantosa, los sumergian en la consternacion y desesperacion. Pálidos y trémulos, con un ayre triste y sospechoso, con el rostro inclinado hácia la tierra, no se atrevian á mirar unos á otros.”

Tal era la triste conquista que acababa de hacerse por la perfidia de Malatesta. Clemente VII no llevó á bien que el tratado dexase á Florencia á disposicion del Emperador; y Malatesta, que pedia con exórbítancia, y se tenia por mal recompensado, porque no se lo daban todo, se retiró con la vergüenza sola de su traycion. El Gobernador que el Emperador envió á Florencia, entre tanto que llegaba el gobierno prometido por el tratado, dió uno provisional y enteramente militar. Desarmáron rigurosamente á los habitantes, les impusieron grandes contribuciones; pero desde luego se advirtió que en la reparticion de estas se favorecia con especialidad á los partidarios de los Médicis.

Aunque se habia prometido perdon gene-

ral se recibieron órdenes secretas de perseguir sin compasion á los que se habian declarado por el gobierno popular. A seis de los principales los degollaron, á otros los encerraron en los calabozos de las fortalezas; ciento veinte y ocho fueron desterrados. Presentaban los Florentines al Emperador memorial sobre memorial, para que les quitase aquel gobierno tiránico, y los diese el que les habia prometido. Lo estuvieron pretendiendo tres años; y todo este tiempo se empleó en tomar medidas con el Papa para que recayese la soberanía de Florencia en aquel de sus sobrinos, á quien el Papa quisiese favorecer. Tenia dos, como se ha dicho, Hipólito hijo de Juliano, y Alexandro hijo de Laurencio. El primero tenia mas edad, y sin duda mas espíritu y talentos; pero el preferido fue Alexandro. En 1531 le declaró Cárlos V Duque de Florencia, y tuvo fin con esto la República.

En poco estuvo que no se restableciese luego al punto. No tenia Alexandro mas que veinte y dos años quando llegó á la soberanía, con la falta de experiencia de esta edad, sus propias pasiones, y los pensamientos de su tio. Este le indicó á Alexandro los que habia de separar y proscribir, y él atormentó de todos

modos á los ciudadanos á quienes la mansedumbre y el hábito retenia en la tierra de su nacimiento sin embargo de las vexaciones, y así se halló expuesto á conspiraciones; pero no fuéron estas la ocasion de su muerte, sino la imprudencia de ir de noche sin precaucion á una cita de galantería. Le diéron de puñaladas á los veinte y siete años de su edad en 1536.

Por haber sido su muerte improvisa y repentina hubo desde luego una horrible confusion, que paró en deliberar si volverian á formar la República, ó si nombrarian Señor, y cuál habia de ser. Hubo vigorosos pareceres por la República; pero por haber pasado el tiempo de esta opinion, oyéron con mas gusto á un hombre, que hizo presente que no interesaba la patria en que la restituyesen una libertad peligrosa, por ser una carga que Florencia no podia llevar. „El pueblo, decia, está demasiado indispuerto contra la nobleza para sufrir que esta se ponga á la cabeza de los negocios; y el gobierno popular ha puesto muchas veces á Florencia á dos dedos de su perdicion. Por ser mas mercantil que guerrera, siempre debe temer la ambicion de muchos grandes Príncipes, y así en la imposibi-

lidad de poner el gobierno en manos de los nobles, de los quales se podria esperar mas moderacion y prudencia que del pueblo, será mejor elegir un Soberano, que reprimiendo dentro los diversos partidos, velará fuera sobre la seguridad del Estado, que entregarse al capricho y á la tiranía de la multitud." Prevaleció esta opinion; y entre los Médicis de diferentes ramas, que hormigueaban en Florencia, eligieron á Cosme, que no era de raza bastarda como sus antecesores, sino descendiente legítimamente por su padre Juan, llamado el Invencible, de Laurencio, hermano menor de Cosme el Antiguo.

No tenia mas que diez y ocho años, y desde sus principios manifestó un juicio y prudencia superiores á su edad. Para dar alguna satisfaccion á los que tenian la autoridad demasiado absoluta, se determinó que Cosme no tuviese otro nombre que el de cabeza de la República, y se le nombró un Consejo de ocho ciudadanos, cuyo poder, en caso de necesidad, pudiese contener el suyo; pero gobernó con tanto acierto, que este freno fue del todo inútil. Siguió, respecto de los desterrados, un sistema contrario al de su antecesor: pues no hubo medios dulces ni amorosos,

buen tratamiento y favor que no practicase para procurar ganarlos, y lo hubiera conseguido si aquellos infelices, por confiar demasiado en las promesas de los Príncipes á cuyas cortes se habian retirado, teniendo estos interes en mantener los alborotos de Florencia, no se hubieran lisonjeado de volver por fuerza despreciando los caminos de conciliacion. Muchos de estos desgraciados tuviéron, por su infeliz suerte, que repartirse en los exércitos franceses, imperiales, españoles, venecianos y papales, á pelear unos contra otros. De este modo se destruyéron y confundióron léjos de su patria, retenidos por su obstinacion en la dolorosa necesidad de suspirar inútilmente, por aquella patria que los hubiera recibido en su seno con toda voluntad.

Durante este tiempo reynó Cosme gloriosamente; y hasta haber pacificado sus estados no incurrió en la ambicion de aumentarlos; pero lo consiguió sin consumir á su pueblo con la guerra, pues con mas gusto compraba que combatia. No obstante, siempre tenia sus tropas en un pie respetable, y no hubo Príncipe mas estimado y buscado de los otros. Feliz hubiera sido si hubiese gozado de la paz en lo interior de su familia; pero turbó su

felicidad un accidente funesto, que le privó de sus dos hijos Don García y Don Juan.

Fuese envidia ó antipatía natural, continuamente estaban desavenidos estos hermanos; y en una disension que tuviéron en la casa, Don García, que era el mas violento de los dos, mató á Don Juan de una puñalada. La mansedumbre grande del difunto, el candor de su alma, y lo arreglado de sus costumbres, pues era en todo esto verdadero contraste de Don García, le habian hecho muy querido de su padre. Cosme, en la desesperacion de verse privado de un hijo á quien tiernamente amaba, hizo llevar su cadáver: á palacio, y le presentó al agresor. Negaba este al principio; pero saltando del cadáver algunas gotas de sangre, le causáron tal confusion, que confesó su delito. Se arrojó á los pies de su padre; pero el inexorable Cosme dixo: „Muere infeliz;” y arrancándole el puñal con que habia muerto á su hermano, se le metió en el corazon. Se dice que este Cosme hizo dar veneno á su hija Maria, que se habia enamorado de un page; y á otra llamada Lucrecia, casada con el Duque de Ferrara, la mató su marido descontento de su conducta.

Estas desgracias domésticas no impidiéron

que Cosme II fuese reputado por un gran Príncipe. Tomó á Cosme I por modelo, y no le fue inferior en la magnificencia, generosidad, amor á las bellas artes, y gloria de protegerlas. Los soberbios edificios, y magníficos monumentos con que adornó la capital y sus cercanías, dan testimonio de su gusto y su grandeza. Este fue el fundador de la famosa galería, que contiene la coleccion mas rica y numerosa de estatuas, bronce, medallas preciosas y antiguas pinturas, que sus sucesores han aumentado á qual mas. Cedió sus estados á su hijo en 1565; pero le dirigia en el gobierno, y murió en 1574.

A Francisco María, tercer Duque de Florencia, le confirió el Emperador el título de Gran Duque que se le habia disputado á su padre. Recibió una alma tranquila, amante de la paz, sin ambicion y sin pasiones violentas. Se dice no obstante que le arrebató el corazon una hermosa Veneciana, hija de Capello; y pinta la historia esta pasion con unos sucesos que pudieran formar una novela. Se insinuó el Duque con todas las atenciones y demostraciones de ternura que pueden hacer impresion en una persona delicada y sensible. Con las continuadas visitas triunfó de un amante favorecido,

por quien ella habia abandonado su patria; y muerta Juana de Austria su esposa, la entregó la mano. Se cree que Fernando su hermano, indignado por este casamiento, que miraba como indigna alianza, les dió veneno en 1588. Pero si Fernando subió al trono por medio de este delito doble, le expió; y si fuera posible hubiera hecho olvidarles su acertado gobierno. Le sucedió Cosme III su hijo en 1609. Era este de comprehension débil; pero no le estorbó para que en un reynado corto se hiciese recomendable por su prudencia, por su amor á las bellas artes, y por haberlas animado mucho.

Como ya estaba decidido que los conocimientos humanos habian de deber su aumento á los Médicis, lograron la fisica, la química y la historia natural, un esplendor hasta entonces no conocido, con Fernando II, que sucedió á su padre Cosme III en 1621. Estableció una academia, en donde se cultivaban todas las ciencias, como que el mismo Gran Duque las practicaba y alentaba, siguiéndole en esto la Gran Duquesa su esposa, hija de Gaston, Duque de Orleans; pero estos dos esposos no concordaban en otros muchos puntos, y así se separaron. Fue la Gran

Duquesa á vivir en Francia, y el Gran Duque se entregó á la devocion, bien que se dice, que esta por excesiva habia sido causa de su divorcio. Viviendo su muger recibió los sagrados órdenes por dispensa particular del Papa.

En el arreglo de costumbres fue muy mal reemplazado por su hijo Juan Gaston, que le sucedió en 1670. Este Príncipe pasó una vida mole y oculta en lo interior de su palacio; y viviendo él, previendo España, Francia y el Imperio que no tendria hijos, dispusieron, sin consultarle, de sus estados, los quales pasáron por muchas manos segun los intereses de estas potencias. En 1737 quedó el Gran Ducado de Toscana definitivamente anexo á la casa de Austria; y para que no padeciese detrimento por la ausencia del Soberano, se gastasen en él las rentas y le vivificasen, se hizo como un mayorazgo de los segundos de la casa imperial.

El primero de estos Príncipes de la casa de Austria de Lorena fue Francisco, á quien siguió su hermano Pedro Leopoldo Joseph, y á este sucedió su hijo Fernando Joseph Juan. Los dos primeros dexáron el Gran Ducado por el Imperio; mas no sin sentimiento de au-

sentarse del delicioso pais de la Toscana. Por el tratado de Luneville de 8 de Febrero de 1801, recayó con el título de Rey de Etruria en Luis, hijo de Fernando, Duque de Parma, Plasencia y Guastala; y por su temprana muerte es hoy Rey de Etruria su hijo Carlos Luis, por cuya menor edad, y como Reyna Regente, gobierna María Luisa, su madre, hija de los actuales Reyes de España, Carlos IV y María Luisa de Borbon.

P I S A.

Pisa, que está una legua del mar, contiene en su territorio el puerto de Liorna; y desde la mas remota antigüedad se hizo famosa por sus hazañas marítimas. Ponen su poblacion despues de la toma de Troya por los Arcades que salieron de Pisa, ciudad griega, y aun mas antiguamente por Pelope, hijo de Tántalo. De qualquiera modo que se señale su fundacion, y los progresos de su aumento, Pisa ya era una ciudad estimada en tiempo de los Romanos; pues la contaron en el número de sus municipalidades amigas. Despues de la decadencia del Imperio, no se quedó en comerciante, sino que llegó á ser con-

quistadora, pues en 1005 se apoderaron los Pisanos de Corcega y Cerdeña; y en 1030 tomaron á Cartago, gobernada por un Rey, al qual enviaron al Papa para que le bautizase. Siempre fueron los Pisanos muy afectos á los Soberanos Pontífices, y no solo rechazaron de sus costas á los Sarracenos, sino que fueron á atacarlos en Sicilia; y de los despojos que llevaron edificaron su magnífica Catedral. El cautiverio de un Rey de Mallorca, á quien acometieron en su isla, es prueba de su valor; y la libertad que le restituyeron lo es de su generosidad. En 1318, y en tiempo de Don Francisco, su Arzobispo, enviaron socorros á los Cruzados de Palestina; y el Prelado á su vuelta, en lugar de las riquezas del Oriente, cargó sus embarcaciones de tierra de Jerusalem, y llenó de esta un cementerio de nueve pies de profundidad, que se llamó *el campo santo*: le cercó de pórticos, y le adornó con mármoles y pinturas, que le hacen un monumento curioso.

Se ignora qué especie de República era la suya. En 1282 tenían un Conde, de quien se deshiciéron como de un tirano; y aunque por la desgracia de este no se asustáron otros, que sucesivamente se apoderáron del gobier-

no: la República recobró su autoridad. Hizo guerra á los Genoveses, y se apoderó de Luca; pero la guerra principal de los Pisanos siempre fue con los Florentines. Se habian jurado estos dos pueblos el odio de vecinos; y las burlas, los insultos y desafíos entre gentes que se conocian, lleváron en unos y otros el encarnizamiento á los últimos excesos.

La suerte de las armas abrió á los Florentines el camino de Pisa, y la sitiáron en 1406. Algunas ventajas que los Pisanos lograron los ensoberbeciéron tanto, que habiendo quitado la vida á un soldado Florentin, atáron el cadáver á la cola de un asno, y le arrastráron ignominiosamente por las calles; pero los compañeros del muerto matáron á todos los prisioneros para vengarle. De aquí nació una especie de rabia entre sitiados y sitiadores. Los primeros echáron de la ciudad, ya acosados del hambre, las bocas inútiles: el General de los Florentines mandó rechazarlos, entregándolos al furor del soldado á presencia de sus conciudadanos, que los estaban mirando desde las murallas. A unos los ahorcáron, á otros los pusieron en unas barcas podridas, y las abandonáron sin remos ni gobierno á la corriente

del Po. Se cuenta como moderacion y benignidad que se contentasen al fin los Florentines con marcar á los hombres con un hierro ardiendo, y enviarlos con las mugeres á la ciudad; pero antes las cortáron las vestiduras hasta las caderas. Por último, les fue preciso á los Pisanos rendirse despues de una porfiada resistencia. La sumision desarmó al furor, y no tuviéron los vencidos motivo para quejarse de los vencedores, como no lo sea el haberse apoderado del gobierno; pero los Pisanos volviéron á conseguir su libertad en 1494 con la proteccion de los Genoveses.

No abandonáron los Florentines el proyecto de sujetar á Pisa; y para esto se valiéron de la fuerza, la astucia y el dinero; y con este último estuviéron ya para conseguirlo. Carlos VIII, que siempre estaba atrasado en la hacienda durante la expedicion de Italia, daba oídos á las insinuaciones de los Florentines, que le ofrecian una grande cantidad si los queria ayudar á recobrar su autoridad sobre Pisa. Entre tanto que resolvia el Monarca llegó á su acampamento una multitud de Pisanos, viejos, mugeres y niños, que arrojados á sus plantas le suplicáron con grandes clamores, y derramando abundantes lágri-

mas, que no los entregase á los Florentines: hasta los mismos Florentines, que componian parte del ejército de Cárlos VIII, se compadeciéron. Los Oficiales desatáron sus cadenas de oro, y se las ofreciéron al Rey si necesitaba dinero. Una oferta tan generosa, de la qual no abusó el Monarca, libró á los Pisanos por entónces; pero su servidumbre se verificó pasados algunos años: porque los Florentines hicieron que otros los asaltasen, y ellos tambien los asaltáron. Hasta tres sitios sufrió Pisa, y al fin se rindió en 1509 con unas condiciones, que mas parecian alianza que sujecion. Desde entónces la gobernáron con estimacion los vencedores, hasta que unos y otros cayéron en el dominio de los Grandes Duques de Toscana.

No obstante, muchos de sus habitantes quando se habian de entregar, y principalmente los nobles, prefiriéron las desgracias del destierro á la humillacion de vivir dependientes de Florencia, y se fijáron en Sicilia, Roma, Génova, Venecia y en otras partes: y con esta desercion se disminuyéron mucho la poblacion y el comercio. Tambien padeciéron uno y otro gran pérdida con la inútil tentativa de los de Pisa en 1609, para substraerse

de la dominacion de los Grandes Duques, pues aquel desgraciado esfuerzo les co-to sus privilegios, y los tiene reducidos á unos treinta mil habitantes, entre los que se cuentan siete mil Judíos muy envilecidos, como en todas partes, y que como en todas partes se consuelan del desprecio con la opulencia. No hay ciudad en donde se hayan juntado tantos mármoles extranjeros y preciosos: todos son fruto de las conquistas de los Pisanos, los quales quando volvian de sus expediciones cargaban los navios de estatuas y columnas para adornar su ciudad. No solamente en los edificios públicos, sino en las casas particulares se ven inscripciones, relieves y cornisas de aquel exquisito mármol griego tan estimado, por su finura y pulimento. Es muy creible que este gusto por las antigüedades haya hecho creer á los Pisanos que un combate, que con maza y á puño cerrado, se repite todos los años en un puente y entre los ciudadanos, que el rio separa, es una imitacion de los juegos Olímpicos; pero nada se parece ménos á aquel magnifico espectáculo de la antigua Grecia que los tumultuarios asaltos del populacho de Pisa. Mejor pudieran los Pisanos presumir de alguna afinidad con aquella tierra del

buen gusto y de las artes, por el trage elegante de las mugeres de sus campos. Estas adornan sus cabellos con flores naturales y artificiales, y los reparten en trenzas de un gusto muy singular. En todos sus atavíos se nota cierto toque despejado, que da realce á sus gracias, y hace á estas aldeanas muy atractivas.

L U C A.

Entre Florencia, Pisa y Luca hay la diferencia de que las dos primeras fuéron Repúblicas por muchos siglos, y al fin perdiéron la libertad; y Luca, despues de haber pasado por muchas dominaciones, ha llegado á ser, y permanece libre. Está situada á quatro leguas de Pisa: se ignora su origen; pero la estimáron mucho Roma República y los Emperadores, y fue de una clase distinguida entre las ciudades de Italia. Sostuvo un sitio de siete meses contra Narsetes, á quien se rindió en 555. Entónces dicen que dexó de ser República, y estuvo sujeta á Condes y Marqueses, hasta que en 1115 recobró su libertad; pero se la quitó á principios del siglo xiv un hombre, á quien la suerte extravagante señaló su propio lugar entre las clases mas

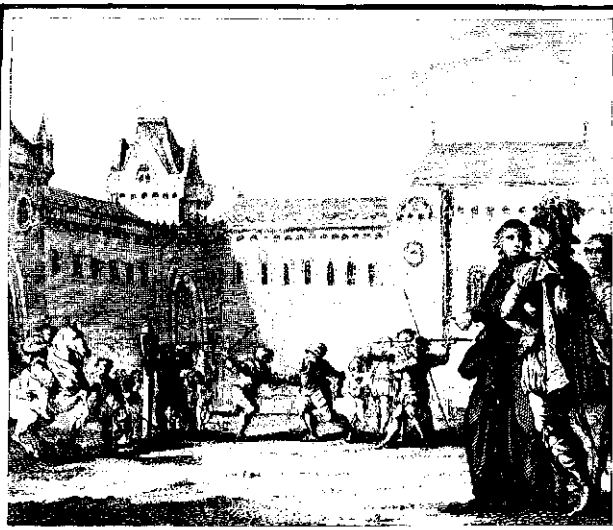
humildes, y subió por su capacidad á las primeras.

Entre las familias nobles de Luca se contó por muchos años como una de las principales la de *Castracani*. Esta en 1320 estaba casi extinguida, y solo habia quedado un buen Eclesiástico, que vivia en su patria de la renta de un canonicato, con Dianova su hermana, y viuda de mucha edad. Pertenezia á su habitacion un pequeño jardin; y paseando una mañana la buena viuda, oyó lastimosos llantos. Se acercó á una cepa, de donde la pareció que salian los gemidos: apartó el follage de las vides, y vió un niño recién nacido envuelto en unos andrajos tan aterido de frio, que pedia el mas pronto socorro. Compadecida Dianova se le llevó á su hermano: resolvieron criarle, y le hicieron bautizar, dándole el nombre de Castruccio, que era el del padre de los dos hermanos.

Toda su complacencia la tenia el Canónico en el niño; y destinándole para su canonicato, le daba los correspondientes estudios y maestros. Se mostró Castruccio dócil hasta los catorce años; pero entónces, cansado de maestros y de libros, lo dexó todo, sin dar á conocer otra afición que la de las armas;

y buscando á los muchachos que manifestaban la misma inclinacion , los acompañaba en sus ejercicios y sus juegos , aventajando á todos en fuerza y destreza. Grande era el desconuelo del Canonigo viendo que su protegido preferia un estado incierto y peligroso á la fortuna sin riesgos que él le preparaba ; pero aunque le reprehendia continuamente , el jóven militar no hacia caso , y seguia adonde le arrastraba la inclinacion.

Habia en Luca un noble llamado Cuinigi , que despues de haber servido con distincion entre los extranjeros , se habia retirado á su patria , en donde ya que no hacia la guerra , procuraba á lo ménos las apariencias , ejercitando algunos jovenes compatriotas escogidos. Las disposiciones que mostraba Castruccio hicieron que le desease Cuinigi ; y el buen Canónigo , aunque á su pesar hubo de entregársele ; pero le consolaba de su sacrificio la reputacion que su discipulo iba todos los dias adquiriendo : pues en los torneos excedia en fuerza y en destreza á los caballeros mas famosos ; y por su dulzura , amabilidad y modestia era tan querido en la sociedad como estimado de los militares. Encargo el Duque de Milan á Cuinigi una operacion im-



Niñez marcial de Castruccio.

Hijo de la fortuna, acogido por un Canónigo, y educado para su prebenda, no podía reprimir Castruccio su carácter, que le arrastraba á mezclarse y sobresalir en los juegos marciales de los otros niños; y desengañado el buen Canónigo cedió á su inclinación, que luego le llevó á libertador de su patria. No hay ciencia, arte ó destino que no deba á la inclinación los hombres extraordinarios.

portante de guerra: llevó consigo á Castruccio, y se distinguió el guerrero novel con acciones tan brillantes, que de él solamente se hablaba. Al fin de la guerra murió Cuinigi sin dexar otro heredero que un hijo de trece años; y confió á Castruccio la tutela con el manejo de sus bienes, que eran muchos.

El lucimiento que le daban las riquezas de su pupilo excitó la envidia de muchos nobles, y principalmente la de Jorge de Opizi. Este, por ser de la faccion de los Güelfos, se habia declarado abiertamente contra los Gibelinos, y habia obligado á gran número de ellos á salir de la ciudad. Se refugiáron estos en Pisa con Huguccion, que de General de la República se habia hecho Soberano. Castruccio, viendo quanto le molestaba Opizi, fue á buscar á los oprimidos, y les hizo presente la posibilidad de volver á su patria si Huguccion quisiese darles auxilio. Se le ofreció el Pisano con las esperanzas que los de Luca le daban de reconocer su autoridad en llegando á tomar la ciudad. Todo salió como lo habian proyectado; perdió Opizi la vida, y echáron de Luca á los Güelfos. Huguccion, que se vió dueño, dió á su conquista un gobierno, en el qual se tomó la mejor

parte; pero cedió á Castruccio lo suficiente para que no se arrepintiese de haber sugerido y facilitado la empresa.

Los Güelfos, arrojados de Luca, se retiraron á Florencia, y moviéron á esta República contra el tirano de Luca; por lo que Florencia envió contra él un ejército. Durante las hostilidades enfermó Huguccion, y se vió precisado á confiar el mando de las tropas á Castruccio. Este ganó una ruidosa victoria en ausencia del enfermo; y los Luqueses, reconociendo que la debían á la habilidad y valor de su compatriota, le hicieron los honores de una entrada triunfante. Envidioso Huguccion, así de la gloria de su Teniente General como de la autoridad que podría lograr en su ciudad, despues de haber dado á su hijo la soberanía de Luca, le escribió que prendiese á Castruccio y le quitase la vida; pero no executó el hijo enteramente las órdenes de su padre, y solo le puso preso. El padre, conociendo las consecuencias de este paso, corrió á Luca á executar su perversa intencion. Cometió la imprudencia de entrar sin precaucion en la ciudad; y los Luqueses pusieron en libertad á Castruccio, y le nombraron General de su República, poco despues Príncipe, y por úl-

timo Soberano de Pisa, donde no habia podido Huguccion hacerse reconocer por tal. Le desterraron de Luca, y fue á morir obscuramente en Verona.

Hemos visto la parte mas bella de la vida de Castruccio. Parece que vista la inconstancia de la fortuna, pretendió fixarla con el terror. Durante su ausencia se habia sublevado la familia Poggio, una de las mas poderosas de Luca. Ya habia quitado la vida á su Teniente, y se preparaba para hacer lo mismo con sus partidarios. Estéban Poggio, anciano respetable, corrió á verse con los conjurados, sosego su furor, los desarmó; y quando llegó Castruccio, fue á visitarle, y á pedir el perdon para los culpados. Castruccio, con semblante afable, dixo que todo lo olvidaba, y que se alegraba de tener ocasion de manifestar su clemencia natural. A vista de tan buen recibimiento todos creyeron que no habia peligro, y fueron á dar las gracias á tan benigno Soberano conducidos por Estéban Poggio. Mandó Castruccio arrestarlos y entregarlos al suplicio, sin exceptuar al excesivamente confiado Estéban. A este tirano de Luca se le reprehende de haber engañado á dos amigos hasta el término de hacer que se ase-

sinasen uno á otro; pero con esta infernal estratagemata añadió la soberanía de Pistoia á las de Luca y Pisa. La fama de Castruccio es que jamas perdonó, y que hizo correr arroyos de sangre. Sin embargo murió en su cama, y dexó todos sus bienes á Cuinigi, hijo de su bienhechor.

Su muerte, en lugar de dexar en libertad á los Luqueses, los puso en manos de una tropa de Alemanes, á quienes el Emperador abandonó la ciudad en pago del sueldo que les debia. Ellos la vendiéron á los Florentines, á quienes despues la tomaron los de Pisa. A estos se la quitó Cuinigi en 1429; y estrechándole los Florentines invocó el auxilio del Duque de Milan, á pesar de los Luqueses. Resentidos estos de que hubiese dado este paso, le entregáron ellos mismos al Duque de Milan, el qual le quitó la vida, se apoderó de la soberanía, y se la vendió á los Florentines; pero no pudo entregársela, porque Luca sostuvo un sitio que por su mucha duracion fue causa de un tratado entre las dos Repúblicas, en virtud del qual volviéron ámbas en el año 1465 al estado en que antes se hallaban, sin otra diferencia que la de haberse empobrecido. En 1508 estrecháron mas

los Luqueses y los Florentines los lazos de su alianza; pero Luca, no fiándose de los tratados, se puso baxo la protección de los Emperadores Maxîmiliano y Cárlos V por los años de 1525. Desde esta época ha conservado sus privilegios; y aunque mirada como feudo del Imperio, se ha mantenido en la independencia.

El gobierno de Luca es aristocrático, y ménos complicado que era el de Venecia. Tiene un Confalonero que ocupa la plaza de Dux, y es llamado al escrutinio cada dos meses. El Podestá, juez civil y criminal, debe ser siempre extranjero; pero los asesores son de la ciudad. Allí es muy exâcta la policía: el puerto está bien defendido: el Senado vigila sobre la felicidad del pueblo: previene sus necesidades, paga y mantiene los medios, no permite mendigos ni vagos, y provee de fondos á los ciudadanos honrados é industriosos que los piden. No se ha introducido el lujo, ni este altera las costumbres, ni choca con la igualdad republicana. Los nobles van vestidos de negro, y solo el Confalonero puede llevar oro en sus ropas; pero á las mugeres no se las mortifica; bien que ellas no abusan. El territorio de Luca es fértil, y produce vino, aceyte, trigo,

castaña y toda especie de grano menudo: es abundante de pesca; y la multitud de morenas mantiene florecientes las manufacturas de seda. En esta República, por último, se cultivan las artes y las ciencias.

S E N A.

Tambien Sena es República, si para merecer este titulo basta tener Senado y su xefe electivo. No lo es si un estado pierde esta denominacion desde que reconoce alguna autoridad superior á la de sus Magistrados. Dicen haber sido Colonia de los Gaulas senoneses quando hiciéron la primera irrupcion en Italia; y despues Colonia romana. Sin duda se gloriaba de esto, pues llevaba por blason una loba, que daba de mamar á dos niños. Algunas nociones, esparcidas en la historia, nos enseñan que en la edad media, es decir, en la decadencia del Imperio romano, fue Siena celebrada por su grande poblacion, su comercio, y sobre todo por su amor á la libertad.

Este amor, espantadizo y zeloso, fue muchas veces la causa de las desgracias de los Sieneses, armándolos á unos contra otros. Pobres y ricos, nobles y plebeyos, hermanos y

rivales ensangrentaron muchas veces el seno de su madre, principalmente á mediados del siglo XII. Ellos fueron los que dieron el exemplo, que despues imitaron diferentes ciudades, de llamar un extranjero para que fuese con el nombre de Podestá el juez civil y criminal. Los Florentines quisieron por los años de 1160 privar de la libertad á los Sieneses, y renovaron esta empresa muchas veces, no obstante la noble y vigorosa defensa de la ciudad acometida. Se gobernó por el *Consejo de los Nueve*, y no se sabe quanto duró este, ni hasta qué punto era favorable á la libertad; pero al fin del siglo XV ya no existía.

Pandolfo Petrucci, hombre diestro y ambicioso, procuró restablecerle: lo consiguió en 1501, y se hizo nombrar uno de los Nueve. A poco tiempo se descartó de los otros ocho colegas; y los que hicieron ménos resistencia salieron solamente desterrados; pero los que se manifestaron mas tenaces fueron muertos, y él aseguró su poder por los medios mas violentos. Vivía Pandolfo en aquel tiempo en que los Florentines, los Milanese, los Venecianos, y aun los Papas, se disputaban la Italia. Ya se acogia á los unos, ya á los

otros, y nunca guardaba mas fidelidad en sus empeños que la que convenia á su particular interes. Se le vió dexar á Siena para sosegar la envidia de los otros; pero sin despojarse de su autoridad, porque se la mantenía una buena guarnicion, y así volvió á entrar triunfante en tiempo mas oportuno. Muerto Pandolfo aparecieron Rafael, Francisco y Fabio Petrucci, todos mirando á Siena como á la presa que perseguían. Se la disputáron entre sí un Papa y un Duque de Urbino; y el pueblo y la Regencia, poco acordes, hacían el juego á los competidores, hasta que mas políticos los Médicis, le ganáron, y á título de Grandes Duques de Toscana la incorporáron con sus posesiones en 1557, bien que los Emperadores les daban la investidura.

Tiene Sena un Senado, compuesto de un Capitan del pueblo y de ocho Senadores, llamados *Priores de la ciudad*; pero nada pueden decidir sin el consentimiento del Gobernador del Gran Duque. Los Sieneses son ingeniosos, finos, y célebres en el talento de decir de repente, pues en esto son los mas sobresalientes de Italia. Tienen varias academias con nombres contrarios á los que debieran tener, v. gr. la de los *Embotados*, la de

los *Groseros*, y otros títulos semejantes. La academia de física da de quando en quando memorias muy estimadas. El comercio, que en otro tiempo era tan brillante, está reducido á paños y otras telas de lanas que allí se manufacturan. Desde ahora la ciudad de Siena, como todas las que componian el Gran Ducado, tendrán que estar á las disposiciones del nuevo Rey de Etruria.

SAN MARIN.

San Marin es una Republicuita que está en el Estado Eclesiástico, y en un monte que muchas veces se cubre de nieve. No tiene fuentes ni pozos; y la falda de la montaña es de tal calidad, que solo á fuerza de un trabajo no interrumpido, ha conseguido la fertilidad. La ciudad, aunque la dan dos leguas de diámetro, tendrá como seis mil habitantes. Esto es lo que llaman *la República de San Marin*, y la que ya cuenta mil y trescientos años de paz y felicidad. Sola esta observacion pudiera suplir por una historia; pero todos querrán saber cómo se fundó, y por qué medios se perpetua este sosiego.

Un albañil, natural de Dalmacia, llama-

do Marin, cansado del trabajo, y deseoso de ocuparse en el asunto importante de su salvacion, buscó un asilo, y le halló en este monte, edificando en él una choza. Esto se dice que sucedió en el tercer siglo. La devota vida del ermitaño llamó la atencion de los pueblos vecinos que iban á encomendarse á sus oraciones; y viendo que sanaban algunos enfermos por este medio, lo atribuian á milagro. De este modo se fue extendiendo su reputacion de unos en otros; y una Princesa, que era Señora de aquel monte, se le cedió en propiedad. El concurso que quando él vivia ya era grande, se aumentó despues de muerto venerando su sepulcro. Empezáron á edificar algunas casas, que al principio formaban una aldea, despues un lugar, y últimamente una ciudad. Esta se dió á sí misma leyes, y se erigió en República.

Edificáron dos fortalezas pequeñas, en donde principia lo escarpado de la montaña comprando el terreno: la primera fue construida el año de 1000, y la otra el de 1170. Solamente tuvo un momento de ambicion quando quiso extenderse hasta la mitad de otra montaña vecina; pero lo que habia conquistado, y pudiera conservar, lo restituyó sin



República de San Martín.

La fama de virtud del devoto ermitaño Martín atraía muchas gentes á solicitar su intercesion: y aumentandose progresivamente este concurso, edificáron algunas casas, que con el tiempo formáron una aldea, y por último una ciudad, la qual ándose leyes á sí misma, se erigió en República. Es pequeña sin duda la de San Martín; pero es la única que puede gloriarse de tan recomendable principio.

violencia. Solamente hay una senda para llegar á la ciudad, y está prohibido con rigurosas penas buscar otro camino. Si algun enemigo del reposo de esta ciudad pensára en acometerla hallaría una juventud bien armada, exercitada desde la infancia en las manio- bras militares, y sobre todo inflamada en el amor á la libertad que le han dexado sus padres.

El Gran Consejo, que solamente se junta para los asuntos extraordinarios, se compone de un representante de cada casa. Todos tienen que concurrir so pena de una multa, porque allí no se permite indiferencia sobre la suerte de la República. Los puntos regulares y diarios se controvierten en el Consejo llamado de los *Sesenta*, aunque no son mas que quarenta, la mitad nobles y la otra mitad plebeyos; porque aun allí se halla esta distincion; bien que estas dos clases por otra parte tan opuestas, se hermanan bien en San Marin. Para que prevalezca una opinion se necesitan las dos partes de los votos. El Consejo de los Sesenta elige dos Magistrados con el nombre de Capitanes, y estos son en pequeño lo que los Cónsules en la antigua Roma. El tercer Oficial es el Comisario, y este con los Capi-

tales juzga las causas civiles y las criminales: debe ser extranjero, doctor en leyes, y solo dura por tres años. Igual término se le prescribe al Médico: debe tener á lo ménos la edad de treinta y cinco años; y aunque sea excelente, y se merezca la confianza de toda la ciudad, concluido el tiempo le despiden sin excepcion alguna; porque así se previene en las leyes fundamentales del Estado. La eleccion de Maestro de Escuela es negocio de entidad en esta República: y debe ser hombre de buena fama y costumbres, de buen genio y conocimientos. Sin duda estas calidades ventajosas son desde muy antiguo propiedad inseparable de sus Doctores, si hemos de formar el juicio por los discípulos, pues por lo general son hombres de justicia, humanidad, hospitalidad y aun generosos.

Generosos se entiende segun sus medios, que son bien cortos; pues leyéndose en el volumen de los estatutos que quando la República envie un Ministro á algun pais extranjero le dará veinte y quatro sueldos por dia para su subsistencia: no pueden darse embaxadas ménos dispendiosas. Quando la República de San Marin escribia á la de Venecia, ponía este sobrescrito: *A nuestra querida her-*

mana la Serenísima República de Venecia; y sin duda la República grande debia recibir de la pequeña esta salutacion con aquella sonrisa indulgente de una persona de alta talla quando algun gracioso niño se empina por igualarla. Dios quiera que esta montaña permanezca eternamente inaccesible á las tormentas que han producido las calamidades, que llenan los anales de los otros pueblos.

M Ó N A C O.

Despues de haber hecho la descripcion de la República mas pequeña, hablaré de la menor soberanía, qual es el principado de Mónaco. Esta es una ciudad en el estado de Génova, situada en una roca que domina al mar, y tiene abaxo un buen puerto. Sus poseedores suben por una serie no interrumpida hasta los principios del siglo XIII. Grimaldi, de quien se dice haber sido ya el decimoquarto, fue en 1218 Almirante de una armada de Cruzados; y serán raros los anales de aquel pueblo de Europa y aun del Norte; pero principalmente en el Mediodia, en que desde aquel tiempo no se halle algun Grimaldi General de sus exércitos, que se haya distingui-

do por sus hazañas. También fuéron todos muy fecundos, por lo que el nombre de Grimaldi se ha esparcido por todas las cortes: pues siendo muy escaso el patrimonio de sus padres no tenían los hijos segundos otro recurso que el de ir á buscar su establecimiento en otras partes. Por quinientos y trece años se ha perpetuado la familia Grimaldi por la línea masculina, desde 1218 hasta 1731. En este año Luisa Hipólita, hija mayor de Antonio Grimaldi, que no tenía hijos varones, sucedió á su padre en la soberanía de los estados de Mónaco. Se había casado en 1715 con Jacobo Francisco, cabeza del nombre y armas de la antigua casa de Goyon Matignon en Bretaña, con la condición, expresada en el contrato matrimonial, de tomar el nombre y armas de Grimaldi. De este matrimonio nació Honorato Camilo, que en 1731 sucedió á su madre en los estados de Mónaco.

La debilidad de este Principado le exponía á ser invadido de la Francia ó de la España al menor movimiento de guerra entre estas dos potencias, por lo qual Honorato II tuvo por conveniente asociarse para siempre con la Francia, poniéndose baxo de su protección; y en consecuencia de un acuerdo hecho

con Luis XIII echó de su ciudad la guarnición española, y recibió la francesa. Desde entonces siempre han ocupado los Franceses la ciudadela; pero sin derecho á la soberanía, la qual conservan los Príncipes.

NÁPOLES Y SICILIA.

Lo que actualmente compone los reynos de Nápoles y Sicilia está sembrado de ciudades, que por sí solas, ó reunidas, formaban Repúblicas, unas de mas extension, y otras de ménos. Los Romanos las recibieron, por decirlo así, de manos de la naturaleza, y continuáron á unas los privilegios de gobernarse por sí, y á otras enviáron Magistrados con el nombre de Pretores, Propretores y Procónsules, condecorando á varias con el título de Colonias ó de aliadas: honor que perdian por la menor falta contra la República grande, la qual las reducía entonces á la clase de sometidas. En la decadencia del Imperio recobraron aquellas ciudades lo que pudieron de su antiguo esplendor; pero se le obscurecieron los Godos, los Lombardos y los Sarracenos, apropiándose gran número de estas ciudades á pesar de los Griegos, cuyos Emperadores sos-

tuviéron hasta el siglo IX en aquellos lugares asolados los derechos de un trono mal seguro.

Los Gobernadores y Oficiales lombardos, en los últimos tiempos de su monarquía, tomaron nombres honoríficos, que llegaron á ser títulos de soberanía en las ciudades cuya defensa tenian á su cargo; y así se viéron los Condes de Amalfi, los Duques de Nápoles y los Príncipes de Salerno. En 1002 poseia este último Principado el lombardo Guimar, el qual procuraba defenderse, aunque con dificultad, contra los Sarracenos, que tenian gran parte de Sicilia, y desde allí se extendian por la Apulla y la Calabria, arrasando inhumanamente estas provincias.

Quando Guimar estaba para ceder á sus esfuerzos le llegó un socorro no esperado, con haber arribado á sus costas los Normandos que volvian de Tierra Santa, acaudillados por un caballero frances llamado Drogon. Halláron á Guimar tratando con los Sarracenos, ofreciéndoles gran suma de dinero porque se alejasen de Salerno; pero quando estaba ya para concluir el ajuste, los Normandos, gratamente acogidos por Guimar, se opusieron; y dando sobre los Sarracenos, hicieron en ellos grande carnicería, se apoderáron del botin de aque-

llos ladrones, y se retiraron á su patria cargados de sus riquezas y de los presentes de Guimar. El ver tantos bienes, que pudieran tentar la codicia aun de los que no fuesen Normandos, y la relacion de las esperanzas que ofrecia la opulencia de aquellos países, la benignidad del clima comparada con el temperamento frio y nebuloso de la Normandía, movieron á otros Normandos, y estos se alistaron baxo del mando de otro caballero llamado Drengot, para ir á probar fortuna.

Entraron á servir á varios Príncipes griegos y lombardos, los quales, despues de sus hazañas militares, les diéron en recompensa establecimientos. Aversa la normanda se edificó por entónces, y la dió el título de Condado el Duque de Nápoles, que fue el que les cedió el terreno. Se fueron multiplicando las Colonias normandas; y en 1018, Raoul, caballero Normando, ayudó al Pontífice á limpiar el dominio de la Iglesia de los Griegos que se habian entrado en él. En 1036, tres hijos del primer matrimonio de Tancredo, Señor de Hauteville, cerca de Coutances, se agregaron á los Príncipes de Capua y de Salerno. Estos tres valientes, llamados Guillermo Brazo de Hierro, Drogon y Humfroi, se

señalaron con tales hazañas, que el Emperador de Constantinopla, contra quien peleaban, hecha la paz con los Príncipes de Capua y de Salerno, quiso que le sirviesen; y logró fácilmente de estos Príncipes el permiso como que se hallaban ellos en gran conflicto para recompensarlos.

Los envió el Emperador á Sicilia para que echasen de aquella isla á los Sarracenos; pero quando habian conseguido los Griegos por el valor de los Normandos las ventajas que pretendian, no solo les negaron el premio sino que les quitáron su botin furtivamente. A los Normandos de aquel tiempo con dificultad los ganaria otro en astucia, y así no se quejaron, pidiendo solamente que los restituyesen á Tierra Firme, de donde los habian sacado; pero mientras los Griegos aseguraban su dominio en Sicilia, los Normandos en desquite se apoderaron de las hermosas llanuras de la Apulla, y se fixaron en ellas. Guillermo, *Brazo de Hierro*, tomó el título de Conde de la Apulla en 1043, y de cinco de sus hermanos menores que le acompañaron, Roberto Guiscard, que era el mayor, y Rugero, que era el mas jóven, se distinguieron sobre todos.

Guillermo repartió la Apulla, como quanto poseia en la Calabria, entre sus hermanos Drogon y Humfroi, y entre los otros xefes normandos que le habian ayudado en su conquista; y cada uno de ellos fue Soberano en su dominio. La ciudad de Amalfi quedó en comun para celebrar en ella las dietas generales, quando exígiesen su convocacion las necesidades del Estado. De este modo la constitucion de aquellos Normandos era una República aristocrática, como la de Polonia con corta diferencia, y Guillermo era la cabeza. En esta dignidad le sucedió Drogon su hermano, que en 1047 recibió del Emperador Henrique II la investidura del Ducado de la Apulla. Los originarios de aquellas provincias pretendieron sacudir el yugo normando, y formáron una conspiracion para asesinar á cierta señal á los Normandos todos, aunque solo consiguiéron matar á Drogon; pero Humfroi su hermano le reemplazó y vengó. Por su muerte Roberto Guiscard su sobrino sucedió en 1054 en los estados de su padre y de sus dos tios, y tomó el título de Duque de la Apulla.

Con el fin de conseguir el favor del Papa para la conquista de la Sicilia que premeditaba, se hizo feudatario de la Santa Sede en

1059. A Roberto le ayudó en su expedición de Sicilia su hermano Rugero, á quien dió en aquella isla una buena parte con el título de Conde de Sicilia, no sin habérsele disputado y haberle hecho la guerra; pero se reconciliaron por su interes. Roberto, despues de añadir á sus estados los Principados de Salerno, Benevento y otras tierras, despojos de los primeros Señores normandos, murió en 1085. Le sucedió Rugero Bursa su hijo, y cedió su lugar en 1112 á su hijo Guillermo, que murió sin hijos en 1127. A Rugero, Conde de Sicilia, que murió en 1101, le sucedió Simon su hijo primogénito, que solo reynó un año, y fue reemplazado por su hermano Rugero, el qual reunió en 1127 los estados de la rama principal, que se extinguió por entónces; y en 1130 se hizo coronar Rey de Sicilia, Apulla y Calabria.

Por este medio el nieto de un simple Caballero normando llegó á formar una monarquía poderosa, y á sentarse entre los Reyes. Casi al subir al trono estuvo para verle derribado por el Emperador Lotario. Su desavenencia tenia por fundamento ó por pretexto la diferencia de opiniones con respecto á Inocencio II y el Antipapa Anacleto. Sostenia

Rugero á este último porque de él alcanzaba quantos privilegios queria para su nuevo reyno, en el qual no estaba del todo destruida la forma aristocrática introducida por Guillermo, *Brazo de Hierro*. Todavía duraban, con el título de *Barones*, los descendientes de los primeros participes en las conquistas, y estos favorecian á Lotario, porque Rugero con los privilegios que lograba del Antipapa, les vulneraba su autoridad. Su separacion le costó á Rugero el primer año mas de la mitad de su reyno; pero reparó sus pérdidas: pues Lotario, Emperador de Alemania, precisado á cuidar continuamente de sus estados, no era mas que enemigo pasajero; y para retirarle fue suficiente ganarle algunas victorias. Con los Barones, enemigos interiores y mas temibles, se valió Rugero de las armas y la negociacion. Se le sometieron con diferentes condiciones, que por no ser iguales ni bien explicadas fuéron en el tiempo de sus sucesores la semilla de nuevos alborotos.

Se reconcilió este Príncipe con los Papas legítimos; y para no tener que hablar mas de los privilegios, será suficiente decir que los Reyes de Nápoles y de Sicilia se condecoraron con el título de Legados Apostó-

licos en todo su reyno; y aunque esto no parecia mas que una distincion honorífica, con el tiempo establecieron los Monarcas Siciliaños un tribunal de legacia ó Consejo, por el que tenian que pasar las Bulas apostólicas.

Viéndose Rugero libre de la guerra doméstica, llevó sus armas al Africa contra los Sarracenos, antiguos enemigos de sus estados, é hizo varias conquistas: sacó mucha riqueza, y algunos Príncipes le pagaban tributo. Tambien fue contra los Emperadores de Constantinopla, y logró varias felicidades, aunque mezcladas con desgracias; pero borró la vergüenza y deshonra de estas con el honor que le resultó de haber salvado á Luis el jóven, Rey de Francia, de las manos de los Griegos, que estaban para hacerle prisionero quando volvia de la Tierra Santa: ventaja muy lisonjera para el nieto de un Caballero frances; bien que Rugero mostraba grande afecto á sus antiguos compatriotas.

Le tachan de haber sido en extremo deseoso de guerras y conquistas, vengativo, aficionado al dinero, cruel, implacable, y de que se excedia en la justicia hasta los términos del rigor. A un Príncipe de Barri, reo de varios crímenes, le hizo juzgar, y que sus mismos

cómplices le colgasen de la horca, mandando despues cortar las orejas á unos, y sacar á otros los ojos. En el trato particular era Rugero tan afable y dulce, quanto parecia duro y áspero en el público. Gustaba de los literatos, y se atraxo con mucha complacencia todos los sabios y artistas que pasaban por excelentes en su género. Estableció el buen orden en su reyno, hizo sabias leyes, é instituyó los cargos de los principales Oficiales de la corona, Condestable, Almirante, Canciller, todo á imitacion de la Francia. Habia tenido este Monarca un hijo, llamado tambien Rugero, y le hizo reconocer por Rey; pero este Príncipe, la mas dulce esperanza de su padre, murió, y no dexó mas que un hijo, á quien se le ha disputado la legitimidad. Su esposa, muerto su marido, dió á luz una Princesa, que se llamó Constanza.

Pasó pues la corona á Guillermo II, hijo de Rugero. Tuvo, como su padre, desavenencias con los Papas, y á estos se agregaron los Barones de la Apulla, siempre prontos á aprovechar la ocasion de disminuir la autoridad de sus Soberanos; pero en esta especie de guerras solo ganaba el Pontífice, pues siempre obtenia algunos derechos en las con-

diciones de la paz; al paso que los Barones, despues de haber declarado con altivez sus pretensiones, podian contar por felicidad quedarse como estaban.

El suceso mas sobresaliente del reynado de Guillermo es la conjuracion de Mayon, hijo de un tratante en aceyte, y natural de Barri. Es preciso notar esta circunstancia de su nacimiento, porque se aumenta la admiracion al ver que un hombre de tan baxa esfera concibió el proyecto de hacerse Rey de Sicilia, y estuvo para conseguir su intento. Pareciéndole á Rugero que tenia este sugeto verdadero mérito, le ascendió desde Secretario del Consejo, á Vicecanciller, y despues á Canciller. Reynando Guillermo llegó á ser Almirante, primer Ministro, y en una palabra, era los ojos, los oidos y el único confidente de su Señor. Por estos medios vino Mayon á apoderarse del Monarca, en tales términos, que separaba de él á quantos pudieran instruirle en los negocios, y le tenia rodeado de extranjeros aduladores, y cobardes esclavos, sujetos á sus órdenes, sepultándole así en la pereza, displicencia y absoluto desvío de todo lo concerniente al gobierno.

Al mismo tiempo abrumaba Mayon al pue-

blo con impuestos. Cometía ó hacia cometer en nombre del Rey mil vexaciones é injusticias, para que resaltando el descontento contra el Monarca, todos le abandonasen quando el pérfido Ministro diese el golpe que premeditaba. Se habia asociado en su proyecto con el Arzobispo de Palermo, llamado Hugo, que no le cedia en ambicion; pero no le habia revelado mas que la mitad del secreto, á saber: que era preciso asesinar á un Rey afeinado é indigno del trono, y colocar en este á su hijo Rugero, tomando ellos, durante su menor edad, la tutela y la Regencia, que prometia repartir con el prelado. No le habia confiado Mayon que su intencion era deshacerse de padre é hijo para sentarse él mismo en el trono.

Los malvados no son por mucho tiempo amigos. Estos opináron diversamente acerca de la Regencia, y el Arzobispo empezó á hacer separadamente su partido para el qual ganó á Mateo Bonelo, jóven de distinguido nacimiento. Tambien Mayon procuró atraerle con honores, y la promesa de darle su hija por esposa. No sin razon desconfiaban los traydores uno de otro; pues miéntras el Arzobispo hacia sus preparativos para que asesinasen á

Mayon, ya este le habia dado á él veneno. No murió al punto el prelado, porque el efecto que hizo la ponzoña fue solo presentar síntomas de enfermedad. Acudió Mayon á visitarle, y como si se interesara mucho en su salud le proponia remedios, que tal vez serian una dosis mayor. Hugo le dió afectuosamente las gracias, compitiéndose ámbos en cortesánias: mientras el prelado entretuvo con ellas á Mayon avisó á Bonelo, advirtiéndole que Mayon estaba con él sin defensa. Fue allá Bonelo sin detenerse, le mató á puñaladas; y al dia siguiente murió el Arzobispo con el consuelo de que antes habia muerto su cómplice.

Se irritó mucho el Rey con la muerte de su favorito, y no se sosegó hasta que le mostraron las insignias reales que Mayon tenia preparadas, ó que tal vez supusieron. Todavía no se enmendó el Rey con esta leccion, y continuó viviendo en su indolencia, y conservando un secreto resentimiento contra Bonelo y los que le habian ayudado. No le disimuló tanto que no le advirtiesen: pensáron pues en destronar á un Príncipe que ya habia bastardeado, y á quien miraban como indigno de la corona, y encerrarle por el resto de sus dias, poniendo en el trono al hijo. Todo

Prision del Rey de Sicilia.

Abandonado Guillermo I. a su suerte. Ma-
non, descendaba absolutamente del trono, y mu-
erto Mayen, no quedaba su resentimiento con
na el aseno ni sus partidarios; pero estos a
pretexto de la indolencia en que continuaba
el Rey sumergido, resolvieron deponele, y
con este fin le prendieron. No hubiera expe-
rimetado Guillermo I. tan miserable suer-
te si hubiera cuidado mas de la de sus vasal-
los.



estaba bien dispuesto, y entraban en el plan un tio y dos hermanos naturales del Rey.

Los primeros esfuerzos debian salir de las prisiones que estaban en el palacio, en las quales se hallaban varios Señores arrestados como sospechosos, despues de la muerte de Mayon. Solo se esperaba á que volviese Bonelo de una expedicion á que habia ido á la Apulla; pero la indiscrecion de uno de los conjurados precipitó la execucion, y se hizo tumultuariamente con la mayor confusion. Prendiéron al Rey, y le pusiéron en un quarto con buena guardia; pero contra la intencion de los cabezas se entregáron los subalternos á los mayores excesos: saqueáron, degolláron; y en la embriaguez de sus excesos no perdonáron á las damas y mugeres que servian á la Reyna. Bonelo, aunque le llamáron con reiterados mensajes, no llegó hasta el tercero dia de estos desórdenes. Ya habian paseado á Rugero, el hijo mayor de Guillermo, en un caballo blanco por las calles de Palermo, y le habian saludado Rey de Sicilia. Le recibió el pueblo con las aclamaciones ordinarias; pero el triste silencio de los principales daba á entender que la conspiracion no lograba la aprobacion general.

Bien fuese por esto, ó bien por compa-

sion de Bonelo hácia su Soberano, á quien halló temblando, y ofreciendo hacer la dimision, porque sin duda entónces no se mostraria muy avaro de promesas: indignado el mismo Bonelo con los excesos cometidos en su ausencia, se reconcilió con el Rey, y le restituyó á su trono. La mayor parte de los conjurados, no fiándose del perdon de Guillermo, ni de las gracias que les hacia, se retiráron á Grecia; y Bonelo, por ménos prudente, llevó todo el peso de la venganza. Con pretexto de otra nueva conspiracion le hizo el Rey sacar los ojos, cortar los nervios de los pies, y encerrarle en un subterráneo, en donde vivió muy poco. ¡Triste exemplo de los que se mezclan en conjuraciones! La desgracia es que no sean muchos los que escarmienten. Todavía rompió otra conspiracion de los que estaban presos. Llegáron á tiempo los soldados, y los quisieron entrar otra vez en las cárceles; pero ellos se defendieron con el mayor valor, y todos quedáron en el sitio, prefiriendo la muerte á las cadenas, y á estar esperando el suplicio. Libre Guillermo de estos peligros, continuó, á pesar de sus promesas, en abandonarse á la ociosidad y á la indolencia; á la qual añadió la

avaricia, la crueldad y otros vicios, que le diéron el sobrenombre del *Malo*. En un acceso de envidia mató de una patada en el estómago al jóven Rugero, su hijo mayor, porque le veía amado de los Sicilianos.

Heredó la corona Guillermo II, que era el mayor de los dos hermanos que quedáron, y reynó baxo la tutela de su madre Margarita de Navarra. No se dexó de sospechar de esta Princesa en la pretension de Mayon, y así la acusan algunos autores de haber cono- cido, favorecido y apoyado el proyecto de ase- sinar á su marido, y casarse con el asesino; pero si la hemos de juzgar con imparcialidad, mas parece haber sido una muger débil que mala. Era crédula, dócil con exceso, indolen- te, y propia para recibir las impresiones de los que la rodeaban, é incapaz de remediar los desórdenes de una corte. La de Sicilia, quando murió su marido, ofrecia un espectá- culo de desolacion: Ministros codiciosos, in- justos opresores de los pueblos, privados am- biciosos, cortesanos torpes, pérfidos, sin ho- nor, ocupados solamente en engrandecerse: prelados sin reserva, sin vergüenza en sus desórdenes, vanos, ambiciosos, y en fin, quan- tos vicios deshonoran y envilecen á los que por

su clase y nacimiento debieran ser los primeros modelos de virtud para los pueblos.

La menor edad de Guillermo II fue una continua agitacion de alborotos, y perpetua mutacion de Ministros. Solo uno tuvo la Re-gente bueno, que era frances. Se llamaba Es-téban de Rostrou: su padre era el Conde de Perche. No tenia otro defecto para que no le pudiesen ver los Sicilianos sino el ser ex-trangero. Hizo la Reyna quanto pudo por de-fenderle de las persecuciones; pero se vió pre-cisada á abandonarle; y al fin él se retiró, sin llevar consigo mas que la estimacion. Tam-po pudo defender otra eleccion suya, que no la hacia tanto honor. Era esta un cunuco, lla-mado Pedro, á quien elevó á la clase de Mi-nistro; pero él quando partió, precisado por una faccion contraria, fue cargado de oro á gastarle entre los Sarracenos, á quienes tenia muy obligados, porque durante su ministerio los habia favorecido á costa de la Sicilia.

Todo mudó de aspecto quando tomó Gui-llermo II las riendas del gobierno. Admira mucho ver que á un Príncipe jóven, criado en una corte corrompida, y teniendo á la vista tantos y tan perversos exemplos pudiese resis-tir al torrente del vicio, y llegar á ser un

modelo de virtud. Sus vasallos le llamaron el *Bueno*, epíteto que por habérsele dado libremente, y despues de haberle experimentado, vale por todos los elogios. Una sola falta le notan, y es la de política, que verdaderamente es muy grave, pues por sola ella envolvió á la Sicilia en guerras dilatadas y ruinosas. Todo consistió en haber casado á Constanza su tia con Henrique, Rey de Romanos, que fue despues Emperador. Tenia esta Princesa treinta y dos años, y la alternativa de su casamiento ó de su celibato era materia digna de deliberacion muy importante: porque el buen Guillermo no tenia esperanzas de tener hijos á causa de la esterilidad de su muger, y era un Príncipe nieto del Rey Rugero y sobrino de Constanza, aunque de mas edad que esta; y ella no dexaria de presentarse para heredar el trono.

Así fue, porque Tancredo, hijo del Príncipe Rugero, cuya muerte tanto sintió el Rey Rugero, su padre, suponía que se habia celebrado matrimonio entre el Príncipe y la hija del Conde de Lech, su madre, que por consiguiente era legítimo, y que como á tal le pertenecía el trono por representar á su padre, hermano mayor de Constanza; pero Gui-

lhermo habia puesto obstáculo á sus deseos, haciendo reconocer á Constanza su tia por heredera quando la casó con Henrique.

Al punto que el sepulcro encerró las virtudes de Guillermo el Bueno, y no el sentimiento de sus vasallos, empezó á declararse la disputa sobre quien le habia de suceder. Los principales Barones, viendo que entre ellos y el trono no habia mas que una muger y un ilegítimo, todos aspiraban á la corona. Con dificultad reunió Tancredo á su favor los suficientes. Muchos por altivez, desdenándose de sujetarse á un Príncipe de nacimiento equívoco, ó porque preferian obedecer á un Príncipe que tenia lejos de allí su residencia, se declaráron por Henrique: otros se quedáron neutrales. Se vió Tancredo reducido á resistir con fuerzas muy inferiores á casi todas las de Alemania, que cayéron sobre él. Tenia á su favor el deseo de los pueblos, y el voto de los hombres de bien, que habia ganado con sus bellas prendas. Se puso la victoria de parte de sus banderas constantemente, y él jamas abusó. Teniendo en su poder la suerte de su tia Constanza, porque se la entregáron los habitantes de Salerno; y siendo esta Señora la única preten-

diente que podia temer, se la remitió al Emperador su esposo colmada de honores y regalos.

No se duda que hubiera asegurado su corona, y la hubiera trasmitido á su posteridad si no le hubiese arrebatado una muerte temprana. Le consumió la tristeza de haber perdido en su primogénito, un jóven de gran valor y nobles prendas, al fin hijo digno de su padre. Este le habia coronado, y le perdió en la flor de la edad. Tuvo Tancredo tres hijas y un hijo; pero aunque usó la precaucion de poner en cabeza del hijo la corona, era demasiado jóven para sostener el peso.

El Emperador Henrique se declaró Rey de Sicilia por el derecho de su esposa Constantza, y no tuvo quien le hiciese oposicion sino un Rey en su menor edad, baxo la tutela de la Reyna su madre. Militaban en favor de Henrique y contra Guillermo la infidelidad de los Barones, la inercia de los pueblos y Alemanes aguerridos con los recursos de la astucia y la mala fe. Mas le valiéron al Emperador estos dos medios que la fuerza. Ganados los grandes con promesas se vió la Reyna con su familia encerrada en un castillo, en donde pudiera haberse sostenido mucho tiempo; pero el artificioso Henrique la

sacó de aquel asilo, ofreciéndola el Principado de Otranto para el Rey su hijo, si este renunciaba el trono: y á ella la propuso darla tierras, dinero de contado para casar su hija, y pensiones. En el estado de desesperacion en que la Reyna se hallaba, eran estas unas condiciones ventajosas. Fue el jóven Monarca llorando á poner su corona á los pies del vencedor, y á este nada le movieron las lágrimas de su sobrino. Así este reyno, fundado por los descendientes de *Tancredo de Hauteville*, de las manos de los Normandos, que le poseyeron como ciento y veinte años, pasó á los Príncipes de Alemania de la casa de Suabia en 1195.

En un solo año manchó Henrique su reinado con quantas crueldades pudieran cometerse en otro muy dilatado; porque faltó á todas las palabras dadas á la familia de Tancredo. A madre, á hijas, á hijo, y á todos los hizo llevar á una prision de Alemania. Al hijo apénas llegó á la adolescencia le sacaron los ojos, le hicieron eunuco, y murió en el mismo año. El castigo mas del gusto de Henrique eran estas dos crueldades juntas. Se las hizo sufrir á hombres ya hechos; y no contento con esto se complacia en dar otros tor-

mentos, como el de arrastrarlos atados á la cola de un caballo, y el de colgarlos cabeza abajo. En tan bárbaro tormento vivió dos dias un cuñado de Tancredo. Hizo el Emperador desenterrar los cadáveres de Tancredo y de su hijo Rugero, para arrancarles las coronas, y las hizo clavar en las cabezas de dos zelosos partidarios de estos Príncipes. Por estas horribles acciones le llamáron el Neron de Sicilia. Allí murió generalmente detestado, y se cree que le aceleráron la muerte con veneno; y la historia no dexa de indicar alguna sospecha contra su esposa Constanza.

Poco le sobrevivió esta Princesa; pero al morir declaró tutor de su hijo Federico y Regente del reyno al Papa, señalando para esto la cantidad que se debia dar todos los años al Pontífice, que era á la sazón Inocencio III, el qual cuidó bien de lo perteneciente al pupilo, y manejó su casamiento con Constanza, hija de Alfonso II, Rey de Aragon, con la condicion de que este Monarca habia de asistirle con todas sus fuerzas contra sus enemigos, y la de que si moria Federico sin tener hijos de Constanza, la corona de Sicilia seria de Fernando, hermano de esta Princesa.

Pero durante la vida de Inocencio le pa-

reció á este muy terrible el poder de Fernando, que ya era Emperador, y le instó para que entregase el reyno de Sicilia á su hijo Henrique, á quien habia hecho coronar, aunque sin haber abandonado él su autoridad. La desavenencia entre el Sacerdocio y el Imperio se hizo negocio de la mayor seriedad en tiempo de Gregorio IX. Hizo Federico algunos sacrificios para que el Pontífice no procediese contra él; y aunque le excomulgó, tomó la cruz, y fue al viage de Tierra Santa para cumplir el voto que tenia hecho, no obstante las contradicciones que le habian suscitado. Tan temida era la excomunion, que entre los prelados que le acompañaban, no hubo uno que se atreviese á ponerle en la cabeza la corona de Jerusalem, y le fue preciso tomarla de sobre el altar y coronarse á sí mismo.

Se reconcilió Federico con el Papa Gregorio, y despues se desavino con Inocencio IV, que le depuso en el Concilio de Leon de Francia; y murió en la excomunion. Además de seis mugeres legítimas, tuvo muchas concubinas, y en sus expediciones militares llevaba consigo un serrallo de mugeres sarracenas. Le habian gustado mucho los viages de Levante por el luxo y delicias asiáticas. Por

otra parte le agradaban los sabios, y era liberal, valiente, generoso y condescendiente con los enemigos que cedían; pero con los otros era soberbio, altivo y furioso. Le atribuyéron esta blasfemia: „Si el Rey de los Judíos hubiese visto el reyno de Nápoles, no hubiera ponderado tanto la tierra de promision.” Fundó Federico varias academias, y la famosa escuela de Medicina en Salerno; hermoseó la ciudad de Nápoles, que los Príncipes de la casa de Suabia habían elegido para capital de los dos reynos; y de tantas mugeres no dexó mas hijos legítimos que Conrado y Henrique. Murió este último poco despues que su padre; y este para el caso de que los dos Príncipes no tuviesen sucesion ó faltase su posteridad, había llamado á Manfredo, que le nació de una dama mas querida que las otras.

En los quatro años que vivió y reynó Conrado, Manfredo, su hermano natural, tuvo el mas duro aprendizaje de docilidad; porque Conrado no le escaseaba disgustos, ni aun las afrentas. Todo lo sufría Manfredo con una paciencia, que admiraba y le conciliaba los corazones. Tenía mas edad que Conrado, el qual murió de enfermedad á los veinte y seis años. Ya había tenido grandes debates con los Papas,

y dexó un hijo en la menor edad, al que vulgarmente llamaban Conradino. Quanto se habia hecho bueno en los reynos de Nápoles y Sicilia era obra de Manfredo; y así Conrado, á pesar de su envidia, no pudo ménos de emplearle en la guerra y en los negocios, por lo qual quando murió el padre de Conradino estaban todos tan á favor de Manfredo, que los Estados le declararon tutor del Príncipe.

Tuvo Conradino un contrario terrible en Inocencio IV, el qual sin detenerse en regencias ni tutelas declaró que los dos reynos eran de la Santa Sede, alegando en quanto á la Sicilia la excomunion en que habian incurrido Conrado y Federico su padre; y en quanto á la Apulla y la Calabria, que acababan de hacer juramento de fidelidad en manos de su legado, que se habia presentado con armas. Es verdad que el mismo Manfredo se habia prestado al homenaje por no poder mas; pero luego que se vió con tropas hizo una valerosa resistencia, y ganó algunas victorias. Como Inocencio IV habia creído que ya era Señor de los dos reynos, sintió tanto aquellos reveses de la fortuna, que murió de pesadumbre. Sostuvo Manfredo, y aun aumentó sus ventajas en el Pontificado de Alexandro VI.

Hasta entónces habia peleado Manfredo como Regente, y para librar la corona de caer en manos del Pontífice. En 1258 se esparció noticia de que Conradino habia muerto en Alemania, adonde le habia llevado su madre la Princesa de Baviera. Manfredo, sin detenerse á mas exámen, tuvo por cierta la noticia, de la qual no falta quien le suponga autor, y se hizo declarar Rey de Nápoles y de Sicilia en virtud del testamento de Federico. La viuda de Conrado envió á decirle que su hijo estaba vivo, y que así dexase el cetro que tenia usurpado; pero Manfredo respondió que el reyno le pertenecia legítimamente, pues le habia costado tanto quitársele á los enemigos, que de lo contrario le tendrían todavía; pero que sin embargo podria la Reyna enviar á Nápoles á Conradino, para que estando á su lado se diese á conocer en el pais, y se fuese haciendo á sus usos y costumbres. Hizo muy bien la Reyna en no aceptar el convite, si es cierto que Manfredo habia asesinado á los Embaxadores que le dirigió, y á los que enviaba al Papa.

Con este motivo declaró Inocencio á Manfredo privado del reyno, no como injusto detentador de la corona de su sobrino, sino co-

mo usurpador de unos estados que pertenecian á la Iglesia. Dexó esta pretension en manos de Urbano IX su sucesor; y este, conociendo que Manfredo no se aterraria con la excomunion, pensó en tomar otro camino. Sus antecesores habian ofrecido la corona de Nápoles y Sicilia á varios Príncipes persuadiéndose que la conquistarian. ¡Extraña preocupacion la de aquellos tiempos, pues daban estimacion á un presente semejante! Ya el Rey de Francia no le habia admitido, y Henrique III de Inglaterra tampoco quiso recibirle para su hermano ni para su segundo hijo. Cárlos, Conde de Anjou, no se hizo de rogar, y le aceptó.

En 1265 se concluyó el tratado entre Urbano y este Conde, estipulando la renuncia del futuro Rey á la soberanía de todos los dominios poseidos por la Santa Sede en ambos reynos, y reversion de la corona á la corte romana en caso de faltar heredero legítimo. Cada tres años debia dar en homenaje á la Santa Sede cierta cantidad considerable, y una hacanea blanca, presentada por el Condestable del reyno. En cada nuevo reynado habia de hacer juramento de fidelidad el Rey, en Roma y por sí mismo, si esto se exîgiese;

y á estas condiciones se seguian cláusulas de socorros de dinero y de tropas en caso de necesidad, asegurando que no se tocaria á las inmunidades eclesiásticas. Por último se concluia exigiendo de Cárlos la promesa de reconocer y jurar él y los Señores que le acompañaban, en la mas auténtica forma, conquistado que fuese el reyno, que le tenia, y sus sucesores le tendrian por pura liberalidad y gracia de la Santa Sede.

Firmadas estas condiciones hizo Cárlos al punto sus preparativos: se le juntó una multitud de Señores franceses, creyendo que iban á ganar el cielo; porque habia publicado Urbano una cruzada contra Manfredo; bien que el Papa, ademas de esto, procuró manejar para su protegido ciertas inteligencias en el mismo reyno que habia de conquistarse. Le coronó pues en Roma, y le envió con algunos batallones á poner guerra á un Rey bien establecido, cuyas tropas hasta entónces siempre habian triunfado. Pero nada resistió á la furia francesa.

Animados todos por la religion y el deseo de fama arruináron las ciudadelas y escalaron las plazas: y aun se dice que en las que se rindiéron no procediéron como buenos

christianos, y desagradaron mucho al Papa. Ya por último se pusieron los dos ejércitos á la vista uno de otro. Manfredo, por ser inferior en fuerzas, no debiera dar la batalla, pues ya empezaban á faltar los víveres al enemigo; pero creyó que si se detenía mas su ejército, compuesto de Sarracenos, Sicilianos, Pisanos, Lombardos y Alemanes, tropas mercenarias, se iria disipando; y se determinó á presentar el combate. El éxito fue muy funesto, pues pereció él despues de haber hecho esfuerzos heroycos, y se halló su cadáver sobre un monton de muertos. Carlos le trató indignamente, y le privó de los honores de la sepultura como excomulgado.

Vemos que los Príncipes de aquellos tiempos se valian de las excomuniones para rebaxar en los ánimos de los pueblos la opinion de sus rivales, y este fue un medio poderoso de que se sirvió Carlos de Anjou contra otro competidor, que era temible por sus derechos, su valor, y el favor de los pueblos debido á las gracias de su juventud. Mientras Manfredo disputaba su reyno con el protegido del Papa, iba creciendo Conradino en el palacio de Oton de Baviera, su abuelo materno, y daba esperanzas de que algun dia se le veria

*conquistar el mundo es un propósito
 se en la deshonra de matar para salvarse, y ha-
 en un momento de muerte. Cuya la mala can-
 han la vida, habiendo matado su cadáver
 ha, que había comprado a su sobrino, que tam-
 solo parte en ella la corona de Napoles y el
 de a dar batalla a Carlos de Anjou, pero no
 de la deshonra de sus hijos, se arrojó Manfre-
 (en fuerza de muy inferiores, y solo por miedo*

Cadaver de Manfredo.



restablecer la gloria de la casa de Suabia. Los Napolitanos, tratados con dureza por el feroz Anjou, empezaron á desear el renuevo de una familia, cuyo gobierno por moderado, echaban ménos, y suspiraban por verle en el trono. Isabel, su madre, asustada con los riesgos á que su hijo habria de exponerse, hizo quanto pudo por detenerle.

Conradino, mas sensible á los gritos de la fama que á las lágrimas de su madre, se arrancó de las delicias de la corte de su tío á los diez y seis años con Federico de Austria su amigo, y de la misma edad; y fue con intrepidez á acometer al vencedor de su tío Manfredo hasta en el corazon de sus estados. Se puso en marcha con un ejército de seis mil caballos, y con la esperanza de que al punto que pusiese el pie fuera de Alemania, se aumentaria su ejército con grande número de malcontentos. Aunque halló una Bula en que el Papa le excomulgaba si ponía el pie en Italia, no se detuvo el jóven Príncipe; pero muchos de sus soldados se asustaron y le dexaron. Prosiguió Conradino con los que le habian quedado, proporcionándole su misma perseverancia nuevos soldados, y con algunas ventajas que logró acudieron otros á sus ban-

deras. Engruesado su ejército atravesó como vencedor la Lombardia, la Toscana, y fue recibido en Roma. El Papa, que se había retirado á Viterbo, viendo pasar al Príncipe jóven por delante de los muros de esta ciudad, dixo por presentimiento: „Ahí va una oveja que llevan al matadero.”

No obstante, si se hubiera de juzgar por lo que parecia entónces, debiera haberse profetizado en favor de Conradino, porque el valor, la humanidad, la afabilidad, la persona y gracias del jóven Príncipe, con sus prendas sólidas y brillantes, tenían interesada en su favor á toda la Italia. Su ejército, lleno de ardor, era al doble mas numeroso que el de su rival. Cárlos, poco seguro de sus vasallos, apenas podia contar mas que con los Franceses que le habian ayudado á triunfar de Manfredo; pero se habian disminuido mucho; pero sin embargo de su inferioridad, buscó la acción con ansia.

Se dió la batalla en 1268, víspera de San Bartolomé. Al principio huyéron por todas partes las tropas de Cárlos; y los Alemanes, creyendo tener ganada la victoria, perseguian confusamente á los fugitivos, ó se ocupaban en despojar á los muertos. Conra-

dino, Federico y los xefes principales se desarmaron; y sentándose sobre la yerba en un vallado, contemplaban desde allí muy gozosos á sus soldados que se apresuraban á gozar del fruto de la victoria. De repente vieron que los mismos soldados refluían vivamente perseguidos hácia donde ellos estaban, porque unos esquadrones enemigos, ocultos detras de un cerro, los habian sorprendido desordenados con la alegría, y los llevaban por delante. En vano procuráron los Príncipes juntar y ordenar sus tropas, inútiles fuéron sus esfuerzos, pues tambien arrastráron con ellos; y dispersado el ejército, fue general la carnicería. Conrado y Federico, despues de haber andado errantes algunos días, cayéron en manos de Cárlos.

No era la clemencia la virtud favorita de este Príncipe: en todas las ciudades se levantáron por órden suya cadalsos, y todos los partidarios de Conradino, de quienes pudieron apoderarse, pasáron por los filos del cuchillo de los verdugos. Un año se estuviéron consumiendo los dos Príncipes jóvenes, encerrados en un castillo, y reservados para el último acto de la tragedia. Todos los Reyes de la Europa se interesáron en su suerte. Isabel, madre de Conradino, ofreció á Cárlos cantidades de di-

nero, que pudieran haber reducido á un Monarca, que estaba en continuas urgencias, por la falta de caudales; pero él permaneció inflexible, é hizo condenar á muerte á los prisioneros como reos de lesa Magestad, perturbadores del reposo público, y enemigos rebeldes de la Iglesia.

No pasaban estos Príncipes de diez y siete años; les mandaron confesar igualmente que á otros muchos Señores, destinados á morir con ellos; les hicieron asistir al Oficio y Misa de Difuntos en una capilla vestida de negro; estuvieron oyendo una larga predicacion llena de invectivas y anatemas; y los llevaron á la plaza del mercado de Nápoles. Quando se vió Conradino en el cadalso habló al pueblo, demostrando la injusticia de la sentencia, que le quitaba la vida y el reyno que le pertenecia. En señal de la cesion que hacia de sus derechos, tiró á la plaza el guante para que le levantara aquel que le quisiese vengar; y volviéndose á su amigo Federico, le pidió perdon de haberle admitido á ser compañero en su desgracia. El amigo no le dió mas respuesta que arrojarle á sus brazos abrazándose tiernamente. Puso Conradino con valor la cabeza en el tajo: cayó esta, la tomó Federico en sus ma-

nos, la besó, la regó con sus lágrimas, y presentó la suya al verdugo, que se la cortó al primer golpe.

Sus últimas palabras fueron estas: *¡Ay madre mia! ¡Ay qué pesadumbre será la de mi madre por mi muerte!* La infeliz Isabel no desesperando de mover el corazón de Carlos se había embarcado con grande suma de dinero, capaz de haber tentado su avaricia; pero supo en el camino que ya era tarde. Se mudaron por su orden pabellones y velas, empavesando todo el navío de negro, y con tan lúgubre aparato llegó á Nápoles. Suplicó al Rey que la permitiese levantar á su hijo un mausoleo, y aun este triste consuelo la negó: pues Carlos había determinado que su cadáver, y los de los compañeros de su suplicio, careciesen de sepultura en tierra bendita, alegando que habían muerto excomulgados. A fuerza de empeños se consiguió que los sepultasen cerca del mar, en un sitio en que después edificó el hijo de Carlos un convento para expiar la crueldad de su padre. Así acabó la ilustre casa de Suabia. Esta catástrofe funesta puede mirarse como un castigo de las crueldades de la familia de Suabia contra la de Tancredo; pero está la desgracia en que

el castigo cayó sobre un inocente.

Esta sangrienta execucion aseguró el reyno á Cárlos, el qual tomó el título de *defensor de la Iglesia*; y con efecto reconcilió con Roma á sus vasallos, á quienes habia separado Manfredo; mas no por esto los hizo por su parte mas felices. Horrible es la pintura que de su reynado hacen los historiadores; pues dicen que los pueblos estaban cargados de impuestos, y pisados del Rey y de sus Ministros: que hechos el blanco de la tiranía y las exâcciones, gemian debaxo del mas pesado yugo: que al mismo tiempo que la codicia de una multitud de extrangeros, favorecidos del Monarca, los despojaban de sus bienes, y con su insolencia los ultrajaban en las personas y en la honra, se cometia impunemente toda especie de injusticias: que corrian arroyos de sangre; y que en la mayor parte de las ciudades y villas estaban preparadas las horcas y cadalsos. Cada familia, consternada y cubierta de luto, temia, entregada al dolor, quando daria alguna víctima á los verdugos.

Por estos excesos diéron el epíteto de *tirano de las dos Sicilias* al que se llamaba el defensor de la Iglesia. Siempre, como sucede á los tiranos, andaba pálido con el miedo de

la venganza de los oprimidos, y no daba un paso sin ir acompañado de los executores de sus voluntades, interesados en la conservacion de su persona. El menor movimiento se prevenia con el rigor de los suplicios. De este modo experimentáron los pueblos de las dos Sicilias, baxo la dominacion de los Franceses, el justo castigo de la inconstancia con que habian abandonado la casa de Suabia; pero tambien los Franceses fuéron á su tiempo castigados por sus exâcciones; y Cárlos, que los introduxo en aquel pais, que empapó en sangre, fue el primero que sufrió la pena de su barbarie en las desgracias que llenáron su corazon de amargura en los últimos años de su vida.

En su reynado se aumentó la ciudad de Nápoles, y él despreció la Sicilia y Palermo, que habia sido la corte mas favorecida de sus predecesores. Los Sicilianos, que por estar mas distantes no eran observados en su conducta como los Napolitanos, se atreviéron á una accion, que aunque no es única en la historia, no por esto es ménos terrible. Juan, Señor de la pequeña isla de Prócida, y zeloso partidario de la casa de Suabia, se abrasaba en deseos de vengarla. Se conocia su intencion, y Cárlos hizo que espiasen todos sus pasos;

pero Juan engañó su vigilancia, y se libró del hierro de los asesinos. Recorrió, disfrazado de religioso, la Sicilia, fomentó el descontento, y encendió en todas partes el fuego de la sedicion, y el espíritu de venganza contra los Franceses. Para que Roma, tan poderosa en aquel reyno, no se opusiese á sus designios, supo ponderar varias faltas del Monarca, en términos que el Papa se mantuvo neutral. Fue á buscar enemigos contra Cárlos en Constantinopla y en Aragon. Pedro, su Rey, se había casado con Constanza, hija de Manfredo, y este fue un título para levantarse contra Cárlos. Conradino, primo de Constanza, quando tiró el guante á la plaza desde el cadalso, había nombrado á Pedro, y á este se le entregó un Caballero aragones, que fue el que le recogió: circunstancia de que se sirvió Juan hábilmente para encender al Rey Don Pedro en el noble deseo de vengar al desgraciado pariente de su esposa.

Asegurado con estos auxilios extrangeros para apoyar los esfuerzos interiores, todo lo fue disponiendo con el mayor secreto. El dia de Pascua de 1282, al toque de las campanas que llamaban los fieles á vísperas, se sublevó el pueblo, fue corriendo por las calles,

y derribando las puertas de las casas entró degollando á todos los Franceses, sin perdonar á los niños, ni aun á las mugeres casadas con los tales extranjeros, y embarazadas de ellos. Igual carnicería se executó en las demas ciudades al oír la misma señal, y por esto se dió á esta matanza general el nombre de *Visperas Sicilianas*. Un Frances, llamado Guillermo de Porcelet, y Gobernador de una pequeña ciudad, fue el único exceptuado en consideracion á su virtud y probidad generalmente reconocida. A este le diéron una embarcacion para que se restituyese con su familia á su patria; pero todos los demas quedáron sacrificados al odio y á la venganza de los Sicilianos. Se dice que excedió de ocho mil el número de las víctimas.

Estaba todo tan exáctamente concertado que dos dias despues de esta sangrienta execucion llegó con tropas Don Pedro, Rey de Aragon. El tiempo fue el mas oportuno, porque los Sicilianos empezaban á asustarse de su propio atrevimiento, y hablaban ya de recurrir á la clemencia de Cárlos, que era el mas desapiadado de los hombres. Recibido el Monarca aragones con las mas alegres aclamaciones, se hizo coronar en la Catedral de Palermo, y

en aquel punto quedó el reyno de Sicilia separado del de Nápoles, viviendo todavía el que los habia unido baxo de su cetro. Desde esta época tambien es la data del principio de las largas guerras, que costáron á la Francia tanto dinero y tanta sangre. Desde este tiempo fuéron los pueblos de Nápoles y Sicilia el juguete de la ambicion de los Príncipes, dándolos ó quitándolos segun por entónces convenia á su interes; y de aquí provenia que tratados mas como esclavos que como vasallos, no se aficionaban sinceramente á ningun Soberano; ni habrá tal vez habido pais alguno en donde las revoluciones y alborotos hayan sido tan freqüentes. Un Escritor, que compuso la historia de sus sublevaciones, puso este título á su obra: *Historia de las treinta y cinco sublevaciones del fidelísimo pueblo de Nápoles.*

Quando Cárlos supo la horrible carnicería de Sicilia, la mas impetuosa y violenta que los hombres han visto, estuvo por algun tiempo sin poder pronunciar una palabra: ¡tan embargado le tenia la cólera! Mordia con movimientos convulsivos el baston que de ordinario llevaba, y se volvia hácia todas partes con espantosas miradas. Al punto hizo que se hiciese á la vela una esqua-

dra, que antes habia destinado para Constantinopla. Desembarcáron sus tropas delante de Mesina; pero sus esfuerzos fuéron infelices. Cayó en manos de sus enemigos su hijo, el Príncipe de Palermo, despues de una derrota casi total. Le llevó el Almirante aragones delante de Nápoles, y amenazaba con que iba á cortarle la cabeza si no le entregaban la Princesa Beatriz, hija de Manfredo, á la qual despues de la muerte de su padre habian tenido encerrada en un castillo con su madre y un hermano todavia niño. Ya la madre y el hijo habian muerto de hambre ó de veneno; pero Beatriz, que les sobrevivió, entró en el navío victorioso, que llevaba cautivo al hijo del perseguidor de su familia. A este le encerráron en un fuerte castillo; pero debió la vida á la Reyna Constanza, que le libró de la rabia de los Sicilianos, los quales le pedian para darle la muerte. Cárlos, en los tres años que pasáron desde la separacion de la Sicilia hasta que murió, no experimentó mas que desgracias. Oprimido de pesadumbres y disgustos, rendido al peso de sus infortunios y á la desesperacion que interiormente le roia: al fin de algunos dias de enfermedad espiró entre la cruel incertidumbre de la suerte de

su familia, de la qual el Príncipe estaba en una prision. Algunos dicen que Cárlos de Anjou se ahorcó: digno fin de un tirano.

Estaba en una cárcel Cárlos II, llamado *el Coxo*, y gobernaban el reyno de Nápoles los Regentes, que su padre habia nombrado, todo el tiempo que duró su cautiverio, que fuéron quatro años. Salió de la prision casándose con una hija del Rey de Aragon, y renunciando con toda formalidad el derecho á Sicilia en favor de un cuñado suyo. Murió la Aragonesa, y Cárlos II casó con una Princesa de Hungría: ocupándose únicamente en procurar la felicidad de los pueblos de Nápoles y de la Provenza, mayorazgo de la casa de Anjou. Viviendo él vacó el trono de Hungría, y fue llamado á este por el derecho de su madre Cárlos Martel, primogénito de Cárlos. Murió, dexando un hijo llamado Charoberto, al qual pasó la corona. Viendo Cárlos II que ya aquel hijo tenia cetro, dexó en su testamento el de Nápoles á Roberto, Duque de Calabria, que era el hijo segundo despues de Cárlos Martel.

Aunque no agradó á Charoberto esta division, no se atrevio á significar con demasiada claridad sus pretensiones durante la vida

de su tío. Reynó Roberto gloriosamente: se hizo poderoso en Italia: llegó á ser el Soberano de Génova; pero no le salieron bien muchas tentativas que hizo contra Sicilia, la mas rica joya arrancada de su corona, y poseída por Federico, hermano de Don Jayme, Rey de Aragon. El Comandante, en aquellas expediciones, era el Duque de Calabria, hijo suyo, que aunque no gustaba de guerra la hacia con valor. Era hombre que no podia ver sin afliccion los estragos que arrastra la comitiva de los héroes, aun los ménos sanguinarios. Su padre descansaba en él de los cuidados mas penosos del gobierno. Supo establecer con tanto acierto la paz en todas las provincias, arreglando intereses que parecian hasta entónces incompatibles, que en el monumento que le erigiéron le representáron con un grande vaso á sus pies, bebiendo juntos en él un lobo y un cordero. La muerte de este hijo, tan querido y tan amable, fue para el corazon sensible de Roberto un golpe cruel. A este Monarca le llamáron *el Bueno y el Prudente*.

Habia dexado el Duque de Calabria una niña llamada Juana; y su abuelo, que no tenia otro hijo, procuró darla una educacion digna de sus altos destinos. Con el fin de impedir

las guerras que pudieran sobrevenir por las pretensiones de la rama de Hungría, resolvió unir los derechos, y envió una Embaxada á Charoberto su sobrino, pidiéndole su hijo segundo Andres para esposo de su nieta.

Se desposáron los dos niños á los siete años de edad; y aunque se criáron juntos, no creció con ellos el amor. A Andres le gobernaba un Religioso llamado Fray Roberto, que su padre le habia dado por preceptor; pero era tan rústico que le hizo conservar los modales húngaros, incompatibles con los de la corte de Nápoles, en donde brillaba la galantería francesa, afinada con la delicadez italiana. Carlos el Bueno, y demasiado bueno, toleró esta educacion tan contraria á la de su nieta. Aunque desde luego se advirtió la indiferencia entre los dos, se procedió al matrimonio como que le consideraban de necesidad política. Se celebró el himeneo con magnificencia y grandes demostraciones de alegría; pero el Rey estaba interiormente afligido por haber tenido tan mala eleccion, y por haber sido el que unió el corazon y la suerte de una nieta, que daba las mas bellas esperanzas con un hombre tan grosero y sin mérito. Llevó consigo á la sepultura esta pena, y el temor de las di-

sensiones que habian de suscitarse despues de su muerte, por mas precauciones que habia tomado, habiendo sido una de estas, que solamente su nieta fuese reconocida por Reyna. Para esto la nombró un Consejo compuesto de los Príncipes de su sangre, y de las personas mas instruidas en la ciencia de gobernar y mas afectas á su familia, con la condicion expresada en su testamento de que su esposo, aunque llamado entónces Duque de Calabria, no tendria parte en la autoridad.

Juana I, heredera de Nápoles, de Sicilia, de los estados de la casa de Anjou en Provenza, y con el título de Reyna de Jerusalem, así que subió al trono hizo que se sentase en él contra la disposicion de su abuelo su esposo Andres. A pocos dias se halláron con todo el poder Fray Roberto y los Húngares. No obstante, como solamente habian coronado á la Reyna, pretendiéron que tambien debia ponerse la corona en la cabeza de Andres, como que era heredero por su abuelo Cárlos Martel. Tal vez la Reyna, por ser mas inclinada á los placeres que á los negocios, se hubiera empeñado ménos en gobernar por sí sola si hubiese tenido un esposo cuyo genio simpatizase mas con el suyo; pero mién-

tras ella se hacia amable por sus gracias, y estimable por su penetracion, todos aborrecian y despreciaban á su marido por sus modales groseros, por la pesadez de su limitado entendimiento, y por su vida ocupada en vagatelas, ó en diversiones que le envilecian.

Luis de Hungría, hermano de Andres, solicitaba vivamente con el Papa, porque entonces se creía que sin él nada se podia, que permitiese coronar al marido de Juana. Sabiendo los Señores napolitanos que llegaba la Bula, y temiendo que la coronacion diese una autoridad absoluta á un Príncipe, á quien tenían por indigno, resolviéron prevenirse. La conjuracion tramada parece haberse executado por personas afectas á la Reyna, ó por Filipina, una de sus damas, el hijo de esta, una nieta suya, y dos Caballeros calabreses. Le dixéron al Príncipe Andres, que estaba en el quarto de su esposa, que Fray Roberto le esperaba para un asunto que urgía. Salió pues, y en medio de una galería, que era preciso atravesar, le echáron un lazo al cuello, y le ahogáron, arrojando el cadáver por una ventana.

Fray Roberto y sus Húngaros estaban temblando que les quitasen la vida; pero se contentáron con despedirlos. Al ver el susto de

la Reyna , que no tenia mas que diez y ocho años, y la incertidumbre de sus medidas, aunque el delito fue de sus criados, se hace juicio que no fue cómplice; y lo mas que se puede decir es que con la demostracion, demasiado clara de su aversion al marido, se animáron los que la servian de cerca á una maldad, que les pareció debia agradarla. El Rey de Hungría, á quien Juana despachó Embaxadores para justificar su conducta, no formó tan buena opinion de su inocencia por mas que su cuñada, léjos de oponerse á que se buscasen los culpados, hizo poner en la cárcel á los sospechosos, y empezar el proceso. Declaró Luis altamente que habia de vengar la muerte de su hermano, y empezó á prepararse para efectuar su amenaza. Creyendo Juana que no podria resistir por sí sola á la tempestad, se casó, pasado un año, con otro Luis, Príncipe de Otranto, su pariente, que estaba como ella en la flor de su edad, y lleno de actividad y zelo; pero poco acreditado con los Grandes y Barones, que por sus feudos, y por el género de gobierno, tenian en su mano las principales fuerzas. Quando llegó pues la tempestad, viéndose Juana y su marido casi solos, y creyendo que no podrian resistir, ce-

diendo á las circunstancias, se retiráron á la Provenza.

Luis, Rey de Hungría, entró en el reyno de Nápoles como Monarca irritado, y todo se rendia á su presencia. Recibió con mucha sequedad á los Grandes, que le salieron al encuentro, y miró con desden al pueblo que se le postraba. Acercándose á la capital llevaba en la vanguardia de su ejército un estandarte negro, en que estaba representada la muerte trágica de su hermano. Entró en la ciudad con el capacete en la cabeza; mandó quitar la vida á los Señores convencidos de alguna condescendencia, y que espirasen los homicidas en los suplicios; justo rigor á que habia faltado la Reyna Juana.

Esta Señora tenia muy en su corazon el deseo de justificarse; y así fue á Aviñon, en donde estaba el Sacro Colegio, y suplicó á su Santidad que la diese audiencia en Consistorio público, y abogó por su causa con eloqüencia. Era jóven, hermosa, y desgraciada, y así se compadeció aquel tribunal de ancianos. Lo cierto es que no se vió prueba alguna contra ella. La sentencia declaratoria de su inocencia hizo impresion en su reyno; y habiéndose retirado de él Luis de Hungría, des-



Juana I. ante el Papa.

Fugitiva de su propio reino Juana I. de Nápoles, como supuesta cómplice en el asesinato de su esposo, obtubo del Papa audiencia en consistorio público; y en ella defendió con tal energía su inocencia, que declarada esta por sentencia, recibió con el amor de sus vasallos su tren. Mendiga el cráter á favor del culpado, frasco seductoras, mientras el inocente vierte en cada palabra un convencimiento.



pues de haberle castigado, llamáron los deseos generales á Juana. Hizo el Papa las paces entre ella y su cuñado, y este la dexó gozar tranquilamente de su reyno con el esposo que habia elegido.

Los quince años que pasó Juana con el Príncipe de Otranto, á quien ella habia hecho Rey, fuéron los mas felices de su vida. Floreció el reyno de Nápoles con su gobierno, y pudo hacer por la reunion de la Sicilia algunas tentativas, que aunque fuéron infructuosas, siempre dexaban señalados los derechos y las esperanzas. Quedó viuda, sin hijos que la sobreviviesen, y celebró el tercer himeneo con el Infante de Mallorca, Principe jóven, y cuyo valor igualaba á su mucha gracia. Poco tiempo estuvo con ella: fue á socorrer á su padre, porque el Rey de Aragon acometia á su isla. Le hiciéron prisionero; la Reyna le rescató; volvió á la guerra; le repudió su esposa; y se cree que murió en la misma guerra.

Entónces, no sintiendo ya deseos de casarse, adoptó Juana, y declaró por heredero de los estados de Nápoles á Cárlos de Duras, esposo de Margarita, que era hija de su hermana María; pero fuese por haberse desave-

nido con este Príncipe, ó porque reflexionó que en la edad de quarenta y cinco años todavía pudiera ver su posteridad, se casó de quartas nupcias con Oton, Duque de Brunsvik, de la línea imperial, y de edad proporcionada á la suya. Para no asustar á Cárlos de Duras ni á su sobrina, á quienes habia adoptado y declarado sus herederos, puso por condicion que el nuevo esposo no tomara el título de Rey, contentándose con el de Príncipe de Otranto.

Pero no agradó al hijo adoptivo un matrimonio, que si no paraba en darle rivales directos, podria por lo ménos disminuir el afecto de su madre, y aquella parte de autoridad con que le habia lisonjeado. Esta fue la primera causa de entibiarse; y los favores de toda especie, los grandes bienes, y el total poder que dió á su esposo, fuéron el segundo motivo de descontento. El Rey de Hungría, á quien roía el corazon un antiguo rencor contra Juana, excitaba los zelos de Duras; y le ofreció tropas para que se hiciese confirmar irrevocablemente en los derechos que creia le habia de quitar la Reyna. De explicaciones, reputadas por amigables, llegaron á otras mas agrias, y por último á las armas. Cayó Juana

en la imprudencia de dexarse encerrar en el castillo del Huevo; é intentando Oton ponerla en libertad, fue hecho prisionero.

Los Provenzales, fieles á su Soberana, se embarcáron para socorrerla, pero llegaron demasiado tarde, y quando ya la tenian presa. Ofreció Duras restituirla á la libertad, si queria declararle heredero, no solamente de Nápoles sino tambien de sus estados de Provenza. Fingió Juana que consentia en la proposicion para hacer una visita, y conferenciar con los capitanes de sus galeras. En la conferencia retractó la adopcion de Duras: declaró á su pariente Luis Duque de Anjou, heredero de Nápoles y de Provenza, mandando que le reconociesen, y diciendo: „Id pues á alistaros baxo de sus órdenes, pues de este modo me dareis pruebas de que estais agradecidos á los buenos oficios que siempre he hecho por vosotros, y de estar compadecidos del deplorable estado á que me veo reducida.”

Al fin de la conversacion entró Cárlos en la sala, y en el continente que observó en la Reyna y sus vasallos, adivinó sus disposiciones, si es que no la estuvo escuchando secretamente. Hizo pues llevar á Juana á un

castillo, y allí la mandó ahogar con un género de muerte, semejante á la del infeliz Andres, y aconsejado por el Rey de Hungría. Juana I es el exemplar de las funestas consecuencias de su primer yerro. Desde la muerte de Andres, á la que no contribuyó, aunque tal vez la deseó, no pudo volver á ganar la estimacion de sus vasallos, que es el escudo principal de la soberanía. Su vida, mientras se gobernó por sí misma, es una cadena de inconseqüencias; sus freqüentes casamientos imprimiéron en su reputacion cierta mancha de incontinencia; y sus variaciones, respecto de Cárlos de Duras, la nota de genio inconsiguiente. Su carácter principal fue la inconstancia; y la última prueba que dió, revocando la adopcion de Duras, quando este Príncipe la tenia baxo de su llave, mereció la catástrofe en que acabó sus dias; pero no disculpa á este Príncipe del delito de ingratitude.

No fue esta la última crueldad que Cárlos cometió, pues hizo degollar á su suegra María, hermana de Juana, á quien pertenecia la corona, y retuvo á Oton en un duro cautiverio. Las contribuciones de dinero que impuso á la nobleza diéron á esta clase espantadiza temores de vivir sujeta á un

Rey exáctor. Tambien se desavino Cárlos con el Papa, aunque le habia ayudado mucho á poner la corona en su cabeza. Quando el nuevo Rey de Nápoles se hallaba en estas circunstancias, se presentó Luis I, Duque de Anjou, en las fronteras del Reyno para sostener el derecho de adopcion que él tenia de Juana I. Le protegía el Papa, bien que parece que no intentaba tanto hacerle triunfar como conseguir mas ventajas del Rey amenazado.

Con efecto, luego que dió Cárlos al Papa Urbano el Principado de Padua, Caserta, Nocera y otros dominios, se puso el Papa de su parte; pero aunque amenazó á Luis con la excomunion, si proseguia en su empresa, siempre iba Luis adelantándose. La muerte le detuvo sin embargo en el curso de sus victorias, y tal vez impidió que hubiera destronado á su rival. En consecuencia ya no se detuvo Cárlos en desavenirse de nuevo con el Papa Urbano; pero tuvo este la fortuna de huirse de una ciudadela, en la qual le tenia sitiado Cárlos, poco escrupuloso, y poco condescendiente.

Ya hemos visto que Cárlos estaba muy unido con Luis Rey de Hungría. Dexó este Príncipe al morir, por no tener hijo varon,

la corona á María su hija mayor, baxo la tutela de su Madre Isabel de Bohemia; y los Húngaros, teniendo por indecoroso obedecer á dos mugerés, llamáron á ocupar su trono á Cárlos, Rey de Nápoles, á quien conocian; y este, sintiendo cierto rubor de faltar abiertamente á la gratitud que debia á su difunto amigo, quitando el trono á su hija, se presentó desde luego como Gobernador del reyno. Duró poco el disimulo, y así preparó una sublevacion, cuyo resultado fue pedirle por su Rey el pueblo y la nobleza. Dixo pues á las dos Reynas que él no apetecia la dignidad; pero que llamándole toda la nacion, podia ser muy peligroso resistir á aquel general deseo.

La Princesa jóven declaró con toda firmeza que nunca cederia una corona que habia heredado de su padre. La madre mas prudente aplacó á su hija; ámbas fuéron á llevar la diadema al usurpador; y este se la ciñó delante de ellas para que su coronacion fuese mas auténtica. ¡Extraño efecto de la inconstancia del pueblo! Quando los Húngaros viéron humilladas á sus Reynas, y precisadas á honrar con su presencia el triunfo del opresor, se apoderó de toda aquella junta una

silenciosa tristeza. A las preguntas reiteradas por tres veces, segun la formula, de si reconocian á Cárlos por su Rey, ninguno respondió. Ya esto era mucho; pero lo que despues se siguió debiera dar que pensar al usurpador para que tomase sus precauciones. Todos le miraban mal; todos huian de él; y por el contrario la multitud del pueblo, apresurándose al rededor de las Reynas, quanto mas groseramente las habian abandonado mas deseaban manifestarlas su sentimiento. El mas seguro testimonio del arrepentimiento hubiera sido restituirlas al trono, de donde se las habia hecho baxar; pero esto no podia ser sino precipitando al usurpador. Despues de alguna dilacion se resolviéron; y el homicida de Juana su bienhechora, el ingrato opresor de la familia de su amigo, Cárlos de Duras, fue herido de un golpe mortal en la habitacion de las dos Reynas.

Le sucedió en el reyno de Nápoles Ladislao su hijo baxo la tutela de su madre Margarita. Esta le casó con una Princesa amable, llamada Constanza de Clemont. Se divorciáron por razones políticas. Voivia entónces Luis de Anjou á Italia, reclamando los derechos heredados de su padre, y el Papa

prometió á Ladislao lanzar sus rayos contra su competidor. Ladislao, aunque dexó á Constanza, no la quiso hacer infeliz, y así la casó con un Señor jóven, á quien se la suponía inclinada; pero aunque esta inclinacion quedase satisfecha, no quiso Constanza que ignorase el Monarca el vivo resentimiento que conservaba por la afrenta que la hacia; y al dar su mano al nuevo esposo, le dixo: „Andres de Capua, bien puedes contar que eres el caballero mas dichoso del reyno, pues vas á tener por concubina la legítima esposa del Rey Ladislao, tu Señor.”

A Luis de Anjou le sostenia el Papa, que tenia su silla en Aviñon; y á pesar de esto se vió Luis precisado á abandonar sus proyectos sobre el reyno de Nápoles, y solo quedo Soberano de la Provenza. Reynó gloriosamente Ladislao: fue llamado á la corona de Hungría: no hizo, por decirlo así, mas que probársela; pero conservo el título, y le transmitio á sus sucesores. En el conflicto que causó entre los Papas el grande cisma, se apoderó Ladislao por tres veces de Roma con las armas en la mano. Sin embargo, mas le ocupaba Vénus que Marte, pues hay pocos exemplares de Príncipes tan entregados como él á los pla-

ceres del amor, á no ser Juana II su hermana, que le sucedió. A los treinta y ocho años la dexó el trono su hermano; y para explicar la enfermedad de consuncion, que le quitó la vida, basta su incontinencia desenfrenada, sin recurrir á cierta composicion, con que dicen se frotó una de sus damas, con la esperanza de que aquel mixto amatorio le haria inseparable de ella; y se asegura haberle proporcionado uno de los enemigos que querian deshacerse del Rey aquel especifico envenenado, que con el placer introduxo la muerte en las venas del Rey.

A ser de inferior clase Juana II seria su vida la de una despreciable ramera. Subió al trono, ya viuda; mas no sin un favorito declarado, llamado Pandolfo, su mayordomo mayor, y con otro ménos público, que se llamaba Esforcia. Se desaviniéron los dos rivales; pero se reconciliáron presto, teniendo por mas conveniente no hacerse daño por unos favores que podian repartirse entre los dos. Pensaba no obstante Juana en el matrimonio porque le juzgaba necesario para mantener su autoridad; y se casó con Jacobo, Conde de la Marca, de la casa de Francia, aunque conservando sus galanes. Halló el marido medio

de deshacerse de ellos, y dispuso que observase la conducta de su muger un escudero frances anciano, que no la perdia de vista. Para aprovecharse de esta especie de entredicho impuesto á la Reyna, y hacerse dueño absoluto, hubiera sido necesario tener ganados á los Napolitanos, porque no llegaba á aborrecimiento el desprecio que hacian de Juana; pero hizo Jacobo el desacierto de desagradar á los Italianos, repartiendo pródigamente las gracias á los Franceses. El interes despertó la condescendencia en el corazon de los vasallos, y estos sacaron á su Reyna de la sujecion en que estaba. Auxiliada de un nuevo favorito, llamado Serciani, á quien hizo su Senescal mayor, puso ella tambien con buena guardia á su esposo; y este no consiguió la libertad sino con la condicion de volverse á Francia. Partió con efecto, y no volvió á verla.

Todo el resto de la vida de esta Princesa es un conjunto de inconseguencias, desórdenes y caprichos, que no merecerian recopilarse á no haber tenido influxo en la suerte de una monarquía. El que nombró para que supliese por Serciani, que estaba ocupado en una comision distante, llamó á Luis de Anjou, nieto del enemigo de Cárlos de Duras.

La intencion de este favorito era conseguir apoyo contra Serciani que ya volvía; pero este á su vuelta tomó mayor ascendiente, porque la misma ausencia habia hecho que la Reyna sintiese el aprecio y estimacion en que le tenia. La aconsejó pues que á Luis le opusiese el Rey de Aragon y de Sicilia Alfonso.

Adoptó pues á este Príncipe; y viendo que el adoptado queria adelantar su autoridad mas allá de los límites que Juana le prescribia, revocó la adopcion. Dexó Alfonso á la Reyna, y se restituyó á Sicilia, de donde le habia llamado. Perseguida por Luis de Anjou se valió contra él de las armas de la adopcion; pero se desaviniéron, y sumergida por su mala conducta en nuevas dificultades, renovó la adopcion de Alfonso. Volvió otra vez á Luis; y por último murió habiéndola precedido á la sepultura Serciani, de quien tambien se habia disgustado, y á quien luego que se supo su desgracia habian quitado la vida.

Luis III, contando como título seguro la adopcion de la Reyna, y muriendo antes que ella, habia legado este derecho á su hermano Renato de Anjou, y Juana confirmó esta disposicion en su testamento; por lo que en su muerte salieron tres competidores, á saber: es-

te Renato, Alfonso, y el Papa Eugenio IV. Pretendia este que por la extincion de la posteridad de Cárlos de Duras, y en virtud de lo tratado con este Príncipe, pertenecia el reyno de Nápoles á la Santa Sede; pero como los varones no hicieron aprecio de un derecho arrancado por la necesidad, se dividieron unos por Alfonso, y otros por Renato. Por un efecto de las guerras que los principales vasallos se hacian en Francia, se hallaba Renato prisionero del Duque de Borgoña, quando el mayor número de los Señores napolitanos fue á Francia á ofrecerle la corona. Isabela su esposa se embarcó en el instante para ir á sostener el derecho de su marido; mas el tiempo que se perdió mientras se negociaba la libertad de Renato, proporcionó á Alfonso los medios de fortificarse: y así se hizo dueño de Nápoles y de la mayor parte del reyno; y aun estuvo en muy poco que no hiciese prisionero al de Anjou. Este, cediendo á su desgracia, se restituyó á Francia, y llevó á Provenza su benignidad, su bondad, su aficion á las letras, y otras amables prendas de que se aprovecharon los Provenzales; y aun las han celebrado por largo tiempo, conservando en sus canciones la memoria de las virtudes del buen Rey Renato.

En el reinado de Alfonso se unió la Sicilia á Nápoles , habiendo estado separada por mas de ciento sesenta años. Ya hemos visto que Pedro , Rey de Aragon , juntando los derechos de su esposa Constanza , hija de Manfred , con los de Conradino , sacrificado por la ferocidad de Cárlos de Duras , habia entrado en Sicilia en 1282 sobre los cadáveres de los Franceses , muertos en las Visperas Sicilianas. Se sostuvo contra Cárlos , y contra las fuerzas de la Francia llamadas en su socorro. Le sucedió su hijo Jayme en 1285. Por las disposiciones políticas habia puesto la Sicilia otra vez baxo el yugo de Nápoles ; y los Señores sicilianos , temiendo la pesadez de este yugo , ofrecieron la corona en 1296 á Federico II , hermano de Jayme , y la aceptó ; pero tuvo que combatir , no solo contra el Rey de Nápoles sino tambien con su mismo hermano Jayme de Aragon , que tomó las armas para sostener la cesion que habia hecho.

Quarenta años de guerra entre estos Príncipes , guerras de familia , como los pleytos entre parientes , fuéron interrumpidas con tratados de paz , cuyo fundamento eran las circunstancias mas que la justicia : y así se cum-

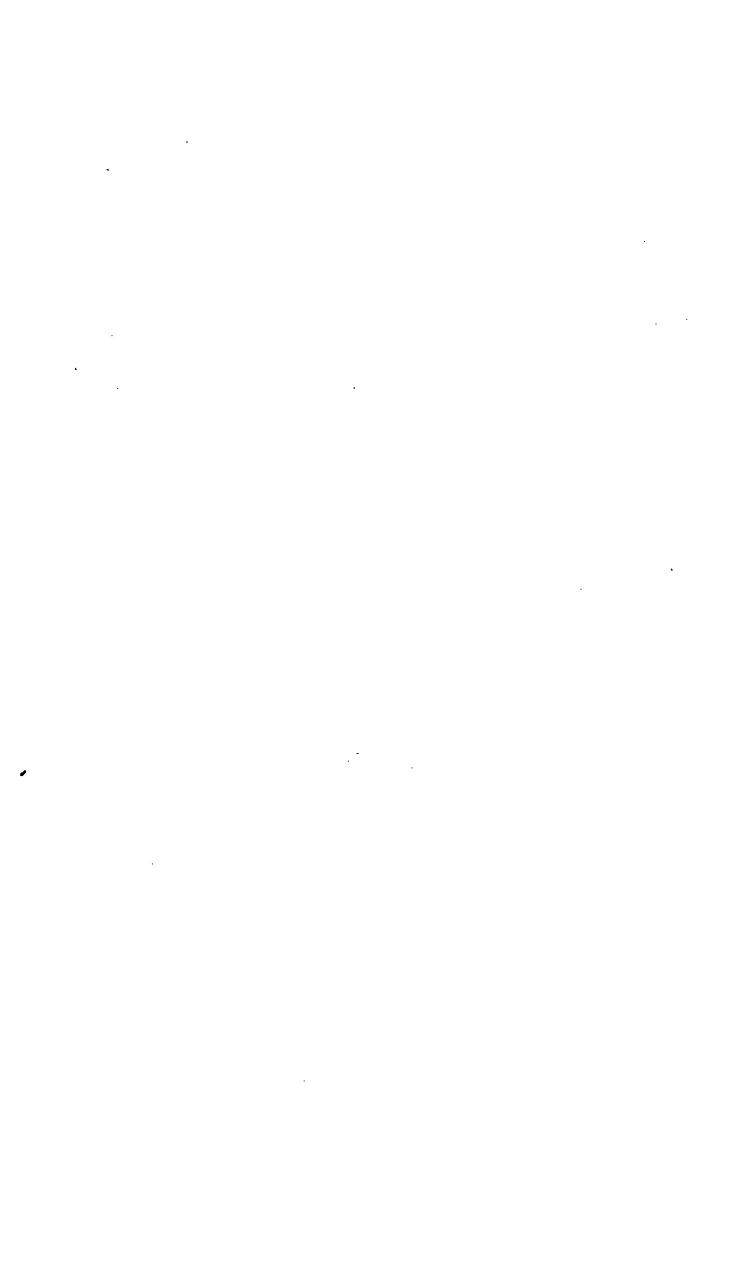
pliéron mal. Por un tratado de estos, y el mas célebre, se permitió á Federico que pudiese tomar el nombre de Rey de Tinacria, y que con este titulo poseyese la Sicilia hasta que el Rey de Nápoles pudiese procurarle la Cerdeña, el reyno de Chipre y otros estados: pues Federico en este caso debería dexar la Sicilia, y esta por ningun acontecimiento podría pertenecer á sus hijos. No obstante, contra el tenor expreso del tratado, la dexó en 1337 á su hijo Pedro, Príncipe de limitado entendimiento. Dos insolentes favoritos, llamados los *Palizas*, abusáron de su corto talento para alejar del Rey á los que podian darle buenos consejos; pero este mismo defecto fue para ellos funestísimo quando necesitáron la proteccion del Monarca para librarse del furor del pueblo indignado con su arrogancia: pues el Rey los abandonó; y Juan, hermano del Rey, á quien habian querido perder, los salvó. Tomó este la tutela de su sobrino Luis, el qual en 1342 sucedió á su padre.

Lo que resta que decir de los Príncipes de Aragon, como Soberanos de Sicilia, apenas es mas que una crónica. Luis, todavía muy niño, fue reconocido por Rey, y todo

fue bien miéntras vivió Juan su tio; pero muerto este, sucedió al buen órden una general anarquía. Se viéron tan embarazados para reemplazar el tutor que fuéron á buscar una Abadesa hermana de este, y la entregáron las riendas del gobierno. Pasó el primer entusiasmo de estimacion que les habia hecho buscar la monja, y se burlaban de ella. Volvióse á su convento, y la sacáron otra vez, nombrándola en 1355 tutora de Federico, sucesor de su hermano Luis, que murió sin dexar hijos á los diez y siete años. Federico, despues de un reynado tempestuoso, en el qual fue envilecida la magestad Real, murió en 1367, y no dexó mas que una hija llamada María.

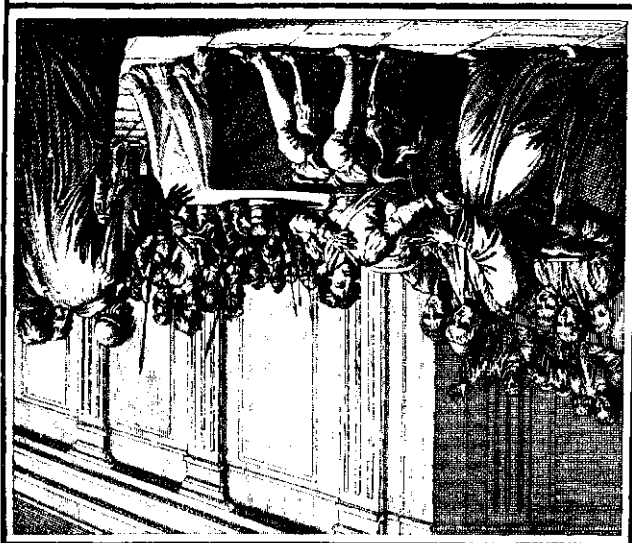
Los que se interesaban por ella tuviéron por conveniente transportarla á España para substraerla de los peligros que la amenazaban en su isla llena de facciones y cábalas. Se casó en España con Martín, Príncipe de Aragon; y regresados los esposos á Sicilia, muriéron allí despues de un corto reynado. El Rey de Aragon heredó de su hijo Martín la Sicilia en 1409; pero le duró el cetro solo un año; pasando por su muerte á Fernando de Castilla, su sobrino y heredero,

y despues á Alfonso su hijo mayor , á quien la adopcion de Juana II hacia ya Rey de Nápoles. De este modo la guadaña de la muerte hizo desaparecer á todos los competidores á fuerza de abatir cabezas , y dexando solo una, en la qual se colocó la corona de los dos reynos. Pocos Príncipes han sido tan dignos de llevarla como Alfonso I, llamado el *Magnánimo*. A un valor distinguido reunia un fondo de humanidad , capaz de inmortalizar su memoria , por ser su deseo habitual hacer felices á todos los hombres. Para esto daba con mucho agrado , y negaba con pena y sentimiento : y no pasó dia en que no hiciese algun bien. Gustaba este Príncipe de las ciencias , y por consiguiente protegía á los sabios. Le reprehenden la pasion que tuvo á Lucrecia de Alagno tan ambiciosa como bella ; pero merece observarse que su amor , con ser tan vivo , no pudo vencerle á que condescendiese en repudiar á la Reyna , siendo así que para con esta se hallaba mas que indiferente. Lucrecia suponía que no pudiendo conseguir casarse con su amante , habia hecho con él siempre el papel de la famosa Romana , cuyo nombre tenia. De otra dama tuvo Alfonso un hijo llamado Fernando , al qual hizo criar á



de la mayor utilidad.
 sigue de la suprema autoridad, y basta a este
 extento en las cosas del comercio de sea de ser
 me, la despreció con indignacion, y á la que las
 de comprar los derechos de su padre, y homa-
 rante como persona que le habian arrebato capta-
 ante Felipe, le entregaron la corona por don-
 to. Hicieron respetando las virtudes del gobierno
 las reformas contra Fernando II, y su primogeni-

Prudencia de Felipe



su vista, legitimó, y dexó en su testamento la corona de Nápoles.

Sostuvo este Príncipe con valor y firmeza los asaltos que diéron á su trono Renato y Juan de Anjou, que pretendiéron resucitar con mano armada los derechos de su casa. Las primeras victorias no dexáron de inquietar á Fernando; pero despues se hizo superior á ellos, puso en fuga á los dos competidores, y aterró al partido frances. Habia dexado Alfonso el gobierno á su hermano Juan, que vivió hasta los ochenta años, y murió en el de 1479.

Por todo este tiempo dexaba Fernando II reynar en Nápoles mas que él á Alfonso su hijo con todos sus vicios; porque como al padre no le faltaban, condescendía con el hijo. Provocáron con sus desórdenes una conspiracion; y los conjurados, haciendo justicia en medio de su odio, creyéron que no debían comprehender en el castigo á toda la familia, y así ofreciéron la corona á Federico, hijo segundo de Fernando, Príncipe moderado, afable y arreglado en las costumbres; pero despreció la oferta con indignacion, persuadido á que le hacian una afrenta en creerle capaz de faltar á su padre y á su hermano. Con

esto se agriáron los corazones de los malcontentos, y tomáron las armas; pero las dexáron á instancias de Fernando que les hizo las mas bellas promesas. Quando él se vió mas fuerte, ninguna cumplió, y mandó quitar la vida á los conspiradores. Gobernaba por entónces la Sicilia un Virey, baxo las órdenes de Fernando II Rey de Castilla.

No fue en el trono Alfonso mas moderado que su padre, ni mas circunspecto en sus desórdenes; pero tenia grande interes en ganar la estimacion de sus vasallos, porque se le iba obscureciendo el horizonte, y por la parte de la Francia le amenazaba una gran tempestad. El buen Rey Renato de Anjou, transfiriendo al morir sus derechos al Conde de Mayne su sobrino, los hizo pasar á Luis IX por una serie continuada de familia. A la verdad este Monarca no tomó empeño en hacerlos valer; pero Cárlos VIII su hijo no los miró con la misma indiferencia. Era jóven deseoso de gloria, y pasó los Alpes; sus banderas, acompañadas de la victoria, se tremoláron soberbiamente en Roma, y llegaron hasta los muros de Nápoles. El vicio, por lo comun, es cobarde; y Alfonso, aunque no estaba destituido de todo recurso, viendo tan

cerca al enemigo, renunció en favor de su hijo Fernando. Este Príncipe sufrió la pena de las culpas de su padre, porque no halló en sus vasallos mas que indiferencia y frialdad. Sin embargo los desórdenes de los Franceses en su conquista, la partida de Cárlos VIII á la Francia, y su muerte, diéron alguna energía al partido de Fernando; pero este Príncipe murió quando empezaba á concebir justas esperanzas, y dexó la corona á su tio Federico, el mismo á quien los malcontentos habian querido en otro tiempo colocar en el trono en perjuicio de su padre y de su hermano.

El no haber querido aceptar la corona habia dado de él una idea poco ventajosa, y radicado contra él mismo un desprecio, que no pudo vencer por mas que hizo. El afecto de sus vasallos se repartió entre los Reyes de Francia y de España, Luis XII y Fernando Rey de Aragon. Estos Monarcas hacian subir sus derechos hasta las variaciones de la inconstante Juana II, que habia sucesivamente adoptado las casas de Anjou y de Aragon. Sostenian aquellos Príncipes, así el uno como el otro, que Federico, descendiente de Fernando, hijo legitimo de Alfonso, no tenia derecho alguno á las coronas, que eran de ellos. El des-

graciado Federico viéndose casi abandonado, se puso en manos de Luis XII, por parecerle el mas generoso entre los competidores; y este admitiéndole en Francia con su esposa y sus hijos, les concedió una fortuna que pudiese satisfacerlos, si es que hay algo capaz de consolar en la pérdida de un reyno.

El Frances y el Español se repartieron los estados de Federico en 1505; y Fernando, que era el mas sagaz, suponiendo que en el repartimiento habia dado mucho mas á Luis, pidió que en resarcimiento se le confiase la custodia de la viuda y de los dos hijos de Federico, que murió poco despues. Luis XII, cuya debilidad no admite excusa, exhortó á la viuda á que pasase á España, diciéndola que segun lo convenido entre él y Fernando no la daria cosa alguna para su subsistencia si no lo hacia. No la pareció á esta Princesa que debia confiar sus hijos á Fernando, cuya política estaba interesada en deshacerse de ellos; y así se retiró á Ferrara, en donde vivió pobremente.

Por el tratado entre los dos Reyes se vieron los Napolitanos y los Sicilianos como las ovejas encerradas en un redil; pero los pastores, siguiendo la comparacion, mudaron va-

rias veces los límites de la cerca de sus dominios, y por último se vio que Fernando tenía la mejor parte. Debió todas sus victorias á Gonzalo Fernandez de Córdoba, el gran Capitan, á quien este Príncipe, poco guerre-ro, habia enviado, no solo para que defendiese sus posesiones contra los Franceses, sino tam-bien para que las adelantase en perjuicio de estos. Lo executó tan felizmente aun antes de la muerte de Luis XII, que fue muy poco lo que les dexó en aquel reyno, por lo qual Fernando tomó casi sin contradiccion el título de Rey de Nápoles y de Sicilia.

Gobernó los dos reynos por medio de Vireyes, y lo mismo hicieron sus sucesores. Regularmente se elegian estos Vireyes de los principales Señores de España, y necesitaban de grande habilidad para gobernar estados tan incoherentes: porque la nobleza napolitana y la siciliana, iguales en clase, riqueza y orgullo á los Vireyes, siempre estaban dispuestas para medir su obediencia, y para exásperarse con las órdenes que las parecia atentaban ó derogaban sus privilegios, ó que se les intimaban sin los miramientos debidos. En casi todas las ciudades habia Cuerpos Municipales revestidos de algu-na autoridad, y aun algunos con honores de

Senado. El pueblo, compuesto de Franceses, Italianos, Españoles y Alemanes, que tenían por tan largo tiempo inundado aquel infeliz país, no conocían entre sí principio alguno de confraternidad; y como eran hijos de soldados conservaban la propension al robo y la ociosidad, por lo qual las rebeliones eran freqüentes, se propagaban rápidamente, y rompían con excesos, que jamas se contenían sino con la fuerza y los castigos. Cárlos V gobernó á los Napolitanos y Sicilianos con un teson que ya parecia excesivo, porque en nada condescendía con los deseos de los pueblos y los Grandes. Sostuvo Vireyes conocidamente duros, codiciosos y aun desarreglados; y por negarse á retirarlos fue causa de las sediciones que tuvo que castigar severamente. No obstante, no pudo introducir la Inquisicion, que despues estableció Felipe II, porque se sublevó el pueblo con tal furor, que el Emperador no sosegó el tumulto hasta que envió una carta satisfactoria, cuyo sobrescrito decia: *Al fidedélissimo pueblo de Nápoles.*

Como los Reyes de España, que despues tuviéron el cetro de Nápoles, no hacían mas que mostrarle desde léjos á aquellos vasallos, la historia debe ocuparse mas en los represen-

tantes que en los representados, y así indicaremos los primeros. En tiempo de Felipe II obtuvo el Duque de Alba la dignidad de Virrey en ocasion muy delicada, porque Paulo IV queria entregar Nápoles á la Francia, y el Duque conservo para la España este reyno, mereciéndose el título de *libertador de la patria*. La prudencia, vigilancia y discrecion caracterizan el gobierno del Duque de Alcalá su sucesor, el qual protegió el comercio, é hizo construir caminos reales, puentes, y otras obras magnificas y preciosas. Granvela, con ser Cardenal, no siempre aprobó los derechos que alegaba la corte de Roma; y luchó valerosamente contra ella en favor de la autoridad Real, de que era depositario. El Marques de Mondejar hacia beneficios, pero de un modo que no se los agradecian; y aunque le tributaban estimacion, nunca llegó á ser amado. De Don Juan de Zúñiga se conserva en memoria el rasgo de humanidad con que estableció enfermerias en las cárceles. Despues de su Vireynato, que no se daba hasta entónces por limitado tiempo, se reduxo á tres años. Las agudezas del Duque de Osuna resuenan todavía en la boca de los Napolitanos, porque tuviéron en él un protector incorruptible; pe-

ro no le amaban los Grandes de aquel reyno. Ningun otro despachó los negocios con mas prontitud, sagacidad y discernimiento. El Conde de Miranda, gran justiciero, limpió el reyno de malhechores. Al Conde de Olivares llamáron los Españoles el Papelista, porque siempre estaba rodeado de cartas y memoriales, y no cesaba de revolver papeles. Era de carácter austero, y suprimió las fiestas y diversiones que sus predecesores concedian al pueblo; pero daba audiencia á todas horas. Don García de Toledo fue demasiado tarde al socorro de Malta por expresa orden del Rey Felipe; fue castigada su lentitud por aquel mismo que la habia ordenado; pero ninguno se engañó: y así la vergüenza de la tardanza vino á recaer sobre el Monarca. Palermo debe al Marques de Pescara una academia de bellas letras.

Don Fernando Ruiz de Castro, Conde de Lemus, disipó en el Reynado de Felipe III una conjuracion peligrosa, tramada en 1600 por Tomas Campanela, que vendiéndose por astrólogo, sembraba principios de insubordinacion. Estaban el pueblo y los nobles generalmente descontentos con los impuestos excesivos, y juntó Campanela hasta mil ocho-

cientos bandidos, á los quales habia de favorecer un Baxá turco, Comandante de muchas galeras cargadas de tropas. Se descubrió la conjuracion; y tuvo Campanela tal destreza, que pasó por loco, y solo le condenáron á prision; pero se huyó de la cárcel. Dió el Conde de Lemus mucho lustre á la Universidad de Nápoles, levantando magníficos edificios, y arreglándolo todo con la mejor disposicion para el adelantamiento de las ciencias. El segundo Duque de Osuna forjó en Nápoles las cadenas con que pretendia sujetar á Venecia; y habiéndose malogrado la conjuracion, fue desaprobada, aunque no castigada su conducta.

En tiempo del segundo Duque de Alba y del Duque de Alcalá, los reynos que gobernaban como Vireyes á nombre de Felipe IV, fuéron asolados con temblores de tierra, y con multitud de impuestos, no ménos terrible que las plagas de la naturaleza. El Conde de Monterey y sus sucesores, Don Ramiro y Don Alfonso Henriquez, estuviéron continuamente ocupados en mantener la balanza entre las exâcciones de la corte, y las facultades de los contribuyentes. El Duque de Arcos, que les sucedió en 1647, viéndose igual-

mente apurado para satisfacer al Fisco español, cargó un impuesto sobre las legumbres y las frutas, alimento principal del pueblo de Nápoles. Empezó á murmurar este, y se juntaron los Magistrados en el palacio del Virey; pero miéntras conferenciaban sobre el modo de substituir otra contribucion y suprimir aquella, se sublevó el pueblo, y eligió de la clase mas baxa un xefe llamado Tomas Aniello. Este subió á un cadalso haciendo que le sirviese de trono. Llevaba una espada en lugar de cetro; y rodeado de cincuenta mil hombres, enviaba desde la plaza del mercado destacamentos que fuesen por las calles despojando y robando. Hizo significar al Virey quales eran sus pretensiones, y todas se las concedió; pero soberbio con el buen éxito, redobló su arrogancia hasta cansar con su jactancia y sus caprichos á los mismos que le habian elegido. Como el pueblo no se detiene en los medios, y Aniello no le agradaba, le quitó la vida: claváron su cabeza en un poste, y parecia que el pueblo se estaba saciando placentero con aquel espectáculo; pero al dia siguiente le hizo magníficos funerales.

No se sosegaban los amotinados: pidieron al Virey que les entregase los castillos; y ne-

gada esta petición, se preparáron á sitiárlas. Se ofreció á dirigir sus operaciones el Príncipe de Masa, que estaba secretamente de acuerdo con el Virey; pero como suspendia con diversos pretextos el ataque, sospecháron de su inteligencia, y le asesináron, eligiendo en su lugar á Genaro Aneso, hombre de baxo nacimiento, pero criado en la profesion de las armas, y conocido por sugeto diestro y atrevido. Noticioso de aquellos movimientos el Rey de España, envió tropas mandadas por su hijo Don Juan de Austria. Se colocáron estas en los puestos principales, y empezó á tronar la artillería sobre la ciudad. Ya se iba apoderando del pueblo el terror, quando advirtiéndolo los sediciosos que faltaba la pólvora, volviéron á tomar aliento. Abatió el pueblo las banderas del Rey: pisó su retrato, saqueó las casas de los que tenia por afectos al gobierno, y proclamó dos edictos. Por el primero abolia las gabelas, por el segundo prohibia que los Barones y Señores de título se hallasen muchos juntos, y puso precio á algunas cabezas.

En estas circunstancias Henrique, Duque de Guisa, que se hallaba en Roma, y era muy á propósito para aventuras, creyó

que podia aprovecharse de este estado de crisis para conseguir la corona de las dos Sicilias, á que creia tener derecho, como descendiente de la casa de Anjou. Hizo que hablasen á Aneso, y le dixesen que no podria sostener su empresa sin un socorro extranjero, prometiéndole el de Francia como si le tuviera seguro. Aceptáron la oferta, y entró el de Guisa en Nápoles como Caballero aventurero y esforzado, llevándole en una barca, y atravesando la esquadra española; pero procedió como hombre mas arrojado que prudente. Tomó el título de Duque de Nápoles entre tanto que lograba el de Rey, cuya pretension daba á entender; y presentándose con esplendor en las ceremonias públicas, eclipsó á Aneso, le dió zelos, y se desavino con él. Llegáron los Franceses, pero sin ponerse de acuerdo con el de Guisa, porque no le queria bien Mazarino. Entró la discordia entre auxiliares y rebeldes quando solo pudieran haberse salvado con la union. Se retiráron los Franceses casi sin haber hecho tentativa; Aneso hizo la paz, y entregó los castillos. El de Guisa, abandonado del pueblo y de la nobleza, cansados todos de aquellos alborotos, pretendió fugarse, pero le arrestáron, y expió su atrevimiento con



Los mesineses en Francia.

Desengañados los mesineses del error con que habian procedido en su rebelion; y temerosos de que el Rey de España castigase con la merecida severidad sus excesos; se aprovecharon de la rivalidad de la Francia, entregandose á Luis XIV. que los recibió benignamente. Sembrarse á otro soberano fue continuar la traición, y es bastante despreciable la sequedad que se compra con nuevos delitos.

muchos años de prision. Despues sucedió lo que es regular en tales casos, pues se prometió el perdon, y hubo castigos; se obligáron los Napolitanos á ser fieles, y luego que pudieron faltáron á su palabra.

Parecia que entre Sicilia y Nápoles habia emulacion sobre rebelarse, porque quando cesaba la sublevacion en Nápoles empezaba en Sicilia. Las rebeliones eran intermitentes, como las erupciones del Vesubio y el Mongibelo, volcanes que causan terremoto en los dos reynos, y los cubren de fuego y de cenizas. En tiempo de Cárlos II, año de 1672, se subleváron los de Mesina, llevados á la sedicion por la malicia de su Gobernador, que reprimido en sus manejos de hacienda por el Senado, creyó destruirle por medio del pueblo, al qual se lisonjeaba de dominar á su arbitrio. Para lograr su objeto causó el hambre en Mesina cargando la culpa á los Senadores. El pueblo quitó á muchos de estos la vida en el primer movimiento de su furor; pero abrió al fin los ojos; reconocieron los Mesineses las trayciones de su Gobernador; é irritados de ver que los habian inducido á tan cruel error, se ofrecieron á Luis XIV. Los recibió este manifestando que los admitia, no porque

pretendiese extender sus dominios ni adquirir nuevos vasallos, sino por compasion, y con el fin desinteresado de que sacudiesen el odioso yugo de los Españoles. No obstante, no rehusaba el gusto de añadir á este beneficio el de darles un nuevo Soberano, que como descendiente de sus antiguos Reyes se acomodaria á sus usos y costumbres, y levantaria entre ellos el trono que sus mayores habian visto con dolor trasladar á Aragon y á Castilla. No expresaba Luis quien era el Salvador que les prometia, pero puede creerse que seria Felipe, hijo segundo del Delfin, y el mismo que por una feliz concurrencia de circunstancias llegó á ser Rey de España, y por consiguiente de Nápoles y Sicilia.

Es verdad que no disfrutó sus derechos sin oposicion; porque la casa de Austria, que disputó á la de Borbon la corona de España, le envidiaba al mismo tiempo la de Nápoles y Sicilia. Halló partidarios, y se formó una conjuracion que puso á Nápoles en manos de Carlos, hijo del Emperador Leopoldo, competidor de Felipe. Por las condiciones de la paz general se le dió Nápoles á Felipe, y separándose la Sicilia, fue entregada al Duque de Saboya; pero este Monar-

ca por sus miras políticas quiso mas la corona de Cerdeña; y en 1719 cedió la Sicilia al Emperador Cárlos VI, que se habia apoderado de Nápoles, y que reynó allí hasta el año 1734, en el qual Don Cárlos, hijo de Felipe V de España, por los derechos de su padre, que aun vivia, conquistó los dos reynos, y se estableció en ellos.

Habia dos siglos que los Soberanos residentes á mucha distancia tenian agotados de hombres y de dinero estos dos reynos, hasta que la presencia de un Rey tan benigno y económico, como lo fue Don Cárlos, llevó á ellos la prosperidad; pues con reformas útiles dió vigor á las manufacturas, reanimó el comercio de Levante, que estaba casi abolido, estableció una Policía exácta, y puso la Justicia y la Hacienda en un órden no conocido en aquellos paises. Con tan sabias instituciones mudó la faz de los reynos de Nápoles y Sicilia; y en 1759 los dexó muy florecientes á su hijo Fernando IV quando él por muerte de su hermano Fernando VI, Rey de España, partió á tomar posesion del trono español. Fue en aquella monarquía el tercer Rey de su nombre; y mereciendo el amor de sus vasallos, dexó la mas grata memoria.

TABLA

DE LAS MATERIAS DEL TOMO DUODÉCIMO.

GÉNOVA. <i>Entre los estados del Rey de Cerdeña, Parma, Florencia, Sena, Milan, y el golfo de Génova.....</i>	3
CÓRCEGA. <i>Isla en el mar de Provenza....</i>	103
PARMA Y PLASENCIA. <i>Entre el Milanés, el Pavésano, el estado de Génova y el Ducado de Módena....</i>	125
<i>Luis Farnese, Octavio, Alexandro, Ranucio I, Odoardo.....</i>	131
<i>Ranucio II, Francisco, Antonio.....</i>	132
FERRARÉS. <i>Entre el Mantuano, Boloñés, la Romaña y el golfo de Venecia.....</i>	<i>id.</i>
MODENÉS. <i>Entre el Mantuano, la Toscana, el Boloñés y el Parmesano.....</i>	<i>id.</i>
REGGIO. <i>Cerca de Módena.....</i>	<i>id.</i>
<i>Azon VI.....</i>	133
<i>Aldobrandino I, Azon VII, Obison II, Foulques, Reynaldo I, Obison III, Aldobrandino II.....</i>	134
<i>Nicolas II, Alberto, Nicolas III, Lionel, Borso, Hércules I, Alfonso I.....</i>	135
<i>Hércules II, Alfonso II, César I, Alfonso III.....</i>	136

<i>Francisco I, Alfonso IV, Francisco II, Reynaldo II, Francisco III.....</i>	157
BOLONIA. En el Estado Eclesiástico.....	158
MILANESADO. Entre el Piamonte, los Grisonos, los estados de Venecia, Mantua y Génova.....	142
<i>Martin Turriani.....</i>	151
<i>Felipe Turriani, Napi ó Napoleon.....</i>	152
<i>Oton Visconti, Mateo Visconti.....</i>	155
<i>Galeazo I.....</i>	156
<i>Azon.....</i>	158
<i>Luchini, Juan.....</i>	159
<i>Mateo, Bernardo ó Bernabé, Galeazo...</i>	160
<i>Juan Galeazo.....</i>	162
<i>Juan Maria Visconti, Felipe Maria Visconti.....</i>	166
<i>Francisco Esforcia.....</i>	174
<i>Galeazo Maria Esforcia.....</i>	178
<i>Juan Galeazo Maria, Ludovico Maria Esforcia.....</i>	179
<i>Luis XII, Rey de Francia, Maximiliano Esforcia.....</i>	180
<i>Francisco I, Rey de Francia, Francisco Esforcia.....</i>	181
MANTUANO. Entre el Estado Eclesiástico, los de Venecia, Módena y Milan.....	182
<i>Luis de Gonzaga I.....</i>	184

<i>Luis II, Francisco I, Juan Francisco I,</i>	
<i>Federico I, Juan Francisco II.....</i>	185
<i>Federico II, Guillermo, Vicente I, Fran-</i>	
<i>cisco III, Fernando, Vicente II.....</i>	186
<i>Cárlos I, Cárlos II, Cárlos III, Cár-</i>	
<i>los IV.....</i>	187
VENECIA. <i>En el golfo Adriático.....</i>	188
<i>Juan Lucas Anafesto, I Dux.....</i>	191
<i>Marcelo, Urso, Teodato Urso, Galla,</i>	
<i>Monegario.....</i>	192
<i>Mauricio Galbayo, Juan, Mauricio, Obe-</i>	
<i>lerio, Beat, Angelo Participacio.....</i>	193
<i>Justiniano Participacio, Juan Partici-</i>	
<i>pacio, Pedro Tradonico.....</i>	194
<i>Urso Participacio, Juan y Pedro Partici-</i>	
<i>pacio, Pedro Candiano I, Juan Par-</i>	
<i>ticipacio, Pedro Tribuno.....</i>	195
<i>Urso Participacio, Pedro Candiano II...</i>	196
<i>Pedro Badoer, Pedro Candiano III, Pe-</i>	
<i>dro Candiano IV.....</i>	197
<i>Pedro Urseolo I.....</i>	198
<i>Vital Candiano, Tribuno, Pedro Urseo-</i>	
<i>lo II.....</i>	199
<i>Oten Urseolo, Pedro Centranico ó Barba-</i>	
<i>lano, Domingo Urseolo, Domingo Fla-</i>	
<i>banico.....</i>	200
<i>Domingo Contareno, Domingo Silvio, Vi-</i>	

<i>tal Falier</i>	201
<i>Vital Michieli, Odelufo Falier, Domingo Michieli, Pedro Polani</i>	202
<i>Domingo Morosini, Vital Michieli II</i>	203
<i>Sebastian Ziani, Orso Malipier, Henrique Dandolo</i>	204
<i>Pedro Ziani</i>	205
<i>Jacobo Tiépolo, Marin Morosini, Renier Zeno</i>	206
<i>Laurencio Tiépolo, Jacobo Contarini, Juan Dandolo, Pedro Gradénigo</i>	207
<i>Marin Giorgi, Juan Soranzo, Francisco Dandolo</i>	209
<i>Bartolomé Gradénigo, Andres Dandolo</i> ..	210
<i>Marin Falier, Juan Gradénigo, Juan Delfino, Laurencio Celsi, Marco Cór- naro</i>	211
<i>Andres Contarini, Miguel Morosini</i>	212
<i>Antonio Venier, Miguel Steno</i>	215
<i>Tomas Mocénigo</i>	214
<i>Francisco Fóscari</i>	215
<i>Pascual Malipier</i>	219
<i>Crisóstomo Moro, Nicolas Trono, Nico- las Marcelo, Pedro Mocénigo</i>	220
<i>Andres Vendramino</i>	221
<i>Juan Mocénigo, Márcos Barbarigo, Agus- tin Barbarigo</i>	222

<i>Leonardo Loredano</i>	225
<i>Antonio Grimani, Andres Gritti, Pedro Lando, Francisco Donato, Marco Antonio Trevisani, Francisco Venier, Lorenzo Priuli, Gerónimo Priuli</i>	228
<i>Loredano, Luis Mocénigo</i>	229
<i>Sebastian Venier, Nicolas de Ponté</i>	230
<i>Pascual Cigoña</i>	231
<i>Marin Grimani, Leonardo Donato, Marco Antonio Memo, Juan Bembo, Nicolas Donato</i>	232
<i>Antonio Priuli, Francisco Contarini, Juan Cornaro</i>	233
<i>Nicolas Contarini, Francisco Erizzo</i>	234
<i>Francisco Molino</i>	235
<i>Cárlos Contarini, Francisco Cornaro, Bertucio Valier</i>	236
<i>Juan Pésaro, Domingo Contarini, Nicolas Sagredo, Luis Contarini</i>	237
<i>Marco Antonio Justiniani, Francisco Morosini</i>	238
<i>Silvestre Valier, Luis Mocénigo, Juan Córvaro</i>	239
<i>Sebastian Mocénigo, Cárlos Ruzzini, Luis Pisani, Pedro Grimaldi, Francisco Loredano, Marcos Foscarini, Luis Mocénigo, Pablo Renier, Luis Manin</i>	240

RAGUSA.....	248
TOSCANA. <i>Entre el Mediterráneo, el Estado Eclesiástico, el Ducado de Módena y los Apeninos..</i>	<i>id.</i>
Cuerpos de Oficios, Presidentes de los Oficios	252
Gonfalonero	256
Executor de la Justicia, Roberto, Rey de Nápoles.....	257
Xefes de las Tribus.....	258
Dos Consejos.....	259
General extranjero, Ancianos ó Señores.	260
Lando, Gonfalonero.....	262
Notables y populares.....	263
Juan de Médicis.....	265
Cosme I de Médicis.....	267
Pedro I.....	272
Lorenzo, Julian.....	274
Pedro II.....	278
Julian II.....	285
Laurencio el Joven, Julio de Médicis.....	286
Alexandro, I Duque.....	302
Cosme II.....	304
Francisco María.....	307
Fernando I, Cosme III, Fernando II....	308
Juan Gaston, Francisco de Lorena, Pedro Leopoldo Joseph, Fernando Joseph	

	417
<i>Juan</i>	309
<i>Luis, Rey de Etruria, Carlos Luis, Rey de Etruria, Maria Luisa de Borbon, Reyna viuda de Etruria y Regente del reyno</i>	310
PISA.....	<i>id.</i>
LUCA.....	<i>id.</i>
SENA.....	324
SAN MARIN.....	327
MÓNACO.....	351
NÁPOLES Y SICILIA. <i>Nápoles entre los estados de la Iglesia, los mares de Venecia, de Africa, de España y de Francia. La Sicilia en la extremidad de la Calabria</i>	353
<i>Rogero II</i>	358
<i>Guillermo I</i>	341
<i>Guillermo II</i>	347
<i>Tancredo</i>	349
<i>Guillermo III</i>	351
<i>Henrique I</i>	352
<i>Federico</i>	353
<i>Conrado I</i>	355
<i>Conrado II, llamado Conradino</i>	356
<i>Manfredo</i>	357
<i>Cárol I de Anjou</i>	360
<i>Pedro I, Rey de Sicilia</i>	369

<i>Cárlos II, el Coxo, Rey de Nápoles.....</i>	372
<i>Roberto el Sabio, ó el Bueno, Rey de</i> <i>Nápoles, Juana I, Reyna de Nápoles.</i>	373
<i>Cárlos III, Rey de Nápoles.....</i>	382
<i>Ladislao, Rey de Nápoles.....</i>	385
<i>Juana II.....</i>	387
<i>Alfonso I.....</i>	390
<i>Fernando I.....</i>	394
<i>Alfonso II.....</i>	395
<i>Fernando II, Federico.....</i>	397
<i>Fernando de Aragon, el Católico.....</i>	399
<i>Cárlos V.....</i>	400
<i>Felipe II.....</i>	401
<i>Felipe III.....</i>	402
<i>Felipe IV.....</i>	403
<i>Cárlos II.....</i>	407
<i>Felipe V, Cárlos VI.....</i>	408
<i>Don Cárlos, despues Rey de España,</i> <i>Fernando IV.....</i>	409

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
15	10	habiatcion	habitacion
37	13	ni	que
41	8	y lo sostenian	y sostenian
240	15	} Marin	Manin
247	14		
	20	Buonaparte	Bonaparte
	20	Siena	Sena
324	25	} Sienseses	Seneses
325	8		
	3	} Siena	Sena
326	9		
	22	Sienseses	Seneses
327	6	Siena	Sena
341	20	II, hijo	, hijo segundo
344	9	miéntras	y miéntras
348	24	que á un	que un
387	9	haberle	haberlz





